

RICARDO
FOULKES

**El
Apocalipsis
de
San Juan**

UNA
LECTURA
DESDE
AMERICA
LATINA



COMENTARIO SOBRE HEBREOS

F. F. Bruce

LOS EVANGELICOS Y EL PODER POLITICO EN AMERICA
LATINA

ed. Pablo Alberto Deiros

MISION INTEGRAL

C. René Padilla

NUEVAS ALTERNATIVAS DE EDUCACION TEOLOGICA

C. René Padilla

ESPERANZA Y SUFRIMIENTO

Desmond Mpilo Tutu

INSTITUCIÓN DE LA RELIGIÓN CRISTIANA

Juan Calvino

JUSTICIA PARA TODOS

John Perkins

DIALOGO SOBRE LA MISION

Basil Meeking y John Stott

EL APOCALIPSIS DE SAN JUAN

Ricardo Foulkes

EL APOCALIPSIS DE SAN JUAN

Una lectura desde América Latina

Ricardo Foulkes

1989

NUEVA CREACIÓN

BUENOS AIRES—GRAND RAPIDS

Y

WILLIAM B. EERDMANS PUBLISHING COMPANY

CONTENIDO

PREFACIO	vi
INTRODUCCION	ix
CAPITULO I	1
1. EL TITULO	1
2. PRIMERA PARTE	8
CAPITULO II	24
CAPITULO III	44
CAPITULO IV	53
3. SEGUNDA PARTE	53
CAPITULO V	61
CAPITULO VI	70
CAPITULO VII	90
CAPITULO VIII	97
CAPITULO IX	100
CAPITULO X	106
CAPITULO XI	111
CAPITULO XII	127
CAPITULO XIII	142
CAPITULO XIV	157
CAPITULO XV	165
CAPITULO XVI	168
CAPITULO XVII	172
CAPITULO XVIII	184
CAPITULO XIX	186
CAPITULO XX	208
CAPITULO XXI	220
CAPITULO XXII	226
4. CONCLUSION	232
LA ENSEÑANZA DE APOCALIPSIS	238

Copyright © 1989 Nueva Creación
filial de Wm. B. Eerdmans Publishing Co.
255 Jefferson Ave. S.E. Grand Rapids, MI, 49503
Nueva Creación, José Mármol 1734 — (1602) Florida
Buenos Aires, Argentina

Obra producida y distribuida en colaboración con la
Fraternidad Teológica Latinoamericana.

El texto bíblico es de la versión Reina - Valera, revisión de 1960
y las citas en negrita son de la Versión Popular.

Todos los derechos reservados
All rights reserved

Impreso en los Estados Unidos
Printed in the United States of America

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Foulkes, Ricardo.
El Apocalipsis de San Juan : una lectura desde América Latina /
Ricardo Foulkes.
p. cm.
Bibliography: p. 249
Includes index.
ISBN 0-8028-0907-3 (Eerdmans)
1. Bible. N.T. Revelation—Commentaries. I. Title.
BS2825.3.F65 1989
228'.07—dc19 88-32987
CIP

BIBLIOGRAFIA SELECTA	249
INDICE TEMATICO	251

PREFACIO

Es probable que ningún libro de la Biblia haya suscitado entre cristianos tanta controversia acerca del futuro como *El Apocalipsis de San Juan*. Lamentablemente, con demasiada frecuencia se ha permitido que la especulación de algunos intérpretes opaque el mensaje cristocéntrico de este sorprendente libro con el cual se cierra el Nuevo Testamento. El presente comentario tiene la gran virtud de dejar que Juan de Patmos, el inspirado vidente del primer siglo, comunique su palabra de esperanza, sin imponerle ningún esquema escatológico rígido y sin minimizar la importancia que esa palabra tiene para la vida actual de la Iglesia. Este comentario junta la seriedad exegética con una profunda preocupación por la pertinencia del mensaje profético a la situación del mundo contemporáneo, con especial referencia a América Latina, y ofrece al lector valiosas pistas para interpretar la historia a la luz de la Palabra de Dios.

El Profesor Ricardo Foulkes, doctorado en Nuevo Testamento por la Universidad de Estrasburgo, Francia, es autor de varios libros y ejerce la docencia en el Seminario Bíblico Latinoamericano, en San José de Costa Rica. Nos complace poner al alcance del lector este fruto maduro de su erudición bíblica.

C. RENÉ PADILLA
Secretario General
Fraternidad Teológica Latinoamericana

INTRODUCCION

Resumen del libro

Capítulo 1

Un tal Juan, dirigente de la Iglesia en Asia Menor y evidentemente estimado por sus lectores, escribe desde Patmos, isla cerca de Efeso donde se halla exiliado. El libro comienza con un diálogo como los que tenemos en un estudio bíblico o en un culto. El lector del texto y los miembros de la congregación dan fe de su confianza en Dios, aun en medio de circunstancias adversas. Luego, Juan describe su primera visión de Jesucristo, que pasea como supervisor entre las siete congregaciones de Asia Menor. Juan se siente comisionado a escribirles las advertencias y las promesas de triunfo con que Jesús quiere prepararlas para su venida gloriosa.

Capítulos 2 y 3

Los siete mensajes aluden a menudo al Antiguo Testamento y a la situación histórica de cada congregación. Varios mencionan una herejía que fomenta la religión y la moral corrupta del paganismo entre los cristianos. Otros señalan la oposición abierta de «falsos judíos» o critican la somnolencia y falta de vigilancia que minan la eficacia de la Iglesia. Cristo llama al cambio de actitud y promete una serie de bendiciones a los que triunfan por su fe. Se supone que, como las parábolas de Jesús, estos mensajes produjeron cierta congoja en los oyentes.

Capítulos 4 y 5

Aunque los siete mensajes, insertados firmemente en la realidad terrestre de la Iglesia, hablan de problemas internos, existen también peligros externos. Ahora el escenario se traslada al cielo, donde Juan ve mucho que puede fortalecer a los cristianos frente a los ataques verbales y físicos que han de venir. Primero, ve a todas las criaturas del universo alabando sin cesar a Dios, quien aparece sentado sobre el trono de su trascendencia. Como Creador, sostiene un rollo en su mano, sellado completamente, el cual sólo puede ser abierto por un León que al mismo tiempo es un Cordero. En virtud de su muerte sacrificial, el Cordero, ya

vivo y poderoso, recibe las alabanzas de su pueblo redimido. (Los himnos celestiales que salpican el libro ayudan a interpretar las visiones.) Las referencias a la creación y liberación, tomadas de Génesis y Exodo, dominan el libro.

Capítulo 6

Ahora el Cordero abre los sellos del rollo que simboliza el plan de Dios para la historia. La culminación de dicho plan será su propia venida al mundo para establecer el reino de Dios visiblemente. Pero cuando él, en respuesta a la invitación a venir, abre los primeros cuatro sellos, aparecen en el escenario cuatro caballos de diferentes colores (eco de las visiones de Zacarías en el Antiguo Testamento); sus respectivos jinetes traen guerra y destrucción, tal como Jesús había profetizado,¹ como prelude necesario a su venida. La apertura del quinto sello revela la angustia de los que han muerto por su fe; éstos piden una pronta intervención que muestre la justicia de Dios. El sexto sello da respuesta a esa petición: catástrofes sin precedente dejan despavoridos a los incrédulos sobre la faz de la tierra. Porque éstos han martirizado a la Iglesia, no quieren ver la cara del Entronizado ni experimentar la ira del Cordero.

Capítulo 7

Antes de abrirse el séptimo sello, hay un interludio —demora en el desarrollo de la acción típica del libro— durante el cual los siervos de Dios reciben una marca de protección divina contra cualquier ataque maligno. El número de los siervos, descritos aquí en términos judíos, es 144.000. Luego, la segunda visión intercalada describe una multitud incontable que sale exitosamente de la gran prueba. En resumen, la sección intitulada LOS SELLOS (caps. 4-7) quizá podría denominarse «garantías de seguridad». Los peligros y el sufrimiento que amenazan a la Iglesia forman parte del plan divino; sólo así los cristianos participan en la victoria de Cristo.

Capítulos 8 y 9

¿Hemos llegado pues al fin del viaje? No; cuando el Cordero abre el séptimo sello, en vez de desatar una catástrofe final, o traer el Juicio

¹ Mr. 13.3-8 y paralelos.

definitivo, hay en el cielo una media hora de silencio, seguida de una nueva serie de siete (o septenario), en este caso de ángeles que tocan trompetas. Nuevamente caen desastres sobre la tierra, esta vez más sobrenaturales, como si siguieran el modelo de las diez plagas de Egipto que hicieron posible el éxodo. Como en la serie anterior, las primeras cuatro trompetas forman un grupo aparte. El simbolismo usado —la quema de la tierra y el envenenamiento de las aguas— sugiere el rebote de la arrogancia del hombre y la idolatría, contra el ambiente y la historia humanos.

Las últimas tres de las visiones anunciadas por las trompetas se distinguen de las otras por un triple grito: «¡Ay!», lanzado por un águila que vuela. Pero, aunque los horrores siguen en aumento con la quinta y sexta clarinada, el fin se demora todavía.

Capítulos 10 y 11

Antes de la séptima trompeta (que es al mismo tiempo el tercer «ay»), se presentan varias escenas simbólicas. Primero, la comisión profética que Juan recibió al principio es renovada en la escena del rollito. Luego, tras una escena preparatoria en que Juan mide el templo, aparecen dos testigos que actúan por tres años y medio como un tormento para los incrédulos; protegidos por Dios, permanecen invulnerables, pero finalmente la bestia surge del abismo y los mata. Sus cadáveres yacen en la calle de la gran ciudad inicua, pero a los tres días y medio son resucitados y llevados al cielo. Un terremoto despedaza la ciudad, y los sobrevivientes dan gloria a Dios. El séptimo ángel toca su trompeta, e himnos celestiales celebran el reino de Dios y de su Cristo. Visto en retrospectiva, el septenario de las trompetas (caps. 8-11) sugiere el contrapunto entre dos voces complementarias: los hombres que escogen la arrogancia frente a Dios traen sobre sí catástrofes que sólo los endurecen en su plan idolátrico y, a la larga, los llevan al tormento eterno; en cambio, el testimonio de los cristianos produce un tormento temporal, que en algunos casos conduce a un cambio de parecer que trae vida. En otras palabras, mientras el Hijo de Dios y su pueblo derrotan a Satanás en el cielo, los monstruos satánicos derrotan sobre la tierra al Hijo y a su pueblo.

Capítulos 12 y 13

A pesar de los himnos de triunfo, una vez más se posterga el fin. Todavía falta el tercer «ay», y como prelude se introduce un portento en el cielo: una mujer encinta y vestida de los luceros es desafiada por un

gran dragón (que es al mismo tiempo el segundo portento). Este aguarda el nacimiento del niño para devorarlo. Pero cuando ella da a luz, la criatura, que a su debido tiempo será un poderoso gobernante, es arrebatada hacia el trono de Dios y la mujer huye al desierto, donde ha de vivir tres años y medio. Una nueva escena simbólica presenta ideas similares bajo la rúbrica de una guerra en el cielo. Cuando el dragón derrotado, ya claramente identificado con la serpiente de Génesis 3, —el diablo o Satanás—, es echado del cielo a la tierra, una voz pide regocijo en el cielo por la expulsión y expresa conmiseración por la tierra ante lo que va a suceder. Esta embestida constituye el tercer «ay», pero el dragón no la lleva a cabo solo, sino con la ayuda de dos colaboradores que formarán con él una especie de trinidad satánica. El primer monstruo que él llama a su lado surge del mar; es una figura política que pretende hacer las veces de Cristo, y guerrea contra la descendencia de la mujer.² Este monstruo es un compuesto de las cualidades de los cuatro monstruos mencionados en Daniel 7, que representan imperios mundiales.

Surge un segundo monstruo como aliado del dragón; se trata de una figura religiosa cuya enseñanza induce al mundo entero a adorar con entusiasmo al primer monstruo. Los que rehúsan recibir la marca decretada por el poder político son asesinados sin misericordia. De manera que este poder totalitario, ligado a la religión oficial del estado, recibe alabanza de los habitantes de la tierra; según ellos, es una gran bendición, mientras que según Apocalipsis es el tercer «ay», el desastre final.

Capítulo 14

Continúa el complejo desarrollo del septenario de las copas de castigo, que describirán específicamente la operación del tercer «ay». Pero aún antes de aparecer los ángeles para derramar las copas (cap. 16), Juan presenta una serie de escenas simbólicas que comienzan en 11.15 y que esclarecen la verdadera naturaleza de la lucha entre el reino de Dios y el de Satanás. En este capítulo aparecen el Cordero y sus 144.000 seguidores en el monte Sión; además vuela un ángel — como antes lo había hecho un águila — pregonando esta vez un evangelio eterno. A continuación, otros ángeles declaran tanto la caída de Babilonia (símbolo de arrogancia y odio al pueblo de Dios) como el tormento eterno de los que adoran al monstruo. Aparece un ser con apariencia humana, sentado en una nube y rodeado de todavía más ángeles que inician el proceso de

2 Gn. 3.15.

cosecha y vendimia (símbolos tomados del Antiguo Testamento).³ Una vez más, pareciera que Apocalipsis hubiera llegado a su punto culminante; pero no, todavía falta una serie de desastres. El lector se siente convocado a tomar una decisión impostergable: ¿Buscará su salvación de manos de un imperio antivida, o de parte del reino por venir?⁴

Capítulos 15 y 16

A continuación, otra serie de ángeles (que constituyen el tercer y último portento y que traen esta vez copas llenas de las últimas plagas, comunicación de la ira de Dios) derrama otra serie de desastres que rememoran las plagas de Egipto. Parecen recapitular meramente las catástrofes del septenario de las trompetas. De igual manera endurecen a los hombres en su plan de blasfemar contra Dios, pero esta vez se dirigen más específicamente contra los adoradores del monstruo y el trono y la ciudad de éste, Babilonia, que finalmente se ve obligada a beber toda la copa de la ira de Dios. Las características y la destrucción de la ciudad se detallan en los dos capítulos siguientes.

Capítulos 17 y 18

Guiado por uno de los siete ángeles que tenían las copas, Juan ve Babilonia en su verdadero papel de gran prostituta, vestida de púrpura, escarlata y joyas (parodia de la mujer gloriosa del capítulo 12), y sentada sobre el monstruo de siete cabezas. Lleva una copa cuyo vino inmoral emborracha a los habitantes de la tierra, mientras que ella misma está ebria de la sangre del pueblo de Dios (referencia a la masacre de cristianos que Nerón ordenó en el 65 d.C.). Pero, sorprendentemente, el monstruo, cuyas siete cabezas representan una serie de emperadores que pronto llegarán a su fin, se vuelve contra la prostituta. Es decir, uno de los emperadores sube del abismo. Esto se refiere a la creencia de que Nerón regresaría de los muertos y dirigiría ejércitos de Oriente para vengarse de Roma porque se había vuelto contra él. El capítulo 18 describe la destrucción de la prostituta como la ruina de una gran ciudad comercial; utiliza el lenguaje de endecha que Ezequiel usó para describir el fin de Tiro (ciudad de Jezabel, cuya descripción en 1 Reyes 19 y 2 Reyes 9 deja su impronta en el presente relato de la prostituta y en la carac-

3 Jl. 3 e Is. 63.

4 Ap. 13.9-10; 14.12-13.

terización de la profetisa cristiana de Tiatira).⁵ Aunque la impresión general que recibimos de los capítulos 13-18 es que el autor odia el Imperio Romano y a sus adalides, el texto está salpicado de advertencias enigmáticas dirigidas a los cristianos,⁶ las cuales confirman el mensaje de las cartas.⁷ Aparentemente, la preocupación de Juan es advertir a los creyentes del peligro de conformarse con su ambiente y perder así su papel de testigos. Detrás de los atractivos superficiales y el poder absorbente del Imperio, los cristianos necesitan ver la corrupción e idolatría que lo dinamizan todo, y el destino final del funesto proyecto. Aunque los galardones de comprometerse con él sean tentadores y cualquier otro compromiso parezca un suicidio, en realidad, los galardones que premian el testificar por Jesucristo son en gran medida preferibles.

Capítulos 19.1-22.5

Rápidamente el triunfo del Cordero llega a su momento culminante. Himnos celestiales celebran la ruina de Babilonia y las bodas del Cordero, cuya novia, la verdadera Ciudad de Dios, reemplaza a la prostituta en el escenario. Se abre el cielo y aparece un jinete seguido por su pueblo. Su nombre es **La Palabra de Dios** y por sus cualidades sabemos que esta Palabra conquistadora es el mismo Hijo del Hombre de la visión del capítulo 1. Los dos monstruos guerrearán contra él, pero en vano: son echados en el lago de fuego y sus ejércitos son destruidos por la espada que sale de la boca del jinete.

Sin embargo, el dragón todavía no ha sido destruido. Es encadenado por mil años en el abismo, mientras todos los que rehusaron adorar al monstruo resucitan y reinan con Cristo. Así se origina el concepto de milenio (período de mil años) que ha suscitado tanta especulación. Al fin del milenio, Satanás es liberado y capitanea una última rebelión; huestes incontables atacan la ciudad amada, pero fuego del cielo los consume, y Satanás se suma a los dos monstruos en el lago de fuego.

A continuación, todos los muertos comparecen ante el gran trono blanco para ser enjuiciados según dos libros: el registro de sus acciones y el registro que el Cordero mantiene de todos los vivientes. Tierra y cielo han desaparecido y Juan ve un nuevo cielo, una nueva tierra y la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que desciende de donde mora Dios, como una

novia ataviada para su marido. Su ropaje se identifica con las acciones justas del pueblo de Dios,⁸ y sus joyas contrastan notablemente con el lujo pomposo de la prostituta. En otras palabras, la fidelidad y pureza de los creyentes está poniendo ahora mismo los fundamentos de la verdadera ciudad. Tal como Isaías había profetizado, las naciones y sus reyes le dan gloria.⁹ El árbol de la vida crece en la calle de la ciudad; sus hojas sanan a las naciones, porque ya no existe la maldición de Génesis 3.¹⁰ Se cumple ahora lo prometido en los siete mensajes a los vencedores,¹¹ y todos los seres se realizan plenamente adorando a Dios y al Cordero. Es significativo el hecho de que Juan reciba la explicación acerca de la novia de uno de los ángeles que trajeron las copas de castigo¹² y que le mostraron el castigo de la ramera.¹³ Evidentemente, el enojo divino y la limpieza y recreación realizadas por Dios van de la mano.

Capítulo 22.6-20

El último párrafo del libro reúne una serie de amonestaciones personales y frases litúrgicas (un poco al estilo del final de algunas cartas paulinas) que recogen temas de los siete mensajes y del TÍTULO (1.1-3). La lectura de este libro —por ejemplo en los cultos dominicales— proclamaría, en efecto, «la muerte del Señor hasta que él venga».¹⁴ «Sí, vengo pronto.» Así sea. ¡Ven Señor Jesús!

La estructura del libro

Un compendio del libro por capítulos no esclarece del todo su sentido. Además hace falta:

a) precisar los detalles —por ejemplo, ¿qué entiende Juan por los dos testigos?, ¿qué simboliza el segundo monstruo?— y, lo que es más importante,

⁵ Ap. 2.20-24.

⁶ Ap. 13.9-10; 14.12-13; 16.15; 17.9; 18.4.

⁷ Ap. 2-3.

⁸ Ap. 19.8.

⁹ Is. 60.5.

¹⁰ Gn. 3.17-19.

¹¹ Ap. 2 y 3.

¹² Ap. 21.9.

¹³ Ap. 17.1.

¹⁴ 1 Cor. 11.26.

b) discernir una estructura consecuente que nos dé una pista para interpretar el argumento.

Para a), el lector puede consultar los comentarios,¹⁵ incluso éste mismo. Pero en cuanto a b), en términos generales, es fácil darle título a cualquier párrafo de Apocalipsis. A 6.9-11, por ejemplo, se lo puede llamar «El quinto sello» o bien «La queja de los mártires» o algo por el estilo. Pero cuando se trata de decidir si una escena simbólica pertenece al final de una sección o al principio de otra, los comentaristas discrepan mucho entre sí; y el concepto que se tiene de la estructura afecta la interpretación del libro, y viceversa. Por ejemplo, si el comentarista A cree que los septenarios numerados (sellos, trompetas y copas) que Juan describe profetizan una serie de acontecimientos que se suceden en orden cronológico, hará el bosquejo A; pero si el comentarista B cree que los septenarios admiten cierto traslapo, y que se repiten un poco con pequeños cambios, hará el bosquejo B. Basta por ahora la discusión. Los que se interesen particularmente en la estructura pueden encontrar detalles en los comentarios especializados y en las introducciones.

He aquí un bosquejo breve y útil que respeta las «pistas» estructurales que Juan nos deja:

1. EL TITULO 1.1-3

2. PRIMERA PARTE 1.4 - 3.22

UNA VISION DE JESUCRISTO GLORIFICADO
LOS MENSAJES A LAS IGLESIAS

3. SEGUNDA PARTE 4.1 - 22.5

3.1 LOS SELLOS 4.1 - 7.17
3.2 LAS TROMPETAS 8.1 - 11.14
3.3 LAS COPAS DE CASTIGO 11.15 - 16.16
3.4 EL TRIUNFO 16.17 - 22.5

4. CONCLUSION 22.6-21

Una de las consecuencias de este esquema es que el séptimo elemento de cada serie numerada (sellos, trompetas y copas) realmente no existe independientemente, sino que inicia la sección siguiente y abarca el

resto de la SEGUNDA PARTE. Por consiguiente, toda esta parte está concatenada como sigue:

LOS SELLOS (4.1 - 7.17)

Visión inicial (caps. 4-5)

1
2
3
4
5
6

Sép- LAS TROMPETAS (8.1 - 11.14)

1
2
3
4
5
6

ti mo Sép- LAS COPAS DE CASTIGO

1
2
3
4
5
6

se- trom- Séptima EL TRIUNFO

llo peta copa

La sección llamada EL TRIUNFO no está compuesta por un septenario numerado; y ya que las subsecciones se pueden discernir en ella sin problema (e.g., la caída de Babilonia, los mil años) y parecen describir una sucesión de eventos, no las vamos a catalogar aquí. Su momento culminante es 19.11-16, *El jinete del caballo blanco*; todo lo que antecede a la SEGUNDA PARTE es preparación más o menos catastrófica para este momento, mientras que lo subsiguiente describe la hermosa sociedad proyectada por Dios.

Además, como ya mencionamos en el resumen, puede inferirse de la estructura el notable paralelismo entre la serie de LOS SELLOS y la siguiente serie de LAS TROMPETAS:

¹⁵ Ver la Bibliografía, p. 249.

LOS SELLOS		LAS TROMPETAS	
visión inicial (caps. 4 y 5)			
4 jinetes	1		1
	2		2
	3		3
	4		4
	5		5
	6	3	6
dos visiones		ayes	dos visiones
intercaladas (cap. 7)			intercaladas (10.1-11.14)
	7		7

Con excepción de la visión inicial (que abre la SEGUNDA PARTE así como la visión de Jesucristo en 1.9-20 abre la PRIMERA PARTE), estas dos secciones muestran gran similitud en estructura y temática, y en consecuencia sólo podemos sacar la conclusión que Juan, en vez de describir una serie de hechos sucesivos (procedimiento que daría un cuadro cíclico de la historia, concepto más pagano que bíblico), presenta más bien los mismos hechos desde dos ángulos distintos. Un fotógrafo, por ejemplo, puede retratar a una niña de frente y de perfil, para dar un cuadro más completo de su fisonomía. O un dramaturgo puede crear un primer acto que consista en el relato central narrado por la víctima de un atentado, mientras que en el segundo acto el mismo hecho sea narrado, con diferencias aleccionadoras, por un amigo de la víctima. El auditorio se da cuenta de las variaciones y obtiene del conjunto una impresión más matizada y sutil que la que le habría dado una única narración.

En esta época de las comunicaciones electrónicas, los entendidos en la materia aseveran: Si un mensaje — un anuncio comercial televisivo, por ejemplo — tiene que comunicarse en medio de ciertas distracciones o «ruido», el comunicador recurre a la redundancia. Repite la señal tantas veces como es posible en formas variadas. El impacto repetido de esta señal diferenciada comunica bien la estructura básica que los mensajes tienen en común. En el caso de Apocalipsis, la esencia del mensaje consiste en tres puntos: a) la persecución de los fieles, b) el juicio divino contra los adversarios que hacen tales cosas y c) el triunfo final (la salvación) de los fieles. No sólo estos dos septenarios, sino también el otro (LAS COPAS DE CASTIGO) y las demás escenas simbólicas que rodean los septenarios enfocan estos tres puntos, pero desde varios ángulos diferentes.

Volvamos al diagrama de LOS SELLOS y LAS TROMPETAS. Evidentemente la cifra siete, tomada de la simbología general de la Biblia pero especialmente de los días de la creación,¹⁶ fascina a Juan de Patmos. Al mismo tiempo observamos una subdivisión de los siete: cuatro elementos breves más tres elementos más desarrollados. Más adelante¹⁷ explicaremos la relación que guarda este aspecto estructural con el concepto de «la mitad de siete», tres y medio, que juega un papel importante en el libro. Por el momento, subrayaremos la función de las visiones intercaladas entre el sexto y el séptimo elemento: describen la seguridad final de los cristianos de que Dios es absolutamente soberano, y por lo tanto sirven de contrapeso a los elementos catastróficos que los rodean.

Si los dos primeros septenarios que acabamos de comparar forman una especie de núcleo del libro, el tercero (LAS COPAS DE CASTIGO) en tanto serie numerada no se aparta mucho de esta pauta establecida. El cotejo se puede visualizar así:

LOS SELLOS	LAS TROMPETAS	LAS COPAS DE CASTIGO
Visión inicial, caps. 4-5		Visiones iniciales, caps. 12-15
1	1	1
2	2	2
3	3	3
4	4	4
5	5	5
6	6	6
dos visiones intercaladas	dos visiones intercaladas	dos visiones intercaladas
7	7	7 → Triunfo

Se puede notar que en la serie de LAS COPAS el material intercalado (una visión breve y una afirmación breve del Señor resucitado) retrasa mucho menos el ritmo de la acción que las visiones de las otras series. Otros factores también aceleran su acción:

1) El agrupamiento de elementos en dos «mitades» de cuatro y tres casi ha desaparecido, y

2) el contenido de las plagas tiene pocas sorpresas: viene repetido en gran parte de las series anteriores. Sólo está más intensificado. Las

¹⁶ Gm. 1.3 - 2.4.

¹⁷ Ver sobre 11.2, 42 meses.

primeras seis copas se describen rápidamente (un promedio de poco más de un versículo por copa), y la séptima, que por ser el clímax de las tres series debe culminarlo todo, ocupa efectivamente cinco versículos. Como nos lo recuerdan las flechas entre las columnas, el séptimo elemento de cada septenario inicia la siguiente serie y la abarca,¹⁸ de manera que EL TRIUNFO es el resultado lógico del castigo devastador de la séptima copa.

La estructura vertebral del libro, pues, nos advierte algo sobre la buena interpretación de esta SEGUNDA PARTE. Los septenarios se repiten un tanto, y el paralelismo que hay entre ellos, junto con la estructura concatenada, nos sugieren que los sucesos cataclísmicos aquí descritos no ocurren uno tras otro en orden cronológico (como si, por ejemplo, las demandas del quinto sello hubieran terminado antes de los sucesos de la primera trompeta), sino que los puntos a), b) y c), mencionados en todas las visiones, siguen siendo una constante en la historia del mundo hasta que Cristo venga a reinar. Es decir, la persecución cruel, el castigo divino de los verdugos y la redención de los cristianos siempre se entremezclan en el plan de Dios hasta el desenlace final. Pero falta todavía una observación complementaria: aquí Juan no se repite en una forma meramente cíclica; al contrario, de un septenario a otro hay cierto desarrollo de la acción, lo cual anuncia que nos movemos ordenadamente hacia la consumación. Dios actúa, no en el vacío ni en una esfera eterna en la que se contempla a sí mismo,¹⁹ sino en la historia humana. Y Juan utiliza una convención apocalíptica para expresar el control divino de los sucesos: describe la destrucción progresiva del mundo en términos de fracciones cada vez mayores. En LOS SELLOS, sólo la cuarta parte del mundo es azotada por la Muerte;²⁰ en LAS TROMPETAS se destruye ya la tercera parte de la tierra (de los árboles, el mar, etc.);²¹ y en LAS COPAS es afectada la totalidad.²² Este constante aumento, más la aceleración que hemos subrayado en la última serie, señalan que Juan trabaja, no en un círculo de repeticiones, sino en espiral; ve los mismos temas desde puntos de vista cada vez más exaltados.²³ De todas estas observaciones estructurales sacamos la conclusión de que Juan describe «los últimos hechos» de la historia consciente de su carácter histórico, pero en forma

alusiva e indirecta, sin intención de darnos información esotérica y detallada sobre el futuro. Para tal efecto, la forma apocalíptica es la más apropiada; sólo que el lector no debe abusar de ella y buscar reseñas del porvenir que Juan no tenía el propósito de suministrarle.

Hasta aquí hemos enfocado la estructura de la SEGUNDA PARTE y sus tres septenarios, que son la columna vertebral del libro. ¿Qué habremos de decir del septenario de LOS MENSAJES A LAS IGLESIAS?²⁴ ¿Por qué no incluirlo junto con las otras series para alcanzar un total de cuatro? Las razones son varias:

1) Esta primera serie de siete, a diferencia de las tres que ya hemos considerado, no está numerada; en otras palabras, un elemento no está concatenado con el siguiente dando la impresión de continuidad. Si fuera como los otros septenarios, esperaríamos palabras como: «Escribe al ángel de la primera iglesia, la de Efeso», y luego: «Escribe al ángel de la segunda iglesia, la de Esmirna», y otras por el estilo.

2) El estilo de LOS MENSAJES A LAS IGLESIAS es menos apocalíptico; en ellos Jesucristo resucitado habla en primera persona a las congregaciones. Además, cada uno de los mensajes sigue el mismo bosquejo de críticas y encomios,²⁵ mientras que en los septenarios vertebrales hay más diversidad entre los elementos de cada serie.

3) En contenido, también difieren marcadamente de otros septenarios. No tratan tanto de disturbios cósmicos, sino de condiciones concretas de siete grupos de cristianos del primer siglo.

4) Sin embargo, el conjunto de los mensajes trasciende los límites de una situación determinada. Sabemos esto por la oscilación entre singular y plural (la iglesia de tal lugar ... las siete iglesias)²⁶ que facilita nuestra identificación con los hermanos destinatarios. Cuando el Espíritu habla a las iglesias, los seguidores de Jesús del siglo XX nos sentimos interpelados, ya que Apocalipsis forma parte del canon que la iglesia ha definido como Palabra de Dios.

Dadas estas pistas en el texto, los estudiosos están de acuerdo, pues, en reconocer en LOS MENSAJES una serie aparte, que merece llamarse PRIMERA PARTE del libro.

Algunos comentaristas, entusiasmados por la prominencia de la cifra siete, han discernido en la SEGUNDA PARTE septenarios no numerados (c.g., siete visiones parentéticas, 12.1-15.4, y siete visiones de la con-

18 Ver el diagrama, pp. xv-xvii.

19 Como es el caso de algunos filósofos griegos.

20 Ap. 6.8.

21 Ap. 8.7-12; 9.15,18.

22 Ap. 16.2-4, 8-10, 12,14, 17-21.

23 Se ha sugerido que 1 Juan también es una obra escrita «en espiral».

24 Ap. 1.4-3.22.

25 Ver sobre 2.1.

26 El plural se halla en 1.4,11; 2.7,11,17 y 29; 3.6,13 y 22. El singular, junto con el concepto «ángel», se halla en 2.1,8,12 y 18; 3.1,7 y 14.

sumación, 19.11-21.8) para ordenar más estrictamente el material extenso que no cabe directamente en el esquema de los tres septenarios. Pero, si Juan prefiere no numerar estas visiones fuera de serie, esta hipótesis resulta un poco arriesgada. Es preferible entenderlas como preludios o posludios a los septenarios claramente indicados.

Cabe todavía observar ciertas semejanzas entre EL TÍTULO²⁷ y la CONCLUSIÓN,²⁸ que funciona como epílogo. Su contenido gravita en la producción y protección de este libro y su mensaje profético. A la vez, la lectura de Apocalipsis nos induce a rogar a Jesucristo que venga a este mundo injusto para establecer el reino de Dios definitivamente. Ambos párrafos sugieren que la soberanía de Dios, expresada supremamente en la gloriosa venida de Jesucristo, únicamente opera en nuestra vida en la medida en que lo adoramos activamente, no sólo en solemnes cultos sino también en el apasionado compromiso diario con nuestros semejantes.

En el comentario que ofrecemos a continuación sacaremos otras conclusiones implícitas en el bosquejo anterior.

CAPITULO I

1. EL TITULO

Cap. 1.1-3

- 1 La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto; y la declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan,
- 2 que ha dado testimonio de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo, y de todas las cosas que ha visto.
- 3 Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca.

Uno de los rasgos más llamativos de este libro nos golpea de una vez: pretende haber sido dado por Dios a los creyentes. Es cierto que otros libros del Nuevo Testamento también comienzan con esta insistencia en su propia autoridad o en su capacidad de traer buenas nuevas de parte de Dios,¹ pero aquí la palabra griega *apokálypsis*, traducida **revelación**, se refiere a algo de lo cual se ha descorrido el velo, y señala un grado muy marcado de intervención divina. Para subrayar esta cualidad, el autor habla de una cadena de reveladores:

Dios → Jesucristo → su ángel → su siervo Juan → sus demás siervos

Más claramente no puede expresarlo: el contenido del presente libro no se originó en la imaginación calenturienta de un hombre cualquiera; es, más bien, un mensaje de suma importancia que Dios ha querido dar a las iglesias, y para lo cual escogió como canal humano a Juan. Veremos más adelante² qué forma adquiere esta revelación; lo esencial es que Juan dice ser simplemente el portavoz de un anuncio urgente, clarísimo y de gran poder.

²⁷ Ap. 1.1-3.

²⁸ Ap. 22.6-21.

¹ «Yo Pablo, apóstol de Jesucristo...» Ef. 1.1; «Principio de la buena noticia de Jesucristo, el Hijo de Dios.» Mr. 1.1.

² Ver sobre 1.11, lo que ves.

Debemos advertir, sin embargo, que no todos los lectores han obtenido una impresión tan alta de la lectura del libro. Por ejemplo, Jerónimo, padre de la Iglesia,³ exclama: «Apocalipsis tiene tantos intérpretes como palabras», y aun los reformadores Lutero y Calvino se abstuvieron de escribir comentarios sobre este libro, como lo hicieron sobre los demás escritos del Nuevo Testamento. Lutero hasta dudó de la pertenencia de Apocalipsis a los libros canónicos (reconocidos como inspirados).

Con todo, hoy día el mundo hispanoparlante se halla en una situación tan parecida a la de Juan, el autor, que las palabras de su profecía adquieren nuevo brío, y él llega a ser nuestro contemporáneo. El propósito del presente comentario, pues, es quitar de Apocalipsis, como se hace con una vieja y valiosísima pintura, las muchas manos de barniz (interpretaciones tradicionales pero a veces de reciente data, muchas de las cuales se originaron en otros contextos), para dejar libres los vívidos colores del original, a fin de que nuestra generación vuelva a apreciarlo. Por supuesto, cualquier comentarista se ve obligado a confesar que su trabajo de «limpieza» es imperfecto, y que también ha distorsionado el original, por más que haya tratado de evitarlo. Pero cada generación, cuando menos, tiene que hacer este esfuerzo de «relcer» el texto, de «rever» la pintura.

La expresión que abre el libro, **revelación de Jesucristo**, puede referirse en otros libros del Nuevo Testamento⁴ a la gloriosa venida del Señor, pero, aunque Apocalipsis coloca dicha venida como meta de la historia, esta frase que Juan usa para intitular su obra describe una **revelación que Dios hizo a Jesucristo**.⁵ Al mismo tiempo, deja entrever que Jesucristo es el contenido de tal revelación. Y no se trata simplemente de un hecho futuro — la inminente venida a reinar — sino de toda la acción encarnada del Hijo, por ejemplo, sus parábolas y milagros. Por tanto, el presente comentario se esforzará por vincular Apocalipsis con los cuatro Evangelios y el ministerio terrenal de Jesús, y no sólo con el Antiguo Testamento y las Epístolas del Nuevo. En particular, veremos mucha relación entre Apocalipsis y el Evangelio de Juan, escritos es-

labonados por la antigua tradición que los atribuye a ambos al mismo autor.⁶

Su **siervo** designa propiamente a un profeta,⁷ pero todos los cristianos son también llamados **siervos**, porque **leen y escuchan la lectura** de este mensaje profético para ponerlo en práctica.⁸

Ha de suceder es una frase tomada de Daniel⁹ que expresa un concepto clave en todas las obras apocalípticas: Dios concibió desde la eternidad un plan que se desarrolla inexorablemente, de manera que ciertos acontecimientos tienen que suceder. Este concepto se repite casi textualmente al final del libro,¹⁰ donde el contenido indudable de los hechos se describe como la pronta venida de Jesús. Sin embargo, vale apuntar aquí una advertencia: este concepto de la soberanía de Dios se presta a abusos, y en manos menos aptas que las de Juan¹¹ se convierte en una visión mecanicista del universo, en la que la voluntad humana y las iniciativas terrestres no cuentan para nada. Juan, en cambio, insiste en la responsabilidad humana¹² y, precisamente por ello, no describe en su libro la historia militar o sociopolítica de los hombres y las naciones del futuro. Tampoco detalla los sucesos del porvenir que satisfacerían nuestra curiosidad pero nos dejarían como espectadores de la historia en vez de colaboradores de nuestro soberano Dios.¹³

Quizá el título que Juan da a su libro, **revelación**, despista a algunos lectores que esperan un libro típico del género apocalíptico, cuando efectivamente Apocalipsis no cabe cómodamente en él. Varias características nos alertan sobre su peculiaridad. En primer lugar, no se atribuye ficticiamente a algún «viajero celestial» del pasado remoto como Enoc, Baruc, Moisés o Esdras, sino a su verdadero autor, Juan, conocido por los destinatarios.¹⁴ En segundo lugar, valora altamente este mundo y su historia humana; Juan no es dualista en el sentido de aborrecer todo lo que produce o piensa el hombre y enaltecer sólo la intervención milagrosa de Dios.¹⁵ En tercer lugar, Apocalipsis no elabora una predicción sucesiva de los eventos futuros, sino que se concentra en el señorío

3 331-420 d.C.

4 1 Co. 1.7-8; 2 Ts. 1.7; 1 P. 1.7 y 13. El término técnico para la gloriosa venida del Señor es *parusía*.

5 Cf. Mt. 11.25-27, particularmente muchos textos en Juan: 3.35; 5.20-23; 26; 7.16; 8.28; etc.

6 Ver sobre 1.9, **Yo, Juan**.

7 «Nunca hace nada el Señor sin revelarlo a sus siervos los profetas.» Am. 3.7.

8 Ap. 1.3; cf. 2.20; 7.3.

9 Dn. 2.28.

10 Ap. 22.6-7.

11 Por ejemplo, los libros 1 Enoc y Apocalipsis de Esdras.

12 Ver sobre 2.7, **El que tiene oídos, oiga**.

13 1 Co. 3.9.

14 Ver sobre 1.9, **Yo, Juan**.

15 Ver sobre 21.5, **Yo hago nuevas todas las cosas**.

de Cristo y en sus varias consecuencias tanto futuras (muy generales) como presentes.

APOCALIPSIS DE JUAN

1. Firmado por su propio autor.
2. Insistente en la responsabilidad del hombre en la colaboración de la tierra con el cielo.
3. Dirigido como profecía a la situación contemporánea, con la promesa de la venida de Cristo.

LIBROS APOCALÍPTICOS

1. Atribuidos ficticiamente a un famoso héroe del pasado.
2. Pesimistas en cuanto a la obra humana; concentrados en el cielo.
3. Formulados como «predicción» del futuro próximo (para el verdadero autor, la historia recién acaecida), con una vaga predicción del pronto fin del mundo.

Presentamos a continuación en forma gráfica las diferencias que acabamos de mencionar con otros libros apocalípticos:¹⁶

Por supuesto, una lista de las semejanzas de los apocalipsis clásicos y éste del Nuevo Testamento sería muy larga. Innegablemente ambos, por ejemplo, utilizan el Antiguo Testamento y creen fuertemente en la soberanía de Dios y en la venida de éste durante su propia generación, la cual será, por consiguiente, la última de la historia.

Un poco más adelante discutiremos la cuestión de quién escribió Apocalipsis.¹⁷ Por el momento, notemos que el autor se identifica simplemente como el **siervo** (de Dios o de Jesucristo) **Juan**, e insiste en haber **dicho la verdad de todo lo que vio**. Esta experiencia de «ver» el contenido de Apocalipsis lo constituye en **testigo**, no tanto de visiones en el sentido corriente de otros apocalipsis, sino de una persona, **Jesucristo**, quien es él mismo **el mensaje de Dios**.¹⁸ Lo que convence del testimonio de Juan es que encarna en su propia experiencia la cualidad dadivosa y pastoral que encontramos en Jesús. Lo veremos más claramente unos versículos más adelante.

En el versículo 3 encontramos la primera de siete bienaventuranzas que aparecen en el libro.¹⁹ Estos dichos tan típicos del judaísmo califican como **dichosos**²⁰ a los que tienen ciertas cualidades. Aquí la dicha consiste en escuchar **la lectura** de Apocalipsis. Se puede pensar en una situación de culto en que un dirigente lee en voz alta un texto — quizá

con explicación o comentario— mientras los demás **escuchan**. O se puede imaginar igualmente un contexto menos formal, tal como un devocional familiar o un grupo de estudio bíblico, en que el diálogo sería la forma más adecuada para «escuchar».²¹ Y ya que los cristianos del siglo XX tenemos el privilegio de tener cada uno nuestro propio ejemplar de la Biblia, esta bienaventuranza corresponde también al individuo. Pero antes de contentarnos con una lectura privada — de por sí típica de nuestra cultura individualista —, sería bueno reconocer la sabiduría del consejo de estudiar Apocalipsis en forma de consulta. Un grupo que se ponga en sintonía con el libro puede descubrir para su vida más acerca del plan de Dios de lo que obtendrían esas mismas personas del estudio individual. Sin embargo, también es cierto que cuando falta la oportunidad de reunirse con otros creyentes, la consulta de un buen comentario puede resultar parcialmente satisfactoria. Pero aun en este último caso, el lector debe dialogar con el comentario, poniendo reparos aquí, complementando allá.

Apocalipsis, si se estudia como si fuera simplemente un oráculo sobre el futuro, pierde su carácter esencial de **mensaje recibido de Dios**.²² Como hemos indicado anteriormente, otros apocalipsis pretenden descender el velo del porvenir, pero éste en cambio es una profecía en el sentido en que se usa la palabra en el Antiguo Testamento: un mensaje de Dios dirigido a su pueblo con el fin de lograr resultados inmediatos. El Señor nunca habla simplemente para transmitir información o satisfacer la curiosidad humana.²³ Por supuesto que toda afirmación de las intenciones divinas tiene un aspecto futuro, pero en la verdadera profecía siempre aparece al mismo tiempo un llamado a la cooperación de los hombres, lo cual introduce, desde luego, un elemento contingente, «**incierto**» desde nuestro punto de vista. Pero, sin este elemento de responsabilidad humana, la literatura apocalíptica se convertiría rápidamente en una descripción mecánica de sucesos futuros en la que el lector llegaría a ser un mero espectador. La Biblia no es este género de libro.

16 Ejemplos del género: 1 Enoc (siglo III a. C.), Asunción de Moisés (siglo II a. C. y siglo I a. C.), IV Esdras (siglo I a. C.) y Apocalipsis de Baruc (siglo I d. C.).

17 Ver sobre 1.9, **Yo, Juan**...

18 Cf. Jn. 1.1-2; 1 Jn. 1.1-3; Ap. 19.13.

19 Las otras seis: 14.13; 16.15; 19.9, 20.6; 22.7 y 14.

20 Literalmente, envidiables.

21 Obsérvese el refrán constante en las 7 cartas: «¡El que tiene oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias!», que es en sí una especie de bienaventuranza. Ap. 2.7; 11, etc.

22 V. 3, literalmente, profecía. La expresión **mensaje de Dios**, v. 2, traduce un giro completamente diferente.

23 **Pues él habló, y todo fue hecho; él ordenó, y todo quedó firme** (Sal. 33.9). ...**Así también la palabra que sale de mis labios no vuelve a mí sin producir efecto, sino que hace lo que yo quiero y cumple la orden que le doy** (Is. 55.11).

Si, pues, **no queda mucho tiempo**²⁴ antes de que se cumpla lo que está escrito en Apocalipsis, debemos entender la urgencia no tanto en términos de días y meses, sino de obediencia.²⁵ Dios exige a **sus siervos** que cooperen con su **mensaje** y su propósito para el mundo. Sería falsear la intención del libro decir que sin esta cooperación Dios se quedaría con las manos atadas, pero al menos es claro que, en su gran soberanía, él ha tenido a bien involucrar el esfuerzo humano en la realización de su plan. El **escuchar**, pues, a que Juan se refiere (v. 3) es el mismo del credo que los judíos rezaban tres veces al día: «Oye Israel: El Señor nuestro Dios es el único Señor»;²⁶ el oído abierto simboliza el poner por obra las demandas y los mandamientos del Señor.²⁷

En el versículo 2 Juan ha indicado indirectamente lo que le costó a él **escuchar** en este sentido; como **siervo** ha «testificado del mensaje de Dios y del testimonio de Jesucristo». Estos dos términos aparecen coordinados varias veces,²⁸ como si Juan quisiera subrayar que el testimonio dado por Jesús es la perfecta expresión de la palabra de Dios y sus exigencias. Si a Jesús esa palabra lo llevó a la muerte como fiel testigo,²⁹ y lo mismo le sucedió a Antipas,³⁰ un creyente de Asia Menor, Juan sospecha que él mismo, ya prisionero en Patmos por su fe,³¹ bien puede terminar como mártir. Si bien es cierto que la palabra *mártys* (testigo) se usa por primera vez en el sentido específico de «mártir» unos diez o veinte años después de ser escrito Apocalipsis, Juan ya está alerta sobre la resonancia mutua entre «testimonio» y «martirio».³² Cualquier pacto, pues, de obediencia al Padre, puede llevar al creyente a sufrir la suerte de Jesucristo. El segundo corolario es todavía más extraño: sin este sufrimiento no se producen grandes obras para Dios.³³ Este libro que es-

24 V. 3.

25 Cf. Mr. 1.15, «el reino está cerca» y Mr. 9.1.

26 Dt. 6.4.

27 Compárense los paralelos en 22.7: «Dichosos los que guardan las palabras...» (VP) y Lc. 11.28.

28 Ap. 1.9; 6.9; 12.17 y 20.4.

29 Ap. 1.5.

30 Ap. 2.13.

31 Ap. 1.9.

32 Ap. 6.9; 11.7 y 12.11.

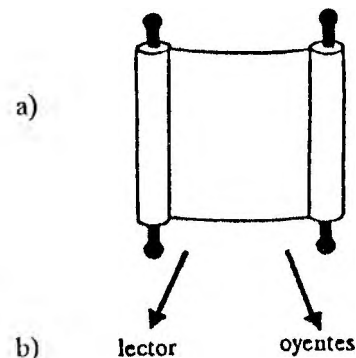
33 Ver sobre 1.17, **Caí... como muerto**.

tuvimos diecinueve siglos más tarde es el fruto directo del «martirio» de Juan, de ese riesgo de morir que él corrió.³⁴

La bienaventuranza del versículo 3 establece, entonces, una doble relación:

a) Apocalipsis es un libro escrito y para su debido efecto tiene que ser leído.

b) En este proceso de lectura y actualización intervienen dos agentes: un lector y un grupo de oyentes, todos los cuales deben hacer caso al contenido.³⁵



Aquí en el primer capítulo y otra vez en el último, detectamos algo así como ecos fragmentarios del diálogo b) — himnos, responsos litúrgicos, la voz del Señor y la plegaria de la congregación — que nos recuerdan que el culto provee el mejor contexto para la reflexión bíblica; o mejor dicho, que el verdadero estudio conduce inevitablemente a la adoración. Sabemos que la Iglesia del primer siglo, siguiendo el modelo de la sinagoga, leía en público escritos paulinos;³⁶ igualmente la Iglesia del siglo II leía los Evangelios y otras obras cristianas de índole profética.³⁷

34 Compárense la profecía en Jn. 21.18-23 que la escuela juanina recuerda acerca del «martirio» de Pedro y del discípulo a quien Jesús quería mucho. Aquí «seguir a Jesús» implica «ser crucificado». Ver también Mr. 8.34-35 y paralelos.

35 La seriedad de este proceso se subraya en la conclusión del libro, 22.18-19.

36 Col. 4.16; 1 Ts. 5.27.

37 Según Justino Mártir, en la asamblea dominical «uno lee las memorias de los apóstoles y los escritos de los profetas».

2. PRIMERA PARTE

Caps. 1.4-3.22

Salutación

Cap. 1. 4-8

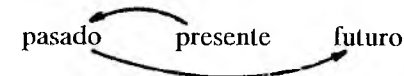
- 4 Juan, a las siete iglesias que están en Asia: Gracia y paz a vosotros, del que es y que era y que ha de venir, y de los siete espíritus que están delante de su trono;
- 5 y de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre,
- 6 y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén.
- 7 He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén.
- 8 Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso.

Una vez establecida la atmósfera apocalíptica y de culto, ¡Juan cambia abruptamente la marcha y comienza a escribir una carta! Con todo, el aspecto epistolar del libro se restringe a ciertas cuestiones formales y no debe confundirnos al definir el género literario de la obra completa. Es cierto que el autor se identifica (**Yo, Juan**) e identifica a los destinatarios (**a las siete iglesias de la provincia de Asia**) como si se tratara de una carta. Es un hecho que aun expande un poco la famosa fórmula paulina de salutación (gracia y paz de parte de Dios y de Jesucristo) y escribe dos capítulos en forma de siete mensajes escritos a las congregaciones de Asia Menor,¹ pero el libro no es una verdadera carta. Lo que sugiere este párrafo es que Juan, al ponerse a pensar en sus queridos

hermanos en tierra firme, se imagina participando con ellos en un culto. Pero los himnos congregacionales y las afirmaciones del Cristo resucitado que hallamos periódicamente en Apocalipsis nunca son un mero adorno literario, sino una clave para comprender el mensaje central del libro.

¡Cuánta consolación daría, por ejemplo, a un prisionero del Imperio Romano saber que Jesucristo **tiene autoridad sobre los reyes de la tierra**, y que el trino Dios nos ha dado la resurrección de Jesús (**el primero en resucitar**) en señal de su amor y poder! Es más, el hecho de que Jesús sea sólo **el primero** constituye una promesa: su resurrección es la garantía de que los que están unidos a él por fe, resucitarán también a su debido tiempo.² En nuestra América, muchos prisioneros políticos han yacido en celdas de regímenes dictatoriales, de cara a la muerte, pero reconfortados por la seguridad de la tumba vacía del Señor Jesús.

Uno de los misterios más intrigantes de este libro es su concepto del tiempo. Ya lo comenzamos a oler en la descripción de Dios (**el que es y era y ha de venir**), en la cual el énfasis está primero en el presente, luego en el pasado, y sólo en tercer lugar en el futuro:



En este tiempo futuro, el verbo estático «ser» es sustituido por otro más dinámico, «venir». Tal como los rabinos habían meditado sobre el nombre sagrado revelado a Moisés,³ Juan saca provecho del punto de vista cristiano para reflexionar sobre el carácter del Dios que se revela con nueva claridad en la encarnación.

Algunos estudiosos se han preocupado mucho porque **de parte del que es** y otras frases del libro están escritas en un griego gramaticalmente incorrecto. El consenso actual, sin embargo, admite que Juan es un escritor sensible y a veces pulido; sabe muy bien expresarse con esmero. De manera que hemos de suponer que estas anomalías de redacción son intencionales; en el presente caso Juan probablemente quiere llamarnos fuertemente la atención sobre la unicidad de Dios.

Cuando en medio de expresiones comunes tropezamos con el concepto de **siete espíritus que están delante del trono** de Dios, nos damos cuenta, sin equívocos, de que este libro es un apocalipsis y utiliza el vocabulario propio de tal género. ¿Cree Juan de veras que Dios tiene, no uno, sino siete espíritus? Aquí nos conviene establecer, de una vez, una

2 1 Co. 15.23-24.

3 Ex. 3.14, «YO SOY EL QUE SOY».

1 Ap. 2 y 3.

regla básica de interpretación: todos los números mencionados en los apocalipsis han de entenderse simbólicamente. Dios tiene, o es, un solo Espíritu, pero la cifra siete intensifica nuestra comprensión de lo completo y polifacético que es. De igual manera, el giro **las siete iglesias de la provincia de Asia** no quiere limitar el número de las congregaciones cristianas a sólo siete; en esa época había muchas otras en la provincia.⁴ La cifra simboliza la perfección y plenitud de la cosa que contamos.

Cabe aquí una observación sobre el texto original de Apocalipsis. Las versiones de la Biblia anteriores a 1875, cuando la ciencia textual llegó a su madurez, contienen algunas variantes que no concuerdan con las versiones más recientes, ya que éstas tienen la ventaja de tomar en consideración ciertos manuscritos griegos descubiertos en el siglo pasado y que nos transmiten un texto más puro. Así que la Reina-Valera (evangélica) o la Torres-Amat (católica) no rezan **Cristo nos ama**, en tiempo presente, sino «nos amó», en pretérito, porque traducen un texto griego que se remonta sólo a la Edad Media. De manera similar, la expresión **[Cristo] ... nos ha librado de nuestros pecados** parece ser la original, mientras que las versiones precientíficas, al traducir una de las palabras con una letra agregada por un copista, rezan «nos ha lavado de nuestros pecados». La diferencia no amenaza nuestra fe pero debemos agradecer la labor continua de los científicos en el campo textual: no queremos leer y divulgar la opinión de algún escriba del siglo VI sino las palabras textuales del autor (traducidas, desde luego, a un español contemporáneo, claro y dinámico).⁵

Hemos sugerido ya que este párrafo toca temas que el resto del libro tratará más ampliamente. Tras recordar a los lectores la resurrección y exaltación de Cristo (**el primero en resucitar tiene autoridad sobre los reyes de la tierra**),⁶ Juan insiste en el amor constante del Redentor expresado de una vez por todas en la muerte expiatoria sobre la cruz (**nos ha librado de nuestros pecados derramando su sangre**).⁷ Luego llega a un asunto carísimo al corazón de un prisionero como él, encarcelado por el poderoso Imperio Romano: **el reino**. ¿Quién detenta el poder en este mundo? Se puede decir que este tema es uno de los más candentes del libro. La respuesta que Juan da es bastante matizada, porque no basta afirmar simplemente que Cristo reina. Demasiadas escenas del libro dramatizan el deprimente señorío satánico como para quedarnos en este nivel triunfalista e idealista. Sin embargo, tampoco puede contestarse que Satanás reina: desde el derramamiento de la sangre de Cristo en el

Calvario, hay un sentido en que el maligno y sus huestes han sido derrotados definitivamente.⁸

Juan ejercerá toda la sutileza de su arte imaginativo para sugerir una respuesta útil y pastoral a este conflicto de reinos. En el momento cumbre del libro,⁹ Jesucristo aparece como conquistador, barriendo toda oposición, para establecer en forma verificable el reino de Dios en la tierra. Y no viene sólo: comparte su «poder real», su reino, con las huestes que lo acompañan, que son los redimidos. Por varias razones que explicaremos luego, hay que entender esta venida del Señor como un acontecimiento futuro dentro de la historia. Pero hasta entonces — y una vez más volvemos a la pregunta original —, ¿quién detenta el poder en este mundo?

Juan nos da una pista, aunque es ambigua en su contexto de culto: como fruto de su muerte redentora y su tumba vacía, **Cristo ... ha hecho de nosotros un reino**. Desde ahora reinamos con él; pero para evitar un optimismo ingenuo, Juan procede a precisar en qué sentido: reinamos actuando como **sacerdotes al servicio de ... Dios**. Aquí encontramos por primera vez una característica destacada de Apocalipsis: Juan aplica a la Iglesia descripciones que el Antiguo Testamento había reservado a los judíos,¹⁰ expresando así la creencia común de todos los autores del Nuevo Testamento de que la Iglesia ha heredado todos los privilegios y prerrogativas del pueblo de Dios.¹¹ Es cierto que el autor de Exodo 19.1-6 no pensaba en la tarea misional de Israel pero la encarnación de Jesucristo ha abierto nuevos horizontes, de manera que el ser **sacerdotes al servicio de ... Dios** involucra a los cristianos no sólo en un ministerio hacia Dios sino también en la mediación de las bendiciones divinas al mundo. Comparten y compartirán la autoridad real de Jesús sobre las naciones,¹² pero también hoy comparten su autoridad sacerdotal. Por nuestra fe en Jesús, sellada con el bautismo, somos todos sacerdotes, o mejor dicho, participamos en su único sacerdocio.¹³

La clave que nos alerta en cuanto a esta matriz es la expresión **sacerdotes al servicio de su ... Padre**; cuando se trata de la relación entre Jesús y su *abba* («Padre mío»), hemos de recordar la actitud filial de amor, con-

8 1 Co. 15.23-28; Ef. 1.19-22, 3.9-11; Col. 2.14-15.

9 Ap. 19.11-16.

10 Ex. 19.6.

11 1 P. 2.9.

12 Ap. 2.26; 3.21; 5.10 y 20.6.; cf. Mt. 19.28; Lc. 22.30.

13 He. 13.15-18.

4 Ver sobre 1.11.

5 Ver la Bibliografía, p. 249.

6 Sal. 89.27.

7 Jn. 1.29; 20.20-23.

fianza y obediencia que distinguía su vida terrestre.¹⁴ Si ante el mundo necesitado Jesús se sentía sacerdote, responsable por él, ¿cómo podemos nosotros, constituidos en una casa real de sacerdotes, divorciarnos de la preocupación por el bienestar de la familia humana que nos rodea? Tendremos varias ocasiones en el presente estudio para ver en qué formas Apocalipsis sugiere que ejercitemos este ministerio.

Una de las formas es sugerida en la exclamación **¡Cristo viene en las nubes!** Mientras el trono de César parece sólido e inmovible, muchos de los súbditos de los **reyes de la tierra** no saben que Cristo es el verdadero Soberano, de manera que el testimonio que los cristianos damos en este particular es importante. Juan quiere animar a sus lectores a mantenerse «firmes en su propósito, como si vieran al Dios invisible»,¹⁵ seguros de que la venida que los ojos de la fe perciben como presente (**¡Cristo viene...!** El texto no reza «vendrá»)¹⁶ llegará un día a ser un dato innegable de la historia: **Todos le verán.**

8. Aislado del contexto, aparece aquí otro fragmento, como si Dios interviniera para identificarse. Puede ser que el Señor inspirara a un profeta a pronunciar estas palabras en un culto. Así como la primera letra del alfabeto griego —y es en este idioma que Juan escribe su libro— es **alfa** y la última es **omega**, Dios reclama ser el principio y el fin de todo. Y como los oyentes del antiguo Oriente habrán pensado también en todas las demás letras como incluidas en la expresión, ésta equivale a decir «Yo abarco todo lo que se puede decir o escribir. Soy el ... **todopoderoso.**» Con esta hermosa nota de soberanía termina el párrafo que nos prepara para entender el origen del libro.

Una visión de Jesús glorificado

Cap. 1.9-20

- 9 Yo Juan, vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo.

¹⁴ Mr. 14.36 y paralelos; Ro. 8.15; Gá. 4.6.

¹⁵ He. 11.27.

¹⁶ El presente se halla también en 22.7, 12 y 20.

- 10 Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta,
- 11 que decía: Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último. Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea.
- 12 Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro,
- 13 y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro.
- 14 Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego;
- 15 y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno; y su voz como estruendo de muchas aguas.
- 16 Tenía en su diestra siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza.
- 17 Cuando le vi, caí como muerto a sus pies. Y él puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas; yo soy el primero y el último;
- 18 y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades.
- 19 Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de éstas.
- 20 El misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y de los siete candeleros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candeleros que has visto, son las siete iglesias.

Notamos ya que la SEGUNDA PARTE del libro¹⁷ comienza con una visión inicial (caps. 4-5); paralelamente, la PRIMERA PARTE también (1.9-20). Ambas visiones tienden a autorizar a Juan a escribir su profecía. Pero antes de examinar ésta del primer capítulo, nos incumbe contestar la

¹⁷ Ap. 4.1 - 22.5.

pregunta sobre la identidad del autor: ¿Quién es el hombre que dice sin fanfarria Yo Juan, soy hermano de ustedes?¹⁸ La iglesia primitiva conservó varias tradiciones:

1) Una muy fuerte atribuyó Apocalipsis a Juan el apóstol,¹⁹ aunque otras veces discrepó con esta idea.

El testimonio que se originó en la capital de Asia sólo 40 años después de la publicación del libro parecía incontestable, pero desafortunadamente las tradiciones acerca de los apóstoles que nos llegan del siglo II son manifiestamente tendenciosas. Varios escritores de la época confundieron a Santiago el apóstol con Santiago el hermano del Señor, y otros creyeron que Felipe el apóstol y Felipe el evangelista eran una misma persona. En una época un poco posterior, cuando los dirigentes de la iglesia buscaban religar los libros sagrados con nombres de apóstoles, puede haber habido varias razones para atribuir Apocalipsis al hijo de Zebedeo. Además, a juzgar por la evidencia interna, el autor de Apocalipsis no escribe como si fuera un apóstol ni reclama explícitamente tener autoridad apostólica. Prefiere llamarse «profeta», como hemos visto, aunque desde luego, esto no necesariamente excluye que sea también apóstol. Al fin de cuentas, de todas las cartas del Nuevo Testamento, sólo las de Pablo y Pedro insisten en identificar a su autor usando el vocablo «apóstol».

2) Otra tradición vio Apocalipsis con desdén y lo atribuyó a Cerinto, el gnóstico que se oponía a Juan de Efeso. El contenido del libro, sin embargo, no permite sospechar una fuerte influencia gnóstica.

3) Otra tradición afirmó la existencia de dos Juanes, ambos discípulos del Señor. El hijo de Zebedeo murió en Palestina, pero el otro, apellidado «el anciano»,²⁰ tuvo un largo ministerio en Asia Menor. Dionisio de Alejandría,²¹ tras un estudio concienzudo, conjeturó que el anciano había escrito Apocalipsis, y hoy numerosos estudiosos lo aceptan, al mismo tiempo que reconocen que muchos enigmas rodean la figura sombría de Juan de Efeso.

En última instancia, los apóstoles sirvieron como eslabón histórico entre Jesús y las generaciones siguientes, y ya que él no dejó nada escrito, ellos constituyen un testimonio insustituible para la confección de un evangelio. Sin embargo, los requisitos para escribir un apocalipsis son otros. Importa un comino si el Juan de Patmos fue o no el hijo de

Zebedeo. Además, para los propósitos de ese comentario no vamos a discutir la cuestión, muy controvertida por cierto, de la relación entre Apocalipsis y los otros escritos juaninos (el cuarto Evangelio y las tres Epístolas). Pero la conclusión sería que entre los cinco documentos existe una afinidad y un parentesco marcado. Aparentemente podemos imaginarnos una «escuela» juanina en torno a la persona del apóstol, o al menos una comunidad que dejó su impronta inconfundible sobre los cinco escritos.²² En el presente comentario mencionaremos algunas luces que el Evangelio y las Epístolas echan sobre nuestro libro.

9. Si Juan, el autor, tiene tanta reputación entre los lectores originales, la razón de encontrarse en la isla llamada Patmos por haber anunciado el mensaje de Dios confirmado por Jesús bien puede ser que las denuncias que él hizo (como dirigente de la iglesia en Asia) del poderío imperial y el culto al emperador en Efeso y otras ciudades lo hayan convertido en persona non grata a nivel político. Es probable que las autoridades lo consideraran un agitador²³ por haber animado a las iglesias a boicotear las celebraciones cívicas que involucraban actos de culto. Su peor enemigo debe haber sido el sumo sacerdote del culto imperial con sede en Efeso.

¿Qué sentencias pronunciaba la ley romana a los que habían caído en desgracia con el gobierno?²⁴

1) Existía la «deportación a una isla», sólo decretable por el emperador, que incluía la confiscación simultánea de propiedades y derechos. Juan no entró en esta categoría.

2) Tertuliano, padre de la Iglesia, escribe que Juan cayó en la categoría de «relegación a una isla», que los gobernadores de provincia podían decretar si tenían una isla apropiada en su territorio. Esta sentencia no incluía la confiscación de nada, y aparentemente, en el caso de Juan al menos, no duraba toda la vida.

¿Qué derechos tenían los cristianos al fin del primer siglo? La ley romana veía la religión como un departamento del Estado, de manera que la única religión legalmente reconocida era el culto oficial, y la participación en tal culto se consideraba una marca de lealtad política. En la práctica, sin embargo, se toleraban otras religiones foráneas, siempre que no estorbaran ni el culto oficial ni el orden público. Ya que la mayoría de los súbditos del Imperio eran politeístas, los practicantes de una

18 Ap. 1.9.

19 Justino Mártir lo afirmó en Efeso aproximadamente en el año 135.

20 Ver 2 Jn. 1; 3 Jn. 1.

21 250 d.C.

22 Ver Zorrilla, *Fiesta*, pp. 125-129.

23 Cf. Hch. 17.7.

24 Los siguientes párrafos se apoyan en Caird, *Revelation*, pp. 21-23

religión podían participar en las ceremonias de otra sin problemas de conciencia. Es bien cierto que en el caso de los judíos, se hacía una excepción: podían practicar su religión en todo lugar del Imperio y se los eximía de toda participación en el culto oficial. En tanto que los romanos veían a los cristianos como una secta del judaísmo,²⁵ esta provisión benefició la extensión del evangelio pero, durante las investigaciones que hizo el gobierno después del incendio de Roma en el 64 d.C., se descubrió que de hecho el cristianismo era una nueva religión, pernicioso desde el punto de vista oficialista. Sin embargo, de esto no podemos deducir que fuera un crimen el declararse cristiano, ni mucho menos un crimen que mereciera la pena de muerte. Es cierto que los cristianos habían perdido su cobertura legal, pero su suerte dependía entonces de dos factores impredecibles:

1) En las provincias, la administración de la justicia quedaba a discreción del gobernador, quien definía él mismo las reglas de juego. Lo único que no podía hacer era tomar la iniciativa de montar un proceso; siempre hacía falta un acusador.²⁶ Después del 64, entonces, la suerte de los cristianos dependía de su propia habilidad para quedar bien con sus vecinos, a fin de no suscitar litigación alguna en las cortes.

2) La disposición personal y la actitud del gobernador. Juan debe haber caído mal en el primer respecto y tenido mejor suerte en el segundo.

Por tanto, se puede concluir que lo que conduce a Juan a esperar un martirio muy generalizado para los cristianos en el futuro próximo no era tanto su propio exilio, sino la nueva tendencia de Domiciano²⁷ a exigir culto a su persona como emperador reinante. Ya desde los días de Augusto (31 a.C. - 14 d.C.) tal culto se practicaba intermitentemente. Pero el edicto de Domiciano del 95 debe haber alertado a Juan. Un totalitarismo de esta magnitud tenía que llamar a los cristianos a la oposición abierta. El resultado sería —y Juan lo vio muy claramente— una guerra a muerte entre Iglesia y Estado, entre el Cordero y los Monstruos. (De hecho, la persecución no cayó en ese preciso momento, porque al término de un año Domiciano murió asesinado.) De manera

25 Ver Hch. 18.12-17.

26 Ver sobre 12.10, el acusador de nuestros hermanos.

27 Emperador de 81-96 d.C. Para más datos sobre la fecha de Apocalipsis, ver sobre 17.10, uno de ellos gobierna ahora.

que Juan ve su propia condición de desterrado como «la escritura en la pared», una pequeña muestra de la intensidad con que el diablo combate contra la verdad del evangelio. Hasta el momento pocos creyentes han perdido la vida en ese combate,²⁸ pero pocos escapan con vida dentro de poco.

Patmos, a pesar de sus playas calurosas, era todo menos un lugar de turismo. Según las afirmaciones de los historiadores Tácito y Plinio, casi contemporáneos de Juan, los desterrados allá no hallaban ni siquiera árboles. La isla tiene 15 km. de largo y 10 de ancho, y dista de Mileto, el puerto de Efeso, sólo 60 kms. Un **día del Señor** Juan podía imaginarse cómo los hermanos, reunidos en la Santa Cena, lo echaban de menos y oraban por su superintendente exiliado; y él, con los ojos fijos en las torres de Efeso, añoraba participar con ellos en el culto. No sabía que Dios, en su misericordia, le tenía preparado un culto absolutamente único: un encuentro con Jesús resucitado.

Pero Juan y los destinatarios experimentaban ya tres cosas **en Jesús** en todo momento: los sufrimientos, el reino y la paciencia para soportar la tribulación. Es instructivo comparar esta frase **en Jesús**,²⁹ dado su énfasis en la humanidad del Salvador, con la de Pablo, «en Cristo». Ambos autores se refieren a una misma realidad: la unión mística de los creyentes con su Redentor y entre sí. Pero para Juan, el Jesús de los caminos polvorientos ocupa el lugar central; fuera de las frases estereotipadas de 1.1, 2 y 5, la palabra «Cristo» no vuelve a aparecer. El Hijo de Dios es simplemente «Jesús». Y los cristianos vivimos **los sufrimientos, el reino, y la paciencia** según la pauta que él nos dejó, y en el poder que él nos ha suministrado.³⁰

10. El lenguaje cristiano estaba forjándose activamente a fines del primer siglo. Si en las primeras décadas el culto era el sábado, hay indicios de que en fecha temprana los hermanos «mesiánicos» se congregaban (¿también?) el domingo.³¹ Esta es la primera vez que leemos acerca del **día del Señor**, el domingo, —la Iglesia celebra la resurrección de Jesús «el primer día de la semana».³² No es de extrañarse, pues, que Juan tuviera ese día una experiencia carismática (**sucedió que ... quedé bajo el poder del Espíritu**) que lo vuelve sensible a las realidades del

28 Ver sobre 6.9, los que habían sido muertos.

29 Jn. 14.20.

30 Jn. 14.27c y 30; 15.18-21; 16.1-4, 21-22 y 33. Ver sobre Ap. 6.9-11.

31 1 Co. 16.2; Hch. 20.7.

32 Mr. 16.2 y paralelos; Jn. 20.1.

mundo trascendente.³³ Es como si los fragmentos de diálogo cúltico que hemos discernido en los versículos 3-8 se convirtieran en un verdadero culto (v. 17, **caí a sus pies**). ¿No había prometido Jesús que el Espíritu tendría ese papel: «tomará de lo mío, y os lo hará saber»?³⁴

Ahora se multiplican los términos apocalípticos: **fuerte voz ... trompeta ... escribe ... lo que ves**, pero antes de tomarlos al pie de la letra, observemos cuán bíblicos y alusivos son. En vez de surgir de una experiencia visual, parecen tener su origen en una lectura atenta de pasajes del Antiguo Testamento. La **trompeta**, por ejemplo, que sugiere una voz angelical (cf. 4.1) en los últimos días, se halla en Sofonías 1.16 y Zacarías 9.14,³⁵ y el mandamiento de escribir³⁶ recuerda las experiencias de los profetas Zacarías, Ezequiel y Daniel. A primera vista, el versículo 11 parece indicar una especie de dictado, como si el ángel le dijera a Juan las palabras textuales que debe escribir en su rollo. Pero el ángel no dice «lo que oyes» sino **lo que ves**. En Amós tenemos la misma confusión entre ver y oír: «Las palabras de Amós que él vio».³⁷ El tipo de inspiración que este fenómeno sugiere es muy íntimo: el profeta se siente libre de usar la imaginación y su propio vocabulario para describir el mensaje sugerido por Dios, pero el producto es una obra que sólo puede llamarse «Palabra de Dios». El profeta no tiene libertad para alterarla.

Pero lo que Juan «ve», ¿tiene realmente carácter visual? Por ejemplo, ¿cómo hemos de visualizar la distribución de diez cuernos sobre sólo siete cabezas de monstruo?³⁸ ¿Cómo puede un daño a la tercera parte del sol, la luna y las estrellas producir simultáneamente dos efectos: 1) una tercera parte de ellos queda oscura, y 2) el día queda completamente oscuro durante 4 de sus 12 horas y la noche también?³⁹ A Juan ni se le ocurrieron estas preguntas en sus meditaciones porque no estaba «viendo» en este sentido. Todos los números de Apocalipsis —repetimos— se han de entender simbólicamente: «siete», «diez» y «un tercio» tienen su impacto sobre el lector (y antes de eso, sobre el vidente) sin pasar por una pantalla llena de imágenes visuales. Quizá los tapices de la Edad Media y las pinturas fantásticas basadas en este libro han captado algo

33 Cf. 2 Co. 12.2-4; Hch. 11.5-10 y 22.17-21.

34 Jn. 16.14.

35 Cf. Mt. 24.31; 1 Co. 15.52; 1 Ts. 4.16; Salmos de Salomón 11.1; muchos textos de los rollos de Qumrán; Ex. 19.16; Jos. 6.6; Jue. 7.18; Lv. 25.9.

36 Como en 1.19-20; 2.1,8,12 y 18; 3.1, 7 y 14; 10.4; 14.13; 19.9.

37 Am. 1.1.

38 Ap. 13.1.

39 Ap. 8.12.

del poder inherente a sus palabras; pero quizá también por su sensacionalismo han creado una expectativa falsa en cuanto al significado de las mismas. Sería mejor reconocer que Juan, bajo el carisma de la inspiración, utiliza su vasto conocimiento de las Escrituras para releer los hechos recientes del ministerio de Jesús (**me volví para ver**, v. 12) y los sucesos que están ocurriendo a su alrededor (**lo que ahora hay**, v. 19), de modo de comprender con bastante claridad el futuro próximo (**y lo que va a haber después**). Para ilustrar esta manera de ver,⁴⁰ puede compararse la labor de un autor apocalíptico con la de un atleta que va a dar un salto en largo. A partir de un determinado punto —una línea en el suelo— tiene que lanzarse lo más posible hacia adelante. Pero para ello ¡empieza por retroceder! Se aleja unos 40 ó 50 metros, los recorre luego a toda velocidad y, una vez que llega a la línea señalada, salta en el mismo sentido de su impulso. Ahora bien, Juan de Patmos, que cree que el final de los tiempos está a la vuelta de la esquina, hace algo parecido. A pesar de no conocer los detalles del futuro, está seguro de una cosa: Dios es fiel. Para saber lo que ocurrirá, procura entonces descubrir cómo Dios actúa en el presente. Y, como para discernir un movimiento o una tendencia se necesita cierto tiempo, Juan recorre velozmente la historia de su pueblo, procurando descubrir en ella las grandes leyes del actuar divino y, una vez que llega a su propio tiempo, salta hacia adelante, proyectando al final de los tiempos esas grandes leyes generales. Bajo el ojo vigilante de su ángel inspirador, Juan no se equivoca. Pero tampoco «ve» acontecimientos precisos; ve la fidelidad de Dios a sus promesas y la describe con imágenes que a veces no pueden visualizarse.

Como hemos sugerido, las siete iglesias de la provincia de Asia representan simbólicamente la totalidad de las congregaciones bajo supervisión de Juan, y en un sentido secundario, todas las iglesias del mundo. Por Hechos de los Apóstoles y las cartas de Pablo, sabemos de por lo menos tres iglesias más en Asia: las de Colosas, Hierápolis⁴¹ y Troas.⁴² Probablemente las hubo también en Magnesia y Trales. De modo que Juan escoge estas siete congregaciones típicas, simplemente como representantes de una realidad más amplia; pero al mismo tiempo, las siete existían concretamente en esa época, y no debemos alegorizar los detalles mencionados, minimizando así el conocimiento específico que Juan tenía de cada situación. Las ciudades se mencionan en un orden geográfico bien lógico, comenzando desde la más importante:

40 Charpentier, en Equipo «Cahiers Evangile», *El Apocalipsis*, p. 6.

41 Col. 1.1; 2.1; 4.13.

42 Hch. 20.5-12; 2 Co. 2.12.



Esto ha sugerido a algunos comentaristas que Juan envió un mensajero a hacer una gira para distribuir las siete cartas a cada ciudad destinataria. Sin embargo, puede haber otras razones para el orden; probablemente lo ha decidido el contenido.

12-20. En la visión del Señor resucitado que sigue, Juan nota primero —y esta prioridad está preñada de importancia teológica— un detalle del ambiente: **siete candelabros de oro** (la Iglesia en su verdad empírica y terrestre) forman el contexto en que Jesucristo se le aparece al profeta.⁴³ Es impensable ver al Señor sin ver también su cuerpo místico en el mundo. Luego, la otra cara de la realidad de la Iglesia se presenta en el versículo 16: Jesús retiene **en su mano derecha siete estrellas** (la Iglesia en su dimensión celestial, según el v. 20). Si en el Antiguo Testamento Zacarías contempla en su visión un solo candelabro con siete lámparas montadas,⁴⁴ que simboliza el pueblo de Israel, ahora Juan afirma que la Iglesia de Jesús es el pueblo de Dios. Pero hay una diferencia: el símbolo de un solo pie que sostiene siete depósitos de aceite ha sido trasmutado en siete candelabros (sobre siete pies) porque el Nuevo Testamento enseña que cada congregación local es la Iglesia plena, y su unidad sólo se halla en Jesús, aquel que sustenta las **siete estrellas**.

¿Quiénes son los ángeles de las siete iglesias? En un libro en que la palabra **ángel** se refiere más de sesenta veces a una criatura celestial al servicio de Dios, no podemos pensar que, excepcionalmente, en los capítulos 1-3 describa a un pastor o encargado de congregación. No; estos ángeles son representantes en el cielo de cada asamblea, al estilo de la «corte celestial»⁴⁵ sobre la que Dios preside, según un concepto difundido en el judaísmo, según el cual cada nación tiene su representante angelical en el cielo, a quien Dios responsabiliza por sus aciertos y malas acciones. Nosotros, como lectores modernos de Apocalipsis, tenemos que recordar que Juan no suscribe la noción platónica de una pauta celestial perfecta de la cual cada objeto terrestre es la sombra imperfecta. Para Juan la tierra no es el lugar de todas las faltas y errores mientras que el cielo se mantiene inmaculado. Más bien, su cosmovisión insiste en la íntima convivencia de cielo y tierra, dos partes del universo físico creado por Dios; y todo lo terrestre, incluso el mal, tiene su contraparte en el cielo. Por consiguiente, cuando el antiguo orden desaparece finalmente, Juan ve un nuevo cielo y no sólo una nueva tierra;⁴⁶ el mal satánico había contaminado también el primer cielo y la primera tierra, o ambos por igual. Estos **siete ángeles**, pues, son la contraparte espiritual, ubicada en el cielo, de siete comunidades aquí abajo. Lejos de ser inmutables, estos ángeles varían según que la conducta de las comunidades sea buena o mala. Juan sigue una buena lógica, entonces, al resimbolizar a los siete ángeles como **siete estrellas**, sin duda los siete planetas conocidos en esa época, que adornan la mano del Hijo del Hombre (v. 20) como un hermoso collar.

La descripción del Hijo del Hombre (**alguien con apariencia humana**, v. 13) debe mucho a pasajes recogidos del Antiguo Testamento, principalmente el ángel visto por Daniel.⁴⁷ La terminología también nos recuerda la **ropa y el cinturón** del sumo sacerdote⁴⁸ y los **cabellos blancos** del Anciano sentado en su trono.⁴⁹ Los **pies brillantes como bronce pulido**⁵⁰ nos hablan de los querubines y la **voz fuerte**⁵¹ evoca el regreso de la gloria divina al templo. Pero cuando hacemos así un repertorio de los textos a que Juan alude con tanta imaginación, deshilamos en efecto

45 Cf. Sal. 82.1-8.

46 Ap. 21.1 y 5.

47 Dn. 10.5-6.

48 Ex. 28.4; 39.29.

49 Dn. 7.9.

50 Ez. 1.7.

51 Ez. 43.2.

el hermoso tapiz que él ha creado. En un apocalipsis, más vale dejar que el efecto global de las imágenes grabe una impresión en el lector; la exactitud de las cámaras analíticas y grabadores no cabe aquí. Cuando uno mira directamente a Dios, ¿con qué palabras va a describir el sentimiento de pequeñez personal que evoca? O ¿con qué poesía se viste la admiración boquiabierta? Más vale recordar la **catarata** tronante o el **sol** de mediodía. Juan ha visto a Jesucristo glorioso, ataviado con todos los atributos de Dios, y quiere hacer resonar en nosotros un eco de esa experiencia aniquilante.

Decimos «aniquilante» porque Juan cae **a sus pies como muerto**. Ningún ser mortal que no goce de una pureza de corazón notable, puede ver a Dios y seguir con vida.⁵² Pero Jesús, **poniendo su mano derecha** sobre Juan, lo resucita de su desfallecimiento para comisionarlo a profetizar. Con esto, Juan pretende aclarar dos cosas:

1) Como hombre, él es indigno de su alto cargo, pero ha sido capacitado por Dios para desempeñarlo. Como corolario, podemos inferir que Juan advierte contra los que pretenden transmitir mensajes de parte de Dios sin haber muerto al egoísmo y resucitado a la sensibilidad del Espíritu. En el contexto polémico que vislumbramos en los mensajes, Juan evidentemente dirige una lucha al interior de las iglesias, contra un partido que cuestiona su autoridad. Este partido cuenta también con dirigentes carismáticos —por ejemplo, con una profetisa a la que Juan apoda «Jezabel»—⁵³ de modo que se ve obligado a advertir a las iglesias contra la obediencia ciega a cualquiera que se llame «profeta» pero que no lleve esta marca de autenticidad.

2) A la vez, Juan sí es digno de su alto cargo. Al fin y al cabo, aunque no pretenda ser apóstol, él es el vidente (**escribe ... lo que has visto**) a quien Dios se ha dignado confiar el mensaje acerca de los últimos tiempos. Todos los escritos del Nuevo Testamento establecen de una u otra forma este nexo con los lectores. Dicen en efecto: «Ustedes pueden confiar en el presente documento.»

¿Y quién es el Resucitador que le devuelve la vida a Juan? Es el único ser humano que puede decir: «Yo soy el que vive.» A diferencia de

Lázaro o la hija de Jairo,⁵⁴ por ejemplo, que fueron revivificados y volvieron a morir años después, Jesús **vive para siempre**.⁵⁵ Esta aparición es todavía más maravillosa; Jesús es un ser humano, pero es más. Tal como en 1.8 Dios se presenta como **el alfa y la omega**, ahora Jesús hace eco de dicha expresión en una paráfrasis que no deja lugar a dudas: **Yo soy el primero y el último**. Se atribuye igualdad con Dios sin constituirse en lo más mínimo en su rival. Digámoslo así: Dios el Hijo dejó de lado su inmortalidad y, entrando de lleno en nuestra condición humana, experimentó las penas de la muerte. Pero en la resurrección que siguió, no asumió simplemente de nuevo la vida humana como Jesús de Nazaret; ni siquiera reasumió la vida perenne que tenía con el Padre antes de la creación;⁵⁶ más bien comenzó una vida nueva y victoriosa en la que la muerte quedó eternamente conquistada (**Yo tengo las llaves del reino de la muerte**). ¿Será una blasfemia afirmar estas cosas de un hombre que vivió aquí en la tierra? Aparentemente las sinagogas de Asia Menor creían que sí,⁵⁷ porque definían su monoteísmo en términos que no admitían a otro «sentado en el trono» a la par de Yahvé. Veremos cuánto conflicto entre cristianos y judíos produjo esto a fines del primer siglo.

⁵² Sal. 24.3-4; Mt. 5.8.

⁵³ Ap. 2.20.

⁵⁴ Mr. 5.41-42; Jn. 11.43-44.

⁵⁵ Ver sobre 20.12, **vi los muertos**.

⁵⁶ Jn. 17.5.

⁵⁷ Ap. 2.9, 3.9.

CAPITULO II

Los mensajes a las siete iglesias

Cap. 2.1-3.22

Juan, comisionado directamente por Jesús en la primera visión, escribe a cada una de las siete comunidades. Los mensajes, que ocupan los capítulos 2 y 3, proceden de Jesús (**Esto dice el que...**) y por lo tanto son **lo que el Espíritu dice a las iglesias**,¹ sin dejar por un momento de ser también palabras de Juan. Porque en Apocalipsis el Espíritu habla a las congregaciones por medio de sus portavoces los profetas,² entre los cuales Juan es el primero. En cada mensaje resuena el conocimiento directo de la ciudad y de la congregación que sólo un pastor experimentado puede tener.

Hemos apuntado anteriormente que los mensajes siguen un bosquejo común. Al presentar a continuación los puntos sobresalientes en forma comparativa, observamos que en la congregación de Laodicea no hay nada que alabar, y otras dos iglesias se hallan tan robustas que Jesús no las critica. En los últimos mensajes el orden de los elementos varía un poco, pero el plan general se discierne fácilmente como sigue:

Jesús

en la carta a	se refiere a sí mismo como	alaba a la iglesia por	la critica a la iglesia por	promete recompensa eterna bajo la figura de
Efeso	siempre presente en las siete iglesias y ejercitando sobre ellas su poder (2.1)	muchas obras de virtud; por conservar pura la fe; por sufrir por amor de Cristo (2.2-3y6)	irse relajando, «ya no tiene el mismo amor que al principio» (2.4)	el alimento del árbol de la vida en el paraíso (2.7)

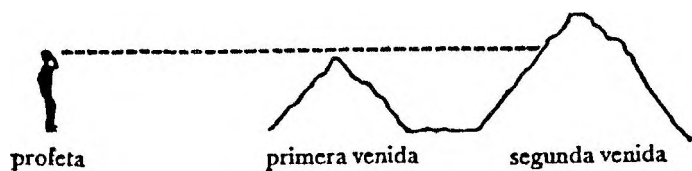
Esmirna	el primero y el último, que estuvo muerto y ahora vive (2.8)	sufrir tribulación y pobreza (2.9)		la corona de la vida, preservación de la segunda muerte (2.10-11)
Pérgamo	el que tiene la espada de dos filos (2.12)	fidelidad a Jesús y a la fe (2.13)	acoger a malos maestros (2.14-15)	el maná escondido; una piedra blanca (2.17)
Tiatira	el que tiene ojos como de fuego (omnisciente) y pies como bronce pulido (irresistible) (2.18)	crecer continuamente en buenas obras (2.19)	escuchar a maestros que defienden la apostasía, la inmoralidad, etc. (2.20)	poder de juzgar a las naciones (2.26-27)
Sardis	el que tiene siete espíritus y siete estrellas (3.1)	la presencia de unos pocos que no han manchado sus ropas (3.4)	tener la reputación de viva, pero en realidad estar muerta (3.1)	túnica blanca; nombre puesto en el libro de la vida (3.5)
Filadelfia	el santo y el que en verdad tiene la llave de David (3.7)	lealtad a Jesús y a su evangelio (3.8)		ser una columna en el templo de Dios (3.12)
Laodicea	el «amén», el fidedigno y verdadero testigo, el origen de todo lo que Dios creó (3.14)		tibieza; no ser ni fría ni caliente (3.16)	gozar de un puesto en la mesa de Jesús y en su trono (3.20-21)

Antes de comentar las cartas a Tiatira y Sardis como botón de muestra y hacer observaciones sueltas sobre las otras cinco, consideremos una cuestión de interpretación del conjunto. Los mensajes constituyen una visita pastoral de parte del Señor, con la intención de preparar a las iglesias para una crisis que se avecina. Muchos intérpretes suponen que dicha crisis sería la venida descrita simbólicamente en 19.11, pero en el texto hay indicios que contravienen esta hipótesis:

1 Ap. 2.7, y seis veces más.

2 Ver sobre 22.17, el Espíritu Santo ... dice: «¡Ven!».

1) En cuatro de las cartas leemos la amenaza de ir a la congregación para enjuiciarla si no se arrepiente o no vigila bien.³ Estas amenazas parecen contradecir la idea de una venida inmediata para reinar.⁴ 2) Las virtudes que más se alaban son la paciencia, la constancia y la fidelidad; el gozo brilla por su ausencia y el amor sólo se menciona un par de veces. Está bien que ante una persecución se subrayen las virtudes severas, pero ¿será que Juan realmente cree que son las únicas importantes en el juicio final? En respuesta, tenemos que recordar una vez más que Juan espera que la historia humana llegue pronto a su desenlace, y por tanto no habrá mucha diferencia de tiempo entre una «venida de Jesús para probar a las iglesias por medio de la persecución romana» y la «venida definitiva de Jesús». Y, como corolario de esto, nosotros, lectores del texto que vivimos en tiempos muy diferentes, no tenemos derecho a «exprimir» de Apocalipsis respuestas a preguntas muy típicas del siglo XX. Aquí entra en juego el principio de interpretación bíblica denominado «perspectiva profética». El profeta habla del presente, sí, las más de las veces, pero cuando se refiere excepcionalmente al futuro, su ángulo de visión no le permite precisar las distinciones cronológicas en el cumplimiento de su predicción. Isaías 11, por ejemplo, habla del Mesías como si éste en una sola venida 1) naciera del linaje de David y 2) trajera tiempos de paz y justicia jamás vistos hasta entonces.⁵



3 Ap. 2. 5,16 y 22; 3.3.

4 Cf. 2.23, (después de este juicio mío) todas las iglesias se darán cuenta de que yo conozco hasta el fondo la mente y el corazón.

5 Is. 11.1-10.

Pero la primera parte evidentemente se cumplió en Belén, en el año 4 a.C., y la segunda no se ha cumplido todavía. Gracias a su perspectiva profética, pues, Isaías ignora el «valle» existente — ahora lo vemos con claridad — entre una y otra venida. Esta situación no nos debe asustar; simplemente nos dice con gran énfasis que Dios, al inspirar su Palabra, no tiene la intención de precisar los pormenores del futuro, lo cual no nos favorecería. Cuando el mismo Jesús dedica un discurso al tema del porvenir,⁶ deja desdibujada la distinción entre la destrucción de Jerusalén (70 d.C., 40 años después del tiempo de Jesús) y su propia venida como el Hijo del Hombre glorioso.



Aun el hecho de que Marcos redacte su Evangelio poco antes del 70 y los otros autores de los Evangelios sinópticos escriban los suyos unos años después, no ha clarificado del todo esta «confusión».⁷ ¿Ha de sorprendernos, entonces, que Juan de Patmos mezcle una «visitación» disciplinaria de Jesús a las iglesias con la «visitación» para juicio sobre todo el mundo? Más bien, es una forma de advertir que el momento para que los cristianos nos preparemos para la venida definitiva es ahora. Siempre el Señor viene en juicio sobre su pueblo⁸ para que éste no esté dormido y despreocupado sino que sea un agente positivo de cambio en la sociedad circundante, y un microcosmos del reino que viene.

6 Mr. 13 y paralelos.

7 Mr. 13.32: Pero en cuanto al día y la hora, (de la venida) nadie lo sabe, ni aun los ángeles del cielo, ni el Hijo. Solamente lo sabe el Padre.

8 1 P. 4.17: Ya ha llegado el tiempo en que el juicio comience por la propia familia de Dios.

El mensaje a Efeso

Cap. 2.1-7

- 1 Escribe al ángel de la iglesia en Efeso: El que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro, dice esto:
- 2 Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos;
- 3 y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado.
- 4 Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor.
- 5 Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido.
- 6 Pero tienes esto, que aborreces las obras de los nicolaítas, las cuales yo también aborrezco.
- 7 El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios.

Efeso,⁹ sin ser la sede del gobierno imperial de la provincia de Asia, era en la práctica su capital. Como puerto principal de la provincia,¹⁰ vio pasar gran parte del comercio y el turismo entre Occidente y Oriente. Allí, la Diosa Madre fue objeto de culto mucho antes de la llegada de los griegos, quienes la identificaron con la Artemisa de su panteón olímpico.¹¹ Con todo, sus cualidades seguían siendo más asiáticas que griegas. Su grandioso templo, una de las maravillas del mundo antiguo, sin duda contribuyó a la fama de la ciudad. Desde el 29 a.C., cuando parte del recinto del templo se dedicó a la diosa Roma y al «divino Julio», el culto a Artemisa se asoció íntimamente con el culto a los césares.

⁹ Ver sobre 2.13, Pérgamo, donde Satanás tiene su trono.

¹⁰ Su instalación portuaria se hallaba en Mileto, pueblo cercano; ver Hch. 20.15-17.

¹¹ Artemisa se llamaba también «Diana», pero ésta difería en sus atributos e imágenes de la Diana cazadora de los griegos.

En la mayoría de los países, hoy se dice honrar el principio de separación entre Iglesia y Estado. Pero en el primer siglo, las estructuras religiosas estaban bien entrelazadas con las demás estructuras de la cultura. El templo de Artemisa nos ofrece un buen ejemplo de esto:

1) Funcionaba como un banco. Gracias a las donaciones generosas de muchos filántropos y la eficiente administración de una junta, los préstamos a los ciudadanos eran numerosos y se reembolsaban prontamente. Además, el templo era propietario aun de terrenos distantes del Artemisio, su recinto.

2) También jugaba un papel en la vida cívica de los efesios. Varias inscripciones que nos han llegado — la mayoría de índole más secular que religiosa — incluyen la instrucción «a inscribirse en el templo de Artemisa», como si éste fuera un archivo de documentos. Esto nos recuerda el papel que ha tenido la Iglesia Católica en América Latina: ya que el bautismo y el matrimonio son considerados sacramentos, los documentos correspondientes, custodiados por la parroquia, resultan ser los principales papeles legales de muchas personas. También en el Artemisio el Consejo Municipal desplegaba sus decisiones y listas de galardonados. Uno de los documentos del período menciona un nuevo gimnasio que funcionaba en el templo.

3) Además, el templo jugaba un papel importante en la esfera legal de la región. Como asilo, ofrecía protección a los deudores, suplicantes y otros pobres. A pesar de las buenas intenciones de las leyes, un buen número de criminales y parásitos abusaba del derecho de asilo, y periódicamente el Consejo tenía que «limpiar» el área.

Ahora bien, ¿por qué es importante reconocer cuán íntimamente las actividades de una religión absorbente y popular estaban insertas en la vida de un ciudad como Efeso? Porque en tal contexto la incursión de cualquier religión particularista como el evangelio de Jesús¹² tiende a desestabilizar el orden público y a amenazar las instituciones conocidas y cómodas. En otras palabras, desde el comienzo el cristianismo fue visto como subversivo. Si hoy en nuestro medio «cristianizado» hemos dejado de verlo así, o si los ministros dan la impresión de defender la situación actual como si fuera propiedad privada, quizá se deba a que desconocemos la naturaleza radicalmente cuestionadora del evangelio. Veremos

¹² Según el Evangelio producido en Efeso, Jesús dijo: **Solamente por mí se puede llegar al Padre Jn. 14.6.**

en los capítulos que siguen cuán chocante es la irrupción del mensaje de Jesús. No deja nada intacto: insiste en cambios vitales no sólo en los *individuos* (muchas religiones en Efeso pretendían lograr «conversiones» personales, y lo hacían sin caer en descrédito ante otras religiones o ante el Estado), sino también en las *estructuras* que esclavizan y engañan a la gente. Es decir, el aspecto religioso de la vida está tan interrelacionado con otros aspectos, económicos, cívicos y legales — aun en nuestro mundo llamado «secularizado» —, que un cambio religioso efectuado por Jesús tendría que afectar el resto de la existencia.¹³

La iglesia de Efeso ya tenía una historia envidiable en la época de Juan. Cuarenta años antes, Pablo pasó allí nada menos que tres años de su ministerio¹⁴ y luego escribió una carta circular, que nosotros llamamos «Efesios», a muchas de las congregaciones de Asia (lo cual le confiere cierto paralelismo con Apocalipsis). En las últimas décadas del siglo, Efeso llegó a ser un centro de actividad literaria, particularmente de la escuela juanina, porque como ya hemos apuntado, de allí emanaron no sólo Apocalipsis, sino también el cuarto Evangelio y las tres cartas. Veinte años más tarde, Ignacio de Antioquía dedicó a la iglesia de Efeso su primera carta, la más importante. En ella alaba efusivamente su unidad, amor y disciplina.

Con este trasfondo siempre presente, veamos rápidamente la carta de Juan a Efeso.

2-6. Como un refrán, aparece en las cartas la afirmación **Yo sé todo lo que haces**. Una congregación que ha trabajado arduamente merece la satisfacción de oír una palabra de aliento así. Pero, con toda su preocupación por los **malos** y falsos **apóstoles**, los creyentes han dejado enfriar su primer **amor** y por tanto han dejado de lado sus primeras obras. Si no hay arrepentimiento (**vuélvete a Dios**), el Señor amenaza con visitarlos con el propósito de quitar su **candelabro de su lugar**, porque habrán sido apóstatas e inútiles. El que ama al Señor (v. 4) no debe amar necesariamente todo lo que pasa por cristiano. El Señor también aborrece ciertos movimientos dentro de la iglesia (**los hechos de los nicolaítas**,¹⁵ **los cuales yo también odio**) y felicita a la mayoría por haber tenido la sabiduría de reconocer el peligro inherente al nicolaitismo y de luchar contra él.

13 Los plateros de Efeso se sintieron muy amenazados por el Nuevo Camino, Hch. 19.23-41.

14 Hch. 20.31; 18.19 - 20.1.

15 En cuanto a los nicolaítas, ver sobre el v. 20 **toleras a esa mujer Jezabel**.

7. Como estribillo, se dice en todas las cartas: **¡El que tiene oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias!** Y precisamente por la repetición, hay que hacerle caso. No es meramente un adorno literario, sino un gran llamado de atención; y no tanto ahora **al ángel** de la respectiva iglesia (v. 1), sino a los individuos que constituyen la totalidad de las iglesias. Ya es extraordinario oír la voz del Señor resucitado — sólo aquí y en los Evangelios se leen palabras de Jesús tan directas — pero lo es todavía más sentirse interpelado por él. Nos golpean tres imperativos que rehúsan callarse¹⁶: **recuerda** de dónde has caído, **vuélvete** a Dios y **haz** otra vez lo que hacías al principio. Pensemos por un momento en el segundo. ¿Por qué un grupo de cristianos bautizados tendría que arrepentirse? Precisamente porque está en peligro de perder la eficacia de su testimonio y su derecho a llamarse «pueblo de Jesús» (**iré pronto contra ti y quitaré tu candelabro de su lugar**). Efectivamente, toda la primera parte de Apocalipsis¹⁷ procura este movimiento de arrepentimiento entre los creyentes, como preparación para la segunda parte,¹⁸ más estrictamente apocalíptica. ¿Cómo puede una iglesia débil o dormida hacer frente a los ataques salvajes de bestias demoníacas? Con razón Jesús agrega a continuación **¡El que tiene oídos, oiga ...!**¹⁹ Las consecuencias son dos:

1) Los individuos que componen las iglesias no siempre prestan oído al Espíritu, y

2) tienen la capacidad de arrepentirse, porque Dios, a pesar de su ilimitada soberanía, respeta el libre albedrío de cada ser humano.

He aquí una advertencia: demasiados estudiosos de Apocalipsis comienzan su lectura con la segunda parte, y, curiosos por investigar la simbología de las visiones para calcular fríamente cómo será el futuro, dejan de lado como menos intrigante esta primera parte, con su insistencia en la adoración anonadante (**caí a sus pies como muerto**) y en este afectuoso movimiento hacia Dios (**vuélvete**), sin el cual el libro quedará para siempre sellado e impenetrable. ¡Cuántas horas han dedicado grupos de estudio a discutir, por ejemplo, si los ejércitos de Gog y Magog²⁰ simbolizan a los israelíes o a los árabes, cuando los que participan en la discusión sienten rencor, animosidad y orgullo espiritual! Si lo que nos

16 Vv. 5-6.

17 Ap. 1.4 - 3.22.

18 Ap. 4.1 - 22.6.

19 Cf. Mt. 11.15; Ap. 13.9.

20 Ap. 20.8.

mueve a abrir la Palabra es la curiosidad por saber de antemano lo que leeremos en los periódicos dentro de pocos meses o años, estamos condenados a la desilusión. Por el contrario, Apocalipsis quiere llevarnos gradualmente a abrirnos a la voluntad de Dios; sólo bajo estas condiciones —de volver a nuestro primer amor, por ejemplo— tendremos libertad para penetrar en los misterios de la segunda parte, que sí tienen que ver muy directamente con nosotros y no sólo con países lejanos. Los cristianos de hoy, entonces, tenemos que reconocer que Juan describe iglesias muy concretas de fines del siglo primero, pero que la intención del Espíritu hoy es que nosotros, al leer los siete mensajes, nos fijemos en todos los aspectos en que nuestras iglesias viven situaciones similares y que reaccionemos apropiadamente.

El mensaje a Esmirna

Cap. 2.8-11

- 8 Y escribe al ángel de la iglesia en Esmirna: El primero y el postrero, el que estuvo muerto y vivió, dice esto:
- 9 Yo conozco tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza (pero tú eres rico), y la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de Satanás.
- 10 No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.
- 11 El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte.

Cuando Juan escribe estos mensajes, las ciudades de Asia recuerdan bien la amenaza que venía sobre todo Occidente desde hacía 325 años: Antíoco el Grande, un conquistador temible, se acercaba desde Oriente. Esmirna, entonces, había tenido suficiente perspicacia como para advertir que Roma surgía notablemente durante esta crisis y, para salvarse, había hecho un pacto con aquélla. En el 26 d.C., como recuerdo de esta alianza, Esmirna pidió permiso para construir un templo a la «divinidad» del emperador reinante, Tiberio. Este, aunque había diez ciudades más que buscaban el mismo honor, escogió Esmirna. La ciudad, fanáticamente prorromana, rica, orgullosa y de hermosa apariencia (ostentaba,

por ejemplo, una **corona**²¹ de pórticos y edificios públicos que era proverbial) hacía muy complicada la vida a aquel grupito de hermanos en la fe de Jesús. Los cristianos sospechaban que la Roma imperial era una influencia perniciosa y por lo tanto, permanecían en la pobreza. Según la carta, aun aquel otro grupo de monoteístas —la sinagoga— que debe hacer con ellos causa común contra la idolatría reinante, actúa de una manera poco hermanable (**yo sé lo mal que hablan de ti**). Y Juan, que tampoco tiene pelos en la lengua, responde con un juego con la palabra griega *synagogē* (**congregación**): las denuncias ante el gobierno proceden de **los que se dicen judíos pero no son otra cosa que una congregación de Satanás**.²² Sin duda, las relaciones entre judíos y cristianos habían empeorado notablemente y no conocemos todas las razones de ello. De una cosa podemos estar seguros: Dios quiere hoy día que las relaciones bajen a este punto, y los cristianos que fomentan el odio racista al que llamamos «antisemitismo» o que hablan despectivamente de la fe judía incurrir en una falta grave.

La moraleja fundamental es ésta: todos los grupos humanos tienen acceso al poder, incluso los grupos de presión religiosos. ¡Mucho cuidado, pues, con la forma en que se use este poder! Por ejemplo, así como Esmirna jugó la carta de su amistad con Roma cuando ésta llegó a ser un imperio, muchos países pequeños o pobres cortejan hoy el favor de los imperios actuales (que no sólo son estados o naciones sino industrias o empresas transnacionales) hasta el extremo del fanatismo. De igual manera, hay cuerpos religiosos que han presionado a los gobiernos en perjuicio de otras religiones rivales aun cuando éstas son una ínfima minoría que no representa amenaza política alguna. Uno piensa en los judíos de Esmirna, en los rabinos ortodoxos del Estado actual de Israel, en la difamación de los judíos en la Edad Media por los cristianos tanto católicos como reformados, y en el holocausto bajo Hitler, en el que algunas iglesias cooperaron en la matanza de seis millones de judíos, al menos indirectamente. Sí, el poder corrompe, y, como veremos en la SEGUNDA PARTE de Apocalipsis, la religión es un arma potente en el control de los pueblos por parte de los déspotas. Es por ello que incumbe a cada congregación que se llame «cristiana» evitar el abuso de poder. Desafortunadamente, la sinagoga de Esmirna había caído en la trampa:

21 Cf. la **corona de la vida** que Jesús promete, v. 10 (griego).

22 «Satanás» quiere decir «acusador»; ver sobre 12.9-10. Cf. Jn. 8.44 donde Jesús critica así a los dirigentes judíos: **El padre de ustedes es el diablo; ustedes le pertenecen, y tratan de hacer lo que él quiere.**

aunque su influencia era pequeña, decidió usarla en el gobierno municipal o provincial como arma contra los cristianos.

La congregación, entonces, va a sufrir las consecuencias de esta obra acusatoria (**el diablo meterá en la cárcel a algunos de ustedes**), pero la prisión durará poco tiempo (**diez días**)²³. Más permanente es la **pobreza**, producto de una estructura económica elaborada con la intención de presionar a grupos disidentes como los cristianos.²⁴

El mensaje a Pérgamo

Cap. 2.12-17

- 12 Y escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo: El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto:
- 13 Yo conozco tus obras, y dónde moras, donde está el trono de Satanás; pero retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás.
- 14 Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación.
- 15 Y también tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaítas, la que yo aborrezco.
- 16 Por tanto, arrepíentete; pues si no, vendré a ti pronto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca.
- 17 El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe.

Como sede de gobierno durante 400 años, Pérgamo era la capital de la provincia romana desde 133 a.C., año en que el último de los reyes pergaminos legó su reino al emergente Imperio de Roma. El templo cons-

23 Cf. los «diez días» de Dn. 1.12 y 14. En Apocalipsis, diez parece ser un número que enfatiza lo meramente humano.

24 Ver sobre 13.17, **la marca ... del monstruo**.

truido en honor de Roma y Augusto, en 29.a.C., fue el primero dedicado en Asia al culto del emperador, y, poco después de la producción de Apocalipsis, Pérgamo le dedicó al emperador Trajano un segundo templo. Con razón Juan escribe: **Yo sé que vives donde Satanás tiene su trono; ... a Antipas, mi testigo fiel, lo mataron en esa ciudad donde vive Satanás.**²⁵ Todavía no se puede hablar de una persecución sistemática, pero la iglesia está en peligro de sufrir muchos martirios, dada allí la presencia radical de la religión oficial. Para suavizar el choque, un partido dentro de la iglesia recomienda un término medio: «¿Por qué no cooperar un poco con las demandas del estado?» — dicen — «Nosotros los creyentes no tenemos nada que temer, ya que Cristo habita en nuestro corazón, y cuando participamos en un banquete dedicado a un dios pagano, no nos contaminamos en lo más mínimo.» Juan rechaza esta postura acomodaticia con vehemencia; su lenguaje raya en lo abusivo cuando la compara con **la enseñanza de Balaam**.²⁶ Resulta que en los círculos rabínicos, los maestros de Biblia habían desarrollado dos advertencias sobre el caso de Balaam:

1) El profeta cometió el error de vender sus servicios de vidente a un rey pagano, Balac, en perjuicio del pueblo escogido.²⁷ Esto originó, pues, lo que en la Edad Media se llamaba «simonía»: ²⁸ el espíritu mercenario que acepta sobornos para lograr fines religiosos. En dos cartas del Nuevo Testamento, ²⁹ el ejemplo negativo de Balaam advierte contra el libertinaje de ciertos falsos maestros que dentro de las iglesias aman el dinero.

2) El énfasis de Juan recae más bien sobre otro error: la supuesta responsabilidad del profeta por el episodio en Baal-peor, donde los israelitas se dieron el lujo de comer sacrificios ofrecidos a dioses extraños y de participar en orgías típicas de las religiones de fertilidad. Según esta tradición oral, Balaam sugirió la introducción de mujeres paganas para lograr la contaminación del pueblo escogido.

Ahora bien, cuando Juan de Patmos usa la expresión **cometer inmoralidades sexuales** con referencia a «la enseñanza de Balaam» en la congregación, ¿habla metafórica o literalmente? Lo seguro es que la ética

25 Ap. 2.13.

26 Para comprender esta referencia es vital leer Nm. 25.1-3 y 31.14-16.

27 Nm. 22.1 - 24.25; Dt. 23.4.

28 El nombre alude a Simón Mago, Hch. 8.9-24.

29 Jud. 11; 2 P. 2.15-16.

sexual de las iglesias del primer siglo no habría tolerado en su medio un partido (ni a una profetisa —ver sobre 2.20 a continuación) que en el nombre de Jesucristo recomendara la prostitución. Si bien la enseñanza de la buena nueva sobre el uso del cuerpo insiste mucho en la libertad, no admite tales abusos. Pero, en muchos pasajes del Antiguo Testamento, «fornicar» tiene el matiz de «asociarse con dioses ajenos, que no son el Yahvé que sacó a su pueblo de Egipto»; la metáfora del matrimonio entre el verdadero Dios y su pueblo originó el concepto de «adulterio espiritual» para referirse a la infidelidad religiosa de Israel. En tal caso, el pueblo escogido «jugaba el papel de prostituta». No sabemos hasta qué punto los nicolaítas recomendaban una componenda con las prácticas idolátricas, pero la fuerza del lenguaje con que Juan la repudia sugiere que muchos hermanos de Pérgamo se sentían tentados a aceptarla.

Para Juan, los cristianos debemos recordar siempre que cuando surge un Balaam (falso profeta) no está lejos un Balac (rey de la tierra, emperador) dispuesto a instrumentar su enseñanza. Este hecho se aclarará en el capítulo 13, con el primer monstruo —figura política— aliado del segundo monstruo —figura religiosa que apoya hasta con falsos milagros al primero. La iglesia debe dar importancia, entonces, a su tarea de desenmascarar la verdadera naturaleza de tal alianza.

Quizá el nombre «nicolaítas» provenga de un tal Nicolás que puede haber sido dirigente del grupo. Podemos suponer que su error es el mismo que Juan asocia aquí peyorativamente con Balaam y en la próxima carta con Jezabel, nombres simbólicos que evocan episodios amargos de la historia de Israel. La herejía que el grupo propugna es un tipo de sincretismo, pues cree que la convivencia pacífica con el ambiente vale más que la confrontación. Dicen en efecto: «¿No es la demanda del gobierno apenas un gesto formal, un reconocimiento de su realidad política³⁰ (hoy diríamos que nos pongamos de pie para cantar el himno nacional, o saludar a la bandera)? Nadie que piense un poco puede creer en esta ficción de la deidad del emperador. Las pretensiones imperiales son en esencia políticas y no religiosas».

Juan, sin embargo, no acepta estos argumentos. Con ojo penetrante, percibe una amenaza sutil en las pretensiones de Domiciano. ¿Son los ídolos de veras «una nada»? ¿No se oculta algo monstruoso tras los «ino-

centes» reclamamos del Estado? La distorsión satánica del «poder muy real que Dios le ha otorgado»³¹ hace del Estado un enemigo peligroso.

Mientras César mantenga su lugar propio y limitado en el orden divino de la creación, los hombres pueden obedecerle al mismo tiempo que obedecen a Dios; pero si César reclama para sí lo que sólo a Dios le pertenece, los cristianos están obligados a declararle la guerra. ¡Y en ésta no cabe la neutralidad!

El mensaje a Tiatira

Cap. 2.18-29

- 18 Y escribe al ángel de la iglesia en Tiatira: El Hijo de Dios, el que tiene ojos como llama de fuego, y pies semejantes al bronce bruñido, dice esto:
- 19 Yo conozco tus obras, y amor, y fe, y servicio, y tu paciencia, y que tus obras postreras son más que las primeras.
- 20 Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos.
- 21 Y le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación.
- 22 He aquí, yo la arrojo en cama, y en gran tribulación a los que con ella adulteran, si no se arrepienten de las obras de ella.
- 23 Y a sus hijos heriré de muerte, y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras.
- 24 Pero a vosotros y a los demás que están en Tiatira, a cuantos no tienen esa doctrina, y no han conocido lo que ellos llaman las profundidades de Satanás, yo os digo: No os impondré otra carga;
- 25 pero lo que tenéis, retenedlo hasta que yo venga.
- 26 Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones,

30 Pueden haber citado las opiniones de Pablo: e.g., 1 Co. caps. 8-10 sobre la carne ofrecida a los ídolos; Ro. 14.13-23 y 13.1-7.

31 Según Jn. 19.11, Jesús le dijo a Pilato, representante del poder romano: **No tendrías ninguna autoridad sobre mí, si Dios no te la hubiera dado**

- 27 y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre;
- 28 y le daré la estrella de la mañana.
- 29 El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Hemos prometido comentar con más detalle este mensaje, el más extenso de los siete, porque ilustra bien cómo Juan incorpora en su comunicación pastoral los pormenores históricos y sociales que aumentan el efecto de su homilía.

Ahora bien, de las siete ciudades, Tiatira era quizá la menos importante. Su nombre emerge en la historia en el 290 a.C., porque servía militarmente como «portón» de acceso a la capital, Pérgamo. Varias veces las tropas que querían atacar la capital habían tenido primero que sitiar y destruir Tiatira. La guerra, pues, siempre estaba a la puerta. Monedas acuñadas allí ostentan la figura de un jinete con su hacha de guerra a cuestas, que sale para aplastar a sus enemigos.³² Religiosamente, no tenía importancia; ni la religión pagana local ni el culto al emperador habían erigido allí templos de mucho esplendor. Sí había una sibila oriental llamada «Sambaté» que mantenía en el barrio caldeo un santuario de cierto renombre, y un buen número de viajeros venía a consultar su oráculo. En cuanto a la comunidad judía, quizá tenía intereses creados en este santuario y por tanto mezclaba sus propias tradiciones con las de Caldea. De todas maneras, en la ciudad había sincretismo y «tolerancia» religiosa.

Tiatira se destacaba comercialmente, como es de esperar de la enrucijada de muchos caminos. La manufactura de telas de lana caras y la preparación de tintes de púrpura (hechos de una raíz común en la región o de un molusco llamado *murex*) enriquecía a muchas familias.³³ Este último tinte costaba mil denarios el medio kilo, el salario de tres años de un jornalero. A juzgar por las monedas, las muchas asociaciones artesanales tenían un papel social significativo en la ciudad: ofrecían ventajas de toda índole a sus socios. Para los cristianos, sin embargo, la situación resultaba embarazosa, porque en las fiestas y reuniones no faltaba el aspecto religioso. Sin excepción, los obreros debían mostrar su lealtad al emperador en forma visible (una pulgarada de incienso, unas

palabras pías de devoción) atribuyéndole cualidades divinas. En la iglesia de Tiatira existían dos opiniones sobre el deber del obrero: una minoría decía: «Mantén tu membresía en la asociación; no te daña en tu vida espiritual» y la mayoría seguía el consejo de Juan, que decía: «Sepárate de todo cuanto sea pagano; Dios honrará tu sacrificio.» La carta refleja la tensión producida por esta diferencia de opinión.

18. Tras identificar a la congregación destinataria (**Escribe ... al ángel de la iglesia de Tiatira**) al comienzo de la carta, Juan recuerda a los lectores que el que habla es, al fin de cuentas, el Señor resucitado que ha comisionado la producción del libro. Escoge los rasgos de la visión del capítulo 1 que vienen más al caso (**Esto dice el Hijo de Dios, el que tiene los ojos como llamas de fuego y los pies como bronce pulido**) y sólo después de recalcarlos entra en el cuerpo de la carta propiamente dicho. Sólo que en 1.13 la expresión era «semejante al Hijo del Hombre», mientras que aquí se trata del **Hijo de Dios**. Dado el contexto del versículo del Antiguo Testamento que Juan cita en 1.13 (Dn. 10.5), no hay mucha diferencia entre ambos títulos; pero una razón para el cambio puede ser la pronta alusión al Salmo 2 en el versículo 27 (**gobernarán a las naciones ... ollas de barro**). En el Salmo 2, uno de los pasajes más importantes para Apocalipsis, Dios se dirige al rey/Mesías como «Hijo mío». Otra posibilidad es que la idea de **pies como bronce pulido** (y la expresión «bronce pulido», muy poco común, puede connotar un metal horneado) haya sugerido a Juan la historia de los tres jóvenes judíos que Nabucodonosor condenara a las llamas por rechazar todo rito idolátrico.³⁴ La cuarta figura que misteriosamente caminaba con ellos en el horno tenía, según el rey, «el aspecto de un Hijo de Dios».

Sí, sus **ojos son como llamas de fuego**, de manera que el juicio que él ejecutará sobre los pecadores de Tiatira — a menos que cambien su comportamiento — probará a todas las congregaciones que él conoce **hasta el fondo la mente y el corazón** (v. 23). Ya que tiene **los pies como bronce**, sea para caminar en medio del fuego o para pisotear a todos los enemigos, a él pertenece la bendición mencionada en el Salmo 2: «El Señor ... me ha dicho: 'tú eres mi hijo ... pídemme que te dé las naciones como herencia ... Con cetro de hierro destrozará a los reyes; illos harás pedazos como a ollas de barro!'»³⁵ La autoridad y realeza que Jesús comparte con cada discípulo fiel (vv. 26-27) es un don del **Padre** (ésta es sólo la segunda vez que aparece el título «divino»; y exactamente como en 1.5-6, describe una

32 Cf. vv. 26 y 27.

33 Unos 45 años antes, Lidia, que ofreció hospitalidad a Pablo en Filipos, aparece en la historia sagrada como oriunda de Tiatira y vendedora de telas finas de púrpura (Hch. 16.14).

34 Dn. 3.25.

35 Sal. 2.7-9.

prerrogativa del Hijo que se reparte entre sus seguidores). La palabra **gobernarán** (v. 27) en el original griego significa «pastorearán», lo cual no parece apropiado en este contexto. Pero quizá Juan quiere subrayar cierta ambigüedad en el reino del Mesías: aunque el salmista — concentrándose en la coronación de un rey davídico — pensó en el violento aplastamiento de los enemigos,³⁶ gracias a la cruz de Jesús, la versión cristiana transforma el **cetro de hierro**³⁷ en una vara de pastor. Cristo conquista sólo para pastorear.

19. La carta comienza con el encomio de cuatro virtudes: **amor, fe, servicio y constancia**. Los hermanos de Tiatira crecen más que los efesios en **amor** fraterno y hacia el Señor; en **fe, servicio y constancia** se destacan aquéllos. Y mientras que la congregación de Efeso va menguando en **todo lo que hace**, la de Tiatira está **haciendo más que al principio**.

20-23. Sin embargo, el único punto negativo pesa gravemente sobre la vida de la iglesia: el nicolaitismo, el «error de Balaam», ha infectado también este ambiente, y quien dirige esta minoría dentro de la congregación es una mujer muy capaz. Casualmente, la virtud de reconocer el liderazgo de mujeres no sólo caracteriza a Asia Menor.³⁸ En el primer siglo las iglesias de todas partes también estaban abiertas a tal práctica. El silencio de Juan, a pesar de su evidente lucha contra ella, nos instruye sobre el sexo de esta adalid. El error de la congregación no es prestar oídos a una mujer, sino hacerlo con ésta en particular. Carismática y aun miembro del mismo «gremio» que Juan — los profetas y profetisas —, ha convencido a un sector de la comunidad de que Juan es excesivamente estricto y severo en su juicio sobre la sociedad circundante.³⁹ Y como siempre, Juan tiene a flor de labios «un símbolo para todo»; le otorga a su contrincante un apodo, **Jezabel**, que evoca uno de los recuerdos más espantosos de la historia sagrada.

La princesa de Sidón,⁴⁰ casada con el rey de Israel, Acab, produjo situaciones extremas en las que casi triunfó el baalismo en el reino del Norte. La capital, Samaria, inundada de sacerdotes extranjeros, dio rien-

da suelta a sus pasiones en cultos orgiásticos,⁴¹ y lo que pesó más, es que prosperó notablemente en su economía, gracias a las naves comerciales de los fenicios y al sistema mercante internacional controlado por ellos, que abastecía desde Tiro y Sidón, en la costa, a todas las tiendas y negocios de Israel. Claro que la fe yahvista tenía todavía sus adherentes, y el profeta Elías luchaba arduamente por su conservación; sin embargo, la reina fenicia Jezabel abogaba como quinta columna por un sincretismo religioso que realmente amenazaba con extinguir esa fe. Olvidamos muchas veces que el «concurso» entre Baal y Yahvé llevado a cabo sobre el monte Carmelo tuvo un fuerte componente económico. Cuando Elías gritó: «¿Hasta cuándo van a continuar ustedes con este doble juego? Si el Señor es el verdadero Dios, síganlo a él», los invitó, en efecto, a escoger la pobreza, porque sin la ascendencia del baalismo y sus conexiones con Fenicia por medio de Jezabel, Israel se condenaría a un estilo de vida menos internacional, lujoso y sofisticado.⁴² Cuando «toda la gente» vio el fuego del cielo, se inclinó ... y dijo: «el Señor es Dios, el Señor es Dios!» y más de un vendedor — por ejemplo, de alfombras — se dio cuenta de que ya no habría para él más cargamentos de hermosa mercadería: se estaba condenando a la penuria.

También, la Jezabel de Tiatira, según nuestra carta, aconseja a los cristianos no empobrecerse innecesariamente. Ella sabe que las asociaciones de artesanos proveen acceso a materiales y técnicas invalores, y aunque también funcionan bajo la «protección» oficial de algún dios en cuyo nombre se celebran ciertos ritos — comidas sagradas, libaciones, y cosas por el estilo —, ¿qué importa? «Y ¿por qué, — dice ella, en efecto, — «los cristianos tenemos que separarnos de nuestros gremios profesionales por un ridículo escrúpulo de conciencia? Es un suicidio económico y vocacional. ¿No sería más realista reconocer con Pablo⁴³ que para lograr apartarnos por completo de los pecadores, los cristianos «tendríamos que salirnos del mundo»? ¿Por qué no acomodarnos un poco a las condiciones impuestas por nuestra cultura? ¿No puede darse el caso que Dios nos aconseje decidir nuestra propia vida, desde el punto de vista del profesional? Tenemos que sobrevivir.» Y así la profetiza atrae nuevos adeptos

36 Cf. Ap. 19.15.

37 Cf. la importancia del cetro en la profecía de Baalam, Nm. 24.17, donde también se menciona una **estrella** (cf. Ap. 2.28).

38 Cf. el papel positivo jugado por mujeres en el Evangelio de Juan: la samaritana, María Magdalena, las hermanas de Betania, etc.

39 Sabemos de un grupo sectario y carismático en Efeso que se separó, en esta misma época, de la congregación principal, 1 Jn. 2.19; 4.1-3.

40 1 R. 16.31-33; 19.1-4; 21.1-29; 2 R. 9.30-37.

41 1 R. 18.20-40. De Jezabel misma no se habla en términos de profetisa sino de patrona de «profetas» paganos; de su «prostitución» también habla sólo metafóricamente (2 R. 9.22).

42 Este estilo, típico de la Roma imperial, tentaba a los primeros lectores de Apocalipsis (cf. Ap. 17.1-18.24).

43 1 Co. 5.10.

tos a su secta. La tentación debe ser fuerte en una ciudad famosa por las industrias textiles, talabartería, cerámica y fundición de bronce.

Pero de inmoralidad sexual en el sentido común no podemos acusar a esta mujer. Puede ser que sus consejos hayan desviado a algunos, pero los que cometen adulterio con ella no conocen su cama, y sus hijos lo son sólo porque aceptan su enseñanza errónea.⁴⁴ La sentencia **voy a hacerla caer en cama** se refiere a una enfermedad, quizá fatal. Las «profundidades» de que ella habla son en realidad los secretos profundos de Satanás, y Juan lo sabe porque ve con los ojos de aquel que afirma **a cada uno de ustedes le daré según lo que haya hecho**.

26-28. La promesa al vencedor, que cierra cada carta, resulta riquísima en este caso. Como hemos visto, tiene que ver con la vasta autoridad prometida al Mesías en el Salmo 2 y ahora compartida por los creyentes. Los que no insistan en «sobrevivir» como socios de sus gremios profesionales, sino que acepten las pérdidas de toda índole que tal aislamiento les traiga, tendrán grandes galardones. En primer lugar, el «no» rotundo pronunciado ante una pseudoprofetisa respaldará los juicios que los cristianos pronunciarán ante los reinos de este mundo (le **daré autoridad sobre las naciones**), porque la falsa religión sirve a la política engañosa,⁴⁵ mientras que la verdadera fe en Jesús revela claramente la naturaleza satánica de las fuerzas políticas contrarias a la vida. Hoy día lamentablemente muchos hermanos creen que el discernimiento carismático y «espiritual» poco tiene que ver con el discernimiento político, pero Juan reitera más bien, especialmente en el capítulo 13, que van de la mano. Es cierto que en el capítulo 13, describe a *dos* bestias, como si falsificaran dos áreas distintas de la vida, pero el tenor general de Apocalipsis es como sigue: así como Dios es uno y autor por igual de las esfera estatal y cúllica de la vida, la parodia de Dios (que consiste en el triunvirato serpiente-monstruo gobernador-monstruo profeta) trata de ser una sola⁴⁶ y, por consiguiente, los dos monstruos forman una alianza para engañar al mayor número posible de hombres y mujeres. En segundo lugar, la carta promete como premio **la estrella de la mañana**, identificada en 22.16 con Jesús mismo, pero Jesús como Mesías reinante. Según las ideas astrológicas del primer siglo, las estrellas se levantan en los cielos y «reinan», mientras que sobre la tierra, los reyes gobiernan por

la influencia de su estrella correspondiente. Por tanto, Jesús promete al vencedor una participación (presente y no sólo futura) en su reino.⁴⁷ Según Juan 18.36, Jesús le dijo a Pilato algo parecido sobre el poder real («reino») que el Padre había otorgado al Hijo: «No procede de este mundo judío.» Toda la conversación con Pilato, en quien el evangelista personifica el poder romano, arroja mucha luz sobre las relaciones entre los cristianos y el Imperio.⁴⁸

29. El estribillo de advertencia (**oiga lo que el Espíritu dice**) se ha comentado en 2.7. En todas las cartas, éste abre el horizonte del mensaje. Jesús/Juan deja de dirigirse a la personificación celestial de una congregación particular (**al ángel de la iglesia de Tiatira**) y emplaza a cada individuo de todas las iglesias, no sólo las del primer siglo sino también las actuales. Es de perenne importancia distinguir entre el esfuerzo de encarnar el evangelio en un determinado ambiente, que es una meta indispensable, y el error de manipular el evangelio para nuestra propia conveniencia.

44 Cf. el triste fin del hijo de la primera Jezabel, 2 R. 1.4.

45 Cf. 13.14; el falso profeta **engañó** a todos y les **mandó que hicieran una imagen del primer monstruo**.

46 No tiene éxito, y pronto la unidad se rompe; ver sobre 17.16.

47 Cf. las ideas de los magos en Mt. 2.2.

48 Para «mundo» aquí, ver Jn. 18.20; Schlier, *Problemas exegeticos*, pp. 249-272; Jn. 18.28 - 19.16.

CAPITULO III

El mensaje a Sardis

Cap. 3.1-6

- 1 Escribe al ángel de la iglesia en Sardis: El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice esto: Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto.
- 2 Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios.
- 3 Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepiéntete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti.
- 4 Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas.
- 5 El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesará su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles.
- 6 El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

A juzgar por los versículos 2-3, **despiértate** toca la nota clave de esta carta. Había una buena razón histórica para la advertencia, porque siglos antes, la ciudad, supuestamente invulnerable, había sido tomada por sus enemigos a causa de su letargo y falta de previsión. Según el historiador Herodoto, el rey Creso había reunido una fabulosa fortuna en el siglo VI a.C., pero militarmente su reino, llamado Lidia, estaba en peligro, y por tanto él se encerró en su capital, Sardis, mientras el gran conquistador Ciro de Persia llegaba para sitiaria. Sabiendo que en el transcurso de los años muchos generales habían intentado en vano la toma de Sardis porque la acrópolis nunca había caído ante un ataque frontal, y que la formación geológica del escarpado en que estaba edificada la protegía por los otros tres lados, Creso no le dio importancia al sitio de Ciro. Sin embargo, no contó con la porosidad de la roca ni con la acción erosiva de las lluvias a lo largo de los siglos; tampoco contó con el genio militar de Ciro. El persa tenía prisa y ofreció un galardón al primer soldado de su

ejército que descubriera un sendero que permitiera escalar la faz del escarpado.

Herodoto dice que Hiréades, un soldado listo y observador, se puso a vigilar el risco como águila y un día tuvo la suerte de ver que a un soldado lidio, destacado en la muralla, se le había caído accidentalmente el yelmo. Vio cómo aquél bajó tortuosamente a recuperarlo, y cómo volvió a su puesto. Hiréades no se perdió ni un detalle de la ruta, y su mapa mental le ayudó esa misma noche (cuando los lidios, muy confiados en su fortaleza, dejaban de montar guardia por el lado «inescalable») para guiar a una numerosa patrulla que sigilosamente escaló el risco. Sardis cayó por creerse bien protegida, y lo más trágico del caso es que trescientos años más tarde la historia se repitió exactamente. Antíoco el Grande había obligado a Aqueo, su enemigo, a encerrarse en su fortaleza «invulnerable» de Tarsis, y una vez más un soldado del ejército sitiador descubrió bajo la protección de la noche una ruta que conducía a la acrópolis. Con razón, Jesús advierte en la carta al ángel de la iglesia: **Si no te mantienes despierto, iré a ti como un ladrón, cuando menos lo esperes.** La moraleja de las dos tomas de Sardis se repetía en todas las escuelas de la región; a lo mejor la iglesia de Sardis se ruborizaba al leer esta carta.

La referencia a **unas cuantas personas** (literalmente «nombres»)¹ **que no han manchado sus ropas** nos recuerda que el culto de Cibeles, la diosa de uno de los más famosos cultos místéricos del Asia, tenía una sede en Sardis. Los ritos primitivos de Cibeles involucraban a los adoradores en la danza entusiasta, la orgía y la mutilación del cuerpo, de modo que en el único intento de decir algo positivo en la carta, afirma esto metafóricamente de la minoría que no ha sucumbido al sopor general, la antesala de la muerte espiritual. Los vencedores serán así **vestidos de blanco**, sin mancha. Otros pequeños toques de esta índole en la carta revelan la preocupación pastoral de Juan y su deseo de comunicarse vívidamente con los lectores y oyentes de cada pueblo de Asia. Y el epicentro de esa comunicación es: **Vuélvete a Dios.** Juan sabe que las escenas violentas y las imágenes deslumbrantes de la SEGUNDA PARTE no tendrán el efecto deseado en los cristianos a menos que se arrepientan; sin un corazón tierno y un reconocimiento de profunda culpa personal, los secretos apocalípticos están por siempre bajo llave.

¹ El vocablo «nombre», usado cuatro veces en la carta, inspira una serie de juegos de palabras.

El mensaje a Filadelfia

Cap. 3.7-13

- 7 Escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia: Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre:
- 8 Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre.
- 9 He aquí, yo entrego de la sinagoga de Satanás a los que se dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten; he aquí, yo haré que vengan y se postren a tus pies, y reconozcan que yo te he amado.
- 10 Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra.
- 11 He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona.
- 12 Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo.
- 13 El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

¡Qué alivio llegar a una carta del todo positiva! Juan puede alabar a esta congregación, no porque sea poderosa (**aunque tienes poca fuerza**) ni viva en paz con el mundo exterior (**haré que los de la congregación de Satanás, los mentirosos que dicen ser judíos y no lo son, vayan a arrodillarse a tus pies**), sino porque, colocada en un punto estratégico para la misión evangelizadora (**mira, delante de ti he puesto una puerta abierta que nadie puede cerrar**), la iglesia ha sabido cumplir el **mandamiento de ser constante**.

Al cristiano de hoy, acostumbrado a las exhortaciones oportunas y justas que tratan de evitar el antisemitismo, le preocupa el lenguaje con que Juan describe las sinagogas, no sólo las de Filadelfia sino también las de

Esmirna. Como hemos comentado,² la mención de **Satanás** se debe en parte al papel de delatores (Satanás = acusador) que probablemente algunos judíos tenían en estas ciudades ante las autoridades civiles. De esta manera los cristianos sufren las desventajas de practicar una religión ilícita. Además, Juan está tejiendo una serie de textos del Antiguo Testamento que hablan del futuro triunfo de los creyentes en Yahvé pero con la nueva perspectiva de referirlos a los creyentes en Jesús, y la confluencia de estas dos ideas da una particular vehemencia a sus palabras. Ya desde el exilio,³ los judíos, siguiendo las profecías de Ezequiel y la última mitad de Isaías, esperaban el día en que Dios invertiría totalmente los valores del mundo, el día en que Israel, entonces despreciado, sería reivindicado a los ojos de todos. A continuación citamos algunos de los pasajes principales:

Yo voy a mostrar ante las naciones la santidad de mi gran nombre ...; cuando yo lo haga, ellas reconocerán que yo soy el Señor (Ez. 36.23) (VP).

Viviré entre ellos, y yo seré su Dios ... Cuando mi santo templo esté para siempre en medio de ellos, las demás naciones reconocerán que yo he escogido a Israel como mi posesión sagrada (Ez. 37.27-28) (VP).

Los ... de Egipto, ... de Etiopía ... de Sabá ... se rendirán a ti y serán esclavos tuyos; irán encadenados detrás de ti, se arrodillarán delante de ti y te suplicarán: «Ciertamente que Dios está entre ustedes, y no hay más, no hay otro dios» (Is. 45.14) (VP).

Los hijos de los que te oprimieron vendrán a humillarse delante de ti, y todos los que te despreciaban se arrodillarán a tus pies y te llamarán ... «Sión del Dios Santo de Israel» (Is. 60.14) (VP).

A la luz del contexto de estos versículos — al menos de los de Isaías⁴ — podemos afirmar que Juan tiene presente la eventual salvación de los suplicantes, y no simplemente una derrota humillante. Pero sabe que el pueblo de Dios, a partir de los eventos transformadores del año 30 d.C., es aquel que sigue a Jesús. Aun el antiguo pueblo escogido — los judíos — para seguir siéndolo, tiene que pasar por la experiencia de reconocer en Jesús a su Mesías. Pero Juan no es pesimista al respecto; las congregaciones cristianas pasan por una fase meramente temporal en que la sinagoga — o mejor dicho, algunas sinagogas — se oponen al evangelio, pero tarde o temprano reconocerán su error. No sólo se convertirán

² Ver sobre 2.9.

³ Desde 586 a.C.

⁴ Se pinta a Israel como el Siervo del Señor cuya finalidad es llevar la salvación a todos, Is. 49.6.

judíos; Juan usa en su retrato de la Jerusalén celestial⁵ estos mismos pasajes para describir la redención de las naciones gentiles que entregarán sus riquezas a la ciudad de Dios. Es importante subrayar esta insistencia de Juan en la posibilidad de que las personas se convirtieran; algunos estudiosos de Apocalipsis lo pintan como un fatalista, pero para él nuestro papel de sacerdotes⁶ incluye evidentemente la tarea de evangelizar y la esperanza de algún fruto al cumplirla. Se infiere claramente de las cartas que, dentro y fuera de los grupos de bautizados, las personas necesitamos arrepentirnos. La SEGUNDA PARTE del libro, aunque escrita por el mismo Juan, es de un género literario algo diferente. Veremos a los cristianos y los incrédulos pintados en blanco y negro respectivamente, y desaparecerán los matices y tonos de gris. Pero Juan presume en el lector la inteligencia de leer cada parte del libro a la luz de la otra; precisamente ésta viene primero para establecer la tonalidad. Los «santos» y «vírgenes» cerca de los que leemos luego marchan triunfantes por el escenario sólo por la gracia de Jesús; en la práctica, han tenido que pedir perdón repetidas veces por sus faltas. Si pudiéramos saber toda la verdad, veríamos seguramente que incluso algunos mártires han perdido la vida sin querer o accidentalmente; no debemos coronarlos con epítetos de perfección sólo por ese acto de heroísmo. Efectivamente más heroicos son algunos creyentes que, bajo horrible sufrimiento, han elegido seguir con vida.

Volviendo a la sinagoga, Juan las describe con cierto tono irónico; los judíos, confiados en su privilegio, persiguen a la iglesia y por tanto sufrirán la humillación de descubrir que pelean contra el verdadero pueblo de Dios, porque Jesús lo ha amado, siendo él el santo y verdadero.⁷ Recordamos que Jesús y todos los apóstoles, Juan, todos los demás autores de Nuevo Testamento⁸ y gran parte de los primeros lectores de este libro eran judíos practicantes; no se ajusta a la realidad acusarlos de antisemitismo.

De las siete cartas ésta es la única que anuncia **la hora de prueba que va a venir sobre el mundo entero para poner a prueba a todos los que viven en la tierra**, si bien dicha prueba pesa sobre todo el libro. También anticipa la SEGUNDA PARTE introduciendo la frase apocalíptica **los que**

viven en la tierra, que es un término técnico para los incrédulos. «Los terrícolas» sugiere — como el término paralelo «mundo» en el Evangelio de Juan — hombres y mujeres cuyos horizontes se limitan al cosmos visible y sus preocupaciones. Están bajo la tutela y el control del «príncipe de este mundo»⁹ y por lo tanto son paganos, básicamente anti-Dios. El lector tiene que recordar que en Apocalipsis **los que viven en la tierra** no son el 100% de la población del mundo; la Iglesia también está sobre la tierra y siente las catástrofes descritas, pero en la cosmovisión en blanco y negro que Juan adopta en la SEGUNDA PARTE, la Iglesia es tratada en otros términos. En esta carta no se dice cuál será el resultado de tal **prueba**, pero no tenemos que esperar mucho para averiguarlo:¹⁰ los terrícolas practican la idolatría, blasfeman contra Dios, se alegran por el martirio de los creyentes, y aplauden las hazañas de los monstruos como si fueran una gran bendición. Calificación del examen: cero.

Un detalle del mensaje alude al gran terremoto del año 17 d.C., en que tanto Filadelfia como Sardis fueron arrasadas. Por mucho tiempo después, los habitantes, al sentir los frecuentes temblores, huían de sus casas arruinadas a los campos, para vivir al aire libre, y luego regresaban al pueblo, hasta que la siguiente advertencia los hacía salir de nuevo. La promesa que Jesús hace a los vencedores **y nunca más saldrán de allí (del templo de mi Dios)** debe haberles hecho vibrar una cuerda familiar.

El mensaje a Laodicea

Cap. 3.14-22

- 14 Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto:
- 15 Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente!
- 16 Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca.
- 17 Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.

⁵ Ap. 21.24-26.

⁶ Ap. 1.6.

⁷ Nótese cómo «el Snto de Israel», título usado frecuentemente para Dios en Isaías, se ha aplicado a Jesús.

⁸ Lucas es el único gentil.

⁹ Jn. 14.30; ver sobre 6.10.

¹⁰ Ap. 6.10; 8.13 (cf. 9.20); 11.10; 13.8 y 14; 17.8.

- 18 Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas.
- 19 Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete.
- 20 He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.
- 21 Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.
- 22 El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Esta última carta demuestra aun mejor que las otras cuánto puede absorber una iglesia de las características de la ciudad en que está ubicada. Laodicea era conocida en el primer siglo como un centro bancario (**tú dices que eres rico ... y no te das cuenta de que eres ... miserable, pobre ... Por eso te aconsejo que de mí compres oro refinado en el fuego, para que seas realmente rico**) y de la industria textil, que manufacturaba telas y alfombras de la lana negra y brillante que se producía en ese sector (**tú dices ... que te ha ido muy bien ... y no te das cuenta de que eres ... un ... desnudo. Por eso te aconsejo ... que de mí compres ropa blanca para vestirte y cubrir tu vergonzosa desnudez**). Allí se hallaba también una facultad de medicina famosa por el ungüento oftalmológico que elaboraba y probablemente también por la «pólvara frigia», el ingrediente principal en la composición de un bálsamo para los ojos (**no te das cuenta de que eres ... ciego Por eso te aconsejo que de mí compres ... una medicina para que te la pongas en los ojos y veas**). La ciudad, orgullosa de su independencia económica, rehusó la ayuda que el Imperio Romano le ofreció para reparar los cuantiosos daños causados por el terremoto del año 60 d.C. (**tú dices que eres rico, que te ha ido muy bien y que no te hace falta nada**). Aunque en su globalidad pareciera muy severa, la carta no tiene otra motivación que el amor (**Yo reprendo y corrijo a todos los que amo**), un amor fraternal que motiva al Señor Jesús a buscar el compañerismo con la iglesia rica e irresoluta (**Mira, yo estoy llamando a la puerta; si alguien oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaremos juntos**). Este concepto de una cena a la que Jesús nos convida lo recordamos ahora en la celebración de la Santa Cena, y resulta

ser una de las metáforas con que Juan describe el reino de Dios en su etapa permanente: el banquete de bodas del Cordero.¹¹

¿Cómo hemos de entender las primeras frases de la carta? **Sé que no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero como eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca.** A primera vista, pareciera que Jesucristo prefiriera el extremismo en la congregación, o apreciara más el antagonismo frío hacia las cosas de Dios que la tibieza. Pero esta interpretación no es muy verosímil. La clave está en la última frase citada: los laodiceenses habían visto a muchos turistas escupiendo con náusea el agua que se llevaban a la boca. ¿Por qué? Por lo que podría llamarse una pequeña broma que la naturaleza les juega a los inocentes: desde Laodicea se pueden ver las escarpadas laderas de Hierápolis, donde el vapor que sube anuncia a la distancia la presencia de aguas termales; pero al descender por antiguos cauces, el agua va perdiendo su calor, y al llegar a las inmediaciones de Laodicea, está tibia y sabe a cal o azufre, minerales con que elaboramos vomitivos. ¡Pobres los sedientos viajeros que piensan refrescarse con un sorbo de esa agua! Botan el líquido al instante. **Ojalá fueras frío**, dice Jesús —porque el agua para tomar tiene que refrescar—, **o bien caliente** —porque las aguas medicinales sólo son eficaces así; pero el agua que no reúne ninguno de estos requisitos sino que está en un término medio es inútil salvo para provocar náuseas. Si nuestra interpretación sigue una buena línea, la carta a Laodicea reafirma lo que las otras han dicho: Dios insiste en una clara demarcación entre la Iglesia y la cultura circundante. En este caso, la confianza puesta en las riquezas y el poder engaña —¿no es la meretriz Babilonia la que dirá en la SEGUNDA PARTE: «Aquí estoy sentada como una reina. No soy viuda, ni sufriré»?¹²— y Dios espera de las congregaciones mucho realismo en su autoevaluación.

Al llegar al fin de la PRIMERA PARTE, podemos resumir la intención de Juan hasta aquí como sigue: Ante la víspera de una persecución pavorosa en Asia Menor, Juan, que ya siente en carne propia las primicias, recibe una visión de Jesús resucitado en la que éste lo capacita para escribir siete mensajes proféticos a otras tantas congregaciones, representantes de todos los cristianos de la provincia. Frente al sufrimiento que ha de venir, Juan apunta también a otra crisis relacionada con ésta, la venida de Jesús y la reacción que ésta sin duda producirá en las iglesias. Bajo los ataques de afuera (la religión imperial, las sinagogas) y de

¹¹ 19.9; ver sobre este versículo, y sobre el muy feo paralelo en 19.17-18.

¹² Ap. 18.7; y por tanto «se entregó al orgullo y al derroche».

adentro (la herejía de los nicolaítas) se notan fácilmente las debilidades y virtudes de cada comunidad cristiana, de manera que, en un ambiente de culto y de lectura de un escrito sagrado, Juan intenta lograr en sus lectores el arrepentimiento y un nuevo compromiso con el evangelio. Así, los hermanos estarán preparados para la venida.

Y ¿qué de nosotros? No vivimos ni en Esmirna ni en Laodicea; han transcurrido casi dos milenios y todavía aguardamos la venida del Señor. ¿Tiene esta PRIMERA PARTE un valor simplemente «arqueológico» para nosotros? ¿Es apenas una tajada de la historia de las ideas del primer siglo, pintoresca y aun equivocada en cuanto a las dos visitaciones que esperaba ver pronto? No; es mucho más, y algo diferente: es el mensaje del Espíritu a nuestra era, como lo ha sido para todas las épocas precedentes. Por decirlo así, nosotros vivimos en Efeso y las otras seis ciudades, porque nuestras congregaciones tienen características paralelas a cada una de aquéllas, aunque alguna quizá sea más filadelfiana (orientada a la evangelización), mientras que la otra se asemeje más a Laodicea (tibia y engañada por sus «virtudes»). Desde los siglos posapostólicos, algunos intérpretes, firmemente convencidos de que Apocalipsis tiene que predecir minuciosamente el futuro, han supuesto que las siete cartas describen las siete épocas de la historia de la Iglesia, pero les ha resultado imposible decidir qué siete épocas o dónde ubicar las fechas divisorias. Recientes adherentes a esta escuela de interpretación ni siquiera se ponen de acuerdo en qué carta describe la Reforma protestante. No; como en la lectura que hacemos hoy de 1 Corintios o de Colosenses, tenemos que leer estas siete cartas buscando las semejanzas con nuestra situación para oír en cada una la voluntad perenne de Jesús resucitado para su Iglesia. Porque, aunque parezca mentira, Jesús sí volverá, según su promesa (22.20a) y según nuestra petición (22.17 y 20b; cf. el Padrenuestro); para tal evento tan deseado tenemos que alistarnos. Podría ocurrir dentro de poco tiempo, y antes, tenemos que ejercer nuestra mayordomía.

3. SEGUNDA PARTE

Caps. 4.1 - 22.5

3.1 Los sellos

Caps. 4.1 - 7.17

El cielo

Cap. 4.1-11

- 1 Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas.
- 2 Y al instante yo estaba en el Espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado.
- 3 Y el aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspe y de cornalina; y había alrededor del trono un arco iris, semejante en aspecto a la esmeralda.
- 4 Y alrededor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a veinticuatro ancianos, vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas.
- 5 Y del trono salían relámpagos y truenos y voces; y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios.
- 6 Y delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal; y junto al trono, y alrededor del trono, cuatro seres vivientes llenos de ojos delante y detrás.
- 7 El primer ser viviente era semejante a un león; el segundo era semejante a un becerro; el tercero tenía rostro como de hombre; y el cuarto era semejante a un águila volando.

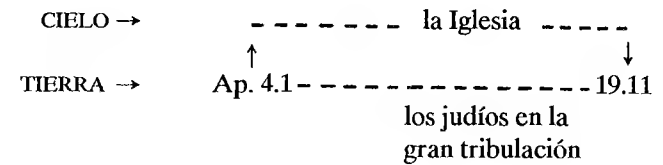
- 8 Y los cuatro seres vivientes tenían cada uno seis alas, y alrededor y por dentro estaban llenos de ojos; y no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir.
- 9 Y siempre que aquellos seres vivientes dan gloria y honra y acción de gracias al que está sentado en el trono, al que vive por los siglos de los siglos,
- 10 los veinticuatro ancianos se postran delante del que está sentado en el trono, y adoran al que vive por los siglos de los siglos, y echan sus coronas delante del trono, diciendo:
- 11 Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas.

1-2. Ya estamos sobre aviso: comienza la parte propiamente «apocalíptica» del libro. Juan nos recuerda esto hablando de **la voz que yo había escuchado primero**,¹ aquella que dijo: «Escribe en un libro lo que ves, y mándalo a las siete iglesias.» Esta vez se trata de una invitación: **Sube acá al cielo y te mostraré las cosas que tienen que suceder después de éstas.** En ambos casos la plenitud de Dios (**quedé bajo el poder del Espíritu**) lo capacita carismáticamente para su tarea; pero mientras que la primera vez la tarea se llevó a cabo sobre la tierra, esta vez Juan es llevado adonde había visto **una puerta abierta en el cielo**. No se trata de la puerta de oportunidad misional que Jesús había abierto ante Filadelfia,² ni de la puerta de la «casa» donde Jesús llama a los laodicenses para disfrutar de su compañerismo,³ sino de una puerta de revelación que permite entender qué sucede en la corte de Dios. Y en el momento de entrar en su trance (**quedé bajo el poder del Espíritu**), Juan entra en las filas de videntes que, según la tradición, visitan el cielo y describen el trono divino,⁴ pero, como él es cristiano, esta visión sobrepasa en creatividad las descripciones de todos sus predecesores. Hemos de entender la fluidez con que Juan se vuelve de la tierra al cielo y viceversa como indicio del panorama enorme que Dios le abre por medio de su don profético. Cuando la revelación trata de un aspecto trascendente del

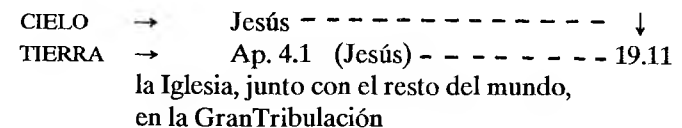
1 Ap. 1.10-11.
2 Ap. 3.8.
3 Ap. 3.20.
4 Ap. 4 y 5.

tema, Juan ve algo en el cielo; cuando trata de la repercusión terrestre del propósito de Dios, las visiones se ubican en la tierra.

Cabe aquí una palabra de polémica. En la predicación popular y en algunos libros de gran divulgación,⁵ se ha sembrado la idea de que las palabras **Sube acá** no se dirigen a Juan como vidente, sino a todos los cristianos al fin de los tiempos, y que lo que se describe indirectamente aquí es el raptó de la Iglesia a que Pablo se refiere en 1 Tesalonicenses 4.16. Sólo que, según cierta interpretación, el raptó es secreto y no público, la primera etapa de una venida en dos tandas. Y los que permanecen sobre la tierra y sufren durante la gran prueba son judíos que se han convertido a Jesús como su Mesías. Esta interpretación se puede graficar como sigue:



Las personas que son creyentes en el momento de iniciarse la gran tribulación (gentiles en su gran mayoría) según este sistema de interpretación son llevadas al cielo en 4.1 y se escapan de todo el sufrimiento terrestre descrito antes de 19.11. Ahora bien, sólo mencionamos aquí este peculiar y muy reciente punto de vista, porque ha influido bastante en ciertos círculos, y porque nos parece que contradice el propósito del libro. A nadie se le habría ocurrido como interpretación del texto que tenemos ante la vista; requiere la importación de una dudosa interpretación de 1 Tesalonicenses 4.16-17 (que se refiere realmente a la venida de Jesús descrita en Ap. 19.11). La clara enseñanza de Apocalipsis es que la Iglesia pasará por la gran tribulación y que Jesús es quien tiene una existencia celestial e intocable⁶, aunque también acompaña a su Iglesia perseguida en la tierra, como hemos visto ya en los mensajes. El cuadro debe ser más bien como sigue:



5 Por ejemplo, *La Santa Biblia* con notas por C.I. Scofield.
6 Ver sobre 12.5.

En el desarrollo de la exposición de la SEGUNDA PARTE que sigue esperamos comprobar estas aseveraciones.

¡Qué difícil resulta describir cómo es **el cielo**! Nuestro lenguaje es tan pobre, tan limitado, que aun un poeta con los recursos imaginativos de Juan se halla perplejo ante la tarea. Entre otras cosas, afirma que el cielo es: a) el lugar en que se ubica el trono de Dios y en que sus cortesanos le sirven,⁷ b) una sinagoga en que se desenrolla y se lee el rollo de la Palabra de Dios,⁸ c) un templo sobre cuyo altar se ofrece el incienso de la oración,⁹ y d) una corte legal de la cual el abogado de cargo es expulsado en desgracia.¹⁰ A veces Juan usa en su libro **el cielo** con otras acepciones que no tienen mucho que ver con la morada de Dios; puede indicar la parte del universo creado que vemos al mirar hacia arriba.¹¹ O bien puede evocar la morada divina al mismo tiempo que insinúa su contaminación por medio de símbolos del mal;¹² tan así es que este cielo tendrá que desaparecer junto con el resto de la creación imperfecta.¹³ El escenario de estas visiones, entonces, es parte de nuestro universo, pero se accede a él por la apertura de los ojos espirituales, más que por un viaje literal hacia arriba.

2-8. ¿Qué dirá un vidente acerca de un Dios que por definición bíblica es invisible? ¿Con qué imágenes comunicará lo inefable? Juan, con admirable reserva, comienza con **un trono** colocado en el cielo, símbolo sobresaliente de la soberanía de Dios, precisamente la característica que más se necesita recalcar cuando la Iglesia pasa por experiencias amargas. Cuando cielo y tierra hayan desaparecido, la única realidad que quedará en pie será el gran trono blanco.¹⁴ Ahora bien, una de las lecciones profundas que aprendemos en esta SEGUNDA PARTE es que el reino del mal no crea nada nuevo; Satanás¹⁵ y sus secuaces tienen que conformarse con hacer parodias de lo que Dios hace. Si éste es el caso, el trono de Satanás debe darnos una pista para comprender el de Dios. Y, efectivamente, vimos que en Pérgamo la prueba de la soberanía ejercida allí por Satanás era doble: a) el culto imperial tenía engañados a

muchos ciudadanos y b) esa falsa religión ya había cobrado una vida de entre los cristianos,¹⁶ por adorar a los dioses de la muerte. Podemos inferir, entonces, que, a la inversa, el trono de Dios: a) existe donde hay un pueblo de adoradores en la tierra que lo honran a él voluntariamente y b) inspira en estos adoradores no sólo un respeto por la vida ajena, sino también el más ferviente deseo de cultivarla, embellecerla, y humanizarla. En esta parte de Apocalipsis tendremos muchas oportunidades de observar cómo funcionan las correlaciones:

trono de Satanás	→	muerte de los indefensos
trono de Dios	→	vida para su pueblo que testifica

Y casi intuimos que este último trono no puede mantenerse como una realidad meramente celestial, sino que será el elemento que unirá cielo y tierra; descamos que llegue el momento de anunciar:

El derecho a reinar sobre el mundo
ha llegado a pertenecer a nuestro Señor y a su Mesías.¹⁷

Pero por el momento Juan no saca todas las consecuencias; habiendo introducido el misterio insondable de la actividad de Dios en el mundo (**un trono ... y alguien sentado en el trono**), se calla y nos deja adorar en silencio.¹⁸ Falta por completo una descripción de la «figura» sentada; la mención de los colores relampagueantes de ciertas piedras preciosas y del arco iris (con sus asociaciones de «promesa después de la catástrofe»¹⁹) basta para evocar delicadamente la majestad, poder y gracia de esa figura.

Luego Juan nos conduce a experimentar la luz primigenia, no directamente (cosa imposible para los seres humanos), sino como se refleja en los rostros de las criaturas que la rodean, criaturas completamente devotas a su servicio.²⁰ La primera rueda de adoradores en torno al trono se compone de **veinticuatro ancianos**, cada uno sentado en su propio trono (aunque para que no tomemos al pie de la letra la descripción, el

7 Ap. 4.2.

8 Ap. 5.1.

9 Ap. 8.3-4.

10 Ap. 12.10.

11 Ap. 6.13-14; 8.10; 16.21.

12 Ap. 4.6; 12.7; 13.1.

13 Ap. 20.11; 21.1.

14 Ap. 20.11.

15 Mencionado en 2.13.

16 «Antipas, mi testigo fiel».

17 Ap. 11.15.

18 Contrástese Ez. 1.26-28.

19 Gn. 9.11-17.

20 Sobre la posibilidad de ver a Dios, cf. Jn. 1.18 «El único Dios (Jesús) lo ha dado a conocer»; y 1 Jn. 4.12 Si nos amamos unos a otros, Dios vive en nosotros.

versículo 10 afirma que **se arrodillan ante él** constantemente). Evidentemente, la mención de **tronos** en plural intenta evocar los pasajes de la PRIMERA PARTE²¹ en que los cristianos comparten con su Señor la soberanía prometida.²² Aunque el número **veinticuatro** no se usa simbólicamente en otro pasaje de la Biblia, la conjetura que lo relaciona con «las doce tribus de Israel» (doce patriarcas) y «los doce apóstoles del Cordero» mencionados en la descripción de la nueva Jerusalén²³ es verosímil. Juan ha sumado simplemente las dos cifras para indicar que el pueblo de Dios, que nunca puede olvidar sus raíces en el judaísmo, tiene nuevas ramificaciones en Jesús resucitado; en todo caso, no son dos pueblos sino uno. La blancura de los **vestidos**,²⁴ las **coronas de oro** y el nombre **ancianos** sugieren que aquí se trata de representantes en el cielo de los creyentes judíos y cristianos de diferentes épocas.²⁵ Con toda humildad los ancianos arrojan **sus coronas delante del trono**,²⁶ porque no han alcanzado su victoria por su propio poder, sino en virtud de otro. Sin embargo, es significativo que ese otro no entre en escena en el capítulo 4. Toda la impresionante atmósfera de culto de este capítulo está saturada de un espíritu antiguotestamentario.

Por ejemplo, reaparecen aquí los elementos que causaban pavor cuando se dio la ley (**relámpagos, ruidos y truenos**),²⁷ y los **siete espíritus de Dios**,²⁸ que aquí toman la forma de **siete antorchas** encendidas, recuerdan la visión de Zacarías sobre el candelabro cuyas siete lámparas hablan de la fuerza del Espíritu.²⁹ También proceden del ambiente del Antiguo Testamento los **cuatro seres vivientes**, compuestos por elementos de los serafines vistos por Isaías que están delante del trono divino³⁰ y de los querubines que sostienen el trono-carroza de Dios, según la visión de Ezequiel. Con toda probabilidad los querubines son, en su origen, los cuatro vientos,³¹ y por tanto los cuatro ángulos de la tierra que sostienen el firmamento; de allí es sólo un a paso afirmar que sostienen el trono

divino. Aquí en Apocalipsis podemos concluir, sin miedo a equivocarnos, que los seres vivientes representan la creación entera (cielo y tierra, el reino animal y la humanidad). Lo que no nos resulta fácil precisar es el valor simbólico de los detalles (león, águila, etc.). Sí sabemos que tienen su origen en el estudio de las constelaciones, pero Juan no desarrolla este aspecto astrológico. Probablemente él sugiere que lo más noble, fuerte, inteligente y veloz de la naturaleza animada tiene su representación ante el trono y participa en el cumplimiento de la divina voluntad.³²

Antes de examinar el himno de los seres vivientes, nos quedan dos preguntas por contestar. Primero, ¿dónde se ubican estas criaturas? Las dos preposiciones usadas «en medio del trono» y «a su alrededor» no dan una idea clara. Quizá el autor desee la confusión porque el concepto que comunica es esencialmente teológico y no espacial; en este caso la expresión podría tomarse literalmente, y los cuatro seres constituirían ellos mismos el trono (ver el dibujo más adelante).

En segundo lugar, la perfecta armonía se rompe con la mención de una nota disonante: **un mar, transparente como el cristal, está delante del trono**. Bien, es cierto que este mar, como todo lo demás delante del trono, alaba a su Creador pero, con cierto esmero, Juan clarifica en otros pasajes el sentido negativo que conlleva. El «mar de cristal mezclado con fuego»³³ es el obstáculo que los redimidos tienen que salvar en su nuevo Exodo, a fin de tener acceso a la tierra prometida. Más importante, el mar del cual surge el primer monstruo³⁴ es el océano del caos a que aluden tantos poemas del Antiguo Testamento, rasgo que expresamente habrá desaparecido del nuevo cielo y la nueva tierra que Dios creará.³⁵ En la cosmología de Juan el cielo y la tierra son inseparables, de manera que el mar, sea del cielo o de la tierra, pertenece al antiguo orden y nunca será renovado cuando éste desaparezca. Representa todo cuanto resiste ahora la voluntad de Dios; pero, en última instancia, tales cosas contribuyen misteriosamente a dicha voluntad.

Concluimos, entonces, que Apocalipsis es dualista (es decir, proclama la lucha milenaria entre el bien y el mal), pero, a diferencia de algunos mitos babilónicos y persas, rechaza la igualdad de potencia de ambas par-

21 Ap. 1.6 y 9; 2.26-28; 3.4-5, 21.

22 Cf. Ef. 2.6.

23 Ap. 21.12 y 14.

24 Cp. 6.11.

25 Cf. Is. 24.23.

26 V. 10.

27 Ex. 19.16.

28 Ver sobre 1.4 y 5.6.

29 Zac. 4.2-7.

30 Is. 6.2; Ez. 1.4-21; cf. 1 S. 4.4; 2 S. 6.2; Sal. 80.1; 99.1.

31 2 S. 22.11; Sal. 18.10.

32 La interpretación patrística (el toro, por ejemplo, representa a Lucas) no nos ayuda en absoluto.

33 Ap. 15.2-3.

34 Ap. 13.1.

35 Ap. 20.11; 21.1; ver el comentario.

tes. El vidente de Patmos, al igual que el autor de Daniel³⁶ y los de tantos otros poemas y apocalipsis del Antiguo Testamento que utilizan la noción de un dragón o monstruo marino vencido por Dios,³⁷ es mono-teísta; ni siquiera se le ocurre afirmar que el monstruo esté permanente y eficazmente muerto, ni que la lucha dure por siempre porque la fuerza de los contrincantes esté equilibrada; ni mucho menos que Dios sea vencido. Con matices que ha aprendido de las enseñanzas de Jesús, Juan insiste en la responsabilidad humana en el cumplimiento del plan trazado por Dios; su libro grita a la Iglesia: «Nos queda poco tiempo; ¡trabajemos con denuedo!».

8-11. Los dos himnos del capítulo 4 ilustran bien la teología de la creación que informa todo el libro, al mismo tiempo que difieren entre sí en rasgos que, a su vez, pertenecen a los diferentes grupos que los entonan. El primer himno, atribuido a los seres vivientes, habla *acerca de* Dios en tercera persona (**santo es el Señor**), mientras que el segundo, atribuido a los veinticuatro ancianos que han experimentado la salvación humana, habla *con* Dios más intimamente, en segunda persona (**Tú eres digno, Señor ... nuestro**). Pero ni el primer himno, que es un calco de Isaías 6.3 y Apocalipsis 1.8, ni el segundo, cuyo tema es la creación de **todas las cosas**, tratan del tema de la redención. A pesar de la constante actividad en el cielo del capítulo 4, el lector sospecha — puesto en alerta por **algo que parecía un mar** — que en las profundidades invisibles se agita un plan ajeno al plan de Dios, un contraproyecto.³⁸ Ya desde 1.5, donde «la resurrección de Jesucristo» le recuerda el reino de la muerte y donde la frase «nuestra liberación de nuestros pecados» liga estrechamente ese reino con la rebelión humana, el lector sabe que el cielo, para ser morada de Dios, necesita señalar cuál es el remedio que él ha provisto para este mal.

36 Dn. 7.2-3.

37 Sal. 74.13-14; Is. 27.1; 51.9-10.

38 Cf. Gn. 1.2.

El rollo escrito y el Cordero

Cap. 5.1-14

- 1 Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos.
- 2 Y vi a un ángel fuerte que pregonaba a gran voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?
- 3 Y ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni aun mirarlo.
- 4 Y lloraba yo mucho, porque no se había hallado a ninguno digno de abrir el libro, ni de leerlo, ni de mirarlo.
- 5 Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos.
- 6 Y miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra.
- 7 Y vino, y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono.
- 8 Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero; todos tenían arpas, y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos;
- 9 y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación;
- 10 y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.

- 11 Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones,
- 12 que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza.
- 13 Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos.
- 14 Los cuatro seres vivientes decían: Amén; y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros y adoraron al que vive por los siglos de los siglos.

1-5. Salimos, por tanto, del capítulo 4 y su descripción del cielo «pre-Cordero», por decirlo así, vagamente preocupados. De una vez Juan da sustancia a la sospecha: **en la mano derecha** de Dios hay un secreto intrigante, y para subrayar la angustia del vidente nada menos que **un ángel poderoso** pregunta retóricamente si no hay alguien **digno** de explicarlo. Con razón Juan prorrumpe en llanto; el secreto está herméticamente sellado y es inaccesible. Ningún ser humano del pasado, ni del presente, ni del futuro, es capaz siquiera de **mirarlo**. Quien conoce su Biblia reconoce aquí la situación clásica del profeta ante el rompecabezas o sueño propuesto por **un rey pagano** (por ejemplo, Daniel ante Nabucodonosor, y José ante el faraón).¹ Pero lo angustioso de este rompecabezas es que Dios mismo — iquien lo había invitado al cielo con el fin de darle una revelación! — se lo propone y se burla de su ignorancia. Con este recurso visionario-literario Juan nos dice en efecto: «Hermanos, he meditado larga y profundamente sobre el sufrimiento de los creyentes en el mundo y sobre el señorío de Jesús; por mucho tiempo no encontré la clave, pero por fin Dios abrió mi entendimiento.»

El problema es real, y las imágenes del capítulo 4 lo plantean con urgencia: Dios es de tal manera santo que todo mal tendrá que ser destruido en su presencia. (En la ciudad santa no queda lugar para lo impuro y odioso, 21.27.) Sin embargo, el mar de vidrio simboliza ante el trono divino la tintura del mal que afecta al cosmos entero. Para satisfacer su propia santidad, ¿tendrá Dios que hacer trizas su creación? ¿No sería

admitir una tremenda derrota el hacerlo así? El capítulo 5 se dirige a la solución del problema.

¿Cuál es el rompecabezas? **Un rollo escrito completamente, pero cerrado con siete sellos**. En estos días de fácil acceso a los libros — y especialmente a los libros sagrados — se nos escapa quizá la fuerza de esta imagen. Para merecer el honor de **abrir un rollo** — que puede haber costado, en el caso de un libro del Antiguo Testamento, el salario anual de un jornalero — un habitante de Asia tendría que ser muy privilegiado, muy digno. Aparentemente, el rollo es la Sagrada Escritura — en la época de Juan, el Antiguo Testamento — pero visto muy particularmente como predicción de la última crisis del mundo, de los eventos que Juan cree inminentes («las cosas que tienen que suceder después de éstas» 4.1). Mejor dicho, el rollo contiene el plan redentor concebido por Dios: a) sus bases se establecieron en el Antiguo Pacto, b) en su ministerio terrenal, sobre todo en su victoriosa pasión, Jesús abrió una nueva época, c) en los 65 años transcurridos desde entonces, la Iglesia ha continuado en obediencia a su Señor, experimentando así mucho sufrimiento,² y d) aguarda ahora los penúltimos acontecimientos que preludian la venida definitiva de Jesús y el consecuente establecimiento del amor y la justicia entre los seres humanos.

Ahora podemos comprender que **abrir el rollo y romper sus sellos**³ no es sólo una acción simbólica de revelar nuevos datos; en tal caso, un ángel cualquiera o el mismo Soberano sentado en el trono podría haberla ejecutado. Obviamente **abrir y romper** señalan además una realización del plan; al romper la cera de cada sello, acontecen cosas que Jesús mismo pone en movimiento. No hay otro que pueda ejecutar los decretos contenidos en el rollo sellado; el secreto ha estado **en la mano derecha** de Dios esperando que alguien de la raza humana aparezca para realizar la redención. Ningún querubín, ni ningún anciano (sea Abraham, sea David) llenaba los requisitos; y Dios Padre, poniendo él mismo ciertos límites a su omnipotencia, rehusaba hacer unilateralmente para los hombres lo que algún ser humano tendría que lograr: la salvación de los creyentes y con ellos la del resto de la creación.

Las lágrimas de Juan (**yo lloraba mucho**)⁴ nos preparan para uno de los momentos más impresionantes de este libro extraordinariamente dramático. Sin embargo, su dramatismo no tiene que ver con calamidades terrestres ni con la caída de astros sino con la sustitución de un símbolo

2 Ver sobre 6.9-11.

3 Nótese el orden de las acciones; no se trata literalmente de un libro.

4 Cf. 21.4, [Dios] **secará todas las lágrimas de ellos**.

1 Dn. 2.1-26; Gn. 41.1-24.

por otro, un trueque que como un relámpago ilumina la naturaleza de la salvación operada por Jesús. El hecho es que Juan deja de llorar sólo cuando oye y luego ve algo; y en este libro vale la pena fijarse en la relación entre lo que el vidente ve y lo que oye. **Uno de los ancianos me dijo... «El León ... ha vencido ...» Entonces ... vi un Cordero.**

El León de la tribu de Judá viene de la imaginería antiguotestamentaria acerca del Mesías; es un título que aun huele a militarismo porque trae a la memoria la profecía: «Tú, Judá, ... eres como un cachorro de león ... Nadie le quitará el poder a Judá ni el cetro que tiene en las manos ... (a él) los pueblos obedecerán.»⁵ Paralelamente, la frase siguiente, **descendiente del rey David**,⁶ evoca al rey ideal prometido:

Sus palabras serán como una vara
para castigar la tierra,
y con el sople de su boca hará
morir al malvado.

Las palabras del anciano celeste, entonces, animan a Juan a suponer que todas las victorias prometidas a Israel pero todavía no logradas acaban de realizarse, y de hecho, Juan no se equivoca al entenderlo así. Sólo es necesario tener presente el nuevo prisma para enfocar más exactamente el cumplimiento de las profecías: la experiencia de Jesús, quien es el León. El sí venció pero lo hizo sobre una cruz! Acusado de insurgente por el imperio de turno, Jesús fue ejecutado injustamente. Sus acciones y palabras durante una breve actividad pública resultaron muy molestas para los grandes de la época —una alianza entre a) el poder civil representado por Pilato y el Sanedrín y b) el poder religioso del templo y la sinagoga.⁷ Se tramó contra él un complot, como contra un profeta o testigo⁸ que los incomodaba demasiado, y lo hicieron víctima. Sí, Jesús es realmente **un Cordero** que por siempre lleva las marcas de **haber sido sacrificado**. Pero no deja de ser León;⁹ he aquí la constante paradoja. Además, el Cordero está de pie, porque después de aquel Viernes Santo, Dios coronó su obra al tercer día con la marca de su absoluta satisfacción: le dio una vida tan imperecedera, que la resurrección de

todos los creyentes comenzó esa mañana.¹⁰ Los **siete cuernos** simbolizan esa vitalidad; son la plenitud del poder que, junto con los **siete ojos** de la omnisciencia, hacen de esta figura la más temible del libro. Con razón los que se han rebelado contra el pueblo de Dios tratan de huir de «la ira del Cordero».¹¹ Con una imaginación literaria genial, Juan ha creado la tensión dialéctica:

León: poder militar, fuerza violenta, derramador de sangre.

Cordero: víctima, amor redentor, autosacrificio, sangre derramada.

Si les parece que la cruz pone fin a la *vida* de Jesús,¹² están equivocados sus verdugos! Como comenta Pablo, si los gobernantes de este mundo hubieran entendido las consecuencias de esa muerte victoriosa, «no habrían crucificado al Señor de la gloria».¹³ La aparente debilidad de Jesús al dejarse crucificar¹⁴ se convierte en la fuerza explosiva más irresistible de la historia, una obra milagrosa de Dios. Pero su sacrificio no significa pasividad o entrega; Jesús muere injustamente en aras de la justicia, y de su acto abnegado tiene que nacer toda una humanidad justa. El León actúa y actuará contra todos los «que con su maldad impiden que se conozca la verdad»;¹⁵ el resto de Apocalipsis ampliará este principio.¹⁶

Hemos visto en el capítulo 4 que el Espíritu de Dios se simboliza con siete antorchas delante del trono, mientras los seres vivientes, con sus innumerables ojos, entonan himnos al Entronizado. Pero en este capítulo, el Espíritu se simboliza con los **siete ojos** del Cordero, espíritus **enviados por toda la tierra**.¹⁷ Por este medio Juan sugiere que todas las energías y toda la sabiduría divinas hubieran quedado «en el cielo», al otro lado de ese mar de vidrio e inaccesibles a los seres humanos, si no fuera por

5 Gn. 49. 9-10.

6 Is. 11.4, cf. vv. 1-10. En *Salmos de Salomón* 17 se usa el texto para describir al Mesías militante.

7 Cf. los dos monstruos del cap. 13.

8 Cf. los dos testigos de 11.10.

9 Is. 53.7; Jn. 1.29,36.

10 1 Co. 15.20-28.

11 Ap. 6.16-17.

12 1 Co. 1. 23-25.

13 1 Co. 2.8.

14 Los dirigentes religiosos se escarnecen de él diciendo: **Salvó a otros, pero a sí mismo no puede salvarse** Mr. 15.31.

15 Ro. 1.18.

16 Aunque la designación «León» no vuelve a aparecer en el libro.

17 Cf. Zac. 4.10.

el Cordero, que con sus cuernos y ojos es mediador de estas bendiciones.¹⁸

Consciente de su propia idoneidad (*¿Quién es digno ...?*), es decir, su victoria (...**ha vencido**), el Cordero toma el rollo — gesto que provoca un cúmulo de actividad cúltica (se **pusieron de rodillas ... arpas ... copas de oro llenas de incienso ... oraciones ... cantaban**) —, porque la creación toda ha esperado con ansia este momento, y el **pueblo de Dios** lo ha hecho objeto de sus oraciones. Así Juan, en la relectura que hace aquí del Salmo 2, describe el momento de **tomar el rollo** como una investidura real («Tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy. Pídemme que te dé las naciones como herencia ...»¹⁹). Ya que hoy muchos extraen de su lectura de Apocalipsis la idea de una destrucción masiva de la creación, es prudente observar que quienes cantan el himno²⁰ son representantes del cosmos entero (**los cuatro seres vivientes**) y no sólo los representantes del pueblo salvado (**los veinticuatro ancianos**). Gracias a la obra del Cordero, los cristianos no somos una élite divorciada del destino del resto de la creación; todos juntos sufrimos o todos juntos nos regocijamos. Pablo lo afirma con claridad: «Sabemos que hasta ahora el universo se queja y sufre como una mujer con dolores de parto. Y no sólo sufre el universo, sino también nosotros, que ya tenemos el Espíritu ...»²¹ No conviene que los redimidos veamos las guerras y catástrofes con deleite; sí, son pre-annuncio de la venida de Jesús, pero nos duelen porque nos hemos solidarizado con el mundo que Dios hizo y por el cual Jesús **derramó su sangre**. Es digno de notarse que los seres vivientes, a diferencia de 4.8, ya se dirigen al Cordero en segunda persona (**Tú eres digno**), al igual que la humanidad redimida.

Desde las primeras palabras del poema, eco del último himno del capítulo 4 («Tú eres digno»), oímos la confirmación de una sospecha: este Cordero, a pesar de haber pasado por la muerte como todos los demás seres humanos, recibe honores y loor reservados para Dios. Juan, sin dejar de ser monoteísta, le atribuye a él excelencias divinas. Ya que este Cordero es el mismo «de apariencia humana», ante quien Juan se postró en el capítulo 1,²² nada de esto nos sorprende.

En todo Apocalipsis, las acciones del Cordero, uno de los actores vistos con mayor frecuencia en el escenario, dependen de una obra rea-

lizada por él «antes de abrirse el telón» del libro. Sin embargo, al menos oblicuamente, este gesto del año 30 d.C. se describe de vez en cuando; por ejemplo, el himno declara «...**fuiste sacrificado; y derramando tu sangre compraste para Dios** gentes de toda descripción.» Esta compra de un familiar de parte del pariente redentor (Lv. 25. 25-28) demanda un sentido altísimo de solidaridad con los miembros de su clan.²³ Es más; según Hebreos 12.24, la sangre voluntariamente vertida por Jesús grita pidiendo «venganza»,²⁴ pero el Padre, en vez de dar muerte a los asesinos de Jesús, se la da a la muerte misma, gesto de amor descrito metafóricamente en Apocalipsis 20.14: «Luego el reino de la muerte fue arrojado al lago de fuego, que es la muerte segunda.»²⁵ Es importante recordar, en medio de tantas escenas de aparente destrucción de vida,²⁶ que en toda la Biblia la creciente familiaridad con el Dios del pacto conduce a Israel paulatinamente a esta convicción: Dios no desea la muerte del pecador, ni de ningún ser humano. No usa el terror para lograr sus fines. Y, evidentemente, el don de su propio Hijo en la cruz es lo que hizo posible esta humanización de la raza. Así que el pueblo redimido deviene **un reino ... y sacerdotes ...; reinará sobre la tierra**.

En el drama celestial, Juan visualiza a continuación un coro gigantesco de **ángeles** que alaban al Cordero. Ya que los ángeles no entran en el plan salvífico sino como agentes de Dios, su himno se expresa, como el de los seres vivientes del capítulo 4,²⁷ en tercera persona (**El Cordero ... es digno ...**) y no con el trato más íntimo del «tú» (**eres digno**, v. 9). Lo mismo sucede en la última alabanza de la escena (v. 13), donde el texto original carece de verbo alguno (**Al que está sentado ... y al Cordero, la alabanza ...**). Podemos resumir, entonces, la escena del capítulo 5 como un crescendo de alabanza que llega a su ápice con un círculo de cantantes lo más amplio posible. Aunque la terminología espacial que Juan emplea no permite exactitud, podríamos imaginarnos el escenario celestial dispuesto así:

23 Obsérvese que en el himno todas las nacionalidades son así miembros del clan del Cordero.

24 Ver sobre 6.9-11.

25 Ver sobre 20.14-15.

26 Ver, sin embargo, sobre 6.12-17.

27 Ap. 4.8.

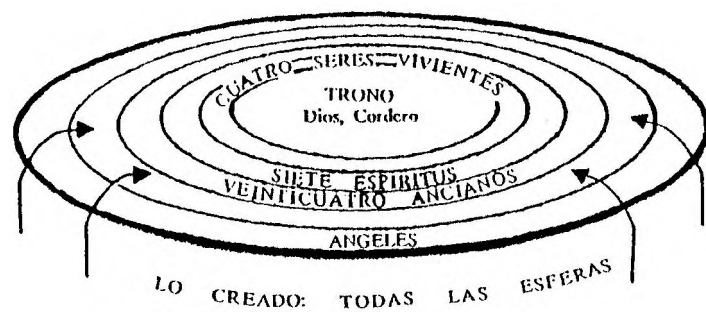
18 Jn. 15.26; 16.7; Hch. 2.33.

19 Sal. 2. 7-8.

20 Vv. 9-10.

21 Ro. 8.22-23.

22 Ap. 1.10-20.



El último anillo sobrepasa los límites del cielo: a las criaturas adorantes ya descritas se unen las que habitan el universo en la tierra, el mundo inferior (lugares como el hades, el abismo, y las profundidades del mar) y el mar (otra vez en el nivel de la tierra, pero formando una subdivisión de su superficie). La cosmología de Apocalipsis, pues, concibe un universo de tres pisos, cada uno de los cuales adora al Cordero:



Veremos más adelante cómo las plagas afectarán estos elementos, y desde ya sospechamos que las partes inferiores esconden fuerzas potencialmente hostiles. Sin embargo, esta visión del Trono otorga gran optimismo al resto de la SEGUNDA PARTE. Pase lo que pase, la inmolación del Cordero irradia su luz sobre todo lo creado, y aun reconcilia con Dios

(en un sentido que los ojos terrestres no han visto todavía) a los poderes rebeldes.²⁸

Como toda narración intrigante, la SEGUNDA PARTE nos presenta en estos dos capítulos iniciales un misterio (el **rollo escrito**),²⁹ cuyo secreto tendrá que ser desenrañado por un héroe (**El Cordero ... es digno**), y nos lleva a presenciar el desenlace³⁰ en sus últimos dos capítulos: el héroe está entronizado,³¹ ya no en el cielo inaccesible, sino en una tierra renovada y al mismo tiempo unida al cielo renovado. Pero el héroe — en tanto Cordero — es extraordinariamente inamovible en los capítulos que mueven su acción desde el trono (6-20). Con excepción de la apertura de los sellos (6.1- 8.1), su papel es relativamente estático. Da la impresión de haber cumplido su labor esencial en el año 30; y ahora es Dios quien con base en ese sacrificio actúa en el mundo, muchas veces por medio de ángeles. Pero una vez más tenemos que recordar que ese Cordero es también el «semejante a un Hijo del Hombre»³² de la PRIMERA PARTE que anda en medio de las iglesias. Por tanto, los diferentes símbolos que encontramos en la SEGUNDA PARTE y que representan al pueblo de Dios (los dos testigos, la descendencia de la mujer, los 144.000, etc.), señalan la presencia de Jesús al lado de su Iglesia, en medio de los sufrimientos (el Cordero tenía ... siete ojos, que son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra). Además, sabemos que Jesús es representado por otros símbolos (el Niño nacido, el Jinete-Palabra de Dios) cuya presencia en escena es breve y que Juan no identifica explícitamente con el Cordero. Sin embargo, el Cordero está presente desde 5.6 hasta 22.17, y luego se identifica en los últimos versículos del libro como «el Señor Jesús»; él cumple la voluntad soberana de aquel que está sentado en el trono, sin dejar las cercanías de ese trono. ¿Será que ha confiado su labor en el mundo a su pueblo, la Iglesia? Juan no lo dice con tantas palabras, pero veremos en varias escenas simbólicas elementos que se pueden interpretar así. Para la simbología del libro, el papel esencial del Cordero es el de desenmarañar el secreto que descansa en la **mano derecha** de Dios, manifestar la verdad confiada a él por el Padre. Por eso remueve las envolturas del misterio que tanto el vidente como el resto de la raza humana hallan tan angustiante.

28 Col. 1.20.

29 Caps. 4-5.

30 Ap. 21.1 - 22.5.

31 Además, el héroe celebra su matrimonio.

32 Ap. 1.12-20.

CAPITULO VI

Los siete sellos

Cap. 6.1-17

- 1 Vi cuando el Cordero abrió uno de los sellos, y oí a uno de los cuatro seres vivientes decir como con voz de trueno: Ven y mira.
- 2 Y miré, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; y le fue dada una corona, y salió venciendo, y para vencer.
- 3 Cuando abrió el segundo sello, oí al segundo ser viviente, que decía: Ven y mira.
- 4 Y salió otro caballo, bermejo; y al que lo montaba le fue dado poder de quitar de la tierra la paz, y que se matasen unos a otros; y se le dio una gran espada.
- 5 Cuando abrió el tercer sello, oí al tercer ser viviente, que decía: Ven y mira. Y miré, y he aquí un caballo negro; y el que lo montaba tenía una balanza en la mano.
- 6 Y oí una voz de en medio de los cuatro seres vivientes, que decía: Dos libras de trigo por un denario, y seis libras de cebada por un denario; pero no dañes el aceite ni el vino.
- 7 Cuando abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto ser viviente, que decía: Ven y mira.
- 8 Miré, y he aquí un caballo amarillo, y el que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades le seguía; y le fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad, y con las fieras de la tierra.
- 9 Cuando abrió el quinto sello, vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían.
- 10 Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?
- 11 Y se les dieron vestiduras blancas, y se les dijo que descansasen todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de

sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos.

- 12 Miré cuando abrió el sexto sello, y he aquí hubo un gran terremoto; y el sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre;
- 13 y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento.
- 14 Y el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla; y todo monte y toda isla se removió de su lugar.
- 15 Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes;
- 16 y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero;
- 17 porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?

En la sección sobre LA ESTRUCTURA DEL LIBRO (p. xiii) se ha tratado la forma de este primer septenario numerado. En primer lugar, consta de cuatro sellos relativamente breves y unidos entre sí por las figuras de «cuatro jinetes» y «cuatro caballos de diferentes colores»; luego, de tres sellos más desarrollados (excepto el último,¹ cuya finalidad es introducir la siguiente serie). Y antes del último sello, se intercalan dos visiones del reino de Dios consumado.² Gracias al recurso literario de la concatenación, Juan hace de «los sellos» la serie maestra que abarca los sub-septenarios y presenta el resto de la SEGUNDA PARTE como sigue:

Los siete sellos

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5

1 Ap. 8.1.

2 Ap. 7.

comentaristas han sucumbido a la tentación de identificarlo con el jinete de 19.11-16, cuyo nombre es «La Palabra de Dios». Pero lo único que ambos tienen en común es el color de su caballo; los detalles indican más bien una diferenciación (las palabras para «corona» son diferentes y «espada»⁹ aparece en el capítulo 19, mientras que el arma aquí es un arco), y, lo que es más importante, Juan ha atado este primer jinete a los tres siguientes, que innegablemente esparcen la muerte. Una aparición de Jesús triunfante resultaría aquí inapropiada desde todo punto de vista. Pero tales comentaristas tienen razón en este sentido: las fuerzas de la naturaleza y el reino animal han pedido la venida gloriosa de Jesús, y si el actor que luego sale se parece a él, esto obedece a la característica del reino maléfico, que imita engañosamente el reino de Dios y obedece al optimismo del vidente y de nosotros, los lectores. ¡Qué bello hubiera sido experimentar en este punto la victoria de Jesús!

Cabe aquí una palabra sobre el simbolismo apocalíptico. No podemos pedir a un autor sensible e imaginativo como Juan, que un determinado símbolo siempre signifique lo mismo — por ejemplo, que el color **blanco** siempre represente la victoria de la resurrección de Jesús. Cada contexto le otorga nuevos matices (piedra blanca, ropa blanca, trono blanco, etc.), y aquí en 6.2 la blancura del caballo sólo retiene el sobretono de victoria; este jinete está enamorado del triunfo militar y hará cualquier cosa para lograrlo. Y si la blancura retiene algún tinte de «resurrección» o de «trascendencia», será en la forma de parodia (los generales del Imperio Romano, o cualquier otro imperio, envidian a Jesús la permanencia y eficacia de su tumba vacía — aun cuando de hecho la desconocen — pero lo más que pueden hacer es dar la impresión de conquistar, de ser invencibles; no quieren mirar hacia atrás, a los demás jinetes, y darse cuenta del tremendo costo en sufrimiento humano que trae una campaña militar, aun cuando se llame «victoriosa»). Vemos, entonces, (para usar una ilustración de la informática y las máquinas traductoras), que no podemos simplemente perforar una tarjeta para que, cuando aparece en el texto la palabra «blanco», salga en la pantalla la traducción «victoria pascual de Jesús». A veces un símbolo interacciona con otros en el contexto (como en un poema, en que las máquinas traductoras muestran su debilidad con especial claridad) o con la estructura literaria, como en el presente caso, de manera que el lector tiene que estar atento.

Lo extraordinario de estos sellos es que muestran que en algún sentido Dios participa en la conquista voraz de la tierra. Porque la voz pasiva

9 Cf. 1.16, donde se trata de Jesús; Heb. 4.12; Ef. 6.17.

del versículo 2 (el original dice «le fue dada una corona») es del tipo que los traductores llamamos «pasiva de la acción divina». Sin nombrar a Dios (gesto literario aconsejado por el mandamiento «No hagas mal uso del nombre del Señor tu Dios»,¹⁰ como los rabinos lo interpretaban), un autor judío puede — por medio de este recurso literario — atribuirle una acción. En otras palabras, el versículo 2 señala que Dios provee una guirnalda para este conquistador afanoso. ¿Por qué? Antes de contestar, vale la pena reconocer en el uso de la expresión verbal **se le dio** dos acepciones en Apocalipsis: a) tres veces describe un don de la gracia divina con fines redentores¹¹ y b) mucho más frecuentemente describe el permiso concedido a los poderes maléficos para llevar a cabo sus fechorías.¹² Por lo tanto, aunque sabemos que Dios no aplaude el militarismo (el militarismo, al fin, es uno de los tipos de violencia injusta que contribuyó a la muerte del Cordero en el año 30!), lo que sí hace es permitir que opere bajo su protección, en ese tejido del bien y del mal que llamamos «historia». Pero los jefes militares, según Apocalipsis muy vulnerables a la invitación del monstruo que insta a rebelarse contra Dios,¹³ serán banquete de las aves de rapiña, y ante tendrán que responder ante el trono del juicio por las vidas jóvenes segadas y por tanta rapacidad ejercida en aras de su apetito insaciable de conquistar. Ya en 6.15, junto con los reyes del mundo y otros poderosos, se llenan de terror por el gran día del castigo; se reconocen merecedores de la ira divina.

En el caso del jinete, el **arco** que lleva muestra que es parto, porque los únicos guerreros montados del primer siglo, que usaban arcos, eran los partos; pero sea romano o sea parto, es visto por Juan como un flagelo para la tierra.¹⁴

El segundo caballo es **rojo** (vv.3-4), tono que sugiere el fuego; más adelante el mismo color será atribuido al dragón.¹⁵ Siguen multiplicándose los elementos demoníacos: **quitar la paz del mundo ... hacer que los hombres se mataran unos a otros ... grande espada**. He aquí el lado inverso de la moneda de la conquista: el placer de la campaña exitosa y de las procesiones triunfales halla su contraparte en la cruenta

10 Ex. 20.7.

11 Ap. 6.11; 12.14; 19.8.

12 Ap. 9.1, 3 y 5 (langostas del abismo); 13.5 y 7 (el primer monstruo); 13.14 y 15 (el segundo monstruo).

13 Ap. 19.18.

14 Varios textos aluden al temor que sentían los romanos frente a una posible invasión parto desde el río Eufrates, 9.14; 16.12.

15 Ap. 12.3.

realidad del campo de batalla (y tendríamos que agregar hoy, de la población civil afectada; la guerra actual no respeta a nadie ni nada). Una vez más, Dios se hace cargo (**recibió poder ... se le dio una gran espada**), en última instancia, de esta absurda e inicua campaña antivida.

El tercer caballo (vv. 5-6) es **negro**, un no-color que sugiere negatividad y condiciones infrahumanas; la **balanza** que lleva el jinete anuncia de una vez una transacción comercial, y la voz de **en medio de los cuatro seres vivientes** especifica de qué tipo: granos esenciales y otros productos que de una u otra forma aparecen en la «canasta básica». En la estela de la guerra vienen el hambre, el colapso económico y la estrechez de todo tipo. Y la economía del Imperio, e incluso la de la capital, no se planificaba con mucha anticipación; el retraso de cinco días en la llegada de un cargamento de trigo desde Alejandría podría causar motines entre los pobres de Roma que vivían del gobierno. ¡Cuántas irrupciones causaría una guerra! El racionamiento y la inflación hacen la vida imposible (a veces literalmente), especialmente a las clases menos privilegiadas. Como lo han descubierto todos los países en que hoy existe una guerrilla, el retiro o desplazamiento de un ejército — sea el «oficial» o el rebelde — representa una penosa carga para los campesinos de la región; las tropas no sólo se comen lo que hallan, sino que destruyen cosechas para vengarse o prevenirse de la supuesta «cooperación con el enemigo». Es lógico, pues, que los precios aquí anunciados, descomunadamente altos, reflejen un desastre de proporciones mayores para los pobres. Ordinariamente un peón ganaba un denario (el salario de un día) por sus 10 a 12 horas de trabajo, y lo gastaba en un quénice de trigo, que equivalía a un litro, la ración diaria de *una sola* persona. El historiador Cicerón nos informa que en tiempos normales con un denario se podía comprar 12 quénices; así que en la crisis que el Apocalipsis tiene presente la inflación ha alcanzado el 120 por ciento. Y aunque la cebada era el alimento de animales y de las clases pobres,¹⁶ también ha aumentado de precio en un 80 por ciento, porque con un denario antes se compraban 24 quénices. Efectivamente, la supervivencia de «los de abajo» está amenazada.

Aquí, como en los demás sellos, el color del caballo simboliza la actividad del jinete. El tercer caballero anda privando de sus derechos básicos a los olvidados de la sociedad, de manera que su **caballo negro** le conviene mucho. Esta vez, excepcionalmente, no «se le da» nada visible, sino una instrucción verbal; de alguna manera (aun cuando no

sabemos de quién viene la voz) Dios obliga al comercio inicuo a proveer grano, y limita además su avaricia. Al menos un poquito de pan de cebada queda garantizado al menesteroso.

La siguiente advertencia, **pero no echas a perder el aceite ni el vino**, presenta el caso de dos productos ya elaborados; no son necesariamente de lujo, pero su uso continuo presupone condiciones normales de vida que ya han desaparecido. Es como si Dios dijera: «Sé que eres un explotador de los pobres, pero no puedes exceder ciertos límites.» Aun así, Juan nos prepara para entender cómo en los capítulos 17-18 la gran ciudad comercial erige el consumismo en sistema de vida (y sobre todo, en sistema de muerte); los privilegiados minarán las bases de sobrevivencia de los indefensos. Pero en el capítulo 6 no hemos llegado todavía a los excesos de Babilonia; el Soberano ejerce su control. Es hermoso pensar que al final del drama, cuando venga Jesús, el Jinete verdadero «gobernará con rectitud»; los recursos de la tierra se distribuirán equitativamente, y «ya no habrá muerte».

En este sello sobre la justicia social, Juan apunta a un gran abuso del primer siglo; la orden **no echas a perder** probablemente recuerda una ocasión, fresca en la memoria del vidente, en que el emperador decretó una planificación agrícola que incluyó la destrucción de viñedos. Sucedió así: en sus primeros años Domiciano, para bajar el precio del pan en Italia, había ordenado la compra de grandes cantidades de trigo de Egipto y otras partes de Africa. Pero al caer el precio del pan en Italia, los agricultores romanos convirtieron sus cultivos a la viticultura. Se produjo entonces tal escasez de pan y abundancia de vino, que en el 92 el emperador decretó que «no se plantaran más viñas en Italia y que en las provincias se destruyeran la mitad cuando menos» de ellas, para cultivar en su lugar el trigo y la cebada. Como sucede tantas veces, la ley favorecía a los vinicultores de la sede del Imperio y perjudicaba a los agricultores de las provincias. Esta vez, sin embargo, los latifundistas de Asia Menor se rebelaron contra el edicto, y a la postre Domiciano tuvo que rescindirlo. Hasta llegó a mandar el castigo a los que abandonaran sus viñedos. Ahora bien, aunque el mundo de hoy está organizado de una manera diferente, los imperios todavía se las arreglan para que el *centro* se enriquezca mientras que la *periferia* se vea obligada a sufrir pérdidas. Por ejemplo, en la 1950, cuando el consumo de azúcar en los EE.UU. era más importante que en el día de hoy, el gobierno decidió que sería más económico y conveniente pedir que los países caribeños se encargaran de abastecer el mercado norteamericano, liberando así la agricultura norteamericana de esa onerosa responsabilidad. La República Dominicana, la Cuba de Batista, Costa Rica y otros países se dedicaron

16 1 R. 4.28; Rt. 2.17; Ez. 4.9.

obedientemente a convertir muchos campos a la producción de azúcar para exportar al vecino del norte. Pero las costumbres y las ideas dietéticas de los norteamericanos variaron (para no hablar de la conveniencia política), y sin mucho aviso el gobierno del país rico dijo a sus abastecedores pobres: «Vamos a reducir drásticamente la cuota anual de azúcar que les compraremos.» Todos los ajustes corrieron por cuenta de la periferia.

Aunque el tercer sello usa un lenguaje alusivo mucho más claro para los primeros lectores que para nosotros, podemos discernir aquí una protesta contra el comercio explotador, incluso el internacional. Mientras el pueblo se muere de hambre por la escasez de granos, los latifundistas cultivan olivas y uvas para la exportación lucrativa. Mientras los terratenientes de Asia y los privilegiados de la ciudad capital luchan para ganar ventajas económicas, al jornalero y su familia le falta la alimentación mínima. Dios mantiene, por decirlo así, libros en que se apuntan estos egoísmos e intereses creados, libros que un día serán abiertos. Y aquel «otro libro, que es el libro de la vida» está a cargo del Cordero; los que atentan contra sus semejantes en forma tan mortífera como para enriquecerse por su hambre, no aparecen en sus listas de nombres.

El cuarto sello (vv. 7-8) continúa la lúgubre procesión de jinetes asesinos. El color simbólico del caballo es **amarillento** esta vez, el color de un cadáver o de una cara tan espantada que ha perdido todo tono rosado. Por primera vez se menciona el nombre del jinete: «**Muerte**», y junto con éste anda (no sabemos dónde ni cómo) el compañero inseparable, Hades (**que representaba el reino de la muerte**).¹⁷ Hacen estragos por medio de cuatro plagas ya mencionadas en una visión del Antiguo Testamento,¹⁸ pero su poder no se extiende sobre todo lo creado; Dios les da (**se les dio**) poder sólo sobre la **cuarta parte del mundo**. Veremos cómo los septenarios numerados aumentan gradualmente la parte afectada de la tierra:

LOS SELLOS	LAS TROMPETAS	LAS COPAS DE CASTIGO
1/4	1/3	1 (totalidad)
Ap. 6.8	8.7 (2 veces), 8.9 (2 veces), 10, 11 y 12 (5 veces); 9.15 y 18	16.2,3,9 y 20

¹⁷ Ap. 1.18; 20.13.

¹⁸ Ez. 14.21.

Por medio de este simbolismo numérico, Juan confirma la verdad que ha venido estableciendo de otras formas: el soberano Dios controla la maldad que hay en la historia.

Volvamos a mirar en conjunto este primer grupo de sellos. Describen la condición del Imperio Romano tal como el vidente lo concibe al fin del primer siglo y en la víspera de una ofensiva fuerte contra los creyentes. Una vasta potencia mundial, rica en conquistas, sí, pero también en desasosiego, peligro y miseria, se prepara a adelantar sus planes. Esta serie de trazos se repite en la historia, y hoy la vemos en varios rincones de la tierra. Cuando Jesús prepara el camino de su venida y de la publicación definitiva de los secretos del Libro sellado, una de las fuerzas que desata es el militarismo en sus aspectos tanto atractivos como repugnantes. En estos días de arsenales atómicos que pueden volar el planeta tres veces y en que las grandes potencias actúan belicosamente ante la menor provocación, el cuadro da qué pensar.

Con el quinto sello (vv. 9-11), entra en escena la Iglesia. ¿Qué hacían los seguidores del Cordero mientras el Imperio cosechaba laureles y segaba vidas? Como en el caso del sacrificio de Jesús,¹⁹ Juan aquí no nos da detalles de lo que pasó con los muertos por haber proclamado el mensaje de Dios; más bien plantea el problema ético creado por el sacrificio. Pero ya que el quinto sello hace sonar una nota fundamental de todo escrito apocalíptico — una especie de tónica en la sinfonía que Juan compone — vamos a dedicarle un poco más de atención y comentarlo en detalle. ¿Por qué, si Dios hizo todo el universo y lo sostiene con su poder,²⁰ permite que sus fieles servidores sean martirizados? ¿No debe al menos hacer caer al instante su divina cólera sobre los crueles verdugos de su pueblo? Una de las teologías «ortodoxas» del judaísmo se preocupaba mucho por probar que Dios es justo,²¹ y lo hacía recalcando que él actúa siempre pagando a cada cual su merecido, y en esta vida terrestre. Por ejemplo, el pecador sufre calamidades y el bueno recibe muchas bendiciones tales como larga vida, familia numerosa y próspera, y riquezas terrenales. Pero esta idea de que la justicia de Dios es retributiva, por cierto muy difundida entre muchas iglesias hoy día, ha tenido también sus opositores a lo largo de los siglos. Desde la respuesta dada en el libro de Job hasta la experiencia de la crucifixión del Señor Jesucristo y sus repercusiones en la Iglesia primitiva, ha habido pensadores que insisten en que sí, el creyente en Dios, a menudo tiene que

¹⁹ Ap. 5.6-14.

²⁰ Ap. 1.8; 4.11.

²¹ Job 4.7-9; 8.13-20.

sufrir por su fe. Lejos de vivir una vida encantada y protegida, es vulnerable a los ataques de los que se oponen al reino de Dios. Así piensa Juan de Patmos, basándose en parte en su propia experiencia.

Esta problemática sobre Dios y su forma de actuar se expresa aquí en términos típicos de un apocalipsis. El quinto sello nos transporta a un altar, mencionado por primera vez en el libro, pero con el artículo definido antepuesto, como si todo el mundo lo conociera. El lector supone que tal altar se halla en el cielo, cerca del trono, y probablemente tiene razón.²² Aquí los actores principales son **los que habían sido muertos por haber proclamado el mensaje de Dios**, que son los mártires degollados por testificar del propósito divino en el mundo (ver sobre 1.9, por haber anunciado el mensaje de Dios). Es probable que el grupo al que Juan alude aquí no conste simplemente de cristianos — desde Esteban y Santiago hijo de Zebedeo hasta Antipas,²³ pasando por los martirizados bajo Nerón — sino de todos los creyentes a partir de Abel.²⁴

Ahora bien, los pensadores judíos habían estudiado mucho el caso de Abel, y expresaron la injusticia de su muerte en términos bien concretos.²⁵ En época remota, un autor inspirado atribuyó a Dios las siguientes palabras dirigidas a Caín: «La sangre de tu hermano, que has derramado en la tierra, me pide a gritos que yo haga justicia.» Es decir, la tierra entendida como una fuerza casi personal, rehúsa tragarse la sangre del mártir, y el charco queda en la superficie hasta que el crimen sea expiado.²⁶ En este sentido, la sangre habla y exige una reivindicación.

Dado el hecho de que «todo ser vive por la sangre que está en él»,²⁷ cuando se sacrifica una víctima, la sangre que brota de su cuello corre por los costados del altar y puede entenderse como la misma vida segada. En otros contextos, el término griego puede traducirse también por «alma». Además, el altar del templo de Jerusalén estaba dotado de un surco en la base, que recogía la sangre derramada; de manera que un judío, al leer este pasaje, pensaría en tal charco carmesí, simbólicamente

22 Los rabinos opinaban que el privilegio de un entierro en Palestina equivalía a ser sepultado bajo el altar del templo, que a su vez equivalía a ser sepultado bajo el trono de gloria.

23 Hch. 7.54-60; 12.1-2; Ap. 2.13.

24 Gn. 4.8.

25 Ver el libro apócrifo 1 Enoc.

26 Gn. 4.10; cf. Heb. 12.24.

27 Lv. 17.11, literalmente «la vida de toda criatura está en la sangre».

dotado de una voz, porque esta vez las víctimas no son animales sino seres humanos.

Por supuesto, según la perspectiva del Antiguo Testamento, nadie sino Dios tiene autoridad sobre la vida. Por tanto, cuando un ser humano asesina a un semejante, se arroga un derecho divino e incurre en un grave pecado. Testigo de esto es la sangre derramada que no se puede restañar; el cielo clama y presenta al instante una querrela ante el Señor de la vida. Pero no nos equivoquemos al interpretar el quinto sello: la intención de Juan no es describir las condiciones de ultratumba. No hay conversación audible entre los mártires mencionados y Dios, como no la hubo entre la sangre de Abel y su Creador. Estos pasajes solamente afirman, en su género pictórico tan concreto, que la misma muerte de estos inocentes reclama de un Dios justo alguna retribución. El suponer aquí una previa resurrección — y sin ella ¿cómo hablarían los muertos? — cuando nada en el contexto la sugiere, sería rebasar los límites del texto.

Así entendido, el pasaje no enseña una actitud vengativa de parte de los degollados. El mero hecho histórico de su sacrificio plantea la pregunta tan común en los Salmos y, con todavía más relieve, en Zacarías:²⁸ «¿Hasta cuándo, oh Señor...?» Con demasiada frecuencia este y otros pasajes de Apocalipsis se han interpretado a lo largo de la historia de la Iglesia como una justificación de actitudes infracristianas: odio a los enemigos, alegría cuando éstos no se arrepienten, y deseos egoístas de reivindicación pública. Mayor atención al género literario apocalíptico habría evitado este error.²⁹

Volviendo un momento al caso de Abel, lo fascinante es que Dios mismo, al ver y oír la evidencia, comienza a hacerle justicia, pero no destruyendo a Caín con un rayo, sino expulsándolo de la tierra que labraba y prometiéndole proteger perpetuamente su vida.³⁰ ¡Qué insondable es la gracia de Dios! Y sin embargo, la gracia siempre produce desagrado en ciertos individuos que tienen definiciones prefabricadas de la justicia.³¹

En Mateo 23³² tenemos prueba de que Jesús también reflexionó sobre la experiencia de Abel y la puso en relación con el martirio de un tal Zacarías³³ muerto por los líderes religiosos «entre el santuario y el altar»,

28 Sal. 6.3; 74.9-10; 79.5; 80.4; e.g. 11.5-6.

29 Ver también Lc. 23.34; Mt. 6.14-15.

30 Gn. 4.11-16.

31 Lc. 9.52-55; 15.25-30; 2 P. 3.8-9; Jn. 10.32.

32 Vv. 29-36.

33 2 Cr. 24.20-21.

cuando en realidad los cuernos del altar eran un lugar de refugio³⁴ para los que buscaban la justicia de parte de Dios. Pero aun las palabras severas de Mateo 23 contra los perseguidores de los cristianos llegan a su clímax en los esfuerzos de Jesús por juntar a los «hijos» de Jerusalén, «como la gallina junta sus pollitos bajo sus alas».³⁵ Desafortunadamente, algunos lectores de Mateo y de Apocalipsis no han seguido a su Maestro y Señor en esta actitud conciliadora; más bien, en su nombre han pedido la muerte fulminante de sus verdugos. Pero debe inquietarnos la pregunta: ¿Tendrá Dios algún plan misericordioso para alguno de los verdugos? El caso del centurión al pie de la cruz nos reta en este sentido.³⁶

Algo así sucede en el quinto sello. En vez de detener a los asesinos con un relámpago, Dios manda un «mensaje» a los degollados. Dice, en efecto: «Esperen un rato. No ha llegado el momento.» No se habla del motivo de la espera, pero esto no implica mengua alguna de la soberanía de Dios. Cuando los degollados se dirigen a él como al Soberano absoluto (griego *despótēs*), no se equivocan, pero Dios expresa su control del universo y de la historia humana en maneras que sólo el futuro justificará, y que muchas veces dejan perplejos a los súbditos del reino.

Ciertos detalles del cuadro aclaran la intención de Juan. Por ejemplo, el verbo **decir con fuerte voz**, usado para el clamor de los degollados, recuerda el reclamo de los israelitas en Egipto;³⁷ en el Antiguo Testamento no se cansa de repetir: «He oído el clamor de mi pueblo»;³⁸ pero Jesús en sus parábolas añade algunos matices al cuadro: aunque Dios, a diferencia de un juez injusto, defenderá a sus escogidos de los adversarios que quieren despojarlos de sus derechos, y lo hará sin demora, siempre habrá quienes lo vean como el Juez injusto³⁹ y que, por tanto, perderán su fe. Ya que los caminos de Dios son inescrutables, no todos sus seguidores pueden perseverar.

Precisamente en la parábola de la viuda y el juez aparece un verbo que también figura en nuestro pasaje y en muchos otros de la Biblia: **vengar**. Así como la viuda importuna cansa al juez de su pueblo con repetidas visitas y con su cantaleta «*Hazme justicia contra mi adversario*»,⁴⁰ hay en este mundo mucha gente que se reconoce víctima de injusticia y pide a

las autoridades al menos la atención que su caso amerita según la ley. Por desgracia, en muchos casos el no atender estas peticiones es en sí una grave injusticia. Cuando los gobiernos no dan respuesta a los familiares de los desaparecidos, o cuando la policía «no sabe nada» sobre otros casos de flagrante violación de derechos humanos, el ciudadano común y corriente termina por darse cuenta de que está sin recursos; él no es nadie para tal gobierno, y la «justicia institucional» es nada más que una parodia de la verdadera. En tal situación, ¿no existe una corte de apelación? Efectivamente, la Biblia insiste mucho en el carácter de Dios como Defensor de los indefensos⁴¹ y como Soberano que exige de los reyes y magistrados de la tierra una estricta adhesión a las normas de justicia.⁴² Entonces, cuando una viuda ve que un prestamista va a quitarle su casa, o un huérfano observa que el encargado de su pensión se la mete en el bolsillo, ¿qué pueden hacer? ¿Es Dios el Defensor de los explotados o no? Y el problema moral es más grave todavía en el caso de un mártir; quien muere por testificar de Jesucristo ya se ha jugado el todo por el todo, y por tanto su experiencia pone decididamente en tela de juicio la justicia de Dios.

Para explicar un poco estas anomalías, algunos estudiosos concibieron la idea de un calendario en el que los acontecimientos predeterminados por Dios sólo ocurren cuando se llena una cierta medida — en nuestro texto, el número de los mártires. Sólo así logran vislumbrar por qué Dios tarda en hacer lo que nosotros creemos necesario.

Pero este concepto,⁴³ correcto en sí mismo, no debe conducirnos al error de atribuir a la voluntad de Dios esta plenitud de calamidades. ¿Está Dios contento cuando cae un mártir más? ¿Se regocija cuando la inflación priva del pan al obrero, o cuando la guerra diezma una población? La voluntad de Dios es pro vida; así lo afirma la Biblia, y el cristiano igualmente tiene que promover todo cuanto vuelva la vida más humana. Como hemos observado en los primeros cuatro sellos, muchas tragedias que se producen sobre la faz de la tierra surgen del egoísmo de los seres humanos, y una de las reglas de juego establecidas por Dios es que él pone límites al ejercicio de tal egoísmo.

Los primeros sellos están salpicados de la expresión **se le dio** y ésta tampoco falta en el quinto. Si Dios decreta para los mártires un período

34 1 R. 1.50; 2.28.

35 Mt. 23.37.

36 Mr. 15.39 y paralelos.

37 Ex. 3.7.

38 Ex. 22.23; 1 S. 9.16; Neh. 9.9; Job 34.28; etc.

39 Lc. 18.6-8.

40 Lc. 18.3.

41 Jer. 9.24; Sal. 10.13-15; Is. 58.6-7.

42 Sal. 72.1-4, 12-14; 82.1-8.

43 Cf. Mt. 23.32, literalmente: «Llenen Uds. la medida de sus antepasados» (dicho irónicamente).

de demora antes de su pública manifestación, ¿qué regalo simbólico les dará? Un regalo doble: **ropas blancas y descanso**. Desde el momento de su muerte, cada cual lleva, por decirlo así, una túnica cuya blancura habla de victoria⁴⁴ y aun de la trascendencia que asociamos con el cielo. Pero el regalo no es todavía el cuerpo de resurrección, para el cual el mártir tiene que aguardar el milenio;⁴⁵ la túnica más bien es el reconocimiento de parte de Dios de que este creyente le pertenece, una especie de garantía de galardón inminente.⁴⁶ El creyente muerto todavía no *camina* con la túnica puesta, sino que descansa de sus arduas labores (ver sobre Ap. 14.13, «descansarán de sus trabajos»), porque ella simboliza la realidad milagrosa y novedosa de la persona que Dios ha recibido en su comunión.

Finalmente, pensamos en los **habitantes de la tierra** que los degollados creen merecedores de un castigo. La tierra para ellos — el orden del mundo visto como antirreino — es un verdadero hogar; no así para los cristianos, que aunque aman el globo terráqueo y su vida en él, se saben marcados por el sistema gobernante como extraños y subversivos.⁴⁷ Esta gente, abrazada a su mundo, obedece ciegamente a sus jefes, los reyes de la tierra; su seguridad y placer proceden de este «hogar»,⁴⁸ y cuando se les pide cooperación para eliminar a los cristianos, hacen lo posible por martirizarlos. Son las «orejas» de las autoridades y los delatores los que les hacen la vida imposible a los seguidores de Jesús.

Para resumir, el quinto sello plantea la pregunta que encierra el cuadro bíblico de Dios: ¿Es válida la fe de los que arriesgan y aun pierden la vida? ¿Habrá una reivindicación algún día, un reconocimiento público de su sacrificio y por tanto de la soberanía de Dios? ¿O serán «avergonzados»?⁴⁹ Juan de Patmos deja clara su respuesta, pero en el nivel simbólico quien abre el sello es el Cordero. Si traspasaron al mismo Hijo de Dios, que no cometió pecado, formando así un charco al pie de la cruz, ¿no ha sido transformado el lugar de suplicio en un altar ante la presencia de Dios? Y el hecho de que Jesús hecho cadáver llegó a ser «primogénito de los muertos»⁵⁰ por el supremo poder del Padre, ¿no

44 Ap. 3.5.

45 Ap. 20.4.

46 Ap. 3.4-5.

47 Fil. 3.20; Heb. 11.13; 13.14.

48 Cf. el concepto «mundo» en el Evangelio de Juan, 3.19-20; 9.39; 12.31, 35-36.

49 Cf. Ro. 5.5 «Esta esperanza no nos defrauda».

50 Ap. 1.5.

garantiza que sus seguidores también serán resucitados, y sin demora? Pablo expresa con lírico entusiasmo una respuesta parecida:

Sabemos que hasta ahora el universo se queja ... [y sufrimos] también nosotros, que ya tenemos el Espíritu como anticipo de lo que vamos a recibir. Sufrimos profundamente, esperando el momento de ser adoptados como hijos de Dios, con lo cual será liberado nuestro cuerpo. Hemos sido salvados, pero sólo en esperanza ... Sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, a los cuales él ha llamado de acuerdo con sus propósitos ... ¿Qué más podremos decir? ¡Que si Dios está a nuestro favor, nadie podrá estar contra nosotros! Si Dios no nos negó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos también, junto con su Hijo, todas las cosas?⁵¹

Evidentemente, ni Juan ni Pablo «explican» racionalmente el plan de Dios; la vida cristiana queda en pie en toda su ambigüedad y misterio. Pero el secreto está en la identificación entre el Salvador y sus seguidores. Los fieles todos, y entre ellos, en primera fila los que sufren por su testimonio, actualizan la victoria de Jesucristo. Su comunión con él, el Protomártir, les garantiza una suerte parecida.

Si hemos escuchado bien la nota tónica que resuena en este sello, el resto de Apocalipsis podrá oírse con mayor comprensión, y algunas disonancias no resueltas cobrarán sentido.

Desde cierto punto de vista, el sexto sello (vv. 12-17) es una respuesta a los mártires que se preocupan por la justicia divina. Consiste en una larga serie de destrucciones cósmicas que advierten a **los reyes del mundo** y sus súbditos que la ira de Dios y del Cordero es realmente terrible, más aun que la muerte física (**decían ... a las rocas: ¡Caigan sobre nosotros ...!**). En cuanto podemos hablar de relaciones temporales entre las escenas de la SEGUNDA PARTE este sello describe hechos tardíos en el calendario divino, porque en él **los grandes** saben que ha llegado ya el **gran día del castigo**, que correspondería más o menos a la séptima copa de castigo («...relámpagos ... truenos ... el terremoto más violento ... las ciudades se derrumbaron ... Babilonia ... enormes granizos ... los hombres dijeron cosas ofensivas»)⁵² o a la caída de Babilonia⁵³ o a la derrota infligida por el Jinetes-Palabra de Dios⁵⁴ («...a todas las aves de rapiña ... ¡Vengan ... carnes de reyes, de jefes militares ...!»), todo lo cual describe prácticamente los mismos sucesos finales de la historia. De manera que

51 Ro. 8.22-24a, 28, 31-32.

52 Ap. 16.18-21.

53 Caps. 17 y 18.

54 19.11-21.

la serie de LOS SELLOS ha cubierto los tres temas que concurren constantemente en la SEGUNDA PARTE: a) la persecución de los fieles, b) el juicio divino contra los adversarios que hacen tales cosas, y c) el triunfo final de los fieles (aunque este tercer tema se trata más directamente en las dos visiones intercaladas que se describen en el capítulo 7).⁵⁵

Pero antes de comentar el capítulo 7, debemos preguntar por el significado de las destrucciones cósmicas del sexto sello. Es decir, sin su ropaje simbólico, ¿qué predicen? Cuando la literatura apocalíptica de la Biblia habla de un cambio en el color del sol, por ejemplo (v. 12, **el sol se volvió negro, como ropa de luto**), ¿hemos de entenderlo al pie de la letra? No; la prueba la tenemos en la forma en que el Nuevo Testamento reinterpreta el lenguaje de Joel sobre el derramamiento del Espíritu de Dios. Mientras que el profeta habló de «grandes maravillas ... en el cielo ..., y sangre, fuego y nubes de humo en la tierra. El sol se volverá oscuridad, y la luna como sangre»,⁵⁶ el libro de los Hechos relata que Pedro lo aplicó todo al día de Pentecostés, el año 30 (**aquí está sucediendo lo que anunció el profeta Joel**),⁵⁷ día en que hemos de entender que la luz del sol no varió en absoluto, y en que la luna no entró siquiera en escenario.

Esta pista es de gran ayuda para comprender el lenguaje de destrucción cósmica que ocurre repetidamente en Apocalipsis. Como los autores bíblicos cuentan con una cosmología estable bajo la soberanía de Dios, la regularidad de las estaciones y de las lluvias, por ejemplo, garantiza que todo esté normal y Dios se acuerde de su alianza.⁵⁸ El diluvio fue una excepción singular a esta regla. Dios hizo que las aguas que ordinariamente observan ciertos límites se desbordaran destructivamente. De ahí la promesa divina de que nunca habrá otra destrucción parecida.⁵⁹ Sin embargo, los autores de la Biblia conciben otros medios — el fuego, por ejemplo — con los cuales Dios puede expresar su desaprobación. También lo hará dejando señales visibles y audibles en la naturaleza: transformación de los cuerpos celestiales, condiciones climatológicas inauditas, estremecimiento de los «fundamentos del mundo». ⁶⁰ Pero, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, es evidente que muchas de estas expresiones cósmicas, si no todas, resultan

55 Ver los diagramas en las pp. xvii y 95.

56 Jl. 2.30-31.

57 Hch. 2.16.

58 Gn. 8.22.

59 Gn. 9.11.

60 He. 12.27.

de una profunda meditación sobre la naturaleza perturbadora de ciertos movimientos humanos y tendencias sociales. Volvamos al Pentecostés, por ejemplo; la efusión del Espíritu de Dios — don reservado para los «últimos días», como los juicios, y por tanto acompañado de señales como el sol oscurecido — ocurre históricamente un buen día, después de la ascensión del Señor, y causa profundos disturbios, no tanto en el sol, sino entre la muchedumbre congregada en Jerusalén para la fiesta judía. Esas disyuntivas — por ejemplo la tensión entre los dirigentes del Templo y los líderes cristianos — ⁶¹ son reales; las experimentan los protagonistas como rupturas dolorosas y oscuridad penosa. Estos *son* la «sangre, fuego y nubes de humo en la tierra» y la negrura del sol de que Joel habló siglos antes.⁶²

En este caso, el don de profetizar traído por el Espíritu es un disturbio positivo para los cristianos, pero cuando los apocalipsis hablan de terremotos, granizos, etc., en general, se refieren a disturbios que incomodan, que advierten, que marcan grandes cambios. Reyes, filósofos, generales, jefes comerciales y la gente común se dan cuenta de estos hitos en el camino, y tiemblan. A juzgar, entonces, por los textos del Antiguo Testamento a que Juan hace alusión aquí,⁶³ el terremoto del sexto sello describe, no una conmoción cualquiera de la sociedad, sino la caída definitiva de un sistema político mundial que existía para pelear contra el reino de Dios.

Sin comentarla, subrayamos la hermosa paradoja de la frase **la ira del Cordero**, motivo de tanto espanto entre los perseguidores de la Iglesia. Desde el punto de vista de ellos (las palabras **escóndannos ... de la ira** son puestas en su boca), Jesús murió en la cruz para condenarlos; éstos no quieren saber nada de perdón, de reconciliación con Dios o con sus semejantes, los creyentes. Son empedernidos en su rechazo del evangelio. Juan los describe con siete trazos de pluma, no sin cierta sensibilidad a las divisiones sociales que marcaban el Imperio:

a) **Los reyes del mundo** son los gobernadores estatales o locales que deben reconocer la autoridad de Jesús (1.5) pero que prefieren la de los monstruos.⁶⁴

b) Junto a los dirigentes políticos operan **los grandes**, que más adelante en el libro se identifican con los comerciantes.⁶⁵ El impresionante

61 Hch. 2.1-13.

62 Para el efecto de esta «plenitud del Espíritu» sobre los no cristianos, cf. Ap. 11.10.

63 Is. 2.12-17; Os. 10.1-8; Is. 24.21; 34.2-4; Jl. 2.28 - 3.3; Mal. 3.2; cf. Lc. 23.28-31.

64 Cf. Sal. 2.2-12; Hch. 4.26-30.

65 Ap. 18.23.

poderío económico de los emporios romanos, acumulado a lo largo de las muchas décadas en que el Imperio se fortalecía y consolidaba, hizo de estos magnates una fuerza política que tiranizaba a todos los rivales de las provincias. O quizá, si seguimos la pista de ciertos textos del Antiguo Testamento,⁶⁶ estos **grandes** deben identificarse como los ministros, la mano derecha de los gobernantes; serían en este caso los procónsules y magistrados que en las cortes romanas perseguían a los cristianos.

c) El tercer grupo de oficiales, seguidores del primer jinete, **los jefes militares**; en este mundo violento nunca faltan en una lista de los mandamás. Pero mucho depende de cómo ejerzan su influencia. Según Romanos 13. 1-4, el Estado lleva el poder de la espada «para causar miedo ... a los que hacen lo malo», pero en tantos casos de América Latina que conocemos de cerca, por desgracia los militares siembran pánico y asesinato más bien entre «los que hacen lo bueno». Hay jefes militares que salvan la vida de un Pablo,⁶⁷ y otros que simplemente doblan el codo con los Herodes y consienten la muerte de los Juan Bautistas.⁶⁸ Hay más de estos últimos, porque con gran frecuencia la carrera produce en los militares un menosprecio de la vida ajena.

ch) **Los ricos** de cualquier sociedad tienden a formar un club, lo más exclusivo posible. Y la mera creación de un imperio que arraiga en el comercio internacional estratifica las clases sociales marcadamente. En el primer siglo, la clase media urbana y la clase campesina minifundista iban desapareciendo, y la sociedad se polarizaba en dos clases: los *honestiores* y los *humiliores*, o sea «los grandes y los pequeños».⁶⁹ Esta división clasista, por estar basada en las codicia, que es una especie de idolatría,⁷⁰ será blanco de la ira del Cordero, quien históricamente se identificó más bien con los pobres. La endecha sobre Babilonia no tiene reparos en usar un lenguaje severo al respecto: «los comerciantes del mundo se hicieron ricos con su exagerado derroche».⁷¹

d) **Los poderosos**, como las categorías ya mencionadas, abarcan todo tipo de personas privilegiadas: los nacidos en familias influyentes y los que gobiernan.⁷²

66 Jon. 3.7; Is. 34.12; Dn. 6.17.

67 Hch. 21.32-35.

68 Mr. 6.21-29.

69 Cf. 13.16; 19.18.

70 Col. 3.5.

71 Ap. 18.3.

72 1 Co. 1.26; 4.10.

e y f) Las últimas categorías son cruz y corona de una misma moneda,⁷³ y quizá deban traducirse así: «y todos los seres humanos, sean **esclavos**, sean **libres**».

Para Juan, el tráfico de esclavos era una gran lacra social,⁷⁴ de manera que en tanto esclavos, estas criaturas no pertenecen a la presente lista de malhechores; pero vale recordar también que el mero hecho de ser un explotado por el sistema social no le procura a nadie la salvación. ¡Hay muchos marginados que se obstinan en mantener su mentalidad de opresor! En fin, «los moradores de la tierra», que Juan describe como siete élites, buscan **las cuevas** como refugio y se esconden **entre las rocas de las montañas**. No aguantan la idea de pasar por un juicio divino, y creen que la extinción física sería preferible, no sabiendo que en el juicio final «desaparecen completamente la tierra y el cielo, y no se los vuelve a ver por ninguna parte». Así que, desnudos y desprovistos de escondites, «los muertos son juzgados».⁷⁵ Irremisiblemente, «el mar entrega sus muertos, y el reino de la muerte entrega los muertos que hay en él».

73 Lc. 1.52.

74 Ver sobre 18.13.

75 Ap. 20.11-13.

Los señalados de las tribus de Israel

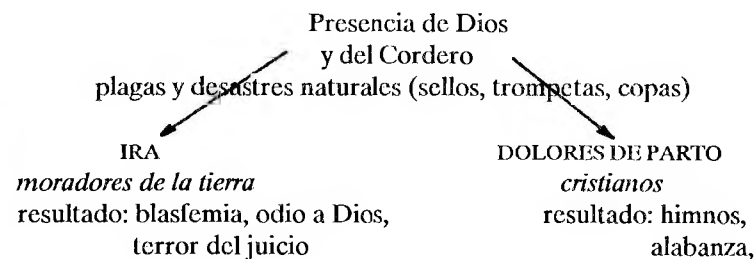
Cap. 7.1-8

- 1 Después de esto vi a cuatro ángeles en pie sobre los cuatro ángulos de la tierra, que detenían los cuatro vientos de la tierra, para que no soplase viento alguno sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol.
- 2 Vi también a otro ángel que subía de donde sale el sol, y tenía el sello del Dios vivo; y clamó a gran voz a los cuatro ángeles, a quienes se les había dado el poder de hacer daño a la tierra y al mar,
- 3 diciendo: No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios.
- 4 Y oí el número de los sellados: ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel.
- 5 De la tribu de Judá, doce mil sellados. De la tribu de Rubén, doce mil sellados. De la tribu de Gad, doce mil sellados.
- 6 De la tribu de Aser, doce mil sellados. De la tribu de Neftalí, doce mil sellados. De la tribu de Manasés, doce mil sellados.
- 7 De la tribu de Simeón, doce mil sellados. De la tribu de Leví, doce mil sellados. De la tribu de Isacar, doce mil sellados.
- 8 De la tribu de Zabulón, doce mil sellados. De la tribu de José, doce mil sellados. De la tribu de Benjamín, doce mil sellados.

De las dos visiones animadoras¹ que ahora retrasan un momento la acción de abrir los sellos, la primera continúa, en un sentido, la atmósfera de destrucción: cuatro ángeles **habían recibido poder para hacer daño a la tierra y al mar** y aun a los árboles por medio del viento, pero tienen que desistir hasta que otro ángel, que tiene el sello del Dios viviente, marque **en la frente** a un gran número de creyentes. Es decir, a la pregunta

1 Cap. 7.

de los terrícolas «¿quién podrá resistir?»² — la pregunta que ellos suponían retórica — Dios da una respuesta: «Efectivamente, hay quienes aguantan todos los flagelos que llegan a la tierra; es más, aguantan mi presencia escrutadora sin sufrir daño alguno, porque el sello mío los protege.» Probablemente hemos regresado en el tiempo — si en Apocalipsis podemos hablar de «calendarios» — a un momento anterior al primer sello, y los cuatro vientos equivalen en su fuerza demoledora a los cuatro jinetes del primer bloque de sellos;³ es decir, el viento es demoníaco pero controlado por Dios. Después del sellado, pasará con impacto huracanado por la faz de la tierra arruinando cosechas, causando oleadas gigantes en el mar y quitando vida a creyentes y no creyentes. «Entonces» — preguntarán algunos —, «¿de qué vale la marca sobre la frente de los cristianos si siempre pierden la vida? ¿No tenía el propósito de protegerlos precisamente de la muerte?» Bueno, Juan concibe la vida física como un don precioso, pero no la sobrevalora; con razón al Héroe del libro lo llama «Cordero». En los septenarios, los diferentes flagelos que conducen al desenlace en 19.11 afectan de maneras distintas a los dos grupos de seres humanos:



En realidad, los estragos destruyen y matan por igual en los dos grupos, pero gracias a la palabra profética de Juan, los creyentes (en la columna derecha) no los experimentan como ira, porque ya saben que no fluyen directamente de la mano de Dios sino de la maldad humana, apoyada por el reino satánico. Lejos de sentirlos como castigo, los experimentan como los necesarios «dolores de parto del Mesías»,⁴ el

2 Ap. 6.17.

3 Zac. 6.5 identifica los jinetes de esa visión con los cuatro vientos del cielo.

4 La frase se origina entre los rabinos.

preludio del fin. El sello, pues, que reciben los cristianos, es su participación en el programa trazado por Dios; si son seguidores del Cordero, saben afrontar sin miedo las conmociones sociales terriblemente amenazantes.

Mucho se ha escrito sobre el número que Juan oye: **ciento cuarenta y cuatro mil**, y el significado de las personas así simbolizadas. Sólo repetimos aquí el comentario que hicimos sobre «los siete espíritus»:⁵ todas las cifras de Apocalipsis son simbólicas. Esta, que evidentemente es el producto del cuadrado de 12 y el aumentativo 1.000 (12 x 12 x 1.000), nos habla del pueblo de Dios como una gran compañía de preparados. Es interesante notar que cuando Juan crea un número simbólico para los representantes del pueblo creyente en el cielo (los ancianos)⁶ decide sumar el 12 de las 12 tribus del Antiguo Pacto y el 12 de los 12 apóstoles del Nuevo para alcanzar 24, mientras que aquí multiplica el primer 12 por el segundo y por mil, para alcanzar 144.000. Pero esta multitud son personas de carne y hueso; sólo dos cosas son simbólicas: a) su número y b) su designación: **de entre todas las tribus israelitas**,⁷ con la lista detallada de las tribus. Afirmamos b) porque nada en Apocalipsis nos conduce a esperar que la religión judía tenga aquí un papel particular.⁸ A la luz de las frases duras de las cartas sobre las sinagogas de Asia Menor,⁹ el lector atento sabe que la Iglesia ha heredado completamente el manto del pueblo de Dios; estos **siervos de ... Dios**¹⁰ son todos cristianos. La prueba está en 14.1, que identifica la compañía de seguidores del Cordero como «144.000 personas» sin hacer distinción de raza.

La multitud vestida de blanco

Cap. 7.9-17

- 9 Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos;

5 Ap. 1.4.

6 Ap. 4.4.

7 Vv. 4-8.

8 Nótese que el número no es 12.000 (12 x 1.000) sino 144.000; este grupo es apostólico y no sólo judío.

9 Ap. 2.9; 3.9.

10 V. 3.

- 10 y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero.
- 11 Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes; y se postraron sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios,
- 12 diciendo: Amén. La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén.
- 13 Entonces uno de los ancianos habló, diciéndome: Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido?
- 14 Yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero.
- 15 Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos.
- 16 Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno;
- 17 porque el Cordero que está en medio del trono los pastorcará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos.

Si en la primera visión se trata de una multitud censada — como lo haría un comandante antes de una gran batalla —, ¿quiénes son la **gran multitud ... tantos que nadie podía contarlos**? Antes de ver las dos respuestas principales que los especialistas dan a esta pregunta, veamos un aspecto en que todos están de acuerdo: mientras que el primer grupo está por entrar en su momento de prueba, éste consta de **los que han pasado ya por la gran aflicción** y están en el cielo, delante del trono. Pero, ¿son los mismos que vimos en la primera visión?

a) Una escuela de comentaristas dice: «Imposible. En dos aspectos Juan distingue un grupo de otro: la primera visión especifica el número, mientras que la segunda habla de una multitud innumerable. Y en cuanto a la composición de los grupos, el primero es de judíos y el otro de gentes **de todas las naciones, razas, lenguas y pueblos**.» La primera postura parece muy plausible pero es preferible la segunda.

b) La segunda escuela sostiene que en el fondo las dos visiones describen un mismo grupo de adoradores desde diferentes ángulos. Señalan que, como en el caso del León/Cordero, Juan dice primero *oír* algo, y luego *ver* otra cosa que modifica lo que oyó, y entonces lo explica más exactamente. Muchas veces lo que oye representa la simbología del Antiguo Testamento, mientras que la modificación introduce elementos de la salvación traídos específicamente por Jesús.

Es probable, entonces, que las dos visiones del capítulo 7 presenten «las garantías de la seguridad de los creyentes en medio de los disturbios de los últimos tiempos», y mientras la primera describe el ejército de los creyentes en términos de las guerras santas del Antiguo Testamento (cada soldado es sellado para su protección), la segunda visión describe la misma multitud en el momento de salir de la **gran aflicción**. La diferencia es que ahora, gracias a la obra redentora de Jesús, es evidente que la composición del ejército es más diversa y la extensión más universal de lo que pensábamos. Ahora se puede ver: aunque muchos, si no todos, han perdido la vida en el holocausto/lucha con las fuerzas demoníacas,¹¹ atribuyen su victoria a la gracia de Dios y del Cordero. Ellos sí cooperaron con esa gracia, tomando la iniciativa de **lavar sus ropas y blanquearlas en la sangre del Cordero**; y ahora celebran una Fiesta de Tabernáculos (**vestidos de blanco ... hojas de palma en las manos**),¹² agradeciendo su paso seguro a través del desierto.¹³

¿Habla Juan en esta visión de un galardón enteramente futuro? ¿No disfrutaban estos creyentes su victoria plenamente hasta después del milenio y el último juicio?¹⁴ ¿O ya pasó el martirio, y el triunfo se celebra desde ahora en el ciclo? La verdad es que los verbos nos confunden, como si Juan quisiera mantener la ambigüedad: todo el sufrimiento ya pasó (**¿de dónde han venido? ... han lavado sus ropas ... están delante del trono**) y, sin embargo, está sucediendo todavía (están saliendo¹⁵ de la **gran aflicción ... Dios los protegerá con su presencia ... el Cordero ... los cuidará**). Posterguemos la discusión de esta óptica cronológica hasta llegar al punto neurálgico del problema: el milenio.¹⁶

11 Ver sobre 13.7-17.

12 Para Tabernáculos como una fiesta de liberación, ver Zorrilla, *Fiesta*, 27-63.

13 Ver sobre 12.6.

14 Cap. 20.

15 El griego indica «los que (siempre) salen...»

16 Ver sobre 20.4.

Retrospectivamente, vemos con qué claridad el septenario de los sellos aborda los tres temas del libro: a) la persecución de los fieles, b) el juicio divino contra sus adversarios y c) el triunfo final de los fieles. El primer bloque de sellos —los cuatro jinetes— trata del punto b), junto con la breve mención de los cuatro vientos¹⁷ en la primera visión intercalada; la creación será afectada en una cuarta parte por el militarismo y los flagelos que lo acompañan: muerte, pestilencia, escasez y hambre, exacerbadas por la avaricia de los privilegiados. Luego, en el quinto sello, reconocemos que los jinetes han segado también la vida inocente de muchos creyentes (punto a), creando un problema moral para el gobierno de Dios. Este problema queda resuelto sólo por anticipado, con las tónicas y el descanso (punto c). El sexto sello, con los disturbios que provoca en la naturaleza, enfoca cuán temibles serán estas catástrofes para los perseguidores de la Iglesia. Lo interpretan todo como la ira divina que los castiga (punto b). Así termina la parte activa de los sellos abiertos por el Cordero, cuya venida inminente necesariamente aprieta el botón que inicia el drama final. Pero las dos visiones intercaladas antes del séptimo sello nos llevan a la tierra y al ciclo para asegurarnos de que nada sucede a los cristianos a no ser por voluntad de Dios. Tanto antes (primera visión) como después (segunda visión) de la **gran aflicción** (punto a), esta enorme multitud está bajo su protección y favor (punto c). He aquí el septenario:

Los sellos

Visión inicial: investidura del Cordero

- | | | |
|---|---|--|
| } | 1 | |
| | 2 | Los jinetes: guerras y muerte. |
| | 3 | |
| | 4 | |
| | 5 | Los mártires debajo del altar. |
| | 6 | Destrucción cósmica y terror de los mandamás. |
| | | <div style="display: flex; align-items: center;"> <div style="margin-right: 10px;"> <div style="display: flex; align-items: center;"> <div style="margin-right: 5px;">{</div> <div> <p>Dos visiones intercaladas</p> </div> </div> <div style="margin-left: 10px;"> <p>1a. Los señalados de las tribus.</p> <p>2a. La multitud vestida de blanco.</p> </div> </div> </div> |
| | 7 | el resto del libro |

Ya comenzamos a sospechar que los puntos a) y b) son dos caras de una misma moneda; los últimos acontecimientos de la historia causan

17 Ap. 7.1-3.

sufrimiento moral entre los creyentes (punto a), pero los mismos acontecimientos enjuician simultáneamente a sus atormentadores (punto b), cuya relación es completamente opuesta a la de los cristianos. El punto c) tiene que ver con la venida de Jesús para traer la justicia al mundo, y la consecuente destrucción del mal; aquí entra en juego la utopía que ocupará nuestra atención en los últimos capítulos de Apocalipsis pero que antes aparece esporádicamente.¹⁸ Sí, los sellos constituyen un septenario importante, porque esbozan los temas esenciales de Apocalipsis; pero ¡cuántas pistas hacen falta todavía para comprender el proyecto histórico de Dios!

Aun así, no es demasiado temprano para levantar la pregunta: ¿Qué quiere decir el septenario para nosotros? Provisoriamente, podemos atar algunos cabos de observaciones anteriores y concluir que, aunque Juan usa símbolos conocidos por sus lectores del primer siglo, las condiciones aquí descritas tienen su eco en la historia subsecuente. Aunque el referente que Juan tenía presente era Nerón o Domiciano, los lectores del siglo 3, de la Edad Media o de la época de la Primera Guerra Mundial se veían interpelados por estas referencias al afán de conquista de las potencias de turno, al sufrimiento que los grandes causan a los indefensos, a la constante persecución de los seguidores del Cordero (aun cuando los perseguidores lleven cruces de plata sobre el pecho o Biblias debajo del brazo), y a las revoluciones (por ejemplo, la industrial y la sexual) que mantienen la sociedad en constante eferescencia. Y el lector hispanoparlante hoy ve nuestro contexto casi como un video de lo que Juan describe, y su reacción lógica no se hace esperar: el Señor Jesús está por venir pronto. Y no se equivoca; eso hay que recalcarlo con énfasis hoy. Todo lector del libro tiende a ver en su propio contorno las condiciones de «la última generación», y aun sabiendo que tantas otras épocas se han «equivocado» al identificarse con dicha generación, muchos están hoy dispuestos a hacer de nuevo predicciones específicas. Sólo hagamos caso a la advertencia de Jesús: «En cuanto al día y a la hora ... solamente lo sabe el Padre.»¹⁹ Sea desinteresadamente, sea para nuestra conveniencia, nosotros no podemos «manipular» a Dios y adelantar ese momento.

¹⁸ Por ejemplo, 2.7 y otras promesas a los vencedores; 7.15-17.

¹⁹ Mr. 13.32.

3.2 Las trompetas

Caps. 8.1-11.14

El séptimo sello y el incensario de oro

Cap. 8.1-5

- 1 Cuando abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo como por media hora.
- 2 Y vi a los siete ángeles que estaban en pie ante Dios; y se les dieron siete trompetas.
- 3 Otro ángel vino entonces y se paró ante el altar, con un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos, sobre el altar de oro que estaba delante del trono.
- 4 Y de la mano del ángel subió a la presencia de Dios el humo del incienso con las oraciones de los santos.
- 5 Y el ángel tomó el incensario, y lo llenó del fuego del altar, y lo arrojó a la tierra; y hubo truenos, y voces, y relámpagos, y un terremoto.

Como ya hemos estudiado la estructura¹ de Apocalipsis, no nos sorprende que el séptimo elemento de un septenario (**el Cordero rompió el séptimo sello del rollo**) no tenga mucho contenido propio (**hubo silencio en el cielo durante una media hora**) sino que conduzca directamente a la serie siguiente (**luego vi siete ángeles con ... siete trompetas**). Tampoco nos sorprende que el séptimo sello haya sido retrasado en la narración por una doble visión intercalada (todo el cap. 7), porque así trabaja Juan. Psicológica y dramáticamente este procedimiento produce un efecto de suspenso en el lector. Del libro sellado no se sabe nada más, ni ahora cuando la apertura del último sello hace posible la lectura del contenido, ni más adelante en Apocalipsis. Es decir, «el libro» se intro-

¹ Ver pp. xiii ss.

dujo (cap. 5) como un elemento misterioso, una palabra de Dios a la vez abierta y cerrada, y cuyo secreto sólo Jesús puede desentrañar; pero lo que a Juan le interesa es la oportunidad que provee de presentar seis escenas que las iglesias necesitan entender.

El significado de la **media hora de silencio** no está claro. Al menos podemos descifrar que la media hora, como todas las demás fracciones de Apocalipsis, funciona como un síntoma de crisis. Tras tanta bulla de la naturaleza en el sexto sello, y las alabanzas de enormes coros en el capítulo 7, un largo silencio en el cielo es realmente portentoso y da mucho realce a la escena que sigue (vv. 2-5).

En esta escena, que no adelanta mucho la narración pero sí subraya su importancia, **los siete ángeles** que estaban de pie reciben de Dios (se les dieron) **siete trompetas**, cuyas clarinadas marcarán el progreso del segundo septenario. Luego un octavo ángel viene cargando un **incensario**; Dios le da **mucho incienso** para que lo ofrezca sobre el **altar** delante del trono.² Pero, el humo que asciende del altar no es otra cosa que la petición, la intercesión y la alabanza **de todos los que pertenecen al pueblo de Dios** (literalmente, «de todos los santos»). En ciertas épocas y confesiones de la Iglesia, se ha creído que «los santos» eran una élite privilegiada de creyentes que han pasado a la gloria y que poseen poderes especiales ante Dios; pero aquí Juan no se refiere a tal fenómeno. Más bien se trata de creyentes que viven en la tierra; y sus oraciones, como todas las de Apocalipsis,³ serían alabanzas y doxologías que celebran el señorío de Dios y su Mesías, y que invitan a instaurarlo aquí abajo.

Significativamente, entonces, el ángel del incensario devuelve sobre la tierra las oraciones que habían subido a la **presencia de Dios** en forma de **brazas de fuego**. Reconocemos el carácter judicial de estas brasas porque traen como secuela los símbolos típicos que hemos visto en el sexto sello: **truenos, ruidos, relámpagos y un terremoto**. ¡Todo esto sólo como preludio del septenario que sigue!

Desafortunadamente, pocos cristianos se dan cuenta del poderío potencial de sus oraciones. Jesús insiste en esto a sus discípulos. «Tengan fe en Dios», les dice después de mandar a la higuera que se seque y, frente al monte del templo de Jerusalén, agrega: «pues les aseguro que si alguien le dice a este cerro: 'Quítate de ahí y arrójate al mar', y no lo

2 Primera mención del altar: 6.9.

3 La única excepción sería 6.10; pero la oración modelo se halla al final del libro: «¡Ven, Señor Jesús!» (22.20).

hace con dudas sino creyendo que ha de suceder lo que dice, entonces sucederá.»⁴ En la intención de Marcos, Jesús dice en efecto: «Si después de mi muerte, uno de ustedes que me han seguido mira el templo y el sistema religioso que representa como el mayor obstáculo a la extensión del evangelio, debe pedir que Dios lo destruya y lo devuelva al caos de su origen. Y Dios honrará su gran fe. Pero, ¡atención!, tales oraciones destructivas pueden surgir del odio, de manera que es importante *perdonar* al mismo tiempo que uno está orando.» Como veremos más adelante en el presente comentario, habrá ocasiones en que los cristianos verán movimientos políticos y religiosos como grandes obstáculos a la obra de Dios: sin pena pueden orar y actuar por su eliminación. Por decirlo así, **brasas del altar** caerán sobre la tierra, pero sólo si el que ora ama y se reconcilia con el que lo persigue.

Pero, aun los que adoran a Dios con oraciones constructivas y acciones positivas traen **brasas del altar** lanzadas sobre la tierra, porque las peticiones por la justicia involucran el retorno de Jesús, que a su vez conlleva como preludio acontecimientos difíciles. Ya vimos cómo el «¡Ven!» de cada ser viviente trae sin querer un jinetes que hace estragos en la tierra.⁵

Las trompetas

Caps. 8.6 - 9.21

- 6 Y los siete ángeles que tenían las siete trompetas se dispusieron a tocarlas.
- 7 El primer ángel tocó la trompeta, y hubo granizo y fuego mezclados con sangre, que fueron lanzados sobre la tierra; y la tercera parte de los árboles se quemó, y se quemó toda la hierba verde.
- 8 El segundo ángel tocó la trompeta, y como una gran montaña ardiendo en fuego fue precipitada en el mar; y la tercera parte del mar se convirtió en sangre.
- 9 Y murió la tercera parte de los seres vivientes que estaban en el mar, y la tercera parte de las naves fue destruida.

4 Mr. 11.20-25 (VP).

5 Ap. 6.1-8.

- 10 El tercer ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo una gran estrella, ardiendo como una antorcha, y cayó sobre la tercera parte de los ríos, y sobre las fuentes de las aguas.
- 11 Y el nombre de la estrella es Ajenjo. Y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajeno; y muchos hombres murieron a causa de esas aguas, porque se hicieron amargas.
- 12 El cuarto ángel tocó la trompeta, y fue herida la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas, para que se oscureciese la tercera parte de ellos, y no hubiese luz en la tercera parte del día, y asimismo de la noche.
- 13 Y miré, y oí a un ángel volar por en medio del cielo, diciendo a gran voz: ¡Ay, ay, ay, de los que moran en la tierra, a causa de los otros toques de trompeta que están para sonar los tres ángeles!

CAPITULO IX

- 1 El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que cayó del cielo a la tierra; y se le dio la llave del pozo del abismo.
- 2 Y abrió el pozo del abismo, y subió humo del pozo como humo de un gran horno; y se oscureció el sol y el aire por el humo del pozo.
- 3 Y del humo salieron langostas sobre la tierra; y se les dio poder, como tienen poder los escorpiones de la tierra.
- 4 Y se les mandó que no dañasen a la hierba de la tierra, ni a cosa verde alguna, ni a ningún árbol, sino solamente a los hombres que no tuviesen el sello de Dios en sus frentes.
- 5 Y les fue dado, no que los matasen, sino que los atormentasen cinco meses; y su tormento era como tormento de escorpión cuando hiere al hombre.
- 6 Y en aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán; y ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos.
- 7 El aspecto de las langostas era semejante a caballos preparados para la guerra; en las cabezas tenían como coronas de oro; sus caras eran como caras humanas;
- 8 tenían cabello como cabello de mujer; sus dientes eran como de leones;

- 9 tenían corazas como corazas de hierro; el ruido de sus alas era como el estruendo de muchos carros de caballos corriendo a la batalla;
- 10 tenían colas como de escorpiones, y también aguijones; y en sus colas tenían poder para dañar a los hombres durante cinco meses.
- 11 Y tienen por rey sobre ellos al ángel del abismo, cuyo nombre en hebreo es Abadón, y en griego, Apolión.
- 12 El primer ay pasó; he aquí, vienen aún dos ayes después de esto.
- 13 El sexto ángel tocó la trompeta, y oí una voz de entre los cuatro cuernos del altar de oro que estaba delante de Dios,
- 14 diciendo al sexto ángel que tenía la trompeta: Desata a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Eufrates.
- 15 Y fueron desatados los cuatro ángeles que estaban preparados para la hora, día, mes y año, a fin de matar a la tercera parte de los hombres.
- 16 Y el número de los ejércitos de los jinetes era doscientos millones. Yo oí su número.
- 17 Así vi en visión los caballos y a sus jinetes, los cuales tenían corazas de fuego, de zafiro y de azufre. Y las cabezas de los caballos eran como cabezas de leones; y de su boca salía fuego, humo y azufre.
- 18 Por estas tres plagas fue muerta la tercera parte de los hombres; por el fuego, el humo y el azufre que salían de su boca.
- 19 Pues el poder de los caballos estaba en su boca y en sus colas; porque sus colas, semejantes a serpientes, tenían cabezas, y con ellas dañaban.
- 20 Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos, ni dejaron de adorar a los demonios, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar;
- 21 y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos.

En vez de entrar en detalles en esta serie, tan parecida a la primera, trataremos de hacer algunas observaciones más generales. Se asemeja,

más que la de los sellos, a las plagas de Egipto;⁶ y como hemos comentado, se divide en dos «mitades» de 4 y 3 por la unión entre sí, no del grupo de 4 (como en LOS SELLOS, donde aparecen 4 jinetes), sino del grupo de 3, que Juan llama «ayes». Las plagas de esta serie dañan la **tercera parte**⁷ de una gran porción de todo lo creado, como sigue:

- 1a trompeta: tierra, árboles y hierba verde.
- 2a trompeta: mar, lo que vive en el mar, barcos.
- 3a trompeta: ríos y manantiales, aguas.
- 4a trompeta: sol, luna, estrellas, luz.
- 5a trompeta: gente.

Además del relato de la creación y las plagas séptima, primera y novena del éxodo, Juan mina las venas riquísimas de endechas del Antiguo Testamento sobre la caída de Babilonia,⁸ tema que tratará más detalladamente en los capítulos 17 y 18. Este apego a modelos precisos le da a la serie de las trompetas un carácter más unificado y esquemático que la de los sellos. La tipología del éxodo envía un mensaje subconsciente al lector. Si, como lo afirma Juan, la Iglesia es el nuevo Israel (1.6) y su redención una especie de nuevo éxodo (15.2-3), y si Roma es «la gran ciudad, ... la cual en lenguaje figurado se llama ... Egipto» (11.8), es lógico que antes de la liberación haya plagas. Es decir, los desastres presentes no son sino un prefacio al gran rescate que Dios llevará a cabo. Con cada clarinada Dios anuncia al faraón de turno (Nerón, Domiciano, otros más recientes): «Deja ir a mi pueblo», y a los cristianos les dice: «Cuando comiencen a suceder estas cosas, ánimese y levanten la cabeza, porque muy pronto serán liberados.»⁹

Para prestar más solemnidad a los **tres ayes** que faltan, Juan antepone una advertencia chillada por un **águila**¹⁰ (o quizá «zopilote»; como en Marcos 13. 8, es difícil saber a qué ave se refiere). Mientras que los dos primeros ayes se describen detalladamente en el capítulo 9, Juan posterga hasta 11.14 la mención del tercero, que equivale a la séptima trompeta.

6 Pp. xvi y xvii.

7 La **tercera parte** figura en 8.7 (2 veces), 8.9 (2 veces), 10, 11 y 12 (5 veces); 9.15 y 18.

8 Gn. 1; Ex. 7-10; Jer. 51.25 y 42; Is. 14.12-20.

9 Lc. 21.28 (VP).

10 Ap. 8.13. En 14.6 un ángel vuela también «en medio del cielo» y emite un anuncio importante.

La quinta trompeta (9.1-12), pues, desata una horda de **langostas** horripilantes que fustigan y causan dolor a la humanidad. Su cola inflige una especie de **picadura** que crea en la gente el **deseo de morir**, pero **la muerte**, a pesar de ser buscada, **se aleja de ellos**.¹¹ El jefe de estas huestes, el **ángel del abismo** (v. 11), se nos presenta como **una estrella caída**¹² a quien Dios ha dado **la llave del pozo del abismo** (v. 1), lo cual sugiere que es un agente maligno que opera con el permiso divino. El propósito de Dios no es que hombres y ángeles le desobedezcan, pero él se lo permite, sabiendo que puede usar aun esta rebeldía para obtener sus propios fines benévolos. Juan, con el uso de símbolos como **estrella caída** y **abismo**, no intenta «explicar» el origen del mal ni culpar a fuerzas demoníacas por la corrupción humana;¹³ él cree, como Pablo y los demás autores del Nuevo Testamento, que el mal se origina en el pecado de hombres y mujeres de sangre y carne. El **pozo infernal**, pues, se alimenta de los manantiales del vicio humano; todos contribuimos con nuestro pecado a la mala conciencia colectiva que aquí se denomina **el abismo**. Este **ángel caído** no ha de confundirse con el otro que abre el abismo para encarcelar al dragón, — tarea que Dios le asigna.¹⁴

Es difícil precisar la intención exacta de los **cinco meses**¹⁵ durante los cuales las langostas hacen su labor de tortura. Probablemente **cinco**, como la cifra diez, implica en Apocalipsis una limitación impuesta por Dios, a pesar de todas las apariencias de poder ilimitado que ostenta el reino del mal. Así como las plagas sobre la naturaleza se limitan al **tercio**, esta plaga es limitada en su duración. En cuanto a **Abadón**, nombre que aparece seis veces en el Antiguo Testamento como sinónimo del «lugar de los muertos», Juan lo traduce al griego por **Apolión**, destructor. Quiere preparar el camino para 11.18, donde habla de «los que destruyen la tierra»;¹⁶ allí aclara que Dios los destruirá.

Para la sexta trompeta, Juan se vale de **cuatro ángeles ... atados junto al gran río Eufrates** y unos **soldados a caballo**, para producir la muerte en la gente (o al menos en la **tercera parte** de ella, ya que todos la buscaban con afán). Hemos tenido ya la ocasión de notar que un aspecto del mito acerca de Nerón,¹⁷ que circulaba después de su muerte en el 68, era

11 Ver sobre 6.16-17. A la larga, desde luego, la muerte es inevitable; cf. 9.18 y 19.21.

12 Cf. 12.4.

13 Ver sobre 1.12, «los ángeles de las siete iglesias».

14 Ver sobre 20.1.

15 Vv. 5 y 10.

16 Ver sobre 11.18.

17 Ver sobre 6.2.

que éste había vuelto a la vida y huido a Partia, al este del Eufrates, de donde montaría una campaña contra la ciudad de Roma y contra el Imperio en general, que él había gobernado pero que lo había rechazado. Aunque la temible reputación del ejército parto llenaba a los romanos de aprehensión, como un enemigo procedente del este, más allá del **Eufrates**, para palestinoses como los autores del Antiguo Testamento, los partos serían un contrincante «del norte»,¹⁸ como lo habían sido los asirios, babilonios y persas. Según una forma de esa creencia, Gog sería el nombre del enemigo,¹⁹ un general mítico. Pero sea cual fuera el origen del concepto de un ejército inmenso «en reserva»²⁰ que pelearía contra el pueblo de Dios, la idea básica está clara: ninguna entidad terrestre está exenta de ataques desde más allá de la frontera, salvo después de la victoria final de Dios. En este mundo en que el mal está tan arraigado, no hemos de esperar que el progreso del evangelio menoscabe gradualmente el poder de Satanás hasta que él se halle impotente, sino que la resistencia satánica, abastecida continuamente de «nuevas tropas» de quién sabe dónde, se endurezca más y más. Y el proceso conducirá inapelablemente a una última batalla.

¿Cuál es el fin de todas estas calamidades? No es, en primer término, describir un castigo, ni mucho menos el juicio final; Juan comenta tristemente que los sobrevivientes, a pesar de un llamado de atención tan fuerte de parte de Dios, «no se arrepienten» (**no dejan de hacer el mal que hacen**). El propósito divino, pues, al permitir que Abadón desate las huestes partas o al soltar ángeles y ejércitos de a caballo sobre el mundo es, además de contestar las oraciones de su pueblo (**oí una voz que decía ... del altar de oro ... delante de Dios**),²¹ que la humanidad deje de adorar a los demonios y a los ídolos ..., de matar ..., de hacer brujerías ..., de cometer inmoralidades sexuales ..., de robar. Pero la gente persiste obstinadamente en sus actividades dañinas. Por su parte, Pablo describe una situación análoga en su propio mundo de mediados del primer siglo: «Vemos que el terrible castigo de Dios viene del cielo» (es decir, en este momento) «sobre toda la gente mala e injusta ... Pues aunque han conocido a Dios, ... los malvados ... han terminado pensando en las tonterías ... y han cambiado la gloria del Dios inmortal por imágenes ...

18 Is. 14.31; Jer. 1.14-15; Ez. 26.7; 38.6-16; etc.

19 Ver sobre 19.15-21 y 20.8-9.

20 El número en el v. 16, **doscientos millones** de soldados, es el producto de 20.000 diez mil. ¡La población de todo el Imperio no alcanzó los 52 millones!

21 Ver sobre 8.3.

Por eso, Dios los ha abandonado a los impuros deseos que hay en ellos ... , ... a pasiones vergonzosas ... Saben muy bien que Dios ha decretado que quienes hacen estas cosas merecen la muerte; y sin embargo las siguen haciendo.»²² Aun así, Dios limita severamente los poderes destructivos del mal humano que expresan la ira divina; el vidente de Patmos lo indica no sólo con sus expresiones textuales (**durante cinco meses ... la tercera parte de la gente**), sino también por la estructura de su libro. La quinta trompeta (**el primer desastre**) y la sexta todavía dejan abierta la puerta del arrepentimiento. **Pasó el primer desastre; pero todavía faltan dos.**²³ El período de gracia no ha concluido todavía.

22 Ro. 1.16-32 (VP).

23 V. 12.

CAPITULO X

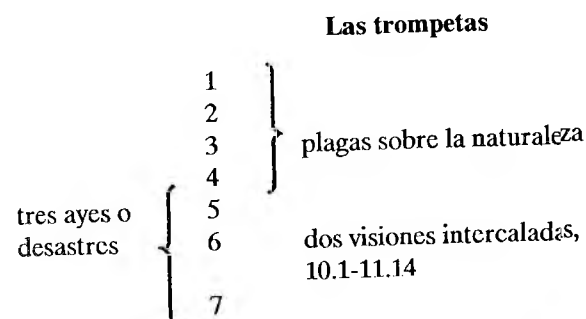
El ángel con el rollito escrito

10.1-11

- 1 Vi descender del cielo a otro ángel fuerte, envuelto en una nube, con el arco iris sobre su cabeza; y su rostro era como el sol, y sus pies como columnas de fuego.
- 2 Tenía en su mano un librito abierto; y puso su pie derecho sobre el mar, y el izquierdo sobre la tierra;
- 3 y clamó a gran voz, como ruga un león; y cuando hubo clamado, siete truenos emitieron sus voces.
- 4 Cuando los siete truenos hubieron emitido sus voces, yo iba a escribir; pero oí una voz del cielo que me decía: Sella las cosas que los siete truenos han dicho, y no las escribas.
- 5 Y el ángel que vi en pie sobre el mar y sobre la tierra, levantó su mano al cielo,
- 6 y juró por el que vive por los siglos de los siglos, que creó el cielo y las cosas que están en él, y la tierra y las cosas que están en ella, y el mar y las cosas que están en él, que el tiempo no sería más,
- 7 sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará, como él lo anunció a sus siervos los profetas.
- 8 La voz que oí del cielo habló otra vez conmigo, y dijo: Vé y toma el librito que está abierto en la mano del ángel que está en pie sobre el mar y sobre la tierra.
- 9 Y fui al ángel, diciéndole que me diese el librito. Y él me dijo: Toma, y cómelo; y te amargará el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel.
- 10 Entonces tomé el librito de la mano del ángel, y lo comí; y era dulce en mi boca como la miel, pero cuando lo hube comido, amargó mi vientre.
- 11 Y él me dijo: Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes.

10.1-11 EL ANGEL CON EL ROLLITO

Como lo hizo con LOS SELLOS Juan retrasa la llegada del séptimo elemento de la nueva serie;¹ antes de sonar la séptima trompeta, se intercalan dos visiones:² una sobre el papel del profeta — de Juan mismo — y la otra sobre el papel de los dos testigos, episodio bastante desarrollado y central para la comprensión del libro. El septenario se puede representar como sigue:



En la primera visión intercalada, se nos presentan varios misterios, especialmente el contenido del **rollito abierto** y el significado de los **siete truenos**. En cuanto al rollito, Juan establece un paralelismo evidente con el rollo sellado del capítulo 5³ porque a) en ambos casos menciona un **ángel poderoso** y b) en cada instancia se trata de un escrito preparado por Dios.⁴ Dentro del paralelismo, sin embargo, Juan establece importantes contrastes: este **rollito** es **pequeño**, ha sido confiado a la mano de un **ángel** (no de Dios ni del Cordero) y, más importante, está **abierto** (listo para ser entendido, **comido** y digerido por el profeta). Podemos concluir, por estas y otras razones, que la segunda visión intercalada (11.1-14) expresa el contenido del rollito, porque es el resultado de la obediencia de Juan (**tomé el rollito de la mano del ángel, y me lo comí**). Como veremos a continuación, el ministerio de los dos testigos se describe tres veces como el de profetizar.⁵ El librito entregado a Juan revela entonces el papel del profeta en el plan de la salvación llevada a cabo por Jesús. La tarea de los profetas, atractiva al principio, resulta ardua y peligrosa (**en mi boca era dulce como la miel, pero cuando me lo hube**

1 Ver el cotejo, p. xvi.

2 Ap. 11.15-19.

3 Ap. 5.2 y 10.1. El único otro caso será 18.21.

4 Ambos pasajes se inspiran en Ez. 2.8-3.3.

5 Ap. 11.3, 6 y 10.

comido se volvió amargo en mi estómago), pero absolutamente imprescindible. El librito llama a todos los cristianos a entrar en el plan de Dios, ejerciendo así el ministerio de la Palabra. Si el libro sellado (cap. 5) anuncia la venida de Jesús como la culminación del plan divino para el mundo, este rollito precisa cuál debe ser el papel de los creyentes en dicho plan: no aguardar pasivamente un acontecimiento futuro, sino efectuar cambios en este mundo; ser sacerdotes.⁶

En cuanto a Juan mismo, que afirma ser el profeta más privilegiado de todos,⁷ esta escena, ubicada en el centro del libro, constituye una solemne renovación de su comisión original (1.11-19, «Escribe ... lo que ves ... Escribe ... lo que ahora hay y lo que va a haber después») e inyecta nueva vitalidad a su inspiración: «Tienes que anunciar otra vez lo que Dios dice acerca de muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes.»

El ángel poderoso, presentado con las pompas casi siempre reservadas para la figura de Dios, no es un mero adorno. Su grito, señal oída en la tierra y en el mar, produce una respuesta de parte de siete truenos,⁸ y, lógicamente, el vidente se prepara a poner por escrito lo que acaba de oír; todo parece indicar un nuevo septenario. Pero una voz del cielo modifica su plan; se le prohíbe apuntar ese gruñido de juicio. Es probable que Dios —ese Dios de gracia que abrevia los tiempos de sufrimiento— esté poniendo fin a la historia antes de cumplirse literalmente las «siete semanas de semanas» que otros apocaliptistas habían previsto. Nuestro Apocalipsis sólo predice tres septenarios. Jesús lo expresó en el sermón sobre los últimos acontecimientos:⁹ «Si el Señor no acortara ese tiempo, no se salvaría nadie.»¹⁰

Cuando el ángel levanta ... la mano, su juramento asume el carácter de un anuncio, que es advertencia y promesa a la vez: «Ya no habrá más demora; pues cuando llegue el tiempo en que el séptimo ángel comience a tocar su trompeta, ya se habrá cumplido el plan secreto de Dios, como él anunció a sus propios siervos los profetas.» Estamos, pues, sobre aviso: el clímax del drama sucederá con la séptima trompeta,¹¹ pero también sabemos que la estructura concatenada del libro incluye bajo el séptimo elemento de cada septenario el resto del argumento.¹² De modo

6 Ver Ap. 1.6.

7 Ver sobre 1.3 y 22.6-7 y 17.

8 Cf. la creencia popular reflejada en Jn. 12.28-29.

9 Mr. 13.20.

10 Ver sobre 11.2, «cuarenta y dos meses».

11 Descrita en 11.15-19.

12 Ver pp. xv - xvii.

que el libro tendrá más de 11 capítulos (!), porque en la intención de Juan «la séptima trompeta» durará hasta 22.5. Sin los capítulos 12-22 entenderíamos menos de la mitad del plan secreto; obre todo, nos faltaría la comprensión de lo demoníaco, que maniobra en el mundo sin que la mayoría de sus habitantes sepa cómo o por qué. En lo que resta del presente comentario, pues, daremos prioridad a este tema (caps. 12-13 y 17-18) y a la utopía (caps. 21-22) que cierra el libro con broche de oro.

Con el juramento del ángel, el vidente comienza a releer (es decir, aplicar a su propia situación) un pasaje de Daniel que figurará en varias visiones de aquí en adelante:

Yo, Daniel, vi que ... dos hombres estaban de pie, uno a cada lado del río. Y uno de ellos le preguntó al hombre vestido con ropas de lino, que estaba sobre las aguas del río: «¿Cuándo van a terminar estas cosas tan extraordinarias?» El hombre vestido de lino levantó sus manos al cielo y, jurando en el nombre del Dios viviente, dijo: «Dentro de tres tiempos y medio, cuando deje de ser destruido el poder del pueblo de Dios, entonces terminarán todas estas cosas.»¹³

El autor bíblico que habla en nombre de Daniel se refiere a Antíoco Epifanio, tirano sirio, como el que destroza al pueblo judío, y el período al que se refiere son los tres años y medio que «durará» la persecución. Pero aquí los lectores de siglo 20 topamos con una convención de los apocaliptistas que nos choca un poco: el autor no es Daniel, profeta del siglo 6 a.C., sino un contemporáneo de los hechos descritos en la parte «predictiva» de la profecía. Y no decimos esto porque creamos que Dios no puede predecir el futuro —por supuesto que puede hacerlo— sino porque, a juzgar por la evidencia de la Biblia misma, él lo hace sólo excepcionalmente, por razones ya expuestas.¹⁴ De manera que, cuando el libro de Daniel describe «visiones del futuro» que llevan hasta el año 166 a.C. con riqueza de detalles, es porque el autor desconocido vivía en ese momento (descrito en el libro deuterocanónico 1 Macabeos). Cuatro monstruos representan los imperios sucesivos de Babilonia, Media, Persia y Grecia, y los diez cuernos del cuarto monstruo simbolizan a los diez sucesores seléucidas de Alejandro Magno, mientras que el cuerno pequeño representa a Antíoco. Podemos fechar al autor entre la aparición del cuerno pequeño y su destrucción,¹⁵ entre la instalación del horrible sacrilegio y su remoción,¹⁶ es decir, después de la interrupción del

13 Dn. 12.5-7 (VP).

14 Ver las pp. 18 y 26-27. No conviene a los lectores de la Biblia elaborar calendarios del futuro.

15 Dn. 7.8-11.

16 Dn. 8.13-14; 9.27; 11.31-35.

sacrificio diario (diciembre del 167 a.C.) y antes de su restauración por Judas Macabeo. Después de esta fecha, las predicciones del libro se vuelven más vagas, porque realmente son predicciones.

Juan de Patmos cree que la profecía de Daniel¹⁷ y otras parecidas del Antiguo Testamento están por cumplirse en un sentido nuevo y muy rico. Los «tres años y medio»,¹⁸ por ejemplo, están por comenzar (aunque recordemos la regla: todas las cifras de Apocalipsis son simbólicas); y la predicción «cuando deje de ser destrozado el poder del pueblo de Dios» quiere decir que cuando el perseguidor de la Iglesia sea quitado, **ya se habrá cumplido el plan secreto de Dios**. En otras palabras, la persecución de la Iglesia es el arma secreta que Dios usa para vencer a los perseguidores de su pueblo y para lograr sus propósitos salvíficos. Al mismo tiempo, cuando el emperador (Domiciano es el «Antíoco» de turno) sea destruido, la historia humana habrá llegado a su conclusión. ¿O será que Juan deja abierta la posibilidad de otros perseguidores de la Iglesia después de la muerte de Domiciano? En tal caso, la historia continuará su curso. Y efectivamente, la estructura eslabonada del libro (que introduce después de la séptima trompeta muchos episodios no numerados y un nuevo septenario) sugiere que, a pesar de la urgencia del momento que Juan vive muy existencialmente («**Ya no habrá más demora**», jura el ángel), la naturaleza del mal en la historia es tal, que un profeta no puede afirmar categóricamente su eliminación. En los restantes capítulos de Apocalipsis tendremos oportunidad de ver cuán persistente es.

¹⁷ Ver también Dn. 7.25.

¹⁸ Ap. 11.2-3.

Los dos testigos

Cap. 11.1-14

- 1 Entonces me fue dada una caña semejante a una vara de medir, y se me dijo: Levántate, y mide el templo de Dios, y el altar, y a los que adoran en él.
- 2 Pero el patio que está fuera del templo déjalo aparte, y no lo midas, porque ha sido entregado a los gentiles; y ellos hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses.
- 3 Y daré a mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio.
- 4 Estos testigos son los dos olivos, y los dos candeleros que están en pie delante del Dios de la tierra.
- 5 Si alguno quiere dañarlos, sale fuego de la boca de ellos, y devora a sus enemigos; y si alguno quiere hacerles daño, debe morir él de la misma manera.
- 6 Estos tienen poder para cerrar el cielo, a fin de que no llueva en los días de su profecía; y tienen poder sobre las aguas para convertirlas en sangre, y para herir la tierra con toda plaga, cuantas veces quieran.
- 7 Cuando hayan acabado su testimonio, la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y los vencerá y los matará.
- 8 Y sus cadáveres estarán en la plaza de la grande ciudad que en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto, donde también nuestro Señor fue crucificado.
- 9 Y los de los pueblos, tribus, lenguas y naciones verán sus cadáveres por tres días y medio, y no permitirán que sean sepultados.
- 10 Y los moradores de la tierra se regocijarán sobre ellos y se alegrarán, y se enviarán regalos unos a otros; porque estos dos profetas habían atormentado a los moradores de la tierra.

- 11 Pero después de tres días y medio entró en ellos el espíritu de vida enviado por Dios, y se levantaron sobre sus pies, y cayó gran temor sobre los que los vieron.
- 12 Y oyeron una gran voz del cielo, que les decía: Subid acá. Y subieron al cielo en una nube; y sus enemigos los vieron.
- 13 En aquella hora hubo un gran terremoto, y la décima parte de la ciudad se derrumbó, y por el terremoto murieron en número de siete mil hombres; y los demás se aterrorizaron, y dieron gloria al Dios del cielo.
- 14 El segundo ay pasó; he aquí, el tercer ay viene pronto.

Hemos sugerido ya que esta segunda visión intercalada continúa el tema de la primera, «el papel del profeta», y que concreta el contenido del rollito. Pero, antes de hablar de los testigos mismos, observemos que todo el episodio y algunos de los que siguen llevan la marca de ese período «de los últimos días», señalado por Daniel, que se expresa aquí de diferentes maneras: **cuarenta y dos meses**,¹ **mil doscientos sesenta días**² o **tres años y medio**.³ ¿Qué simboliza este período? Por una parte, es una época en que la ciudad santa de los cristianos será profanada por los paganos;⁴ este dato es tomado del período literal de tres años y unos días en que las tropas de Antíoco pisotearon los sagrados atrios del Templo en Jerusalén. También señala persecución para la Iglesia por la mención de la **autoridad**⁵ concedida al primer monstruo; el contexto aclara que dicha autoridad será empleada para **hacer guerra contra los que pertenecen al pueblo de Dios, hasta vencerlos**. Pero antes de concluir que el período de **tres años y medio** señala una derrota definitiva de la Iglesia, veamos la otra cara de la moneda: al mismo tiempo es el período concedido a los **dos testigos** para profetizar, durante el cual Dios los protege y los vuelve poderosos.⁶

La imagen de la **Mujer** que huye a su lugar en el **desierto**,⁷ donde los ministros de Dios le **dan de comer**, inspira la misma idea de protección

1 Ap. 11.2; 13.5.

2 Ap. 11.3; 12.6.

3 Ap. 12.14, literalmente «un tiempo y tiempos y medio tiempo», que es la terminología de Daniel.

4 Ap. 11.2.

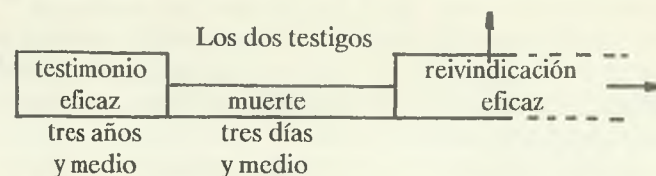
5 Ap. 13.5.

6 Ap. 11.3-6.

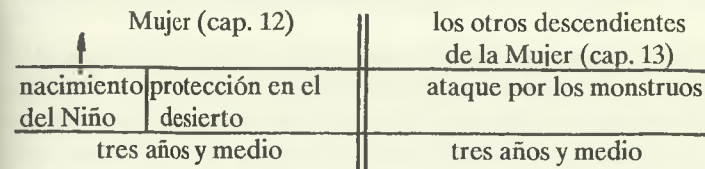
7 Ap. 12.6 y 14.

divina a los creyentes. A pesar de la extrañeza que nos causa a los lectores que vivimos en el siglo 20, tenemos que concluir que Juan como apocaliptista inviste de dos sentidos antitéticos un mismo símbolo: el período de tres años y medio habla de oposición externa e incluso martirio para la Iglesia, y simultáneamente, de provisión, invulnerabilidad y eficacia en su testimonio.

En el párrafo sobre los dos testigos, es cierto, Juan aparentemente relata la derrota de los creyentes como subsiguiente a su éxito (**pero cuando hayan terminado de dar su testimonio, el monstruo ... los atacará**); pero el hecho de valerse de la misma cifra **tres y medio** — que ahora modifica **días** y no **años**⁸ para subrayar la diferencia de importancia entre la derrota y el éxito — y luego coronar el relato triste del asesinato y difamación de los testigos con una resurrección y exaltación de los mismos, indica que Juan describe aquí la misma realidad que describirá con otros símbolos en los capítulos 12 y 13. Es decir, en el capítulo 11 el drama simbólico tiene tres actos:



Los capítulos 12 y 13, en cambio, reúnen los mismos elementos en una narración diferente. Esta parece ser un solo episodio, porque el dragón es el protagonista de ambos capítulos, y sólo emprende el ataque en el capítulo 13 (por medio de los monstruos), dada su derrota en el capítulo 12. Esto puede diagramarse como sigue:



Por otra parte, quizá debamos entender todo el episodio de los capítulos 12 y 13 como dos realidades superpuestas: una que enfoca el

8 Vv. 9 y 11.

pueblo en su totalidad y otra, a los creyentes particulares (de la última generación de la historia o aun de todas las generaciones) como sigue:

Mujer:	Niño	protección en el desierto
Los otros descendientes de la Mujer:	ataque por los monstruos	
	Tres años y medio	

Este último cuadro satisface mejor el simbolismo del texto porque evita que el lector se confeccione un período de «siete años», expresión que Juan rehúye. Fiel a su modelo en Daniel,⁹ Juan quiere subrayar que Dios en su misericordia no permite que su pueblo sufra toda una unidad de tiempo profético — siete años —, sino sólo la mitad (el rey que vendrá «hará un pacto con mucha gente durante *una semana* más, pero *a mitad de la semana* pondrá fin a los sacrificios del templo ... y un horrible sacrilegio se cometerá ante el altar de los sacrificios, hasta que la destrucción determinada caiga sobre el autor de estos horrores»¹⁰). Pero, a diferencia de su modelo, Juan «cristianiza» el relato y muestra que Dios, como parte de su cuidado por la Iglesia, permite que ella sufra. En otras palabras, el género literario apocalíptico requiere que Juan describa separadamente en pequeñas unidades narrativas a) la invulnerabilidad de la iglesia y b) su martirio. Sin embargo, por medio del concepto de un período de **tres tiempos y medio**, da a entender que a) y b) no son períodos sucesivos sino simultáneos. Los **testigos** siempre profetizan bajo la custodia divina, y al mismo tiempo son cadáveres en la calle de la ciudad incrédula. O dicho de otra manera, el pueblo de Dios (**la Mujer**) vive resguardado en su **desierto lejos del dragón** al mismo tiempo que los creyentes (**el resto de los descendientes de ella**) caen muertos individualmente en la guerra montada contra ellos por los dos monstruos.

La sección siguiente, aunque esclarecedora, es un poco técnica. Algunos lectores preferirán saltar al asterisco de la página 124.

El hecho de que Juan «respete las categorías» en su descripción de la lucha contra la Iglesia puede confirmar esta interpretación. Es decir, hay un primer nivel de personajes del drama apocalíptico — los que generan básicamente la acción — y un segundo nivel cuyo papel es importante pero derivado. Y los niveles no se mezclan. Por ejemplo, la furia del

DRAGON no se dirige individualmente contra los cristianos en la tierra (denominados en el cuadro a continuación **TESTIGOS, PROFETAS**), sino contra el pueblo entero de toda la historia (**MUJER**) y contra el Mesías (**NIÑO**) que actúa en este episodio como el suplente de DIOS. Juan construye así su relato porque, en cuanto a la lucha entre el bien y el mal, el **DRAGON**¹¹ tiene por contrincante a DIOS y los representantes celestiales de su pueblo (primer nivel) y nunca a los de segundo nivel. Paralelamente, nadie del segundo nivel la emprende contra un personaje del primer nivel; ni siquiera el **CORDERO**, a pesar de ser el héroe del libro, pelea directamente con el **DRAGON**, y cuando por fin éste recibe su merecido, es DIOS (o un ángel) quien lo enjuicia.¹² En el segundo rango de la lucha, concentrado en la tierra, los ayudantes del **DRAGON** luchan contra los individuos terrestres que pertenecen a Dios (**TESTIGOS, PROFETAS**).¹³ Las categorías entonces, se pueden representar visualmente así:

La lucha, Ap. 11-13

Primer nivel	Polo positivo DIOS + Miguel + los ángeles NIÑO (sólo pasivo)	Polo negativo DRAGON + sus ángeles HERMANOS ACUSADOS ANTE DIOS (pasivos)
	CORDERO (manifestación de la Verdad, libro sellado)	PRIMER MONSTRUO (manifestación de la Mentira)
Segundo nivel	(combatiente sólo en el pasado) MUJER (casi pasiva) TESTIGOS, PROFETAS (activos)	SEGUNDO MONSTRUO = FALSO PROFETA

Volvamos al cuadro preferido de los capítulos 12 y 13, que muestra dos realidades superpuestas. Ahora podemos reconocer que en el plano superior del gráfico actúan personajes del primer nivel que acabamos de discernir, y en el plano inferior sólo los del segundo nivel, lo cual nos con-

11 Juan lo identifica como Satanás, 12.9.

12 Ap. 20.10.

13 Más adelante se llamarán también **SEGUIDORES DEL CORDERO**, 14.4.

9 Dn. 9.24-27.

10 Dn. 9.27.

duce a pensar que Juan describe dos veces una misma realidad histórica. Sólo cambia de óptica:

MUJER vs. DRAGON	NIÑO protección en el desierto	cap. 12
DESCENDIENTES DE	ataque mortal	cap. 13
LA MUJER vs. MONSTRUOS		

tres años y medio

Así explica Juan la anomalía que experimentan las iglesias de su época y que prevé en forma agudizada para las iglesias del futuro: el martirio de los que aman a Dios es una tragedia, sí, pero no es la última palabra sobre el asunto, porque misteriosamente los creyentes no sólo son «protegidos» sino también «alimentados» por medio del sufrimiento. En la óptica de Dios (primer nivel), el DRAGON que parece tener tanto poderío es en realidad un enemigo dos veces derrotado: pasivamente, cuando se le quita el NIÑO de las fauces, y activamente, cuando se lo expulsa del ciclo. Con razón no se atreve a atacar directamente a la MUJER. Ella en última instancia permanece invulnerable.

* Como prólogo a la visión de los dos testigos, se le asigna al vidente la tarea de **medir** algo, acción parecida al gesto de **sellar** a las personas;¹⁴ provee protección antes de un ataque o una prueba grande.¹⁵ Pero, ¿cuál es el templo de Dios y el altar que Juan tiene que medir? ¿Quiénes son los que adoran allí? Antes de contestar de una vez «el templo de Jerusalén y su culto judío», recordemos lo dicho sobre la actitud de Juan hacia la religión judía.¹⁶ De hecho, la profecía de Jesús acerca de la destrucción del templo judío¹⁷ ya se había cumplido en el 70 d.C. Por tanto, en el momento de escribir Apocalipsis, Juan sabía muy bien que en la ciudad de Jerusalén no había nada que medir; de los edificios lujosos de ese templo «ni una piedra quedaba sobre otra».

Uno puede objetar, sin embargo, que el texto de Apocalipsis habla claramente de paganos que van a pisotear la ciudad santa y que a la luz de tantos pasajes del Antiguo Testamento no podemos negar una referencia a Jerusalén. Pero no hay alternativa: en respuesta tenemos que afirmar que la literatura apocalíptica no puede darse el lujo de mezclar la simbología con expresiones literales. Toda la geografía de la segunda parte de Apocalipsis es simbólica, así como lo son todos los números

mencionados en el libro. Ya hemos visto que el Eufrates (9.14) no es para Juan un río en sentido literal que las hordas invasoras cruzarán en el futuro, sino una frontera metafórica entre el pueblo de Dios y los pueblos anti-Dios. Y ahora tenemos en 11.8 una minilección de «geografía apocalíptica». A la **gran ciudad**, en cuyas calles quedan tendidos los **cadáveres** de los testigos, se le dan dos nombres en **lenguaje figurado** (**Sodoma, Egipto**) y una descripción mística (**donde también fue crucificado el Señor** de ellos) que no deja lugar a dudas; se refiere a la «Jerusalén que mata a los profetas»¹⁸ y que en el año 30 mató a Jesús. ¿Dónde, pues, está esta **gran ciudad** que Juan describe? ¿A orillas del Nilo (**Egipto**), o cubierta por las aguas del Mar Muerto (**Sodoma**), o sobre el monte Sión (Jerusalén)? Por supuesto, en ninguno de estos lugares. Juan utiliza cada nombre por su capacidad de evocar el «odio al pueblo de Dios» y el «blanco de la ira castigadora de Dios», de manera que ni la época histórica ni la ubicación de estas tres «ciudades grandes» cuenta para nada. Se amalgaman en una sola perseguidora monstruosa. A la luz de esta clave, recibida la orden de **tomar las medidas del templo**, Juan no se refiere a alguna preocupación de parte de Dios por la seguridad y protección de un «lugar» en Palestina. Simbólicamente, Jerusalén siempre será para los cristianos el lugar **donde fue crucificado el Señor** de los mártires, y el verdadero templo que Dios ama será el cuerpo de creyentes en Jesús **que adoran** al Cordero en todas partes del mundo.¹⁹ Ellos son el templo «hecho sin manos»²⁰ que sustituye el sistema vetusto que nunca será renovado. Y, por tanto, el **atrio exterior** de tal templo, excluido de la medición protectora, habla de la parte expuesta y vulnerable de la vida de la comunidad cristiana.²¹ Pero el énfasis principal del párrafo recae sobre la seguridad interna contra peligros y tentaciones invisibles.

¿Quiénes son los dos testigos? El lector habrá deducido de nuestros comentarios anteriores que representan a toda la comunidad de hermanos, especialmente en cuanto ésta actúa y sufre en un mundo hostil. Juan nos da cuatro pistas para orientar la comprensión de este episodio:

18 Mt. 23.37 y paralelos.

19 Ap. 3.12; 1 Co. 3.16; 2 Co. 6.16; Ef. 2.20; 1 P. 2.5.

20 Este tema del «verdadero templo» figura en el relato de la pasión de Jesús en todos los Evangelios. Ver, por ejemplo, Mr. 14.58, 15.29 y 38.

21 Para ilustraciones de este tipo de peligro, ver sobre 13.1-17.

14 Cf. 7.2-3.

15 Cf. Ez. 40.3; Zac. 2.1-2.

16 Ver sobre 2.9, «sinagoga de Satanás».

17 Mr. 13.2 y paralelos.

a) Estos hombres son los dos olivos que Zacarías vio a la par del candelabro de siete tubos y que lo alimentaban con su aceite;²² es decir, dos «ungidos» consagrados para el servicio «del Señor de toda la tierra». Históricamente, Zacarías se refiere a dos de sus contemporáneos: Zorobabel, el rey ungido, y Josué, el sacerdote ungido. Pero Juan, habiendo insistido en el carácter real y sacerdotal de la Iglesia,²³ ahora aplica la descripción a los mártires que testifican de Jesús.

b) A esto agrega que los testigos son los dos candelabros, cuyo significado hemos visto ya en la PRIMERA PARTE del libro.²⁴ representan a toda la Iglesia. Desde luego, Juan no quiere que lleguemos a la conclusión literalista de que 2/7 de la Iglesia será martirizado — una vez más los números simbólicos no permiten este tipo de cálculo —; pero al menos sugiere que el martirio de los cristianos será parcial, y este dato nos ayudará más adelante a matizar otras afirmaciones. ¿Por qué escoge la cifra dos para identificar a los testigos? ¿No habría bastado uno? No; en las cortes judías no se aceptaba la evidencia de un solo testigo para probar la culpabilidad de una persona acusada de un crimen²⁵ (en este caso, el diablo y sus secuaces, los perseguidores de la Iglesia). También se necesitan dos para desmentir las acusaciones hechas en su contra (una vez más el acusador es el diablo,²⁶ y sus seguidores son los delatores y jueces terrestres que condenan a los cristianos).

c) y ch) Los testigos — ambos al mismo tiempo — tienen cualidades que nos recuerdan a Moisés (tienen poder para cambiar el agua en sangre y para hacer sufrir a la tierra con toda clase de calamidades)²⁷ y a Elías (tienen poder para cerrar el cielo, para que no llueva).²⁸ Al hacer prodigios, pues, prueban la eficacia de su ministerio y la realidad de su comisión divina. Más adelante, el segundo monstruo también hará «grandes señales milagrosas»,²⁹ incluso la caída de «fuego del cielo a la tierra», pero con el fin de «engañar a los habitantes de la tie-

rra». Los monstruos tienen mucho éxito en su empresa, porque sus oyentes los aceptan sin crítica alguna;³⁰ los testigos, en cambio, causan mucho tormento al mismo auditorio, no tanto por milagros de destrucción física (echan fuego por la boca, que quema por completo a sus enemigos) como por sus palabras evangelísticas (por la boca) y su sufrimiento voluntario. Este tipo de testimonio es irresistible y terriblemente conflictivo. Con alivio y alegría, la gente incrédula celebra su muerte al fin de los tres años y medio.

¿Quién los mata? ¿Quién se atreve a penetrar la muralla protectora que hasta ahora Dios ha construido a su alrededor («... toma las medidas del templo»)? Es una figura misteriosa que Juan no nos explica ahora (el monstruo que sube del abismo) ni lo hace hasta 13.1. Pero en esta breve presentación le atribuye una cualidad transtemporal que nos causa extrañeza, y lo hace por medio de un verbo en presente (que sube del abismo).

En cierto sentido es inútil preguntar cuándo aparecerá el monstruo o cuándo apareció, porque tiene un largo historial y siempre está subiendo de las aguas caóticas y demoníacas; su mero origen describe de una vez cómo actúa.

En otro sentido, sin embargo, sí podemos fechar la aparición y la eventual desaparición del monstruo. Veremos en el capítulo 12 que la persecución de los cristianos se inicia con la muerte y resurrección de Jesucristo en el año 30 y la consecuente «expulsión del cielo» del maligno; luego la reacción colérica del diablo produce a su vez la aparición del monstruo perseguidor de la Iglesia. Estas persecuciones han recrudecido a lo largo de la historia cristiana, pero en la última generación, antes de la venida gloriosa de Jesús, aparecerá el monstruo por excelencia, cuyo ataque casi aniquilará el movimiento cristiano. En este sentido, pues, el monstruo «subió» y «subirá» en fechas precisas.

En tiempos bíblicos muchas culturas consideraban la falta de entierro una deshonra muy grave, y la prohibición de entierro un insulto de hecho. Los tres días y medio en que los incrédulos de la ciudad se felicitan por una notable «pacificación del ambiente» y disfrutan de una exhibición vergonzosa de carne putrefacta, culminan en una enorme sorpresa: Dios revive a los dos muertos, y se acaba la fiesta. Para que el lector recuerde bien que los dos testigos no son individuos que viven en una ciudad particular, Juan precisa que los pueblos que miran los cadáveres expuestos

22 Zac. 4.3 y 11-14.

23 Ap. 1.6.

24 Ap. 1.20.

25 Dt. 19.15.

26 Ap. 12.10.

27 Ex. 7.17.

28 1 R. 17.1.

29 Ap. 13.13-14.

30 Cf. Jn. 15.18-21.

proceden de muchas razas y naciones. El martirio de los testigos es un fenómeno mundial. Con la resurrección de los muertos, sucede como si el fuego de antes saliera de nuevo de su boca; todas los espectadores se llenan de miedo y observan obligados a los dos resucitados que suben al cielo.³¹ ¡Qué reivindicación más notable! Y para remacharla, Dios manda un gran terremoto que diezma la población incrédula del mundo (la ciudad).³²

En un paralelo interesante, el evangelista Mateo da a entender en su relato de la pasión del Señor³³ que un terremoto remachó inolvidablemente el significado de la cruz, simbolizando así la ira de Dios contra los asesinos de su Hijo. Luego, el nuevo temblor que Mateo asocia con la resurrección funciona en forma similar;³⁴ el lenguaje apocalíptico del contexto («el ángel brillaba como relámpago ... los soldados temblaron de miedo y quedaron como muertos») revela esta intención. Pero en ninguno de los dos casos Mateo atribuye un efecto destructor al terremoto; en cambio, Juan asevera que siete mil personas murieron.

¿Cuál es el contenido simbólico de la cifra siete mil? Además de reconocer el producto de dos números que sugieren plenitud (7 x 1.000), el lector quizá recordará que en el ciclo de relatos acerca del profeta Elías, siete mil es el número de creyentes que «no se han arrodillado ante Baal ni lo han besado».³⁵ Quizá, dada la crítica de Jezabel y del baalismo insinuada en la primera parte de Apocalipsis,³⁶ Juan está pensando aquí en una compensación: los siete mil israelitas que viven bajo un régimen pagанизado y asesino corresponden justamente a los siete mil que mueren en la ciudad idólatra.

Sea eso como sea, el punto esencial del párrafo es la reacción de los sobrevivientes: llenos de miedo alabaron a Dios, que está en el cielo. ¿Da a entender el autor que los paganos de la ciudad Egipto-Sodoma-Jerusalén,³⁷ tras tanto endurecimiento de corazón contra el mensaje cristiano, realmente se convierten? ¿O da a entender que el miedo fugaz, lejos de conducir a la salvación, sigue infructuoso las pisadas de otras

emociones momentáneas (tormento ... ver subir a los testigos en una nube)? No es posible contestar con certeza, pero parece probable que la muerte y victoria de los mártires se deba entender como aquel terremoto que efectivamente convierte a la gente mundana. Como todo lector de la Biblia sabe, «temer a Dios» es un hebraísmo que se aplica al monoteísta, al adorador de Dios; y especialmente en el sentido de «convertirse». Por consiguiente, Apocalipsis lo usa varias veces con esta acepción. Por ejemplo, el ángel que predica «un mensaje eterno» dice: «Teman a Dios y denle alabanza».³⁸ Si hemos interpretado bien la expresión, pues, Apocalipsis no es el libro fatalista que algunos pintan; los malvados no tienen necesariamente que perseverar en su mal camino,³⁹ y hay que advertir a los cristianos que su nombre puede ser «borrado del libro de la vida».⁴⁰ En la opinión de Juan, aunque el castigo divino no convenza a los humanos de su necesidad de perdón y salvación, el espectáculo de la muerte injusta de los cristianos sí los vuelve a Dios. El vidente de Patmos habría aplaudido el refrán que surgió en siglos posteriores: «La sangre de los mártires es la semilla de la Iglesia.» Y aun si no todos los espectadores reaccionan tan favorablemente como el centurión al pie de la cruz o Pablo durante el apedreo de Esteban,⁴¹ el comportamiento del justo agonizante indudablemente tiene un efecto evangelizador en los verdugos.

El autor nos ha avisado desde 8.13⁴² que las tres últimas trompetas, que forman una miniserie numerada de tres desastres, serían una especie de clímax del drama. Ahora en 11.14 con las palabras **Pasó el segundo desastre, pero pronto viene el tercero**⁴³ aumenta el suspenso. Sin embargo, el párrafo que sigue, que tiene nominalmente que ver con la séptima trompeta, lejos de poner fin al drama introduce una nueva sección del libro que consta de cinco escenas simbólicas⁴⁴ y el último de los tres septenarios numerados. En una mirada retrospectiva, pues, las seis primeras

31 Cuando el lector llegue a 12.5 y lea acerca del «rapto» del Niño, ha de recordar este paralelo. Es decir, la resurrección general de los creyentes, simbolizada aquí en el capítulo 11, se fundamenta en la ascensión de Jesús.

32 Ver sobre 11.8.

33 Mt. 27.51-52.

34 Mt. 28.2.

35 1 R. 19.18.

36 Ver sobre 2.20-23.

37 Más adelante la misma ciudad se llamará «Babilonia». Ver sobre 17.1-18.

38 Ap. 14.7 (VP). Ver también 15.4 y 16.9.

39 Juan confía en la posibilidad de convertir aun a los que asisten a la sinagoga de Satanás, 3.9.

40 Ap. 3.5.

41 Mr. 15.39; Hch. 7.54 - 8.1.

42 Cf. 9.12.

43 Es digno de notarse que Juan no coloca esta observación después de 9.21, cuando termina de describir la sexta trompeta («el segundo desastre»), sino al final de estas dos visiones intercaladas: EL ANGEL CON EL ROLLITO ESCRITO y LOS DOS TESTIGOS.

44 Las copas del castigo, 11.15 - 16.16.

trompetas han anunciado el juicio y llamado al arrepentimiento; los seres humanos están sobre aviso.

3.3 Las copas de castigo

Caps. 11.15-16.16

La séptima trompeta

Cap. 11.15-19

- 15 El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos.
- 16 Y los veinticuatro ancianos que estaban sentados delante de Dios en sus tronos, se postraron sobre sus rostros, y adoraron a Dios,
- 17 diciendo: Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres y que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder, y has reinado.
- 18 Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra.
- 19 Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo. Y hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y grande granizo.

Como hemos notado en la sección sobre la estructura del libro,¹ los septenarios están entrelazados de tal forma que el séptimo número de cada serie introduce una nueva serie y abarca, no sólo ésta, sino también el resto del libro. Estrictamente hablando, pues, la séptima trompeta cubre desde 11.15 hasta 22.5 y es realmente el clímax de la profecía, como Juan nos viene anunciando. Lo que esta última mitad del libro tiene de novedoso, a más de describir el triunfo, es su profundización del tema de la oposición al evangelio; no hay otro pasaje de las Escrituras más explícito sobre la operación de los poderes del mal en el mundo, y por

¹ Ver p. xv.

tanto los cristianos hoy día (en particular los del Tercer Mundo) debemos prestarle mucha atención.

Ya que la séptima trompeta inicia la parte de la profecía que desemboca en el triunfo, lo primero que desata aquí en el capítulo 11 es un par de gritos litúrgicos que celebran prolépticamente dicha victoria. Voces fuertes prorrumpan en alabanzas que Händel ha popularizado en el «Coro aleluya» de su famoso oratorio *El Mesías*:

Los reinos del mundo han llegado a pertenecer
a nuestro Señor y a su Cristo;
y él gobernará por todos los siglos.²

El lector atento recuerda, al oír este anuncio, los cánticos del capítulo 5³ vociferados por millones de ángeles y demás criaturas. Pero, especialmente con la mención que se hace aquí de los **veinticuatro ancianos**, se dará cuenta del propósito de Juan al hacer eco de los loores de los ancianos en la visión que dio comienzo a la SEGUNDA PARTE.⁴ Tengamos presentes las dos liturgias:

5.9-10	11.17-18
Tú eres digno de tomar el libro y romper sus sellos;	Te damos gracias, Señor, Dios todopoderoso, tú que eres, que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder y has comenzado a gobernar.
porque fuiste sacrificado, y con tu sangre nos compraste para Dios,	Las naciones se han enojado, pero ha llegado el día en que tú castigas, y también el momento en que juzgarás a los muertos
de toda raza, idioma, pueblo y nación.	y darás la recompensa a tus siervos que hablan de tu parte,
Nos has hecho reyes y sacerdotes para nuestro Dios,	a los consagrados a ti y a los que honran tu nombre,
y gobernaremos sobre la tierra.	ya sean grandes o pequeños, y el momento en que destruirás a los que destruyen la tierra.

2 Cf. las palabras del Padrenuestro: «Venga tu reino ... porque tuyo es el reino ... para siempre», Mt. 6.10 y (13).

3 Ver sobre 5.12 y 13.

4 Caps. 4 y 5.

Observemos algunas semejanzas y contrastes:

1) La liturgia del capítulo 5 hace hincapié en el pasado, mientras que la del capítulo 11 insiste en el presente (**ha llegado el día ... y también el momento**) como el tiempo culminante de la historia (**has tomado tu gran poder y has comenzado a gobernar**). Cuando Jesús derramó su sangre en el Calvario, puso en movimiento el plan redentor de Dios; los actos últimos de Dios (**castigas ... juzgarás ... darás la recompensa**) fluyen de ese sacrificio y esa «dignidad» del Cordero.

2) Los **veinticuatro ancianos** representan a todos los redimidos de todas las épocas. En el capítulo 5 su participación activa en el reino es futura (**gobernaremos sobre la tierra**), mientras que en el capítulo 11 están por recibir dicha **recompensa** al instante. En este himno se destacan tres descripciones de los redimidos: a) siervos de Dios que son también b) profetas (**hablan de tu parte**) y c) los que temen el nombre de Dios, tanto pequeños como grandes.⁵

3) En el trozo del «Coro aleluya» citado arriba se alude al Salmo 2 (a **nuestro Señor y a su Cristo**).⁶ El himno del capítulo 5 se dirige al Cordero, **Cristo**, mientras que el del capítulo 11 se dirige al Señor, **Dios todopoderoso**.

4) No es accidental que ambos himnos finalicen en **la tierra**; Apocalipsis enfoca de principio a fin el globo terráqueo,⁷ primero como morada de los hombres, y finalmente como el lugar donde Dios coloca su tabernáculo entre la humanidad redimida.⁸ La frase **los que destruyen la tierra** no sólo encierra un mensaje ecológico acerca de la conservación de nuestro ambiente irremplazable, sino que también advierte sobre todo contra los que siegan vidas humanas. Desde la aparición de los cuatro jinetes que representan la destrucción traída por la guerra,⁹ hemos sospechado que los seres humanos somos los responsables de los estragos cometidos en la tierra descritos en los septenarios. Dios, en última instancia, se hace responsable de esta destrucción («el primer ángel tocó su trompeta ... y se quemó la tercera parte de la tier-

5 Para otra ilustración de esta preocupación de Juan por los de poca importancia social, ver sobre 18.19-20.

6 Ver Sal. 2.2.

7 Ap. 1.1-3; 21.10.

8 Ap. 21.3.

9 Ap. 6.1-8.

ra»),¹⁰ porque es soberano en su gobierno del mundo, pero no mitiga la responsabilidad de los que perpetrar tales barbaridades (**destruirás a los que destruyen la tierra**). ¡Ay de los que aprieten los botones de la guerra nuclear, por ejemplo, o cooperen en la instalación de las armas mortíferas que la harán posible!

Para completar el paralelo con los capítulos 4 y 5, el último versículo del capítulo 11 evoca **el templo de Dios que está en el cielo**¹¹ y **el cofre del pacto** divino que está en su santuario. Pero como el propósito de la presente escena no es, como antes, consolar a los sufrientes sino advertir a los destructores, la apertura del templo en el cielo trae los signos de la cólera divina: **relámpagos, ruidos, truenos, un terremoto y una gran granizada**.

¹⁰ Ap. 8.7.
¹¹ Cf. 4.2-11.

La mujer y el dragón

Caps. 12.1 - 13.1

- 1 Apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas.
- 2 Y estando encinta, clamaba con dolores de parto, en la angustia del alumbramiento.
- 3 También apareció otra señal en el cielo: he aquí un gran dragón escarlata, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas;
- 4 y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra. Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese.
- 5 Y ella dio a luz un hijo varón, que regirá con vara de hierro a todas las naciones; y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono.
- 6 Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días.
- 7 Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles;
- 8 pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo.
- 9 Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él.
- 10 Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche.
- 11 Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte.

- 12 Por lo cual alegraos, cielos, y los que moráis en ellos. ¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo.
- 13 Y cuando vio el dragón que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón.
- 14 Y se le dieron a la mujer las dos alas de la gran águila, para que volase de delante de la serpiente al desierto, a su lugar, donde es sustentada por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo.
- 15 Y la serpiente arrojó de su boca, tras la mujer, agua como un río, para que fuese arrastrada por el río.
- 16 Pero la tierra ayudó a la mujer, pues la tierra abrió su boca y tragó el río que el dragón había echado de su boca.
- 17 Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo.

CAPITULO XIII

- 1 Me paré sobre la arena del mar, y vi subir del mar una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cuernos diez diademas; y sobre sus cabezas, un nombre blasfemo.

Para encuadrar las visiones de los capítulos 12-13, que son claves para entender Apocalipsis, Juan escoge un recurso literario que llama mucho la atención. Antes de entrar en la materia del último septenario numerado, las copas del castigo,¹ aclara la naturaleza de la oposición al proyecto de Dios, de manera que habla de tres señales en el cielo:² la mujer vestida del sol, el dragón rojo de siete cabezas, y mucho más adelante, los siete ángeles con sus últimas calamidades. El propósito de una señal³ es provocar la reflexión; a menudo encierra un misterio, un lenguaje simbólico o una clave secreta.

Las dos primeras señales son personajes de un solo drama, cuyo argumento nos es familiar: en el folklore de muchos pueblos se hallan cuen-

tos antiquísimos acerca del nacimiento de un héroe amenazado. En general presenta los siguientes rasgos:

- 1) Un príncipe legítimo está por nacer. Algún día le tocará destrozar a un usurpador.
- 2) Apenas nace este usurpador trata, por tanto, de matar al príncipe; pero el niño es rescatado providencialmente y escondido.
- 3) Una vez que llega a la madurez, el príncipe mata al usurpador y reclama su trono como derecho.

Sería interesante para lectores de la Biblia como nosotros compilar listas de relatos escriturales que siguen este bosquejo. Para comenzar, Moisés y el faraón, Joás y Atalía, Jesús y Herodes, y (en forma moderada) José y sus hermanos.⁴ El relato existe también en Grecia y Egipto como un mito solar: el dragón de las tinieblas intenta matar cada día por la tarde al dios sol, pero a su vez es muerto por éste cada vez que amanece el nuevo día. Desde luego, Juan modifica estos relatos históricos y mitos de acuerdo con sus propósitos proféticos.

A. Por ejemplo, subraya el papel de la madre en peligro.⁵ Una vez más, el conocedor de la Biblia detecta que Juan se ha inspirado en varios modelos escriturales. Esta mujer vestida del sol es la Eva de toda la historia salvífica,⁶ que en cada generación lucha en su parto por traer al Mesías y la nueva época mesiánica al mundo. La amenaza contra su Descendiente se dio a conocer desde el principio: debido a la caída, Dios puso enemistad entre la serpiente y la mujer, entre la descendencia de una y la descendencia de la otra. Muchas madres del linaje mesiánico heredaron esa lucha; Raquel, por ejemplo, cuyas dificultades en los partos son conocidas, fue madre de aquel José cuyo sueño reveló que él sería la mayor de las 12 estrellas (sus hermanos) y el jefe de sol y luna (sus padres),⁷ y de quien se dijo que había sido devorado por un monstruo, cuando en realidad había sido escondido en el trono del Gran Rey. Uno recuerda también a la madre de Moisés: el recién nacido fue amenazado por el dragón cocodrilo del Nilo, pero finalmente fue raptado y llevado a la seguridad del trono (el palacio de la hija del faraón).

1 Cap. 16.

2 Ap. 12.1 y 3; 15.1.

3 Cf. las señales del Evangelio de Juan, que son milagros de Jesús, hábilmente iluminados por discursos que describen su persona y misión.

4 Ex. 1.15 - 2.15; 2 R. 11.1-20; Mt. 2.1-21; Gn. 37 - 45.

5 Jesús también comparte esta sensibilidad, Mr. 13.17.

6 Gn. 3.15-16; cf. v. 20, «madre de todos los que viven».

7 Gn. 30.22-24; 35.16-20; 37.9-10 y 32-34.

La Mujer de la señal está marcada con muchas contradicciones. Su ropaje espléndido (*envuelta en el sol como en un vestido, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas en la cabeza*) contrasta extrañamente con la agonía de su alumbramiento (*estaba encinta, y gritaba por los dolores del parto, por el sufrimiento de dar a luz*). Por este medio Juan insinúa que la reina del cielo, o como decían en Asia Menor, la diosa-madre, no es una deidad al estilo de los paganos; en realidad esta «constelación», que podríamos imaginar proyectada sobre la pantalla de la noche estrellada, es un pueblo en espera, la comunidad mesiánica. No es una sola madre, ni siquiera María la madre histórica de Jesús Mesías; es Sión,⁸ o como dice Pablo,⁹ «la Jerusalén celestial, y nosotros somos hijos suyos». Más importante aun es que el pueblo de Dios, lejos de ser una diosa imperturbable, como enseñan los triunfalistas de todos los siglos, se retuerce afligida¹⁰ y grita en su angustia.¹¹ Recordemos de nuevo que según la simbología de los ángeles de las siete iglesias, las congregaciones individuales y la iglesia toda son realidades tanto terrestres como celestiales. Por cierto, esta Mujer también, ubicada ahora en el cielo, huye pronto al desierto perseguida por su contrincante el dragón,¹² y el desierto está sobre la tierra.

Sabemos, entonces, que la Mujer no representa a un individuo, sino a un pueblo mesiánico lleno de esperanzas. Sin embargo, la gestación de los hombres y mujeres se ha dado siempre en el camino de una historia conflictiva. Escuchamos, por ejemplo, la voz de un poeta de la comunidad de Qumrán, quien escribió aproximadamente un siglo antes que Juan:¹³

Me encontraba en los dolores, como una mujer que da a luz a su hijo primogénito. La mujer a la que un hombre ha puesto encinta sufre penosamente sus dolores. En medio de tormentos de muerte, dará a luz a un hijo varón, y en medio de infernal sufrimiento saldrá de su vientre de gestante un consejero maravilloso y lleno de poder.¹⁴

Para Juan la verdadera salvación (el Niño) ya está presente, aunque «raptada»; se hace visible ahora en las victorias individuales y colectivas de una Iglesia sufriente, y se hará totalmente visible en la venida de Jesús.

8 Obsérvese cómo Juan alude a Is. 66.7-9, donde Sión da a luz.

9 Gá. 4.26; cf. Ap. 12.17, «el resto de sus descendientes».

10 Jn. 16.21-22.

11 El verbo «gritar» nos recuerda la queja de los israelitas en Egipto y la de los mártires debajo del altar. Ver sobre 6.10.

12 Vv. 6 y 13-17.

13 De los rollos del Mar Muerto, 1QH III, 7-13.

14 Cf. Is. 9.16.

Con razón los cristianos hemos de orar con insistencia: «¡Ven, Señor Jesús!»

B. ¿Quién o qué es este dragón rojo, la segunda señal en el cielo? Por tratarse del villano del drama, Juan desarrolla y elabora extraordinariamente este personaje,¹⁵ que merece un estudio más exacto. Aunque el filo del argumento polémico — la pelea entre Dios y un contrincante — ha estado presente sólo implícitamente hasta aquí, el lector atento lo ha intuido desde 1.5-6, donde el hecho de la resurrección y la frase «derramando su [propia] sangre» señalan una lucha entre Jesús y un enemigo. Unos versículos más adelante, el arma simbólica llevada por Jesús, «una aguda espada de dos filos»,¹⁶ refuerza esta impresión. Pero aquí, con la aparición del dragón, el mal tiene cara y apellido; todavía usa una máscara, pero paulatinamente Juan se la quita, revelándonos las artemañías del antirreino.

Pero, en el drama elaborado en Apocalipsis,¹⁷ el dragón no pelea directamente con el Cordero. Su primer proyecto es devorar un infante, pero no cualquier bebé — su interés, al fin y al cabo, no se cifra en alimentarse sino en destruir a un rival peligroso; su odio se dirige hacia un niño varón (Juan subraya con fuerza su sexo masculino) que algún día ha de gobernar severamente al mundo entero. Por envidia y mezquindad, entonces, el dragón se planta en forma amenazante ante la mujer parturienta.¹⁸ Aunque esta segunda señal no es «grande» como la primera, el dragón mismo sí es descrito como grande, no sólo para referirse a su tamaño sino también a su importancia y eficacia.¹⁹ Su color rojo fuego nos recuerda que el segundo jinete venía montado en un caballo de ese color simbólico para hacer su labor diabólica de matanza y multiplicación de guerras.²⁰ Para reforzar la impresión aterradora de fuerza sin límite, el dragón tiene siete cabezas, como muchos monstruos de mitos cananeos y egipcios,²¹ y sobre cada cabeza reposa una diadema, la corona²² que habla de gran soberanía. Juan menciona también diez cuernos, sin

15 El dragón figura en el argumento de 12.3 hasta 20.10. Sólo Dios y el Cordero aparecen más continuamente.

16 Ap. 1.16.

17 Ver la p. 115.

18 Cf. la amenaza paralela en Ap. 13.1.

19 Cf. 17.1, donde la «gran» prostituta lo es por su éxito y reputación.

20 Ap. 6.4.

21 Los nombres varían: Leviatán (Sal. 74.14), Lotán, Tiamat y Racab. Cf. Dn. 7.7 y 24; Jer. 51.34; Ez. 29.3.

22 En cambio, la «corona» que lleva la Mujer, v. 1, es la guirnalda que ganaba, por ejemplo, un atleta victorioso.

preocuparse por la distribución de los mismos sobre las siete cabezas; evidentemente no piensa tanto en lo visual, y el problema ni siquiera se le ocurre, porque así como siete simboliza la plenitud (siete cabezas señalarían la inteligencia completa, o una serie completa de dirigentes, como en 13.1-3),²³ diez nos habla de una capacidad grande pero limitada²⁴ (diez cuernos señalarían el poder para causar sufrimiento entre el pueblo de Dios).²⁵ Es decir, el vidente anuncia crípticamente desde ya que, aunque el gran dragón aparenta ostentar omnipotencia, esta pretensión no corresponde a la realidad. Con todo, su primer gesto causa asombro en el lector: **con la cola arrastró la tercera parte de las estrellas del cielo y las lanzó sobre la tierra.** A juzgar por Daniel 8.10, que Juan comenta aquí, las estrellas representan ángeles guardianes de las naciones paganas; puede aludir por ende a mitos que hablan de «la caída de los ángeles», pero Juan, como los otros autores bíblicos, rehúsa resucitadamente describir el origen del mal. El mal simplemente existe, y punto; Dios lo toma en cuenta en su plan redentor y no está limitado por él. Aun este gesto, que preanuncia los «milagros» espeluznantes del segundo monstruo,²⁶ pierde pronto su fuerza inicial, porque el mismo dragón — que arroja realidades celestiales sobre la tierra en el versículo 4 — en el versículo 9 se halla arrojado precisamente sobre la tierra y expulsado del cielo. Juan repite tres veces **fue expulsado** como una especie de refrán alegre, y agrega que el gran dragón tiene muchos apodos que lo identifican.²⁷ En realidad es **aquella serpiente antigua**²⁸ que engañó a la pareja en el Edén y así contribuyó a la caída. Como resultado, la sentencia de Dios incluyó dos factores que reaparecen en el presente pasaje: a) «A la mujer le dijo: 'aumentaré tus dolores cuando tengas hijos, y con dolor los darás a luz'.»²⁹ y b) «Dios el Señor dijo a la serpiente: 'Por esto que has hecho ... haré que tú y la mujer sean enemigas, lo mismo que tu descendencia'.»

Juan sigue identificando al dragón: se llama «Diablo» y «Satanás», y **que engaña a todo el mundo.** El archienemigo de Dios es una parodia de la verdad y la veracidad divina; engaña mintiendo acerca de Dios.³⁰ En

la raíz de todo el mal que existe está una mentira que distorsiona las relaciones entre los seres humanos, y las relaciones entre ellos y Dios. La gente que piensa reconoce que hay que llamar «oponente» (Satanás) a tal mentiroso, porque éste se constituye en antagonista de los seres humanos, y en particular del pueblo de Dios. Y esta oposición toma su forma más aguda en la acusación³¹ (diablo = acusador) lanzada contra los creyentes en la presencia de Dios.³²

C. Además de la Mujer vestida del sol y el dragón, ambos designados como señales, aparece brevemente como protagonista el Niño **varón, hijo de la Mujer.** Bien, es cierto que el autor no lo identifica ni con el Hijo del Hombre³³ ni con el Cordero, su símbolo predilecto para Jesús; pero la frase **el cual ha de gobernar a todas las naciones con cetro de hierro** no deja lugar a duda: el que nace de la Madre Sión es el Hijo de Dios que retornará para reinar como Mesías. Las palabras citadas señalan también que Juan está «releyendo» el Salmo 2 en clave cristiana. Según este salmo tan apreciado por los primeros cristianos, el rey de Judá, del linaje de David, asciende a su trono y pronuncia las siguientes palabras, que los seguidores de Jesús entendieron como referidas a su exaltación a la diestra del Padre:

Voy a anunciar la decisión del Señor:
él me ha dicho: Tú eres mi hijo;
yo te he engendrado hoy.
Pídemme que te dé las naciones como herencia
y hasta el último rincón del mundo en propiedad
y yo te los daré.
Con cetro de hierro destrozará a los reyes;
ellos harán pedazos como a ollas de barro!³⁴

Ahora bien, ¿cuándo «engendra» Dios a un rey de su pueblo? Según la convención de la antigüedad, sólo en el día de su entronización en el monte Sión, no en el día de su concepción física o de su nacimiento. De manera que, en el contexto del lenguaje muy simbólico de nuestras señales, y a pesar de los **dolores de parto** de la madre, el momento que observamos aquí ocurrió en el año 30 d.C. y no en el 4 a.C. cuando Jesús nació en Belén. La muerte, resurrección y ascensión de Jesús, vista como un solo acontecimiento de nuestra salvación, toma por sorpresa al dragón

23 Cf. 17. 9-11, que se refiere al primer monstruo.

24 Cf. 2.10.

25 Cf. 17.12-14, que se refiere al primer monstruo.

26 Ap. 13.13-15.

27 V. 9.

28 Gn. 3.1-5 y 14-15.

29 Gn. 3. 16.

30 Jn. 8.44-47; Ro. 1.21.

31 V. 10, «el acusador de nuestros hermanos».

32 Ver Job 1.9-11; 2.4.

33 «Alguien con apariencia humana», 1.13-20; 14.14-16 (VP).

34 Sal. 2.7-9.

(pero el hijo de la Mujer le fue quitado); en un instante y ante las fauces del enemigo, Jesús se le escapa (y fue llevado ante Dios y ante su trono). Es una obra de Dios, según la voz pasiva (fue llevado) que expresa convencionalmente estas acciones misteriosas, y una obra que deja burlado al dragón.³⁵ Quizá Juan considera que el Diablo/Satanás contaba con que Jesús fuera como los demás hombres, egoísta y cobarde ante el martirio; y cuando se dio cuenta de su error — porque al fin de cuentas no es omnisciente — ya era tarde. Dios había resucitado a su Hijo y lo había exaltado a su diestra.³⁶ De todas maneras, la muerte de Jesús se concibe como una victoria personal («el León de la tribu de Judá ... ha vencido y puede abrir ...» 5.5), y las exhortaciones de las siete cartas se dirigen «a los que salgan vencedores», los devotos a la obediencia hasta la muerte como Jesús. Y en el himno que concluye y explica nuestro presente capítulo, la voz del cielo proclama:

Nuestros hermanos lo han vencido al dragón
con la sangre derramada del Cordero,
y con el mensaje que ellos proclamaron;
no tuvieron miedo de perder la vida,
sino que estuvieron dispuestos a morir.³⁷

En otras palabras, la victoria sobre el diablo se describe de tres formas en el capítulo 12:

- a) Una victoria pasiva, obra de Dios: el Niño recién nacido es raptado de las fauces del dragón.
- b) Una victoria activa, ganada por «Miguel y sus ángeles» (es decir, por Dios), que culmina con la expulsión del dragón desde el cielo. Como veremos a continuación, b) es otra forma de expresar a) con nuevas imágenes.
- c) Finalmente, los hermanos en la tierra también vencen activamente a su exacusador el dragón (v.11, citado ya), algunos, obligados por las circunstancias a aceptar literalmente el martirio; sin embargo todos lo

hacen porque están cuando menos **dispuestos a morir**. ¿Cuál es la fuerza motriz de este espíritu de sacrificio? El ejemplo poderoso de Jesús, el Cordero por excelencia, que derramó su sangre en expiación por nuestros pecados y al mismo tiempo para liberarnos de todas las cadenas del poder imperial absolutizado.³⁸ No sólo los motivó la **sangre derramada del Cordero**; conquistaron al Maligno también por el **mensaje que proclamaron**, que en este caso no es tanto una predicación verbal como su ejemplo vivo de desprendimiento y generosidad; «no amaron su vida física»³⁹ (traducción literal).

Para entender bien Apocalipsis, es necesario prestar mucha atención al punto c): la victoria de Dios y del Cordero sobre el reino mentiroso se hace visible y eficaz sólo en la medida en que los cristianos se desprenden de su apego a la vida cómoda, segura y egoísta. Al llegar al capítulo 13, veremos cuán insistentemente el reino del dragón procura imponer este apego y cuán intolerante es con los cristianos que tienen otros valores como primarios.

Volvamos a la Mujer que dio a luz al Hijo mesiánico. Aliviada por el momento, porque su criatura está fuera de peligro (fue raptado para el trono de Dios), ella huye (v. 6) **al desierto**, y su huida incluye un nuevo asentamiento: ella y su futura prole se hallan desde ahora sobre la tierra. Sin embargo, en la Biblia el desierto evoca imágenes muy ambivalentes. Por una parte, es un lugar sin agua ni habitantes, que amenaza a las personas que pasan por él o que habitan en sus confines.⁴⁰ Por otra parte, en el éxodo el pueblo hebreo descubrió que el desierto es un lugar de seguridad y liberación del dragón egipcio; un lugar de provisión (para que allí le dieran de comer) por un período estipulado (durante mil doscientos sesenta días o, según la glosa explicativa del versículo 14, durante tres años y medio). Aunque el versículo 14 insiste en que el desierto ofrece un santuario lejos de la serpiente, en realidad, como veremos en 13.5-7, los que pertenecen al pueblo de Dios (el resto de los descendientes de la Mujer, 12.17) sufrirán los embates del primer monstruo, lacayo del dragón, que les **hará guerra** en la ciudad inicua. Lo sabemos por el

35 Cf. la sonrisa con que Pablo escribe: «Esto es algo que no han entendido los gobernantes de este mundo, pues si lo hubieran entendido no habrían crucificado al Señor de la gloria», 1 Co. 2.8. Hubo en la ejecución de Jesús, pues, una confluencia de actividad humana y celestial: «los gobernantes» (Pilato, los sumos sacerdotes, etc.) actuaron instigados por potestades sobrenaturales que también son «gobernantes».

36 Cf. la forma himnica en que las epístolas expresan esta idea, Fil. 2.6-11; 1 Ti. 3.16.

37 Ap. 12.11.

38 Cf. el resumen del ministerio de Jesús que se halla en Hch. 10.38: «Saben ustedes que Dios llenó de poder y del Espíritu Santo a Jesús de Nazaret, y que Jesús anduvo haciendo bien y sanando a todos los que sufrían bajo el poder del diablo»).

39 Cf. el modelo de Jesús que, según Fil. 2. 6-8, «no retuvo como cosa a que aferrarse su igualdad con Dios ... sino que se humilló, obediente hasta la muerte» (traducción literal).

40 Ver Is. 13.20-22; 34.13-15; Lc. 11.24; Mr. 1.13. El chivo expiatorio era enviado anualmente al desierto, donde los pecados se hallan «en casa», Lv. 16.7-10.

mismo período simbólico, **cuarenta y dos meses**,⁴¹ que siempre señala la duración tanto del testimonio victorioso de los cristianos como de la derrota de ellos a manos del diablo y sus secuaces (**se le permitió ... hasta vencerlos**).⁴² Nótese bien, no son dos períodos sucesivos de tres años y medio, sino uno solo. ¿Cómo es posible, dirá el lector de Apocalipsis de nuestro siglo de las luces y de la lógica griega, que el pueblo de Dios esté al mismo tiempo protegido del Diablo y sea vulnerable a sus ataques mortíferos? Evidentemente se trata aquí de una lógica de otro orden, de la convivencia simultánea de dos realidades, según hemos detectado en el pasaje sobre los dos testigos.⁴³ Representemos así las dos caras de esta única moneda:

Los eventos de los

{ tres años y medio
cuarenta y dos meses
1260 días

ASPECTO POSITIVO

Los dos testigos invulnerables a todo daño, 11.4-5.

Los dos testigos capaces de hacer milagros, 11.5-6 = un tormento para los no creyentes, 11.10.

Resurrección y exaltación de los testigos, que produce terremoto, miedo y conversión, 11.11-13.

Huída de la Mujer al desierto, lejos de la serpiente, donde hay comida, 12.6 y 14.

Ayuda de la tierra: traga el río, 12.16

ASPECTO NEGATIVO

Profanación de la ciudad santa por los paganos, 11.2.

Ataque del monstruo → muerte de los dos testigos, 11.7-10.

Mofa de parte de los no creyentes (tres días y medio), 11.8-10.

Dragón lanzado a la tierra, furioso, 12.8-9 y 13.

Persecución de la Mujer: río de agua para arrastrarla, 12.13 y 15.

Furia del dragón contra los otros descendientes, 12.17.

Develamiento de dos monstruos, ayudantes del dragón, 13.1 y 11.

Autoridad del primer monstruo: blasfemia contra Dios, guerra a muerte contra el pueblo, demanda de adoración, 13.5-8.

Autoridad del segundo monstruo: milagros, obligación de llevar la marca del primer monstruo, pena de muerte a los disidentes, 13.12-17.

De modo que, por medio de una nueva síntesis de términos apocalípticos, Juan afirma que el período previo a la venida de Jesús está marcado con dos cualidades aparentemente antitéticas: los cristianos gozan de una vida protegida por Dios, pero al mismo tiempo muchos de ellos darán su vida en la feroz persecución desatada por el diablo. Es cierto que el enfoque sobre el tiempo varía sutilmente en los tres capítulos: en el capítulo 11 el lector tiene la impresión de que el aspecto positivo dura tres años y medio, y que el aspecto negativo lo sigue inmediatamente, pero dura sólo tres *días* y medio. En cambio, los capítulos 12 y 13, que Juan trata como un episodio más o menos unido, aclaran que el período de peregrinaje de la Mujer en el desierto es el período de la guerra de los monstruos contra los hijos de ella. Lo que identifica estos períodos como uno solo es la duración que Juan le asigna a cada cual.

Respecto a la geografía,⁴⁴ introduce la misma ambivalencia que acabamos de ver en el factor temporal. **El desierto** que el vidente tiene en mente puede ser cualquier lugar que no sea la ciudad, monumento al egoísmo y la malicia de los seres humanos. ¡Qué desastre es la ciudad moderna! Desde las favelas de Sao Paulo hasta los rascacielos de Nueva York, donde los financieros planifican la pobreza de los países dependientes, las ciudades nos recuerdan el pecado que tristemente se hace sentir en forma concentrada dondequiera que haya grandes centros de población; y las ciudades que Juan conocía no eran muy diferentes. Un poco más adelante en el libro,⁴⁵ el ángel que conduce a Juan a ver la monstruosa Babilonia quiere mostrársela desde un punto en **el desierto**, en que los encantos de la ciudad prometedora se revelen tales como son: **la seducción de una fabulosa prostituta!**

7-9. Sobre la batalla en el cielo no vamos a añadir gran cosa. Además de expresar la misma victoria sobre el diablo que los versículos 1-6, el párrafo insiste en la limitación de su esfera de acción (**fue expulsado del cielo**) y la limitación temporal impuesta por Dios (**el diablo, sabiendo que le queda poco tiempo, ha bajado contra ustedes**). Algunos lectores se han preocupado por el hecho de que Juan atribuye la salvación decisiva a un ángel (Miguel), y no a Jesucristo; pero en realidad el problema desaparece si reconocemos que en este paralelo a los versículos 1-6, Juan quiere describir la contraparte celestial de la crucifixión y exaltación de Jesús. Ya que el Cordero está en la tierra en ese momento, un apocaliptista tiene que buscar otro símbolo para el Héroe en el

41 Ap. 13.5.

42 Ap. 13.7; ver el gráfico en el p. 113.

43 Ap. 11.1-13.

44 Ver sobre 11.8 y 21.2.

45 Ap. 17.3.

cielo. Le queda a mano el arcángel Miguel, que en el judaísmo de los siglos antes de Cristo juega el papel de guardián del pueblo escogido;⁴⁶ pero Juan no le asigna ni por un momento el haber procurado nuestra redención. Aquí, como en varias ocasiones en el libro, el autor *ve* una realidad salvífica en símbolos tradicionales, pero *oye* una reinterpretación cristiana de esa realidad. En este caso, una voz fuerte emana del cielo y le asegura que la verdadera victoria nace de **la sangre derramada del Cordero**, pero no sin el sufrimiento de los **hermanos** por su fe, fieles a Dios hasta las últimas consecuencias.

¿Cuál es el aporte de este párrafo al argumento del libro y en nuestra vivencia del evangelio hoy? Parece que Juan *ve* en la pasión y triunfo de Jesús un nuevo comienzo en la historia de las relaciones entre Dios y la humanidad. Ya que, como hemos observado, según la concepción popular, el cielo daba abrigo a fuerzas positivas (es el «lugar» de Dios) y negativas (se reputaba dar cabida a la muerte, la oscuridad y los demonios), la cruz y la resurrección de Jesús revelan que Dios es completamente bueno. Junto a él no existe ningún poder adverso que amenace y busque la derrota de los humanos (**ya no hubo lugar para el dragón y sus ángeles en el cielo**).

Antes, en las religiones del mundo, incluido el judaísmo, cabía la impresión de que Dios no fuera «pro criatura»; ahora el mal, tenemos que admitirlo, está en medio de los hombres (**fueron lanzados a la tierra**). Antes de que Dios asumiera el papel del Cordero, parecía que el trono del dragón estaba en el cielo (**el que día y noche acusaba a nuestros hermanos delante de nuestro Dios**) y que el mal era una fuerza de Dios; pero desde el Calvario todo quedó aclarado.⁴⁷

Pero la resurrección de Jesús (**la mujer dio a luz un hijo varón**) no se hizo extensiva de una vez a todos los creyentes; el Niño, una vez nacido, **le fue quitado**, porque la salvación es raptada y escondida por el presente. Sin embargo, la garantía de esa salvación — un nuevo mundo del que la Mujer estaba preñada — está en la victoria de Jesús. **El ha de gobernar a todas las naciones con cetro de hierro**,⁴⁸ y esta profecía comenzó a cumplirse en el Calvario — la prueba está en la expulsión del dragón desde el cielo — pero se cumplirá totalmente cuando, como jinete vencedor, Jesús regrese a la tierra para gobernarla.⁴⁹ La Iglesia vive, entonces, entre estas dos fechas, pascua de resurrección y segunda venida,

consciente de la tensión a veces agonizante entre el «ya» y el «todavía no» de nuestra salvación. Sin embargo, algunos lectores de Apocalipsis pueden decir: «Está bien que una voz del cielo anuncie '**Ya llegó la salvación, el poder y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Mesías**', pero una victoria cuya única prueba fue la expulsión de un dragón desde el cielo hace 2.000 años necesita urgentemente más verificación.» Juan entendería la objeción, y sugiere por dónde podemos hallar la respuesta: **Nuestros hermanos han vencido al diablo ... con el mensaje que ellos proclamaron; ... estuvieron dispuestos a morir**. La verificación no está, en primer término, en la existencia de la Iglesia institucional, ni de catedrales imponentes, ni en la predicación verbal de sermones evangelísticos, aunque todo esto tiene su valor apologético. Lo que realmente habla al mundo de la victoria de Jesús son las vidas transformadas por el poder vital del evangelio — vidas ofrecidas sobre el altar del sacrificio en aras de ese nuevo mundo.⁵⁰

12.13-13.1a. El último párrafo continúa el episodio de la Mujer que huye (v. 6), que ha sido ampliado por la descripción de la batalla y el himno celestial (vv. 7-12). Realmente continúa el relato de la humillación del dragón: frustrado en su esfuerzo por instaurar «una nueva realidad» en el cielo (**el dragón y sus ángeles pelearon, pero no pudieron vencer**) y expulsado de allí, concentra su furia contra la Mujer (cuyo Hijo, en la primera versión de la misma derrota, le fue raptado al trono de Dios). Ella huye con sus dos grandes alas de águila a su escondite seguro,⁵¹ y el dragón piensa vengarse arrojando **un río diabólico** que arrastre a la Mujer. Pero **la tierra ayuda a la fugitiva tragándose el río**. ¿Cuál sería la realidad histórica a que se refiere el episodio? Si Juan, como es probable, distingue entre la futura persecución física de la Iglesia⁵² por medio de los dos monstruos y esta etapa, se referirá a algo que sucedió entre el año 30 y el 95 — quizá la oposición externa e interna que la Iglesia experimentaba y a que se alude en los siete mensajes.⁵³

Viéndose frustrado una vez más en su proyecto antirreino, el dragón se enoja todavía más con la Mujer, pero en vez de perseguirla directamente, concibe el plan de **pelear contra el resto de los descendientes de ella** que, como su primogénito, **obedecen los mandamientos de Dios el Padre de ellos y siguen fieles a la verdad proclamada por Jesús**. No lo

46 Dn. 10.13 y 21, 12.1; Jud. 9.

47 Ver el artículo de Pikaza mencionado en la Bibliografía.

48 Ap. 12.5

49 Ap. 19.15.

50 Ver sobre la utopía descrita en 21.1 - 22.5.

51 Ver 19.4.

52 Cap. 13.

53 Caps. 2-3.

hará en persona, sino por la mediación de dos subalternos que él descubrirá especialmente para este fin: los dos monstruos. Antes de continuar nuestra exposición del capítulo 13, tracemos las etapas de la «caída» del dragón y el papel que juegan en ésta sus varios contrincantes y ayudantes. Eso sí, deberemos mantener presente que esta caída no tiene lugar en una época inicial y premundana, sino dentro de nuestra historia.

Protagonistas

PROYECTO DEMONIACO

El dragón (cf. su trono, 2.13)

El dragón y sus ángeles.

El dragón, constante acusador.

El dragón (serpiente antigua, diablo y Satanás) lanzado del cielo a la tierra.

El dragón aterrizado (río de agua)

Los dos monstruos: primero del mar, segundo de la tierra = falso profeta.

PROYECTO DE DIOS

El Niño varón, y su Padre Dios (cf. su trono caps. 4-5) (indirectamente) su madre, la Mujer.

Miguel y sus ángeles.

Los hermanos, vencedores por medio de la sangre del Cordero y el mensaje proclamado.

Dios con base en el «nacimiento» del Niño.

La Mujer (alas de águila, la tierra), el resto de los hijos de la Mujer.

Aunque la caída continúa su larga trayectoria en los capítulos siguientes, este cuadro desenmascara el proyecto básico del **que engaña a todo el mundo**. Nos ayuda a ver mejor el papel de los cristianos al oponerse a la estratagema del dragón.

La última oración de esta sección, y él (el dragón) se plantó a la orilla del mar,⁵⁴ dejó perplejo a algún monje que copiaba el manuscrito griego durante la Edad Media y, por tanto, aquél alteró el texto agregando una letra final al verbo. Así se traduciría: «Yo me paré a la orilla del mar.» Esta nueva forma del texto se propagó mucho, incluso en las versiones en castellano. Pero, por una serie de razones nos damos cuenta de que el pronombre en primera persona («yo») no cabe aquí, y la ciencia textual se ha pronunciado en favor de la tercer persona («él», el dragón). Lo que Juan sugiere en forma muy sutil es que el dragón, a pesar de su gran furia contra el reino de Dios, no seguirá dando coletazos de

malcriado,⁵⁵ precisamente por tener **poco tiempo**.⁵⁶ Hará su obra, pero silenciosamente, para engañar al mayor número de humanos. En su gesto sugestivo y amenazante, el dragón simplemente se planta sobre las arenas, mira el mar caótico que es su ambiente propio⁵⁷ y espera que aparezca su colega y subalterno, el primer **monstruo**. Ya que el dragón, por ser él mismo una criatura, no puede crear nada nuevo, sino sólo imitar las obras de Dios, es singularmente llamativo el poder evocador que tiene (icundo Dios creó las cosas, al menos lo hizo mediante la palabra!).⁵⁸ Hace aparecer, como de sus propios adentros, su *alter ego* que será quizá más eficaz sobre la tierra que el dragón mismo. El lector comienza a intuir por qué la voz celeste ha gritado: «¡Ay de los que viven en la tierra y en el mar, porque el diablo, sabiendo que le queda poco tiempo, ha bajado contra ustedes lleno de furor!»⁵⁹

55 Ap. 12.4.

56 Ap. 12.12.

57 Ver sobre 4.6.

58 «Y Dios dijo», Gn. 1.3,6, etc.

59 Ap. 12.12.

54 Algunas Biblias la identifican como 12.18, y otras como 13.1, primera parte.

CAPITULO XIII

Los dos monstruos

Cap. 13.1-18

- 1 Me paré sobre la arena del mar, y vi subir del mar una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cuernos diez diademas; y sobre sus cabezas, un nombre blasfemo.
- 2 Y la bestia que vi era semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca de león. Y el dragón le dio su poder y su trono, y grande autoridad.
- 3 Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia,
- 4 y adoraron al dragón que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella?
- 5 También se le dio boca que hablaba grandes cosas y blasfemias; y se le dio autoridad para actuar cuarenta y dos meses.
- 6 Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo.
- 7 Y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación.
- 8 Y la adoraron todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo.
- 9 Si alguno tiene oído, oiga.
- 10 Si alguno lleva en cautividad, va en cautividad; si alguno mata a espada, a espada debe ser muerto. Aquí está la paciencia y la fe de los santos.
- 11 Después vi a otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón.

- 12 Y ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella, y hace que la tierra y los moradores de ella adoren a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada.
- 13 También hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres.
- 14 Y engaña a los moradores de la tierra con las señales que se le ha permitido hacer en presencia de la bestia, mandando a los moradores de la tierra que le hagan imagen a la bestia que tiene la herida de espada, y vivió.
- 15 Y se le permitió infundir aliento a la imagen de la bestia, para que la imagen hablase e hiciese matar a todo el que no la adorase.
- 16 Y hacía que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente;
- 17 y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre.
- 18 Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento, cuente el número de la bestia, pues es número de hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis.

Cuando surge del mar el primer monstruo, lo reconocemos de una vez como la imagen del dragón. Sus **siete cabezas** (cada una con su **corona**) y **diez cuernos** no dejan dudas al respecto;¹ se trata de una encarnación de Satanás, como si en una parodia del Verbo «la Mentira se hiciera carne».² Lo que el monstruo tiene de novedoso son sus más obvios indicios de odio y falta de respeto hacia el reino (**en las cabezas tenía nombres ofensivos contra Dios**) y signos políticos que lo proclaman un solo imperio que combina toda la fuerza y terror de muchos imperios ya desaparecidos. Aparentemente, Juan tiene en la imaginación el sueño que figura en Daniel 7, que describe «reinos» como Babilonia, Media, Persia y Grecia, en términos de **leopardo, oso, león**, etc.³ Pero este monstruo apocalíptico, heredero de todos los imperios del pasado que han perseguido al pueblo de Dios, los supera por su insolencia y sus

1 Ver 12.3.

2 Ver Jn. 1.14.

3 Dn. 7.1-8; los rabinos posteriores incluyeron a Roma en la lista.

pretensiones de ser Dios.⁴ El recibe del dragón **mucha autoridad**, es decir, el **poder** y el **trono** del mismo dragón. En efecto, Juan dice a sus contemporáneos algo así: «¿No ven ustedes cómo Domiciano, con las mismas monedas que acuña, reclama ser ‘señor y dios’ o bien ‘salvador’? Por medio de estas blasfemias no hace sino atacar a Dios, y pretende ser dueño del mundo entero y de todos sus habitantes.⁵ ¡El Imperio Romano, lejos de derivar su poder de Dios,⁶ lo recibe de Satanás!»

Con todo, lo más insidioso de este poder no es su aspecto político sino el religioso. El maligno sabe cuán embelesadora resulta para el gran público una religión que lo entretiene sin hacer muchas demandas — una religión llena de milagros pero que no requiere ni transformación personal ni amor al prójimo. Por lo tanto, el monstruo imita — porque es la Mentira encarnada — el mayor milagro de la historia, la resurrección del Señor Jesús: **Una de las cabezas del monstruo parecía tener una herida mortal, pero la herida fue curada**. Tal como el Cordero «estaba de pie,⁷ aunque parecía haber sido sacrificado» y como resucitado atrajo a sí una intensa adoración en el cielo, el monstruo, gracias a su así llamada resurrección,⁸ provoca también un culto en la tierra alrededor de su persona.

¿Cómo logra que la gente lo adore? Parece que lo que el monstruo necesita es un ministro de propaganda. Y por cierto, la mirada silenciosa del dragón produce **otro monstruo**,⁹ surgido esta vez de la tierra, que precisamente le va a servir de director de relaciones públicas y que sabrá sacar todo el valor propagandístico de esa herida curada. Actuará como una especie de sumo sacerdote, instando a los súbditos del primer monstruo a que rindan pleitesía a su soberano. El segundo monstruo, al igual que el primero, procura hasta donde es posible imitar al Señor Jesús (**tenía dos cuernos que parecían de cordero**), pero a la larga su origen satánico lo traiciona y sus palabras monstruosas delatan sus pretensiones de poder¹⁰ (**pero hablaba como un dragón**). **Tenía toda la autoridad del primer monstruo ...; también hacía grandes señales milagrosas. Hasta hacía caer fuego del cielo a la tierra, a la vista de la gente,**¹¹ como signo

4 Vv. 2 y 4.

5 Vv. 7-8.

6 Ver el comentario sobre Ro. 13.1-3 al final de este capítulo.

7 Ap. 5.6.

8 Cuatro veces en el cap. 13 Juan recalca la curación de la cabeza herida.

9 V. 11.

10 Una vez más, Juan de Patmos ve un aspecto de la realidad con sus ojos, pero lo que oye corrige ese aspecto en seguida.

11 Cf. el profeta Elías en 2 R. 1.10, y particularmente los dos testigos en Ap. 11.5.

de la protección divina¹² y del poder sobrenatural concedido a los ídolos. Porque aunque la Iglesia primitiva conocía bien los trucos y el ventrilocuismo practicados por los paganos,¹³ sabía también que Satanás ejerce un poder innegable, y no todos sus así llamados «milagros» son fraudulentos. Entre los **engañados** por semejante poder, entonces, hallaremos no sólo a los ignorantes y supersticiosos sino también a grandes intelectuales y pensadores, encantados todos por las maravillas del maligno.¹⁴

¿Por qué Juan se preocupa tanto por este enorme engaño? Porque en primer término, él había descrito las condiciones de su propia época; el Imperio Romano bajo Domiciano parecía fomentar la idolatría en gran escala, tal como Nerón lo había hecho hacía más de 30 años. Su muerte no puso fin a las blasfemias; recrudescieron con Domiciano (**una de las cabezas del monstruo parecía tener una herida mortal; pero la herida fue curada, y el mundo entero se llenó de asombro y siguió al monstruo**) con más descaro, ahora reactivadas por un sacerdocio dedicado al culto imperial (el segundo monstruo **tenía toda la autoridad del primer monstruo ... y hacía que la tierra y los que viven en ella adoraran al primer monstruo**). Juan aparentemente esperaba de parte de Domiciano una tremenda persecución de la Iglesia (se le **permitió hacer guerra contra los que pertenecen al pueblo de Dios, hasta vencerlos**), pero la violenta muerte de éste ocurrió en el año 98, y lo que pareció inminente al vidente¹⁵ tuvo que postergarse. Pero la profecía quedó en vigencia. En muchas épocas sucesivas, los lectores de Apocalipsis pensaron hallarse en esa última generación, repleta de sufrimiento para el pueblo de Dios, previa a la venida de Jesús en gloria. Millares de cristianos murieron en diferentes oleadas de violencia contra el evangelio — en 250, en 303 y en 1596, por ejemplo — y en cada caso una figura política (**vi subir del mar un monstruo**), que podríamos llamar «anticristo», se halló aliada con una figura religiosa (**vi otro monstruo, que subía de la tierra**) que la apoyaba en su campaña de exterminio y difamación. En cada caso el poder religioso supo engañar a un gran público (**adoraron al dragón ... y ... también al monstruo, diciendo: «¿Quién hay como este monstruo, y**

12 Cf. Ap. 20.9.

13 Hch. 13.6ss., 16.16 y 19.13ss.

14 Cf. 12.9, «... que se llama Diablo y Satanás, y que engaña a todo el mundo»; Jn. 8.44, «[El diablo] nunca dice la verdad. Cuando dice mentiras, habla como lo que es; porque es mentiroso y es el padre de la mentira»; y 1 Jn. 4.5, «[Los que tienen el espíritu del enemigo de Cristo] son del mundo; por eso hablan de las cosas del mundo, y los que son del mundo los escuchan» (VP).

15 Sobre las limitaciones de la perspectiva profética, ver la p. 26.

quién podrá luchar contra él?» ... Y por medio de esas señales ... el segundo monstruo engañó a los habitantes de la tierra y les mandó que hicieran una imagen del primer monstruo). Ahí tenemos la fórmula tantas veces repetida: Anticristo, falso profeta y multitudes engañadas. ¿Se repetirá sin cesar? No; como acabamos de afirmar, todavía está vigente la profecía; y si la venida de Jesús es un acontecimiento histórico culminante, como creemos muchos estudiosos del Nuevo Testamento, tiene que aparecer algún día el Anticristo por excelencia: una figura de poder mundial que, junto con su lacayo el Falso Profeta, anunciará el advenimiento de la última generación de la historia, y el desenlace final. Hoy, 19 siglos después de la profecía, puede que esa venida tan deseada esté cerca.

Pero cuando aparezca aquel Anticristo, sabemos que su poderío, aunque aparentemente ilimitado, se verá estrictamente regulado por Dios (se le permitió ... tener autoridad durante cuarenta y dos meses).¹⁶ Sin embargo, morirán muchos creyentes en Jesús bajo la mano cruenta del Anticristo, y sufrirán todos los que no se dobleguen ante sus demandas (se le permitió ... hacer guerra contra los cristianos). Como veremos a continuación, las demandas serán tan atractivas que muchos creyentes nominales, seducidos por las mentiras, abandonarán su fe en Jesús; por no querer ser sacrificados, dejarán de seguir al Cordero (a ese monstruo lo adorarán todos los habitantes de la tierra cuyos nombres no están escritos, desde la creación del mundo, en el libro de la vida del Cordero que fue sacrificado).¹⁷ Con razón los mensajes de la PRIMERA PARTE de Apocalipsis insisten en los premios que Dios repartirá sólo entre «los que salgan vencedores»¹⁸ y «los fieles hasta la muerte»¹⁹ que «sigan hasta el fin haciendo lo que Jesús quiere que se haga».²⁰ Con razón Juan inserta aquí en el capítulo 13 una advertencia carismática que hace eco de esos mensajes: Si alguno tiene oídos, oiga; y dirigiéndose a los creyentes los amonesta así:

«A los que deban²¹ ir presos,
se los llevarán presos;
y a los que deban morir a filo de espada,

16 Ver las pp. 112-114 sobre el valor simbólico de «cuarenta y dos meses».

17 Cf. 3.5.

18 Ap. 2.7 y seis veces más (VP).

19 Ap. 2.10 (VP).

20 Ap. 2.26 (VP).

21 La palabra «deban» aquí se refiere a una situación que es producida por la voluntad de Dios.

a filo de espada los matarán.»

Luego agrega como comentario personal: Por eso, los que pertenecen al pueblo de Dios necesitan fortaleza y fe. En otras palabras, las actividades de los monstruos harán la vida imposible a los cristianos, y este capítulo procura preparar a los lectores para su acción de mártires y siervos sufrientes.²² Los que creen que Apocalipsis prevé una vida encantada e invulnerable para los cristianos²³ leen el libro con lentes muy particulares.

¿Cómo funciona la mentira que engaña a medio mundo?²⁴

1) Imita lo divino. Por ejemplo, actúa en forma de pseudotrinidad. He aquí algunos parangones de su «estilo de trabajo»:

EL REINO DE DIOS

1. Dios (el sentado sobre el trono de la historia, el que revela secretos, 1.1).
2. El Cordero (sacrificado y resucitado, poderoso y omnisciente, 5.5-14; = el Niño varón que ha de gobernar a todas las naciones, 12.5).
3. El Espíritu (inspirador de los profetas, 22.6; = los ojos del Cordero enviados por toda la tierra).

EL PSEUDORREINO

1. El dragón (diablo, Satanás, el que engaña a todo el mundo, 12.9; el que tiene «trono», 2.13, pero ha dado su autoridad a los monstruos, 13.4 y 12).
2. El primer monstruo (aparentemente resucitado, públicamente adorado, blasfemador que surge del caos, perseguidor de los cristianos, es decir todos los que rehúsan su marca).
3. El segundo monstruo (surgido de la tierra, aparentemente poderoso como el Cordero, pero de habla dragónica, el que fomenta la adoración del primer monstruo dando «vida» a la imagen de éste, milagrero engañador, el que impone la marca, el falso profeta, 16.13).

Parece que muchos habitantes del mundo aceptan como religión auténtica la farsa descrita en la columna derecha; carecen de criterios para juzgar cuáles son las características del único Dios. Desafortunadamente, quedan boquiabiertos ante los milagros y el despliegue de poder autoritario del pseudorreino, mientras que el sacrificio del Cordero les parece mera debilidad y los mensajes proféticos, inspirados por el Espíritu, una molestia intolerable.²⁵ Ya que la pseudotrinidad sabe de esta

22 Ver Is. 52.13 - 53.12, que la Iglesia primitiva leyó como aplicable no sólo a Jesús (Hch. 4.27) sino también a sus seguidores (Hch. 4.29).

23 Ver sobre 4.1, «¡Sube acá!»

24 Ap. 13.14.

25 Ap. 11.10.

ignorancia humana, construye una religión suave que reconforta a los adeptos sin poner requisitos tales como el amor al prójimo. En cambio, sólo el Espíritu revela la verdadera naturaleza del mundo y de la historia. ¡Qué privilegio tenemos al poder leer las palabras esclarecedoras de Juan!

2) La mentira satánica mezcla hábilmente la política con la religión creando un movimiento de fuerza arrolladora. En los días de Juan, el emperador Domiciano (**el primer monstruo**) usó tanto la gratitud cuasirreligiosa de las poblaciones que disfrutaban de la famosa Paz romana, como la red de sacerdotes (**el segundo monstruo**) al servicio del culto al emperador, para asegurarse la adulación y el patriotismo que él creía necesarios para la «buena marcha» del Imperio. Curiosamente, a Domiciano no le costó mucho convencer, por ejemplo, a los habitantes de Asia Menor; los ciudadanos de ésta y muchas otras provincias, hartos de guerras, bandolerismo y piratería, abrazaron con gratitud espontánea la protección militar y legal ofrecida por el Imperio.²⁶ Por consiguiente, poblaciones enteras, decepcionadas durante siglos de su culto a los dioses inútiles de antaño, le rogaron al emperador que aceptara su pleitesía; en efecto, ¡lo quisieron deificar! Tan embelesados quedaron — Juan diría «seducidos por la prostituta Babilonia»²⁷ — que aplaudían el deseo expresado por Domiciano de que los súbditos se dirigieran a él como «señor y dios». Aun antes de Domiciano, algunos emperadores acuñaron monedas con su retrato y epítetos tales como «divino» y «vencible». Vemos por qué Juan habla horrorizado del primer monstruo como de un insolente blasfemador; pero, la peor fechoría del Anticristo es su intento de triturar al pueblo que sigue al Cordero (**hacer guerra ... hasta vencerlos**), porque este pueblo constituye un templo sagrado y habita cerca de Dios (**dijo cosas ofensivas contra ... su santuario**, es decir, **contra los que están en el cielo**) aun cuando vive en la tierra.

Hemos observado ya que la fórmula satánica para el éxito es una mezcla de política y religión. Pero, ¡prestemos mucha atención a qué tipo de religión! Ya describimos en el punto 1) la religión milagrosa de espectáculos que deleita a la gente. Agregamos aquí solamente que la adoración que la gente ofrece al primer monstruo,²⁸ lejos de reflejar reverencia, parece señalar el terror que éste inspira por su belicosidad:

26 Sobre el precio de esta protección, ver sobre 17.1-6.

27 Ver sobre 17.1-18.

28 V. 4.

«¿Quién hay como este monstruo, y quién podrá luchar contra él?» En cambio, las doxologías²⁹ dirigidas a Dios y al Cordero reflejan el carácter salvador de éstos; se celebra su disponibilidad a sufrir por amor a su pueblo. Luego, el amor sacrificado ha de marcar la vida de todo el pueblo así salvado.³⁰ Las religiones impositivas son una parodia de la verdadera religión. ¿Y qué género de política describe Juan como aliada de esta religión sin amor? Evidentemente una política también carente de amor (**y se le dio autoridad sobre toda raza, pueblo, lengua y nación; ... a algunos de los creyentes se los llevarán presos y a otros a filo de espada los matarán si no adoran a la imagen ... Además, hizo que a todos ... les pusieran una marca en la mano ... o en la frente**), una política totalitaria que sólo existe para mantener sus privilegios y aumentar su propio poder. Para entender qué tipo de política critica Juan aquí tenemos que preguntarnos: «¿Para quién trabaja el sistema social o el gobierno en cuestión? ¿Existe para el beneficio de los poderosos o para el de los sin poder?». Si prolonga el *statu quo* y protege a los ya privilegiados a expensas de los marginados, podemos estar seguros de que Juan lo incluiría con los anticristos.³¹

No es difícil hallar épocas más recientes de la historia en las que los lectores de este pasaje han creído que ellos pasaban por su cumplimiento definitivo. ¡Cuántas veces se han juntado el poder político — una especie de anticristo — y el poder absorbente de una religión (sea pagana, católica, protestante, marxista o libre pensadora) para formar una coalición irresistible! Muchos de los que leen estas líneas, sin embargo, pueden objetar: «¿Pero cómo puede la Iglesia perseguir a la Iglesia? Se entiende muy bien por qué las religiones no cristianas tendrían interés en eliminar a los seguidores de Jesucristo, pero, ¿por qué una persona que confiesa su fe en el Crucificado querría martirizar a otra persona de la misma fe?» La respuesta está latente en el punto 1) ya expuesto. No nos dejemos engañar por la cruz que el perseguidor lleva sobre el pecho, la Biblia debajo del brazo, o los credos que reza mientras destruye la vida. Si su odio a las comunidades cristianas surge de un deseo de proteger sus propios privilegios dentro del sistema sociopolítico, tengamos por seguro que el «dios» que invoca es un ídolo: está blasfemando.

Algunos hermanos aceptan ingenuamente la «profesión de fe» de todos los que machacan el vocabulario religioso que les es familiar («oración», «milagros», «santo evangelio», «único y suficiente Salvador»,

29 Ap. 4.8 y 11; 5.9-10, 12 y 13.

30 Ver sobre 14.3-5.

31 Ver sobre 17.1 - 19.5.

«sangre derramada por nuestros pecados», etc.), sin fijarse si tales personas actúan en favor de la vida abundante que Jesús vino a traer o más bien en favor de la muerte. Paralelamente, estos mismos hermanos temen sin crítica alguna todo lo que llaman «ateísmo», sin observar si los así llamados «ateos» viven para la humanización de otros, o para su propio engrandecimiento.³² Con respecto a la religión en América Latina, mucho más peligrosa que el ateísmo es la idolatría, y esta lección está subrayada en el capítulo 13. Cualquier movimiento o causa que procura ofrecerse como sustituto del Dios **sentado en el trono** es un ídolo, aunque tenga su sede en una iglesia. En los países «cristianos» abundan los fetiches: el dinero, la influencia, la personalidad dotada de carisma, las armas — en suma, *el poder*; y muchas personas que se llaman «cristianas» rinden culto a estos dioses porque ignoran las advertencias de este capítulo. Si según 12.12, Satanás sabe **que le queda poco tiempo y, lleno de furor**, se ha valido de los dos monstruos para engañar a toda la tierra, nos incumbe hacer tres cosas: discernir, desenmascarar y denunciar su acción.

Por ejemplo, ¿cuántas veces el poder fascista ha llamado a la religión mayoritaria para que le ponga una cara bonita a sus crímenes? (**Al segundo monstruo se le dio el poder de dar vida a la imagen del primer monstruo, para que aquella imagen hablara e hiciera matar a todos los que no la adorasen**). Adolfo Hitler, siendo él mismo católico, supo manipular muy bien a la Iglesia Luterana de Alemania, a tal punto que en 1933 se formó como respuesta la Iglesia Confesante, una minoría de luteranos que arriesgó su vida por protestar contra la matanza nazi de judíos. La primera Iglesia dio su aprobación, cuando menos tácita, a muchos desafueros, mientras que Hitler persiguió a la segunda hasta la muerte. También podríamos recordar en fecha más reciente cómo Anastasio Somoza buscó cubrir sus acciones por medio de una alianza táctica con jerarcas de la Iglesia Católica, mientras las voces católicas que osaban disentar (por ejemplo, centenares de Delegados de la Palabra, que trabajaban con las bases) fueron calladas cruelmente. Luego, cerca del fin de su régimen, cuando la Iglesia Católica se distanció de él, Somoza cortejó asiduamente, pero no siempre con éxito, a la Iglesia Bautista y otros movimientos evangélicos como la campaña evangelística de Luis Palau. Como Juan de Patmos muestra brillantemente, el poder

político necesita apoyo religioso y sabe aprovechar la diversión que éste puede brindar a los pueblos oprimidos.

3) La mentira satánica utiliza la presión económica. Muy hábilmente **el segundo monstruo ... hizo que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, les pusieran una marca en la mano derecha o en la frente. Y nadie podía comprar ni vender si no tenía la marca o el nombre del monstruo, o el número de su nombre.**³³ Nadie sabe mejor que el imperio — sea el romano o algún imperio actual — que el control riguroso de la economía garantiza que la vasta mayoría de la población se doblegue ante el gobierno. Se aprieta un tornillo aquí (aumentando el precio del pan), se afloja otro allí (permitiendo a los terratenientes comprar más terrenos), y, como por arte de magia, el imperio se enriquece y se extiende. Cuenta con que la gente no quiere sufrir; cuando la población es afectada en la billetera, se rinde pronto a la voluntad del Estado, aun cuando lo que éste pide choque de frente con principios supuestamente indiscutibles. Este fue el dilema de muchos cristianos contemporáneos de Juan. ¿Puede uno llamarse cristiano y al mismo tiempo participar en las reuniones y banquetes hermanables de los gremios,³⁴ donde los socios escuchan expresiones blasfemas («¡Viva Artemisa de Efeso!» o «Gracias damos a Asclepio por la sanidad que él operó en nuestro socio») y participan en libaciones a dioses paganos que diz que apadrinan a los gremios («Derramamos esta copa de vino en honor a Júpiter y le dedicamos esta fiesta»)? En las congregaciones cristianas no faltaron profetas y profetisas (que por definición reclamaban tener, como Juan, la inspiración del Espíritu) que aconsejaron una actitud tolerante. A juzgar por lo que Juan dice de la «Jezabel» de Tiatira,³⁵ estos profetas alegaban algo así: «Dios no quiere que sus hijos e hijas seamos pobres. Tampoco quiere que vivamos aislados de nuestro ambiente. Si para abastecernos de materia prima para nuestra artesanía, los gremios exigen nuestra participación en sus actividades, participemos sin miedo. Llevamos a Jesucristo en nuestro corazón, y nada ni nadie puede amenazar esa relación, ya que Dios nos protege de aquellos supuestos 'dioses'».³⁶ Con semejantes argumentos los nicolaítas (o seguidores de Balaam o de Jezabel, que

33 Cf. el sello de protección que Dios pone en sus siervos, 7.3-4.

34 Hay que distinguir claramente entre los gremios del siglo I y los sindicatos de hoy, que en general buscan la reivindicación del obrero.

35 Ver sobre 2.20-24.

36 Cf. los consejos de Pablo en 1 Co. 5.9-13 y Ro. 8.31-39. Sobre la relación del cristiano con el paganismo, cf. 1 Co. 10.1 - 11.1 y Ro. 14.13-23.

32 Vale reiterar al mismo tiempo que se entrelazan lo que creemos y lo que hacemos (ver 2.2-6) y que, por tanto, la doctrina que profesamos sí es importante.

da lo mismo) trataron de persuadir a los creyentes de que el ambiente pagano no era realmente nocivo y que por tanto ellos podían darse el lujo de buscar componendas con él. Una doctrina tal resultaba simplemente seductora; no había que aguantar sospechas ni vituperio, ni la pérdida de empleo y prestigio. Un poquito de cooperación con «el sistema», y ¡zas! desaparecerían los problemas del cristiano. Pero Juan de Patmos penetra hasta el fondo de esta media verdad que es una mentira; en otras palabras, desenmascara al monstruo y nos ayuda a comprender el rostro bestial de la muerte. Las fuerzas imperialistas ofrecen «mayor libertad» pero esclavizan; prometen «más afluencia» pero empobrecen; y proclaman simplemente ser muy devotas, cuando en realidad son dioses falsos cuya blasfemia afrenta al Señor de la historia.

«Si no aceptas nuestro monopolio económico», dicen, «no podrás comprar ni vender. Te vamos a estrangular en el mercado.» Así se escribe la historia de tantas compañías del tercer mundo —el complejo industrial-tecnológico de los países desarrollados compite unilateralmente con los intereses de los pueblos que han entrado más recientemente en la carrera hacia la tecnificación. Y el consumo irracional se apodera de los pueblos, mientras las compañías mineras y bananeras expolian nuestros recursos y contaminan nuestro ambiente, para no mencionar la industria de la maquila, que se aprovecha sin más de la mano de obra barata. El imperio parece tan omnicompetente, tan absorbente e invencible (**hizo que a todos ... ricos y pobres ... les pusieron una marca en la mano**) que, si no fuera por esta Revelación de Juan (y otras palabras semejantes de la Biblia), nos habríamos desesperado hace tiempo. Pero Juan insiste en que **el número del monstruo ... es un número de hombre**, no más. Y ya que el hombre es una mera criatura ¡no tenemos que temerle!

¿Qué simboliza el número seiscientos sesenta y seis con que el monstruo sella a su gente? Juan advierte que su explicación requiere **sabiduría**, y a juzgar por las muchas explicaciones que leemos en los comentarios, todavía no la hemos alcanzado. A continuación presentaremos algunas sugerencias, terminando con las más lúcidas; pero tengamos presente que una no excluye a la otra: la numerología de Apocalipsis, como los demás simbolismos, puede muy bien emplearse en varios niveles:

1) Veamos primero la posibilidad de que Juan esté empleando una técnica que los rabinos llamaban guematria. Como muchos idiomas carecían de signos para los números, se asignaba un valor numérico a cada letra del alfabeto (en griego, *alfa* = 1; *beta* = 2; *gamma* = 3; etc.;

paralelamente, en hebreo, *álef* = 1; *bet* = 2; etc.) y para obtener el equivalente numérico de una palabra, se sumaban los valores de las letras. Por ejemplo, el valor del nombre «Jesús» en griego sería 888; he aquí el cálculo:

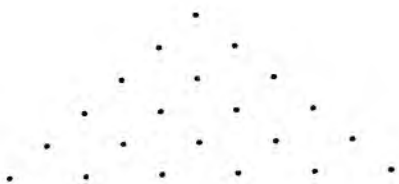
I yota	= 10
E ita	= 8
S sigma	= 200
O ómicron	= 70
U ípsilon	= 400
S sigma	= 200
	888

Sabemos que algunos cristianos que escribieron poco después de Juan usaron esta equivalencia (Jesús = 888) y vieron en ella un signo de la deidad de Jesús, su resurrección el octavo día de la semana, etc.

Ahora bien, si Juan tiene presente la guematria, ¿estará pensando en expresiones en griego o más bien en hebreo? Ya que escribe en griego para destinatarios que no saben hebreo, seguramente tendremos que buscar títulos o nombres sólo en griego, y resulta bien difícil hallar un título así de Nerón, Domiciano o de la Roma deificada, que satisfaga los requisitos del presente caso. Con gran ingenio los comentaristas antiguos y modernos han sugerido títulos en griego tales como *Euanthas*, *Lateinos*, *Teitan* o «el reino latino», pero todos tienen defectos. «César Nerón» ha atraído el voto de muchos estudiosos, pero ya que sólo da la talla cuando se calcula en hebreo, debe ser eliminado. Si los primeros lectores sabían a quién o a qué movimiento se refería Juan, la información no nos ha llegado.

2) Quizá la guematria no juega ningún papel aquí y Juan sólo quiere recalcar el simbolismo del número 666. En la antigüedad, autores como Pitágoras y Filón jugaban con números triangulares, es decir, números que sirven de base para una pirámide de puntos en la que cada hilera sucesiva tiene un punto menos. Por ejemplo, 36 es el número triangular de 8, calculado según el gráfico siguiente.

Ahora bien, 666 es el número triangular de 36, que, como acabamos de ver, es igualmente un número triangular. Si ésta es la pista a seguir, ¿qué quiere decir Juan con la cifra base 36? No hay respuesta aparente. ¿Quiso más bien hacer resaltar el 8 escondido en el 36, como si el falso milagro del monstruo, su supuesta resurrección, tratara de copiar la tumba vacía de Jesús el octavo día? Esto parece demasiado sutil.



$$8 + 7 + 6 + 5 + 4 + 3 + 2 + 1 = 36$$

3) Más sencilla y probable es la solución siguiente: la triple repetición de la cifra 6 (666) reitera que el hombre (el número del monstruo ... es un número de hombre)³⁷ no es capaz de alcanzar la perfección de Dios (que simbólicamente sería 777), ni de imitar el milagro espeluznante de la resurrección de Jesús (cuyo número es 888).

Recapitulemos brevemente la impresión que el capítulo 13 deja en sus primeros lectores. Juan, con su típica clarividencia, reduce la compleja realidad del imperio a la simple oposición entre las fuerzas de la vida — Dios y su reino, los seguidores del Cordero perseguidos sin misericordia — y las fuerzas de la muerte — el imperialismo totalitario, completamente programado por Satanás. En el esquema de Juan todo es blanco o negro, y no caben tonos de gris.³⁸ Sólo los seres humanos cuyos nombres están escritos ... en el libro de la vida del Cordero que fue sacrificado³⁹ entienden la verdadera naturaleza de los hechos y de las fuerzas en juego; todos los demás adoran estúpidamente al primer monstruo, precisamente porque no han incorporado el principio de la cruz. Embelesados por la aparente invencibilidad del imperio, se arrodillan ante su abuso de poder, su violación de los derechos humanos, y su explotación económica de los indefensos. Gritan «¡César es señor!» y así se salvan del martirio que es la suerte de la mayoría de los cristianos («... se los llevarán presos; ... a

filo de espada los matarán.» Por eso, los que pertenecen al pueblo de Dios necesitan fortaleza y fe). Pero los habitantes de la tierra sólo actúan así porque son engañados por la poderosa alianza entre política, religión y la economía estranguladora. Con esta estilización extraordinaria de la situación del siglo primero, Juan llama a sus lectores cristianos a rechazar componendas con el enemigo y a abrazar la pobreza, el combate desigual y la muerte eventual (... se le dio el poder de dar «vida» a la imagen del primer monstruo, para que aquella imagen hiciera matar.

Ya que la gran tribulación prevista por Juan bajo la inspiración del Espíritu para el futuro inmediato no se produjo gracias al asesinato de Domiciano, ¿cuándo se cumplió esta profecía, o cuándo se cumplirá? Como hemos visto, muchas generaciones de cristianos atribulados han creído ser esa última generación previa a la venida de Jesús, y no estuvieron del todo equivocados. Esta Palabra de Dios, sin embargo, aguarda todavía su cumplimiento definitivo, y por tanto nos golpea con una serie de advertencias y consolaciones de valor perenne. Y si la nuestra ha de ser la última generación, ¿no debemos prestar atención especial a las características del antirreino aquí descritas?⁴⁰ Nos incumbe, como hemos comentado ya, discernir la acción del antirreino, *desenmascararla y denunciarla*; de otra manera, nuestra proclamación del evangelio quedaría trunca. Seríamos como aquellos cristianos bajo los regímenes de Trujillo en la República Dominicana y de Somoza en Nicaragua: felices de la vida porque los dictadores «nos dan completa libertad de predicar el evangelio», mientras las cárceles están llenas de presos políticos, muchas veces torturados inhumanamente por haber osado criticar las fechorías del gobierno y su policía secreta. Y los cementerios clandestinos, repletos de desaparecidos cuya existencia muchos creyentes quisieron negar, debido a su interpretación errónea de un pasaje de los escritos de Pablo.

¿Qué quiere decir el apóstol cuando en el año 56 escribe a los hermanos de la capital del Imperio las siguientes palabras: «Todos deben someterse a las autoridades establecidas. Porque no hay autoridad que no venga de Dios, y las que hay fueron puestas por él. Así que quien se opone a la autoridad, va en contra de lo que Dios ha ordenado. Y los que se oponen serán castigados»?⁴¹ ¿Pretende dejar libre la mano del gobierno romano para que haga lo que le parezca? Por supuesto que no, ya que Pablo apunta en seguida: «... porque los gobernantes no están para causar

37 Fundamental al simbolismo de Apocalipsis es el dato de Gn. 1: el «hombre» fue creado el «sexto» día.

38 Con todo, cabe recordar que el cuadro que Juan nos presenta en los caps. 2 y 3 de las situaciones concretas de las siete congregaciones sí es matizado y realista. Allí ni la iglesia es perfecta ni el medio ambiente está totalmente viciado. Seguramente el Espíritu sabe que necesitamos ambas visiones de la única realidad.

39 V. 8.

40 Las volveremos a ver en el comentario sobre los caps. 17 y 18.

41 Ro. 13.1-2 (VP).

miedo a los que hacen lo bueno, sino a los que hacen lo malo ... La autoridad está al servicio de Dios para tu bien ... y lleva la espada, ya que está al servicio de Dios para dar su merecido al que hace lo malo.» Entonces, ¿cuál es el deber del cristiano hacia un gobierno que, lejos de causar miedo a los malhechores, lo infunde en «los que hacen lo bueno» (y en esta categoría Pablo incluye a todos los cristianos)? Si él hubiera escrito Romanos en el año 64, cuando Nerón había declarado abiertamente su bestialidad, ¿se habría expresado de esta forma? Creo que no. Al comienzo de su reinado⁴² Nerón fue tolerante con los cristianos y presentó a aquellos monarcas que dan «su merecido al que hace lo malo». Pero, el poder corrompe, y al final Nerón se enloqueció y se bestializó.⁴³ Para contestar la pregunta sobre el deber del cristiano, afirmamos que en la medida en que un gobierno inspira terror en los malhechores (sean narcotraficantes, banqueros avaros, traficantes de armas o militaristas brutales) merece por cierto la obediencia del cristiano; pero en la medida en que ese gobierno inspira terror más bien en los que hacen lo bueno (y en la Biblia, los que practican las buenas obras se definen esencialmente como gente que da de comer a los hambrientos y de beber a los sedientos, que da alojamiento a los forasteros y ropa a los que no la tienen, y que visitan a enfermos y encarcelados)⁴⁴ y usa su «espada» para callarlos e intimidarlos, merece la desobediencia del cristiano.⁴⁵ Según una fuerte tradición cristiana, Pablo mismo perdió la vida en el 67 bajo el reinado de un Nerón desesperado en su persecución de los seguidores del Cordero. En fin, nada puede invalidar Romanos 13 como Escritura inspirada (es decir, la enseñanza sobre el respeto debido al gobierno); lo que tenemos que reconocer es que Dios inspiró también *Apocalipsis* 13 (es decir, la enseñanza sobre la bestialidad del gobierno). En los 40 años que transcurrieron entre estos dos pasajes, los acontecimientos esclarecieron esta doble naturaleza de las estructuras gubernamentales. Por tanto los cristianos necesitamos urgentemente el discernimiento para evaluar la actuación de nuestros gobiernos; y una de las tareas que el evangelio nos impone es la de llamarlos a cumplir su cometido ante Dios: defender a los indefensos y proveer para los marginados.⁴⁶

42 Fue emperador 54-68.

43 Cf. el caso de Nabucodonosor en Dn. 4.1-30.

44 Mt. 25.34-36.

45 Cf. el tema análogo de los principados y potestades: «estamos luchando ... contra malignas fuerzas espirituales del cielo, las cuales tienen mando, autoridad y dominio sobre este mundo oscuro», Ef.6.12.

46 Sal. 82.1-8.

CAPITULO XIV

El canto de los 144.000

Cap. 14.1-5

- 1 Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente.
- 2 Y oí una voz del cielo como estruendo de muchas aguas, y como sonido de un gran trueno; y la voz que oí era como de arpas que tocaban sus arpas.
- 3 Y cantaban un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos; y nadie podía aprender el cántico sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de entre los de la tierra.
- 4 Estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero;
- 5 y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del trono de Dios.

Ante tanto pesimismo y oscuridad del capítulo 13, los lectores cristianos podemos preguntarnos si vale la pena mantener nuestro testimonio. La visión con que comienza el capítulo 14 resulta grata a nuestra imaginación, porque nos asegura que sí vale la pena. Detrás de la explotación y hostigamiento de que la Iglesia es blanco, está un hermoso plan que Dios tiene para su perfeccionamiento: **fueron salvados de entre los de la tierra**. El Señor sabe forjar con nuestros gemidos y nuestra agonía **un hermoso canto nuevo**; por su alquimia divina transforma nuestros ayes en bendiciones.¹ Como ilustración, examinemos las dos exclusividades mencionadas en el pasaje: el mundo de los monstruos

1 Cf. la enseñanza de Jesús sobre la verdadera felicidad. Lc. 6.20-26 juxtapone cuatro dichas extraordinarias de los creyentes («dichosos ustedes los que ahora lloran», por ejemplo) con cuatro ayes sorprendentes que pertenecen a la suerte de los incrédulos («¡Ay de ustedes los que ahora ríen», por ejemplo). La venida de Jesús invierte todos los valores tradicionales.

decreta que **nadie puede comprar ni vender** y luego se echa a reír de los cristianos así empobrecidos; y, sin embargo, ese mismo proceso de empobrecimiento lleva dentro de sí un feliz aprendizaje: la capacidad de entonar un **canto nuevo**.² Y ahora los excluidos de un privilegio son los perseguidores: **ninguno podía aprender aquel canto, sino solamente los 144.000³ que fueron salvados**. A los afluentes y «satisfechos» de este mundo les falta la aptitud de comprender quién es ese Dios que consuela y acompaña a los pobres. Una vez más, Juan sabe penetrar la complejidad de nuestro diario vivir y discierne precisamente dos clases antagónicas de personas: o se **compra y vende** libremente (según los dictados del monstruo), o se **aprende a cantar el canto nuevo** del Cordero. No hay clase intermedia.

No olvidemos que desde 11.18 y 12.5 Juan está exponiendo el Salmo 2 como Escritura cristiana. Ya que el salmo describe una rebelión mundial de las naciones contra Dios y relata cómo Dios piensa suprimir la revuelta por medio de su hijo, el rey ungido, Juan, como otros autores del Nuevo Testamento, relec esta profecía como cumplida en Jesucristo —parcialmente en su primera venida y totalmente en su segunda venida. Ahora bien, el salmo dice: «Ya he consagrado a mi rey sobre Sión, mi monte santo»,⁴ y Juan avisa por su mención del Cordero que aparece **de pie sobre el monte Sión** que él está cristianizando el texto. Pero no nos permite olvidar que el Mesías no es una figura solitaria. La victoria inicial de Jesús tiene que repetirse sin falta en la victoria de sus seguidores,⁵ que colaboran con él en la tarea de subyugar al mundo rebelde.⁶ Lógica pero sorprendentemente, quien capitanea estas huestes ya no es para Juan el rey guerrero invencible que retrata el salmista, sino el Cordero, que también es un tremendo Conquistador,⁷ pero a su manera. Aunque la mención del **monte Sión** evoca el culto y el sacrificio y por tanto la muerte de Jesús, las palabras **estaba de pie⁸** ponen de manifiesto su resurrección: aquel milagro único en la historia que tanto quisiera imitar el antirreino.⁹

En la geografía tan particular de este libro,¹⁰ la polarización entre **cielo** y **tierra** está un tanto modificada por **el monte Sión**, lugar de la crucifixión y por tanto del encuentro que Dios¹¹ planeó con la raza humana. Sión es un anticipo de la Jerusalén glorificada que descenderá de la presencia de Dios para unir definitivamente cielo y tierra. En Sión se reúnen no sólo el Cordero y los suyos, sino el Padre,¹² cuyo nombre también está grabado **en la frente** de los soldados del Cordero.

Pero la cima del monte no ofrece a los soldados ni paz permanente ni aislamiento de sus problemas diarios. Así como la Sión de Jesús en el año 30 fue un lugar de batalla,¹³ aquí también se alistan las tropas. Juan especifica el número **ciento cuarenta y cuatro mil**, que en 7.4-8 es asignado a sus respectivas tribus, porque todos éstos constituyen un enorme ejército, verificados por un censo y reclutamiento precisos. Ahora bien, en los días de la monarquía, en que las fuerzas de Israel o Judá emprendían una guerra santa, se exigía a los combatientes que se abstuvieran de relaciones sexuales.¹⁴ Entonces, Juan describe el ejército del Cordero en los términos litúrgicos del Antiguo Testamento (**no se contaminaron con mujeres**), para indicar su idoneidad vigorosa para la batalla con las fuerzas del mal. Para tal fin necesitan aprender de los cantantes del cielo el cántico «de Moisés, siervo de Dios, y el ... del Cordero»¹⁵ que les llega al oído, y la pureza personal (**no se encontró ninguna mentira en sus labios, pues son intachables**). Más hermosa todavía es su dedicación a Jesús,¹⁶ su modelo divino-humano (**son los que siguen al Cordero por dondequiera que va**).

2 Ap. 5.9, 7.10; cf. Sal. 98.1-3.

3 Para el simbolismo de la cifra «144.000», ver sobre 7.4.

4 Sal. 2.6.

5 Ap. 3.21.

6 Ap. 2.26-27.

7 Ap. 5.5.

8 El adjetivo usado aquí viene de la misma raíz que el verbo «resucitar».

9 La falsificación se menciona cuatro veces en el cap. 13.

10 Ver sobre 11.8.

11 Ver sobre 21.1 - 22.5.

12 Para la unidad del Padre con el Hijo, cf. 1 Jn. 2.22-23.

13 «Padre mío, para ti todo es posible: líbrame de este trago amargo ... Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Mr. 14.36; 15.34.

14 Dt. 20.1-20, 23.9-10; 1 S. 21.5; 2 S. 11.11. Estas leyes y costumbres se deben menos a una actitud negativa hacia la mujer o el sexo que a tabúes contra las emisiones corporales cuando uno está involucrado en una tarea religiosa.

15 Ap. 15.3.

16 Heb. 12.2; Jn. 13.36 y 21.20-23.

Los mensajes de los tres ángeles

Cap. 14.6-13

- 6 Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo,
- 7 diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas.
- 8 Otro ángel le siguió, diciendo: Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación.
- 9 Y el tercer ángel los siguió, diciendo a gran voz: Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano,
- 10 él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero;
- 11 y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre.
- 12 Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús.
- 13 Oí una voz que desde el cielo me decía: Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen.

En rápida sucesión siguen las visiones, y pronto veremos el último septenario (cap. 16). Una vez que el lector ha compartido con Juan su seguridad de que las tropas de Dios están alertas para el combate, necesita oír tres anuncios angelicales (**un evangelio eterno**) que remachan aspectos de las visiones anteriores:

- 1) Dios desea la salvación de toda su creación y la invita a participar en ella («**Teman a Dios y denle alabanza**»).

2) Antes de poder disfrutar de tal salvación, el mundo tiene que ver la caída del sistema comercial-político-religioso que lo tiene engañado (**la gran Babilonia**).¹⁷

3) Todos los seres humanos que se benefician de dicho sistema, o aun cooperan con él, serán severamente sancionados, objetos de la ira divina (**tendrán que beber el vino del terrible castigo que viene de Dios**).

A pesar de los tormentos que estos últimos mensajes incluyen para los incrédulos, Juan tiene presente que **los que pertenecen al pueblo de Dios** también sufrirán en el combate la gran tribulación. **Necesitan fortaleza** porque muchos de ellos morirán. Lo que distingue la muerte suya de la de los seguidores de los monstruos es que los creyentes serán **dichosos**, porque **descansarán de sus fatigosos trabajos**. Y Juan, como profeta lleno del **Espíritu**, en la víspera de una cruel persecución, agrega que **sus obras los acompañan** al morir, no como mérito que los recomiende para la salvación, ni como satisfacción personal, sino porque su sacrificio tendrá un efecto evangelizador en todos los que lo presencien.

Resumamos en forma gráfica los contrastes entre las huestes del mal y las tropas que pertenecen a Dios:

PUEBLO DE SATANAS

Ejército marcado con el nombre del monstruo (13.17).
Dirigente autorizado por el dragón (13.4).
Palabras de arrogancia y blasfemia (13.4-6).
Pueblos engañados por los monstruos (13.14).
Adoración inmunda al dragón y al primer monstruo (13.4).
Pueblo numeroso pero sin organización para el combate.
Pueblo ubicado en Roma/Babilonia/Sodoma/Egipto/Jerusalén rebelde (11.8), es decir, en «la ciudad».
Privilegio exclusivo: comprar y vender (13.17).
No salvados; morirán eternamente (14.9-11).

PUEBLO DE DIOS

Ejército marcado por ángeles (7.3) con el nombre del Cordero y de su Padre (14.1).
Dirigente autorizado por Dios (5.12).
Canto de victoria y alabanza a Dios (14.2-3).
Soldados sin mentira en sus labios (14.5), pues son intachables.
Adoración purificadora (14.4); como seguidores del Cordero, no se contaminan.
Pueblo censado (7.4-8; 14.1-3) en 144.000 soldados, agrupados según las doce tribus.
Pueblo ubicado en el monte Sión (14.1) fuera de la ciudad (14.20).
Privilegio exclusivo: aprender el canto nuevo (14.3).
Salvados (14.3); morirán físicamente (13.7 y 10; 14.12-13).

17 Este anuncio proléptico será esclarecido en los caps. 17-18.

Respecto a la «geografía» de Juan, no nos confundamos por la aparente discrepancia; estos dos pueblos descritos se codean todos los días en las calles de las ciudades del mundo. No es literalmente cierto que las tropas enfiladas en «el monte Sión» de los monstruos;¹⁸ Juan simplemente usa este lenguaje convencional para recalcar el origen distinto de ambos ejércitos.¹⁹ La batalla se libra a diario en todas partes del mundo, aun cuando algún día llegará a su desenlace definitivo.²⁰

Aunque las tropas del Cordero no atacan directamente al imperio — su lucha es de otro tipo —, se organizan de manera fraterna e igualitaria, como antiguamente las doce tribus, y resisten a los monstruos. A la larga, su lucha persistente va a derrotar al imperio,²¹ porque Dios ratificará su fe en él como Dueño del mundo. El imperio, lejos de ser soberano de la historia, va a caer corrompido, derribado por las plagas de su propia confección,²² en tanto que las comunidades del Cordero, por su lucha, preparan el comienzo del nuevo futuro. Desde ya, ellas son las primicias (como primera ofrenda) para Dios y para el Cordero,²³ una especie de muestra del futuro que Dios quiere para todos.

¿Quiénes son, pues, estos soldados cristianos? ¿Serán los mártires que literalmente han sido degollados²⁴ o muertos en otra forma por el Imperio? Varias indirectas en el texto nos dicen que más bien simbolizan a todos los creyentes comprometidos, no a un núcleo élite. La «escuela» de Efeso, que editó los libros atribuidos al apóstol Juan,²⁵ aparentemente no distinguió entre el honor debido a un mártir, estrictamente hablando, y el honor debido a un fiel seguidor de Jesús que «muere en su cama». En Juan 21, capítulo añadido por la escuela juanina, se esclarece la relación entre Juan («el discípulo a quien Jesús quería mucho») y Pedro; este último murió crucificado en la persecución bajo Nerón,²⁶ mientras que Juan acababa de morir de viejo, pero mereció igualmente el epíteto

de «seguidor» de Jesús,²⁷ discípulo que no titubea en entregarse a la voluntad de Dios, aun cuando peligraba su vida física.

La cosecha de la tierra

Cap. 14.14-20

- 14 Miré, y he aquí una nube blanca; y sobre la nube uno sentado semejante al Hijo del Hombre, que tenía en la cabeza una corona de oro, y en la mano una hoz aguda.
- 15 Y del templo salió otro ángel, clamando a gran voz al que estaba sentado sobre la nube: Mete tu hoz, y siega; porque la hora de segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura.
- 16 Y el que estaba sentado sobre la nube metió su hoz en la tierra, y la tierra fue segada.
- 17 Salió otro ángel del templo que está en el cielo, teniendo también una hoz aguda.
- 18 Y salió del altar otro ángel, que tenía poder sobre el fuego, y llamó a gran voz al que tenía la hoz aguda, diciendo: Mete tu hoz aguda, y vendimia los racimos de la tierra, porque sus uvas están maduras.
- 19 Y el ángel arrojó su hoz en la tierra, y vendimió la viña de la tierra, y echó las uvas en el gran lagar de la ira de Dios.
- 20 Y fue pisado el lagar fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre hasta los frenos de los caballos, por mil seiscientos estadios.

Esta visión, inspirada en profecías del Antiguo Testamento,²⁸ admite varias interpretaciones. Algunos estudiosos distinguen la cosecha del trigo (el agavillamiento de los escogidos) de la de las uvas (el destino cruento de los enemigos de los escogidos). Otros comentaristas ven ambos tipos de cosecha como un solo juicio sobre los paganos. Todavía más verosímil es la interpretación que entiende ambos tipos de cosecha como dos descripciones paralelas de la misma *recolección de creyentes*. En este último caso, podríamos explicar la expresión **fuera de la ciudad**

27 Jn. 21.20-22; aquí «seguir» adquiere el sentido de «dar su vida por Jesús». Nótese bien que en el v. 20 Juan ya está siguiendo al Maestro.

28 Para el juicio sobre el pueblo de Dios, ver Os. 6.11 y Am. 1.15; sobre los enemigos, cf. Jer. 51.33 e Is. 63.1-6; para la doble cosecha de trigo y uvas, cf. Jl. 3.9-14.

18 Ver sobre 14.20.

19 Cf. las palabras de Jesús ante Pilato: «Mi reino no es de este mundo» (literalmente, «Mi poder real no procede de este mundo»), Jn. 18.36.

20 Ver sobre 19.11 - 20.10.

21 Ap. 17.14.

22 Ap. 13.10.

23 Ap. 14.4.

24 Así se traduce la palabra que Juan usa en 6.9 y 18.24 para describir la muerte de los cristianos perseguidos, y cuatro veces para describir la crucifixión de Jesús.

25 El Evangelio, las tres Cartas y Apocalipsis.

26 Jn. 21.18-19.

(es decir, de la Sodoma/Egipto/Jerusalén mencionada en 11.8) como referida a una vendimia motivada por el *juicio*, la cual debe llevarse a cabo en el corazón de **la ciudad**, donde viven los pecadores que oprimen al pueblo escogido. Pero como observa agudamente el autor de Hebreos, «Jesús sufrió la muerte fuera de la ciudad, para consagrar al pueblo por medio de su propia sangre.²⁹ Vayamos, pues, con Jesús, fuera del campamento, y suframos la misma deshonra que él sufrió.» Una vez más, Juan revela la realidad invisible detrás de los sucesos históricos y visibles: el río de sangre³⁰ derramada por los pobladores humanos de Babilonia empapa su propio suelo y emborracha a su gente, pero al mismo tiempo, a los ojos de la fe, la copa que la prostituta bebe es **el terrible castigo que viene de Dios**; una copa que está en proceso de prepararse ahora mismo. Así que la carnicería en que perecerán tantos creyentes es en realidad la obra de gracia del **Hijo del Hombre**,³¹ su manera de congregar a sus santos y darles «la victoria sobre el monstruo»³² y sobre el sistema inicuo que éste preside. Por esta misma razón los tres ángeles que acompañan al Hijo del Hombre salen **del templo y del altar que están en el cielo**,³³ el gran martirio es el sacrificio ofrecido al Señor por la casa real de sacerdotes.

29 Heb. 13.12-13. Cf. Mt. 21.39 y Lc. 20.15 (el hijo del terrateniente *es matado fuera del viñedo*) con su modelo en Mr. 12.8 (sólo el cadáver es arrojado fuera).

30 Ap. 17.6 y 18.6.

31 Mr. 13.27; Mt. 24.31; 1 Ts. 4.15-17.

32 Ap. 15.2.

33 Ap. 1.6.

Los ángeles con las siete últimas calamidades

Cap. 15.1-8

- 1 Vi en el cielo otra señal, grande y admirable: siete ángeles que tenían las siete plagas postreras; porque en ellas se consumaba la ira de Dios.
- 2 Vi también como un mar de vidrio mezclado con fuego; y a los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre, en pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios.
- 3 Y cantan el cántico de Moisés siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos.
- 4 ¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? pues sólo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado.
- 5 Después de estas cosas miré, y he aquí fue abierto en el cielo el templo del tabernáculo del testimonio;
- 6 y del templo salieron los siete ángeles que tenían las siete plagas, vestidos de lino limpio y resplandeciente, y ceñidos alrededor del pecho con cintos de oro.
- 7 Y uno de los cuatro seres vivientes dio a los siete ángeles siete copas de oro, llenas de la ira de Dios, que vive por los siglos de los siglos.
- 8 Y el templo se llenó de humo por la gloria de Dios, y por su poder; y nadie podía entrar en el templo hasta que se hubiesen cumplido las siete plagas de los siete ángeles.

Esta visión prepara y explica el tercer septenario numerado. LAS COPAS DEL CASTIGO es una visión tan alusiva a las plagas de Egipto¹ (las siete últimas calamidades, un mar, los que habían alcanzado la victoria

1 Cap. 16.

sobre el faraón de turno, el canto de Moisés, el humo que rodeó la entrega de la ley, el santuario, es decir la tienda del pacto, etc.), que el lector se ve obligado a entender el septenario como el nuevo y último éxodo. El septenario, última expresión de la ira de Dios, tiene como finalidad la destrucción paulatina de Babilonia, «la gran ciudad»,² cuya caída ocupará nuestra atención durante varios capítulos importantes.³

Pero no podemos contemplar la destrucción del mal sin enfocar también el pueblo perseguido que ha perseverado en su lucha desigual contra los monstruos. Aparece de pie, cantando el himno de gratitud que une Antiguo y Nuevo Testamentos,⁴ porque anuncia que los juicios divinos han sido manifestados. Ya, por fin, la justicia de Dios, tan anhelada por historiadores, legisladores, profetas y poetas del Antiguo Testamento (el canto de Moisés), y traída más cerca por la muerte de Jesús (y el canto del Cordero), se declara presente y activa en la historia.⁵

Aunque el contenido del septenario en sí no añade mucho a las calamidades anteriores de los sellos y las trompetas,⁶ el hecho de ser la serie final para expresar la ira de Dios da gran relieve a LAS COPAS DEL CASTIGO. Tan así es, que Juan marca la aparición de los siete ángeles que cargan las copas como otra señal en el cielo, grande y asombrosa,⁷ y la liga así con la Mujer vestida del sol («apareció en el cielo una gran señal») y con el gran dragón rojo («luego apareció en el cielo otra señal»)⁸. Generalmente Juan señala con indicios estructurales sus intenciones como autor, de manera que podemos dar por sentado que «las tres señales en el cielo» forman una miniserie que enmarca las visiones centrales del libro y destacan sus temas principales:

MUJER	DRAGON	[la caída del dragón	los monstruos	el canto de los 144.000]	LOS SIETE ANGELES CON LAS COPAS
12.1	12.3				15.1

2 Ap. 16.19, presentada misteriosamente en 14.8.

3 Ap. 17.1 - 19.5.

4 Ver 14.3.

5 Cf. la audaz proclamación de Jesús, «Ha llegado el tiempo, y el reino de Dios está cerca», Mr. 1.15.

6 Ver las pp. xvi-xvii.

7 Ap. 15.1.

8 Ap. 12.1 y 3.

Ahora bien, anteriormente habíamos comentado⁹ que Apocalipsis remacha continuamente tres temas:

- 1) La persecución de los fieles.
- 2) El juicio divino contra los adversarios que hacen tales cosas.
- 3) El triunfo final de los fieles.

Lo notable de «las tres señales en el cielo» es precisamente su paralelismo con este temario: 1) la Mujer simboliza el pueblo sufriente de Dios, 2) el dragón representa a Satanás, que junto con sus secuaces persigue al pueblo escogido, y 3) los ángeles que traen las plagas finales representan la defensa que Dios hace de su pueblo. Y en el espacio entre 12.1-3 y 15.1 hallamos las visiones nucleares y más esclarecedoras de todo el libro, sobre todo en cuanto al tiempo presente de los lectores. Si ellos y nosotros preguntamos por qué nos toca aguantar tanta tribulación, la respuesta viene codificada en las tres señales en el cielo.

⁹ Ver la p. xvii.

CAPITULO XVI

Las copas del castigo

Cap. 16.1-21

- 1 Oí una gran voz que decía desde el templo a los siete ángeles: Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios.
- 2 Fue el primero, y derramó su copa sobre la tierra, y vino una úlcera maligna y pestilente sobre los hombres que tenían la marca de la bestia, y que adoraban su imagen.
- 3 El segundo ángel derramó su copa sobre el mar, y éste se convirtió en sangre como de muerto; y murió todo ser vivo que había en el mar.
- 4 El tercer ángel derramó su copa sobre los ríos, y sobre las fuentes de las aguas, y se convirtieron en sangre.
- 5 Y oí al ángel de las aguas, que decía: Justo eres tú, oh Señor, porque has juzgado estas cosas.
- 6 Por cuanto derramaron la sangre de los santos y de los profetas, también tú les has dado a beber sangre; pues lo merecen.
- 7 También oí a otro, que desde el altar decía: Ciertamente, Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos.
- 8 El cuarto ángel derramó su copa sobre el sol, al cual fue dado quemar a los hombres con fuego.
- 9 Y los hombres se quemaron con el gran calor, y blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas, y no se arrepintieron para darle gloria.
- 10 El quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la bestia; y su reino se cubrió de tinieblas, y mordían de dolor sus lenguas,
- 11 y blasfemaron contra el Dios del cielo por sus dolores y sus úlceras, y no se arrepintieron de sus obras.
- 12 El sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Eufrates; y el agua de éste se secó, para que estuviese preparado el camino a los reyes del oriente.

- 13 Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos a manera de ranas;
- 14 pues son espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso.
- 15 He aquí, yo vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela, y guarda sus ropas, para que no ande desnudo, y vean su vergüenza.
- 16 Y los reunió en el lugar que en hebreo se llama Armagedón.

Sin detenernos mucho en los detalles, observamos de nuevo que este septenario apunta a la destrucción de Babilonia,¹ el inicuo sistema imperial; este último éxodo se venga del Egipto más temible y rebelde de la historia humana conocido por Juan (**sangre, como la de un hombre asesinado porque ellos derramaron la sangre de los que pertenecen a tu pueblo, de los profetas ... pero no se volvieron a Dios ... ni ... dejaron de hacer el mal, sino ... dijeron cosas ofensivas contra el Dios del cielo**). Mientras que en el septenario de las trompetas, Dios abrió la puerta a que los lacayos de los monstruos se convirtieran, aquí la hora para el arrepentimiento ha pasado; la serie (dividida como antes en grupos de 4 + 2 + 1) se apresura a llegar a su clímax. Las tres últimas plagas describen, no el colapso del universo físico ni el castigo de los individuos por su iniquidad personal,² sino el fin de la persecución, gracias a la eliminación del perseguidor. En la quinta plaga, el monstruo es destronado; en la sexta, su imperio es invadido por huestes demoníacas que proceden de más allá del Eufrates;³ y en la séptima, su ciudad capital es destruida. Desprovisto de su sede y de su pueblo, el monstruo se ve obligado a desistir de su hostigamiento a los cristianos. Antes de describir la derrota definitiva de este enemigo,⁴ sin embargo, Juan ocupa dos capítulos expandiendo la séptima plaga (**Dios se acordó de la gran ciudad Babilonia, para hacerle beber el vino del castigo que él le mandó en su enojo**).⁵

Aquí como en los septenarios anteriores, se intercalan entre los elementos 6 y 7 dos escenas que interpretan el significado de la serie. En

¹ V. 19; a los primeros lectores no les habrá costado reconocer al Imperio Romano.

² Estas dos metas se logran sólo cuando se abren los libros ante el gran trono blanco, 20.11-12.

³ Ver sobre 6.2 y 9.14-16.

⁴ Ver sobre 19.20.

⁵ V. 19.

este caso una escena (v. 15) está incrustada en la otra (vv. 13-14, 16). Mirémosla un momento: son palabras que sólo Jesucristo puede haber pronunciado («Miren, yo vengo inesperadamente, como un ladrón...») y por tanto nos recuerdan otras exclamaciones introducidas sorpresivamente en el desarrollo del libro.⁶ Todas nos ponen sobre aviso: este apocalipsis no se desarrolla como la mayoría, que describen catástrofes decretadas eternamente por Dios para poner fin a la historia humana. Más bien, en este libro el llamado de Jesús puede interponerse en cualquier momento, para pedir que los cristianos nos alistemos para el juicio final. La escena nos recuerda que en realidad al leer Apocalipsis estamos asistiendo a un culto,⁷ en el que el Espíritu rehúsa estar embozalado. Algún profeta u otro carismático tiene derecho a pararse en medio de la adoración y advertirnos en estos términos.⁸

Pero la advertencia está inserta en una visión inquietante. Juan ve la trinidad satánica,⁹ vomitando mentiras **en forma de ranas**, espíritus demoníacos que por medio de **milagros** convencen a **los reyes del mundo** de entrar en **batalla**. ¿A qué batalla se refiere? A juzgar por la sexta plaga (**para dar paso a los reyes que venían de oriente**),¹⁰ Juan tiene presente al Nerón del mito, vivo de nuevo y activo en la conscripción en Partia¹¹ de un vasto ejército para cruzar el Eufrates e invadir el Imperio Romano — un Nerón vengativo y enojado.¹² Por otra parte, la mención de **todos los reyes del mundo**¹³ que participarán en **la batalla del gran día del Dios todopoderoso** parece evocar el ataque, motivado por Satanás y sus secuaces, contra los creyentes. Quizá la doble referencia es querida por Juan;¹⁴ la soberanía de Dios utiliza para lograr sus propósitos tanto a) la guerra interna de las fuerzas satánicas como b) el ataque de éstas contra el pueblo de Dios.

Como Juan identifica el lugar de la batalla como **Armagedón** e insiste en su etimología **en hebreo**,¹⁵ muchos estudiosos se preocupan por ubicarlo en el mapa y explicarlo. Pero en consonancia con lo dicho sobre

la geografía apocalíptica,¹⁶ aquí también insistimos en el valor meramente simbólico de Armagedón, que quiere decir «el monte Meguido». En primer lugar, el pueblo llamado «Meguido» estaba situado en un *llano*,¹⁷ y el cerro más cercano, el monte Carmelo, estaba a diez kilómetros de distancia. En segundo lugar, Meguido era un famoso campo de batalla, rodeado de historia sagrada,¹⁸ y Ezequiel esperaba un asalto en los últimos tiempos contra «los montes de Israel»; en la imaginación fértil de Juan, se conjugan «monte» y «Meguido». Pero no esperaba una batalla en alguna parte de Palestina del norte; si contemplaba algún lugar específico, más bien sería Roma.

En tercer lugar, los comentaristas no se ponen de acuerdo en cuanto al significado místico de «Meguido»; sugieren algunas raíces hebreas como las de «cortar», «atacar» o «pecorear». Pero probablemente tenemos que concluir que Juan prefiere el nombre «Armagedón» simplemente por su carácter evocativo de «batalla decisiva».

6 Ap. 1.8; 22.7, 12-13, 16 y 20.

7 Ver sobre 1.3.

8 Cf. 3.3 y 18.

9 Nótese que el segundo personaje sólo esta vez se identifica como «el falso profeta».

10 V. 12.

11 Ver sobre 6.14-16.

12 Sobre la incapacidad del antirreino de mantener su unidad, ver sobre 17.16-17.

13 V. 14; ver también 17.14, 19.19 y 20.8-9.

14 Ver Sal. 2.1-3.

15 V. 16.

16 Ver sobre 11.8.

17 Llamado también el valle de Josafat.

18 Jue. 5.19-20; 2 R. 23.29; Zac. 12.10-11; Ez. 38.8 y 39.2,4 y 17.

CAPITULO XVII

Condenación de la gran prostituta

Cap. 17.1-18

- 1 Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo diciéndome: Ven acá, y te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas;
- 2 con la cual han fornicado los reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación.
- 3 Y me llevó en el Espíritu al desierto; y vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos.
- 4 Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación;
- 5 y en su frente un nombre escrito, un misterio: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA.
- 6 Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús; y cuando la vi, quedé asombrado con gran asombro.
- 7 Y el ángel me dijo: ¿Por qué te asombras? Yo te diré el misterio de la mujer, y de la bestia que la trae, la cual tiene las siete cabezas y los diez cuernos.
- 8 La bestia que has visto, era, y no es; y está para subir del abismo e ir a perdición; y los moradores de la tierra, aquellos cuyos nombres no están escritos desde la fundación del mundo en el libro de la vida, se asombrarán viendo la bestia que era y no es, y será.
- 9 Esto, para la mente que tenga sabiduría: Las siete cabezas son siete montes, sobre los cuales se sienta la mujer,

3.4 El Triunfo

Caps.16.17-22.5

La séptima copa

Caps. 16.17-21

- 17 El séptimo ángel derramó su copa por el aire; y salió una gran voz del templo del cielo, del trono, diciendo: Hecho está.
- 18 Entonces hubo relámpagos y voces y truenos, y un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande, cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra.
- 19 Y la gran ciudad fue dividida en tres partes, y las ciudades de las naciones cayeron; y la gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira.
- 20 Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados.
- 21 Y cayó del cielo sobre los hombres un enorme granizo como del peso de un talento; y los hombres blasfemaron contra Dios por la plaga del granizo; porque su plaga fue sobremanera grande.

Al llegar al fin del capítulo 16 y del último septenario (**la calamidad del granizo ... fue un castigo muy grande**), el lector tiene derecho a esperar el desenlace del libro; pero Juan como ya hemos anticipado, lo posterga un poco más por medio de una rica expansión de la séptima copa: «la caída de la gran ciudad». Para él, el tema de Babilonia es de capital importancia, porque muestra cómo trabaja el imperialismo autoritario en todas las épocas: hace la vida imposible a los ya empobrecidos, gracias a una maquinaria comercial que favorece a los ricos.

- 10 y son siete reyes. Cinco de ellos han caído; uno es, y el otro aún no ha venido; y cuando venga, es necesario que dure breve tiempo.
- 11 La bestia que era, y no es, es también el octavo; y es de entre los siete, y va a la perdición.
- 12 Y los diez cuernos que has visto, son diez reyes, que aún no han recibido reino; pero por una hora recibirán autoridad como reyes juntamente con la bestia.
- 13 Estos tienen un mismo propósito, y entregarán su poder y su autoridad a la bestia.
- 14 Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados y elegidos y fieles.
- 15 Me dijo también: Las aguas que has visto donde la ramera se sienta, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas.
- 16 Y los diez cuernos que viste en la bestia, éstos aborrecerán a la ramera, y la dejarán desolada y desnuda; y devorarán sus carnes, y la quemarán con fuego;
- 17 porque Dios ha puesto en sus corazones el ejecutar lo que él quiso: ponerse de acuerdo, y dar su reino a la bestia, hasta que se cumplan las palabras de Dios.
- 18 Y la mujer que has visto es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra.

Ya hemos comentado¹ por qué a la **gran Babilonia** hay que verla desde **el desierto**: porque es una ciudad seductora,² y desde adentro — una vez que el observador ha aceptado las premisas del imperialismo — ella se ve como normal, un sistema maravillosamente eficaz. Aun Juan, que ha sufrido ya los primeros ataques de la ciudad y por lo tanto la está viendo desde **el desierto** y con la guía de **un ángel**, se siente atraído en gran manera (**al verla, me quedé muy asombrado**)³ y puede simpatizar un poco con **los habitantes de la tierra** que viven en ella intrigados por las mentiras diabólicas. Pero Juan subraya un hecho significativo: el **ángel**

que le muestra la ciudad es uno de **los siete** que traían las **siete copas** del castigo.⁴ En otras palabras, el juicio divino que destruye Babilonia temple severamente cualquier admiración que pudiéramos sentir por ella; el origen de la dama tan elegante (**vestida con ropa de colores púrpura y rojo, y adornada con oro, piedras preciosas y perlas**) es netamente el infierno.

Tres de las siete ciudades cuyas congregaciones son las destinatarias de Apocalipsis (Efeso, Esmirna y Pérgamo) tenían templos dedicados a la diosa Roma, figura aparentemente digna y sobrecogedora. «¡No!», grita Juan; «la condenada es una grosera prostituta.» El lenguaje violento y ofensivo con que la describe (**los reyes del mundo han cometido inmoralidades sexuales con ella**) se basa en los ritos orgiásticos con que algunos adoraban a la diosa madre — la *Magna Mater* — en todo el mundo antiguo. Bajo una forma u otra — se llama Astarté en algunas partes, en otras Artemisa y una docena de otros nombres —⁵ esta diosa muy terrestre atraía la adulación de poblaciones enteras. En parte, su atracción se debía a la «magia simpática» de sus ritos de fertilidad. Según esta creencia, si el mundo fue creado por un acto divino (la cohabitación de dioses y diosas), entonces los ritos imitadores de los adorantes — incluso diferentes formas de prostitución — traerían las bendiciones de campos fértiles, crías grandes y familias numerosas que todos anhelaban. Cada vez que los israelitas, por la influencia de los cananeos u otros vecinos, cayeron en este tipo de tentación religiosa, los profetas denunciaron su infidelidad en términos de fornicación (**inmoralidades sexuales**). Si Yahvé tomó por novia a Israel en el **desierto** hace tantos siglos y se desposó con ella, cada flirteo de su pueblo con el paganismo podría llamarse así; aun los elementos del culto a *Yahvé* prestados de tales contactos merecían el nombre de fornicación o adulterio.⁶ Juan cuenta con el fuerte efecto de esta repugnancia profética cuando lanza su epíteto «prostituta» a Babilonia; es una imagen potente y profunda, porque capta la mala intención de un sistema que seduce a todas las naciones a arrodillarse ante algo que no es Dios.

Jezabel es la mujer que Juan usa en parte como modelo para esta ramera; también la tiene presente al describir la situación de Tiatira,⁷ donde una profetisa aconseja que los creyentes cometan «fornicación»

1 Ver sobre 11.8 y 12.6.

2 V. 3.

3 V. 6.

4 Ver sobre 21.9.

5 Cf. la Pacha Mama de los países andinos.

6 Os. 2.5; Is. 1.21; Jer. 2.2; Ez. 16.36ss y 23.2ss.

7 Ver sobre 2.20.

con el Imperio. En la historia de Israel, la voz principal que se alzó contra el poderío de Jezabel y sus mil profetas falsos fue la de Elías, que Juan ha usado como prototipo del mártir cristiano.⁸ Pero no sólo Jezabel «ha posado» para este retrato de **Babilonia**; Juan tiene a la vista también a la Babilonia personificada que mencionan los profetas:⁹ la que «era una copa dorada en la mano del Señor, **emborrachando** a toda la tierra» y la misma Babilonia que «estaba entronizada sobre muchas aguas»¹⁰ (**sentada sobre los mares**).¹¹ En la antigua profecía, esta referencia a «muchas aguas» aludía al complicado sistema de irrigación de Mesopotamia, del que dependía la prosperidad de Babilonia. Juan la ha transformado en una descripción del imperio marítimo que enriquece a Roma — tráfico que será descrito en detalle en el capítulo 18. Puede ser que también aluda al monstruo salido del océano, porque la mujer, según el decir de Juan,¹² está **sentada sobre los mares** y al mismo tiempo **montada en un monstruo rojo**.¹³ Entonces, el mar caótico y el monstruo que surge del mismo son las realidades fundamentales sobre las que descansa el trono de la Roma imperial.¹⁴

Aunque lujosamente ataviada, la mujer no pasa de ser una burda parodia de aquella otra «vestida del sol, con la luna ... y ... doce estrellas». De igual manera, el adorno de **oro, piedras preciosas y perlas** que ostenta la prostituta palidece en comparación con el espléndido adorno de la celestial Jerusalén, también simbolizada como una mujer/ciudad.¹⁶ En otras palabras, los imperios del mundo procuran proclamarse rivales del pueblo de Dios — sea el pueblo que da a la luz la nueva época, sea el pueblo victorioso y feliz — pero su imitación blasfema resulta tan pobre que sólo convence a los ciegos que creen las mentiras del maligno. Por ejemplo, ¿quién puede confundir el brillo del lino fino de la novia con la **ropa de colores púrpura y rojo** de esta perversa?¹⁷ El primer vestido — de boda — es «la recta conducta de los que pertenecen

al pueblo de Dios»; el otro vestido representa la pseudorrealeza de una usurpadora del trono.¹⁸ Con todo, el espectador debe cuidarse mucho; esta tentadora parece irresistible, desde todos los ángulos menos el del desierto. Sólo con la ayuda del ángel se desenmascara su verdadero rostro — una calavera de malévola sonrisa.

La copa que lleva en la mano está llena de cosas odiosas y de la impureza de sus inmoralidades sexuales.¹⁹ El contenido de la copa la tiene borracha; ha bebido la sangre de los que pertenecen al pueblo de Dios. Lo que Juan reprocha a Roma son dos crímenes: la *idolatría* que ella difunde por todo el mundo, y la *persecución* de los que rehúsan participar en tal idolatría. Con la explicación del ángel se rompe el encanto; la que parecía el hada madrina, que por sus pródigos regalos y el esplendor de su presentación tenía boquiabierto al mundo entero, queda ahora señalada como la vieja bruja. No es una hermosa doncella; es **madre de las prostitutas** de todos los siglos. De su seno ha salido **todo lo que hay de odioso en el mundo**.

El ángel sigue explicando el significado secreto de la extraña visión; al menos por el momento, **esa mujer y el monstruo que la lleva** constituyen una unidad inseparable. La bestia sigue con su parodia del reino; si Dios «es y era y ha de venir»,²⁰ ella tiene que ser **uno que antes vivía, pero que ya no existe; sin embargo, va a subir del abismo**.²¹ Es cierto que la bestia continuamente «sube del abismo», pero también hemos de esperar su venida definitiva al fin de los tiempos.²² Aunque cuando Juan escribe su libro la persecución no ha comenzado en forma organizada (**pero ya no existe**), cada vez que el monstruo levanta la cabeza en la historia, anuncia su destino: **va a ir a su destrucción total**. La venida de *Jesús* iniciará su reinado visible y permanente, pues la previa venida del *monstruo* iniciará su perdición permanente.

Este capítulo reúne muchos símbolos de la Roma imperial que hemos visto por separado: el monstruo del abismo, la gran ciudad, el monstruo del mar, Babilonia la grande y la gran prostituta.²³ Cada nombre representaba una faceta de la misma realidad, y aquí Juan añade nuevas pistas para comprender su significado. **Las siete cabezas representan siete**

8 Ver sobre 11.6.

9 Is. 47 y Jer. 51.

10 Jer. 51.7 y 13.

11 Las ciudades de Nínive y Tiro también son llamadas «prostitutas» debido a su barbarie y mundanalidad, Nah. 3.4; Is. 23.15.

12 Ver sobre 13.1 y 11.7.

13 Vv. 1 y 3.

14 Ver sobre el v. 9.

15 Ap. 12.1.

16 Ver sobre 21.10-27.

17 Ap. 19.8 y 17.4.

18 Cf. 18.7, **Aquí estoy sentada como una reina. No soy viuda, ni sufriré.**

19 Para la implicación idolátrica en «cosas odiosas», cf. Mr. 13.14, donde esta palabra forma parte de la frase «horrible sacrilegio», citada en Dn. 9.27, 11.31 y 12.11.

20 Ap. 1.4 y 4.8.

21 Ver sobre 11.7.

22 El verbo en futuro implica una parusía siniestra para iniciar la persecución definitiva de los cristianos.

23 Ap. 11.7-8, 13.1, 14.8 y 17.1.

montes sobre los que esa mujer está sentada; indiscutiblemente la referencia es a la ciudad de Roma, mencionada por muchos autores precristianos como *urbs septicolis*. Anualmente se celebra la fecha del encierro de las famosas siete colinas dentro de sus murallas. Dato curioso: entre muchos de los comentaristas de Apocalipsis existe la idea de que Juan escribe críticamente para esconder la identidad del Imperio que está criticando, como si sólo los lectores cristianos pudiesen descifrar las alusiones a Roma. Pero aquí tenemos el mentís de tal idea: cualquier soldado romano que supiera leer griego y en cuyas manos cayera un ejemplar de Apocalipsis, sabría de una vez el significado de este «rompecabezas» de las siete colinas. Para que nadie se equivoque, Juan añade (en la voz del ángel): «**La mujer que viste es aquella gran ciudad que domina a los reyes del mundo.**»²⁴

Vale la pena detenernos un momento para estudiar el concepto de los **reyes del mundo**. ¿De qué dependen estos monarcas? De entrada, Jesucristo es presentado en Apocalipsis como el que «tiene autoridad sobre los reyes de la tierra»;²⁵ y en la última mención de éstos en el libro, una vez más «los reyes del mundo entregarán (a la nueva Jerusalén) sus riquezas».²⁶ Pero nos extraña hallar que las otras veces que se mencionan los **reyes del mundo**,²⁷ aparezcan siempre como súbditos obedientes del imperio que se opone a Dios. Por cierto, en las circunstancias de Juan, ningún monarca de hecho se ha sometido a Jesús como su soberano; más bien todos parecen hacer causa común contra el pueblo del Señor. Pero Juan, que como profeta entiende la tensión entre el «ya» y el «todavía no» de las bendiciones prometidas por Dios, ve con los ojos de la fe que los reyes se darán cuenta algún día de que el Crucificado es realmente su soberano. Parece mentira, pero es cierto. Por el momento los reyes, tal como los demás «moradores de la tierra», están enemistados con los seguidores del Crucificado. Y hoy podemos legítimamente preguntarnos qué diría Juan de tantos presidentes y reyes que asisten a iglesias y llevan sobre el pecho símbolos cristianos. Es cierto que no podemos afirmar categóricamente que ningún gobernante sea cristiano, pero Juan no aceptaría de buenas a primeras las fáciles profesiones de fe. Preguntaría por qué pueblo opta el monarca que se dice cristiano. ¿Favorece al pobre la legislación? ¿O es un régimen que exporta la muerte y garantiza

24 V. 18.

25 Ap. 1.5.

26 Ap. 21.24. Cf. el título importante de Jesús, «Señor de señores y Rey de reyes», 17.14 y 19.16.

27 Ap. 6.15; 16.14; 17.2 y 18; 18.3 y 9; 19.19.

siempre a los ricos márgenes de ganancia? Los ministros de gobierno y los legisladores ¿quieren callar a la Iglesia del pueblo que denuncia las injusticias? ¿Le mandan «predicar el evangelio no más sin inmiscuirse con cosas que no le atañen»? ¿Quizá no haya hoy, a juzgar por la visión apocalíptica de Juan, tantísimos dirigentes seguidores del Cordero!

Ayer como hoy, los **reyes del mundo** viven en contubernio con la «hermosa» **madre de las prostitutas**, pero su rebeldía contra Dios a la larga los llevará a la ruina segura.²⁸ Terminarán siendo como «la gran cena de Dios», un banquete para «todas las aves de rapiña»; Juan especifica que «los reyes» incluyen «jefes militares ... hombres valientes ... y jinetes». No hay escape; la voluntad del **Rey de reyes** tiene que cumplirse, aun cuando sea por medio de acciones humanas (**Dios les ha puesto en el corazón el deseo de hacer lo que él quiere que hagan**).²⁹ Al fin de cuentas, el **Cordero ... vencerá** a todos sus enemigos.

Como misterio intrigante (aquí hay algo para los que puedan entenderlo) el ángel ofrece a Juan otra explicación de las **siete cabezas**³⁰ del monstruo: no son sólo **siete montes** sino también **siete reyes**. La manera de detallar las carreras de estos reyes (**cinco ... cayeron, uno ... gobierna ahora y el otro no ha venido todavía**) nos invita a pensar que quizás se trate sólo de un listado de emperadores romanos y que, con un poco de aritmética sencilla, podría calcularse durante qué reinado se está escribiendo Apocalipsis. He aquí algunos datos:

44 a.C.	Julio César
31 a.C. - 14 d.C.	Augusto
14 d.C. - 37	Tiberio
37-41	Gayo (Calígula)
41-54	Claudio
54-68	Nerón
68-69	Galba
69	Otón
69	Vitelio
69-79	Vespasiano
79-81	Tito
81-96	Domiciano

Pero en seguida tropezamos con muchas dificultades: ¿Con qué emperador se empieza la cuenta? ¿Debemos incluir los reinados rivales y muy breves de Galba, Otón y Vitelio? (El quinto libro de los Oráculos

28 Ap. 6.12-17; 16.19; 17.14 y 19.17-18.

29 V. 17.

30 V. 9.

Sibilinos, tratado apocalíptico que apareció unos años después del nuestro, sí los incluye en su lista de los emperadores de Julio a Trajano). Además, si la antigua tradición que fecha nuestro Apocalipsis durante el reinado de Domiciano está en lo cierto,³¹ este emperador tendría que ser el sexto de los ocho reyes que menciona el texto:

¿Domiciano?

1 2 3 4 5	6	7	8
ya cayeron	gobierna ahora	(el último) de poca duración	el monstruo uno de los siete

Y sin embargo, hemos visto que hasta aquí Apocalipsis ha dado por sentado que Domiciano es el monstruo (es decir, la octava **cabeza**), el nuevo Nerón que persigue a los cristianos,³² o al menos lo hará muy pronto (el monstruo que antes vivía y que ya no existe, es el octavo rey, aunque es también uno de los otros siete, y se encamina a su destrucción total). ¿No se contradice el texto al llamar «el último» al séptimo rey y luego introducir a un octavo? Evidentemente tenemos que renunciar a este tipo de cálculo y volver al principio que habíamos establecido en cuanto a los números de Apocalipsis: todas las cifras son simbólicas. El monstruo ha tenido siete cabezas desde la creación del mundo;³³ así es la naturaleza de todos los imperios de la historia.

Si el interesante rompecabezas sobre las siete cabezas (aquí hay algo para los que puedan entenderlo) no es una clave para indicarnos detalles sobre la historia romana o sobre las circunstancias de Juan, ¿qué nos dice? El punto central es éste: el linaje imperial durará hasta poco antes de que surja un nuevo monstruo nerónico.³⁴ Muy pronto comenzará una ola inusitada de persecución (va a subir del abismo)³⁵ que dejará en la sombra la de Nerón.³⁶ Pica bastante nuestra curiosidad la adición de un octavo rey, después de los siete reyes cabezas, reaparición de uno de los cinco primeros. Es como si la *parusía* del monstruo sobrepasara horriblemente los límites de nuestra expectación, así como la resurrección del Señor Jesús (en el octavo día de la semana) sobrepasó las esperanzas de

salvación que tenía la humanidad. ¿Ha habido otras encarnaciones del Anticristo en el pasado? Claro que sí.³⁷ Pues bien, esta última será el monstruo por excelencia, la suma total de todos los precursores. Puede actuar independientemente del imperio de turno y, como prueba, lo va a destruir.³⁸

Si siete cabezas simbolizan la plenitud imperial, los diez cuernos³⁹ son igualmente simbólicos y no tenemos que preguntarnos si son las diez naciones del Mercado Común Europeo (que de todas formas ya no son diez) o diez dirigentes de otro tipo. En Apocalipsis la cifra diez simboliza plenitud, como lo hace siete, pero con el sobretono de «limitación humana». Mientras que las siete cabezas representan monarcas sucesivos, los cuernos representan hombres que reinarán simultáneamente pero que todavía no han comenzado a gobernar. En el momento de surgir el monstruo para el último hostigamiento de la Iglesia, los diez, junto con el monstruo, recibirán por una hora autoridad como reyes. Estos diez reyes están de acuerdo y darán su poder y autoridad al monstruo. Apenas podemos identificar estos reyes con «los reyes que vienen de oriente» que cruzan el Eufrates para la batalla del Armagedón,⁴⁰ porque los diez forman parte del monstruo. Por otra parte, ya que ellos llegarán a odiar a la prostituta, podemos suponer que representan a los jefes de las provincias romanas, que muchas veces se resentían del poderío del gobierno central. Lo más que podemos afirmar a ciencia cierta es que son agentes humanos que primero participarán en el ataque del monstruo contra el Cordero y luego en su asalto contra la ciudad capital (odiarán a la prostituta y la dejarán abandonada y desnuda; comerán la carne de su cuerpo, y la quemarán con fuego). Aquí el autor corre el velo y nos descubre una profunda verdad: imperios que se basan en el odio y la suspicacia no mantienen su unidad por mucho tiempo;⁴¹ en un momento de crisis, las grietas se hacen visibles, y luego, parte del edificio imponente se derrumba. El dragón simplemente se ha aprovechado del tráfico lujoso del imperio; no lo ama. Se trata del contubernio de muchos monarcas con una pícara pintada y no de un matrimonio comprometido. En cambio, el cuadro de unidad que presenta el reino de Dios es alec-

31 Ver sobre 1.9.

32 Ver sobre 13.3.

33 Cf. la ciudad fundada por Caín, Gn. 4.17-24.

34 Con «el último de ellos no durará mucho tiempo», cf. 12.12.

35 Cf. los vv. 8 y 11.

36 Para las repercusiones de este concepto hoy, ver la nota al final del cap. 19.

37 Cf. 1 Jn.

38 Ver a continuación sobre los vv. 16-17.

39 La fuente de este rasgo es Dn. 7.7, donde el cuarto de los monstruos que Daniel vio tenía dientes de hierro y devoraba y destrozaba todo. Para remachar su singularidad, Daniel comenta que tenía «diez cuernos».

40 Ap. 16.12; ver sobre 19.17-21.

41 Mr. 3.24 y paralelos.

cionador; el Padre y el Cordero comparten el trono absolutamente sin rivalidades entre sí,⁴² y Jesús es amado y promocionado por el Padre, además de estar legítimamente casado con su pueblo amado.⁴³

Tan amado es ese pueblo, que Dios le concede el privilegio de acompañar al Cordero en su pelea victoriosa contra la coalición de los diez reyes y el monstruo:⁴⁴

monstruo		Cordero (Señor de señores y
+	vs.	Rey de reyes)
los diez reyes		+
		Los que Dios ha llamado
		y escogido y son fieles

Pero como hemos venido observando desde el capítulo 6, la pelea, aun cuando al final es exitosa, siempre deja un saldo de vidas creyentes segadas y de gran tribulación para la Iglesia. En la tierra la victoria no puede cantarse todavía sin ambigüedad.⁴⁵

El ángel que guía al vidente describe cómo los diez reyes, tras aprovecharse grandemente del tráfico ilícito con la prostituta por un cierto tiempo, cambian de parecer y comienzan a odiarla y destruirla en la forma más salvaje.⁴⁶ Y la razón del cambio no queda clara, excepto la muy básica del eterno plan divino (**Dios les ha puesto en el corazón el deseo de hacer lo que él quiere que hagan**). Quizá el versículo 15 sugiera la razón humana: **Las aguas que viste, sobre las cuales está sentada la prostituta, son pueblos, gentes, lenguas y naciones**. Es decir, el comercio de lujos que hizo posible el «milagro económico» de la *pax romana* llegará a pesar enormemente sobre las provincias —los impuestos, el reclutamiento militar, la expoliación de recursos naturales, el totalitarismo económico en todas sus manifestaciones— y la periferia (los gobernadores provinciales) decidirá rebelarse contra el centro (el emperador y el aparato de poder ubicado en la capital). Así se desarrolla la visión de Juan.

Si él habla de **quemar** a la meretriz **con fuego**, en el capítulo 18 vamos a presenciar efectivamente la subida de una densa humareda sobre Roma/Babilonia. Si él describe la muerte de la mujer desnuda y cor-

neada, vamos a oír ahora las endechas y los lamentos de sus antiguos amantes, los magnates que se enriquecieron sobremanera traficando con la ciudad inicua. Con razón ella se describe como **dominadora de los reyes del mundo**.⁴⁷

42 Ap. 5.13; 22.1; 2.28; 3.21, 14.

43 Ap. 19.7; 21.9.

44 V. 14.

45 Pero no olvidemos 5.9-10, 12 y 13; 11.17; 12.11; 14.8 y 15.2.

46 V. 16.

47 V. 18.

CAPITULO XVIII

La caída de Babilonia

Cap. 18.1 - 19.5

- 1 Después de esto vi a otro ángel descender del cielo con gran poder; y la tierra fue alumbrada con su gloria.
- 2 Y clamó con voz potente, diciendo: Ha caído, ha caído la gran Babilonia, y se ha hecho habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible.
- 3 Porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación; y los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido de la potencia de sus deleites.
- 4 Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas;
- 5 porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades.
- 6 Dadle a ella como ella os ha dado, y pagadle doble según sus obras; en el cáliz en que ella preparó bebida, preparadle a ella el doble.
- 7 Cuanto ella se ha glorificado y ha vivido en deleites, tanto dadle de tormento y llanto; porque dice en su corazón: Yo estoy sentada como reina, y no soy viuda, y no veré llanto;
- 8 por lo cual en un solo día vendrán sus plagas; muerte, llanto y hambre, y será quemada con fuego; porque poderoso es Dios el Señor, que la juzga.
- 9 Y los reyes de la tierra que han fornicado con ella, y con ella han vivido en deleites, llorarán y harán lamentación sobre ella, cuando vean el humo de su incendio,
- 10 parándose lejos por el temor de su tormento, diciendo: ¡Ay, ay, de la gran ciudad de Babilonia, la ciudad fuerte; porque en una hora vino tu juicio!

- 11 Y los mercaderes de la tierra lloran y hacen lamentación sobre ella, porque ninguno compra más sus mercaderías;
- 12 mercadería de oro, de plata, de piedras preciosas, de perlas, de lino fino, de púrpura, de seda, de escarlata, de toda madera olorosa, de todo objeto de marfil, de todo objeto de madera preciosa, de cobre, de hierro y de mármol;
- 13 y canela, especias aromáticas, incienso, mirra, olíbano, vino, aceite, flor de harina, trigo, bestias, ovejas, caballos y carros, y esclavos, almas de hombres.
- 14 Los frutos codiciados por tu alma se apartaron de ti, y todas las cosas exquisitas y espléndidas te han faltado, y nunca más las hallarás.
- 15 Los mercaderes de estas cosas, que se han enriquecido a costa de ella, se pararán lejos por el temor de su tormento, llorando y lamentando,
- 16 y diciendo: ¡Ay, ay, de la gran ciudad, que estaba vestida de lino fino, de púrpura y de escarlata, y estaba adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas!
- 17 Porque en una hora han sido consumidas tantas riquezas. Y todo piloto, y todos los que viajan en naves, y marineros, y todos los que trabajan en el mar, se pararon lejos;
- 18 y viendo el humo de su incendio, dieron voces, diciendo: ¿Qué ciudad era semejante a esta gran ciudad?
- 19 Y echaron polvo sobre sus cabezas, y dieron voces, llorando y lamentando, diciendo: ¡Ay, ay de la gran ciudad, en la cual todos los que tenían naves en el mar se habían enriquecido de sus riquezas; pues en una hora ha sido desolada!
- 20 Alégrate sobre ella, cielo, y vosotros, santos, apóstoles y profetas; porque Dios os ha hecho justicia en ella.
- 21 Y un ángel poderoso tomó una piedra, como una gran piedra de molino, y la arrojó en el mar, diciendo: Con el mismo ímpetu será derribada Babilonia, la gran ciudad, y nunca más será hallada.

- 22 Y voz de arpistas, de músicos, de flautistas y de trompeteros no se oirá más en ti; y ningún artífice de oficio alguno se hallará más en ti, ni ruido de molino se oirá más en ti.
- 23 Luz de lámpara no alumbrará más en ti, ni voz de esposo y de esposa se oirá en ti; porque tus mercaderes eran los grandes de la tierra; pues por tus hechicerías fueron engañadas todas las naciones.
- 24 Y en ella se halló la sangre de los profetas y de los santos, y de todos los que han sido muertos en la tierra.

CAPITULO XIX

- 1 Después de esto oí una gran voz de gran multitud en el cielo, que decía: ¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del

Señor Dios nuestro;

- 2 porque sus juicios son verdaderos y justos; pues ha juzgado a la gran ramera que ha corrompido a la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella.
- 3 Otra vez dijeron: ¡Aleluya! Y el humo de ella sube por los siglos de los siglos.
- 4 Y los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes se prostraron en tierra y adoraron a Dios, que estaba sentado en el trono, y decían: ¡Amén! ¡Aleluya!
- 5 Y salió del trono una voz que decía: Alabad a nuestro Dios todos sus siervos, y los que le teméis, así pequeños como grandes.

Así termina la parte narrativa de la caída de la gran metrópoli. Lo que falta de esta visión importante, y que Juan emprende ahora, son comentarios sobre esta caída en forma de endechas por una parte, e himnos de alabanza por otra. Sería un grave error desatender estos comentarios, ya que revelan el epicentro de la queja que Juan sostiene contra el imperialismo. Para entenderla, debemos iluminar un poco la situación en que se hallaba Juan. Así veremos por qué prevé (¿para el futuro cercano? ¿para un futuro muy remoto? No lo sabemos.) una destrucción violenta del mundo mercantil que él asocia con la persecución de los cristianos y la perversión idolátrica de los pueblos de la tierra.

El Imperio Romano fue el primero en dominar todo el mundo mediterráneo. Jamás había visto la historia un bloque económico y comer-

cial tan inmenso, ni ciudad alguna había cosechado los beneficios materiales del imperialismo como lo hizo Roma. El botín cultural de las conquistas — las valiosas obras de arte procedentes de Grecia, Egipto, y otros países subyugados por las tropas — fluían hacia Roma para llenarla de riqueza y poder. De las colonias y provincias le llegaban con regularidad los tributos de rigor, tanto en dinero como en productos y vidas humanas. Floreció por consiguiente un exuberante comercio, desde luego, siempre en beneficio de las minorías afluentes de la capital y no de las masas de pobres. Los judíos lo expresaban bien en su refrán: «Al mundo bajaron diez medidas de riqueza, y Roma se quedó con nueve.» Hoy hemos aprendido un poco más de los mecanismos que los ricos usan para mantenerse en la cima de la pirámide, y sabemos que no existe un mundo por dicha «desarrollado» y otro desafortunadamente «en vías de desarrollo», sino que el segundo mundo, que siempre estará sumido en la penuria, es el otro lado de la moneda, el precio que paga la humanidad para que haya un primer mundo rico.

Dentro de la ciudad de Roma, la estratificación económica quedó a la vista de todos: mientras los privilegiados banqueteaban a diario, los miles de marginados se veían obligados a amotinarse si una embarcación de trigo procedente de Egipto se demoraba dos días y los privaba de su escaso pan. En cuanto a las provincias, todo lector de los Evangelios sabe que el sistema de recaudación de impuestos se había corrompido y que los «publicanos» eran mal vistos por sus compatriotas, ya que todo oficio político se explotaba para la ventaja económica y social del detentador. Y la *pax romana*, como hemos visto, se mantenía a costo de financiar un vasto complejo militar-comercial, con sus lucrativos «contratos militares» para abastecer a los ejércitos de alimento, uniformes, armas, caballos y diversiones.¹

Aquí tenemos la prueba: quienes se aprovechan de la prosperidad de un imperio no viven solamente en la capital; en todas las provincias existen los grupos que Platón llamó «oligarquías». Siendo pocos, absorben como esponjas los privilegios y el dinero que bastaría para toda la población. Desde entonces hasta el día de hoy, el resto de la gente tiende a verlos como vendepatrias, y con razón; venden su firma y así vuelven «nacional» una transnacional, o se valen de otras formas para sacar gran provecho de la condición explotada de sus coterráneos.

Hallamos una buena ilustración de este oportunismo en la ciudad donde vivió Juan, Efeso. Como en la antigüedad los templos tenían

¹ Cf. Is. 23.7-9.

múltiples funciones — como lugar de refugio para criminales, por ejemplo, y como sistema bancario — el templo de Artemisa (Diana) durante siglos había sido el instituto de créditos más importante de la cuenca mediterránea. Tanto individuos como grupos depositaban en los cofres del templo cuantiosas sumas, y durante su apogeo el equivalente de millones de dólares descansaba en sus bóvedas subterráneas junto con los miles de pagarés de los pobres de la región. Además, al mismo sacerdote le cabía velar por la reputación del templo y por los signos de la hegemonía de Efeso sobre las otras ciudades de la provincia; la corona de la diosa, por ejemplo, se hacía en la forma de las murallas de Efeso. A la luz de esta fusión de la religión con la política local, podemos entender por qué las multitudes efesias gritaba durante horas «¡Viva Artemisa de los efesios!» cuando creían que la obra misional de Pablo amenazaba la estabilidad de la ciudad.²

Más tarde, cuando el culto al emperador cobró auge, el mismo edificio de Artemisa, una de las maravillas del mundo, adquirió nueva fama como «templo del Imperio», y el asiarca que funcionó como Sumo Sacerdote de Asia, y que como tal tuvo pleno control de la agencia bancaria más importante de la región, comenzó a actuar en nombre del emperador. Sólo a él le competía acuñar monedas imperiales, de curso legal, además de los medallones de los juegos sagrados. Como sacerdote del culto al emperador, el asiarca aprovechaba este privilegio para promover la adoración de Domiciano mediante efigies y *slogans* («Señor y Dios» y «divino Salvador» aparecen en ciertas monedas de la época). El sumo sacerdote incluso aparecía en público con regularidad llevando la imagen del emperador en una corona de oro sobre su frente y en el anillo de su mano.³ Con este anillo signaba a los devotos y al mismo tiempo distribuía monedas entre las gentes. ¿Podemos dudar del nexo íntimo entre la religión y la política en la provincia de Asia? Ya que hoy prevalece en muchas sociedades la separación, al menos en teoría, entre Iglesia y Estado, nos cuesta captar los sobretonos del argumento de Juan. Tal como en los días de Pablo, el evangelio fue reconocido como un desafío integral al *statu quo*⁴ — al contubernio entre intereses políticos e intereses religiosos —; las visiones de Juan también prevén un choque frontal entre los seguidores del Cordero y los monstruos gemelos del Imperio. Y es importante observar que en ambos casos el campo en que se declara la

batalla es el económico. («Demetrio ... hacía figuritas de plata que representaban el templo de la diosa Artemisa, y daba mucha ganancia a los que trabajaban con él ... 'Señores, ... esto es muy peligroso, porque nuestro negocio puede echarse a perder.'» «Y nadie podía comprar ni vender, si no tenía la marca o el nombre del monstruo, o el número de su nombre.»)⁵

Este énfasis en el campo económico prevalece en todo el capítulo 18. Juan quiere explicar por qué Babilonia tiene encantos aparentemente irresistibles: **Pues todas las naciones se emborracharon con el vino de su pasión inmoral; los reyes del mundo cometieron con ella inmoralidades sexuales, y los comerciantes del mundo se hicieron ricos con su exagerado derroche.** Ahí está el secreto: las enormes fortunas se hacen sólo traficando con ella, y el imperio trae prosperidad aun más allá de sus fronteras. El regodeo con ella que embelesaba a los magnates y a los presidentes de la tierra tenía raíz financiera, pero los enredaba necesariamente en un culto idolátrico a Mamón,⁶ culto que sólo merece el nombre de «fornicación». Parece como si este capítulo describiera en detalle nuestra situación actual: el sistema económico, erigido sobre la base de la competencia y la explotación «hasta donde aguante el mercado abierto», ha creado enormes brechas entre ricos y pobres y se empeña en aumentarlas más todavía. La tecnología, tan promisoría de solucionar los problemas del tercer mundo, queda encerrada en los puños del mundo rico, de modo que no existe solidaridad entre los pueblos, ni siquiera entre los que se dicen aliados.

Los dos gritos angelicales (vv. 2-3 y 4-8) comentan la caída de Babilonia y hacen un contrapunto al himno del capítulo 12 que dice «¡Alégrense, pues, cielos ...! Pero ¡ay de los que viven en la tierra y en el mar, porque el diablo, sabiendo que le queda poco tiempo, ha bajado contra ustedes lleno de furor!» Ahora, con la destrucción de la ciudad y su comercio, el reinado de las tinieblas, el último pataleo del dragón, ha llegado a su fin, y todo está despejado para el descenso de la Nueva Jerusalén, que «baja de la presencia de Dios».⁷ Cuando el segundo grito instruye: «**Salgan de esa ciudad, ustedes que son mi pueblo**», podemos entender el pueblo de dos formas:

a) Podrían ser los cristianos que se codean con ciudadanos de Babilonia en sus ciudades todos los días. En tal caso, la exhortación diría:

5 Hch. 19.24-27; Ap. 13.17.

6 Ver Lc. 16.13, «No se puede servir a Dios y al dinero.»

7 Ap. 21.2.

2 Hch. 19.28 y 34. El año fue aproximadamente el 55.

3 Cf. 13.16, el segundo monstruo «hizo que a todos ... les pusieran una marca en la mano derecha o en la frente.»

4 Ver todo el pasaje, Hch. 19.1 - 20.1.

«Salgan de las situaciones tentadoras que la ciudad les ofrece. Aunque no cambien de ciudad geográficamente, salgan anímicamente de Babilonia.» Pero esto complica innecesariamente el cuadro de la geografía apocalíptica⁸ y es mejor entenderlo así:

b) Consta de aquellos inconversos a quienes Dios quiere invitar una última vez, porque van a aceptar su salvación. El no se cansa de convidar a su fiesta de redención, de llamar «mi pueblo» a los que hasta ahora no lo han sido.⁹ En este caso la exhortación diría: «Hasta aquí todos los habitantes de Babilonia se han endurecido a pesar de plagas y advertencias, rehusando salir de su amada ciudad, pero tengo ahí a algunos que mostrarán ser mi pueblo por su valiente huida, a último momento, de este ruin Imperio.»

6-7. Estos versículos (**Denle lo mismo que ella ha dado a otros**) no se dirigen al **pueblo** saliente sino a poderes angelicales que se encargarán de dar su merecido a la ciudad humeante. Los cuatro poemas que siguen (vv. 10, 14, 16, 19) son endechas, lamentos puestos en la boca de los antiguos aliados de la prostituta: **los reyes del mundo, los comerciantes del mundo, los que negociaban con esas cosas y se hicieron ricos** y finalmente **todos los capitanes de barco** y otros marineros. El mercado mundial se ha desplomado del todo; en este sentido las lágrimas son genuinas. Pero son «de cocodrilo» en el sentido de haber tenido algún afecto o simpatía para la meretriz; nunca la quisieron, sino que simplemente la usaron. Ahora están arruinados económicamente, y forman así el contrapeso de la congregación de Esmirna, a quien el Espíritu dice: «Conozco ... tu pobreza, aunque en realidad eres rico.»¹⁰ De esta gente mercantil se puede decir: «Conozco tu riqueza, aunque en realidad eres pobre.» La inversión de los «valores del mundo» es efectuada por Jesús en su venida.¹¹

Como los diez reyes persiguieron a los creyentes apenas durante **una hora**,¹² hay cierta justicia poética en el hecho de que la destrucción de los lujos de Babilonia dure también «una hora» (**en un instante**, repetido cuatro veces). Juan ejerce un control admirable de sus sentimientos;

nunca describe la destrucción en sí,¹³ como lo hacen otros apocaliptistas con un gusto vengativo. Es más: lejos de ser un eremita, desdenoso de las bellezas de la civilización, Juan siente profunda pena por la desaparición de tantos tesoros. «¿Qué otra ciudad podía compararse a esta gran ciudad?» es un grito que sale de sus propias entrañas. En sí, los bienes materiales y lujos con que Roma traficaba no eran pecaminosos; llegaron a seducir a la humanidad sólo cuando la gran prostituta los usó para convertir a la gente en materialistas crasos. Pero para que estas riquezas realmente cumplan los propósitos que Dios tiene para su creación, necesitan ser redimidas por medio de la derrota de Babilonia; hallarán su legítimo lugar en la nueva Jerusalén, en la que perlas, esmeraldas y oro ya no se usarán para el deleite egoísta de unos pocos, sino para la edificación de una sociedad hermanable, donde Dios será Señor.¹⁴

La comercialización de toda la vida es un vicio que los mercaderes de todo imperio quieren divulgar en el mundo entero; se la puede llamar «pasión inmoral»¹⁵, algo que embriaga a un público ingenuo. Reyes, gobernadores y otros forjadores de la opinión pública se dejan seducir por esta propaganda mañosa y **se entregan al derroche**;¹⁶ se convierten en sociedad de consumo. Aguijoneado por los medios masivos de comunicación, el público gasta hoy en lujos personales grandes sumas que podrían haber contribuido a la solución de problemas sociales y aun internacionales. Propagar falsos ideales de vida se compara con justicia con la idolatría.¹⁷ Y, en efecto, dado el carácter cautivante de este fetiche, el vicio podría llamarse «lujolatría». Juan, basándose en modelos del Antiguo Testamento,¹⁸ construye su endecha sobre el Imperio Romano; para ello tiene el cuidado de incluir catálogos detallados de mercaderías apetecidas por las clases privilegiadas. Menciona cargamentos de metales preciosos, piedras y telas valiosas, perfumes y especias, objetos labrados, licores y granos, animales, carros de guerra, y —lo que causa más pavor a Juan— **esclavos, que son vidas humanas** aun cuando los traficantes los traten como mercancía común.¹⁹ Gran parte de las

8 Ver sobre 11.8 y 17.3.

9 Os. 2.23.

10 Ap. 2.9.

11 Esta será descrita en 19.11-21. Para la inversión de los valores, ver Lc. 6.20-26; suponemos que en la primera venida de Jesús ha iniciado el proceso de invertirlos.

12 Ap. 17.12.

13 Cf. 4.2-10, donde tampoco describe la apariencia de Dios. La mera sugerencia es más eficaz que la descripción literal, y la simbología que el realismo. Con todo, cf. 17.16.

14 Ver sobre 21.9 - 22.5.

15 Ap. 14.8.

16 Ap. 18.9.

17 Cf. Col. 3.5: la avaricia «es una forma de idolatría».

18 Por ejemplo, Ez. 26-28 en relación con Tiro; Is. 21 (Babilonia) y 23 (Tiro y Sidón); y Jer. 51 (Babilonia).

19 Los cargamentos venían no sólo de Siria y Palestina, sino también de la India, China, Africa, Arabia y Armenia.

energías imperiales se gastaba en este comercio lucrativo; el costo anual de las importaciones solo de Arabia, India y China era de cuando menos 27 millones de denarios;²⁰ pero lo que costaba al espíritu humano era simplemente incalculable.

11-17. Los magnates (**comerciantes**) tenían mucho más poderío que simples vendedores; manejaban enclaves comerciales que les daban el monopolio de ciertos productos. Con la humareda de la gran ciudad, ellos ven la ruina del sistema bancario y crediticio que les facilitaba enormes ganancias; sus privilegios han llegado a su fin. De igual manera, **los capitanes de barco** reconocen que la libertad que habían disfrutado durante más de un siglo —libertad de la piratería— llegaba a su fin con la caída del Imperio.

En medio de tantas lágrimas en la tierra, los habitantes del cielo prorrumpen más bien en gritos de alegría, y exhortan así a los cristianos: **«Alégrese ustedes, los que pertenecen al pueblo de Dios, y los apóstoles y los profetas, porque Dios, al condenar a la ciudad, les ha hecho justicia a ustedes.»**²¹ Cuando un **ángel poderoso** simboliza con una enorme **pedra** el derribo de Babilonia, dice en tiempo futuro: **«Así serás tú echada abajo...»**, como si todas las escenas anteriores no hubieran tomado esa destrucción como un hecho ya realizado. Tal confusión entre presente, pretérito y futuro caracteriza todo el capítulo y nos advierte contra demasiado dogmatismo en nuestra interpretación. Lo que sí podemos afirmar es que la destrucción del Imperio, aunque haya comenzado ya, a los ojos de Juan es un acontecimiento futuro, un paso inmediatamente previo a la instauración del reino en el mundo (**«Vi el cielo abierto, y apareció un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba 'Fiel y Verdadero'»**, 19.11)

Hemos apuntado ya en capítulo tras capítulo el valor simbólico del **mar**. A veces simplemente representa la parte acuática de la superficie de la tierra,²² pero con más frecuencia alude a las realidades del caos y del universo anti-Dios que subyace a nuestra tierra firme²³ y que aún existe en la presencia de Dios,²⁴ aunque será eliminado del cielo nuevo que Dios ha de crear.²⁵ A la luz de este simbolismo, podemos ver por qué el **ángel poderoso** de 18.21 quiere lanzar su enorme **pedra al mar**; la caída

20 Un denario = salario de un día de un jornalero en Palestina.

21 Esta es la respuesta anhelada a la pregunta de 6.10.

22 Como en 12.12, «...ay de los que viven en la tierra y en el mar».

23 Como en 13.1, «Vi subir del mar un monstruo».

24 Ver 4.6, «Delante del trono había algo que parecía un mar, transparente...».

25 Ap. 21.1.

de Babilonia es la derrota sobre la tierra del dragón y sus secuaces, las dos bestias. El sistema imperialista ya no encantará a los moradores; sean encantos visibles (**nunca más te volverán a ver**) o audibles (**ni se oirá en tus calles música**), sea el trabajo creativo (**ni se oirá en ti el ruido de la piedra del molino**), sean los placeres sencillos de una sociedad que se perpetúa (**ni ... el bullicio de las fiestas de bodas**)²⁶ —todo está condenado al olvido, todo es echado al fondo de su lugar de origen, **el mar**. La «hermosura» de Babilonia es cosmética, pasajera (**tus comerciantes eran los poderosos del mundo**), porque se ha fundado en la mentira (**engañaste a todas las naciones con tus brujerías**) y el resultado ha sido la muerte de personas de gran valor (en sus calles **se ha encontrado la sangre de los profetas y de los que pertenecen al pueblo de Dios, y de todos los que han sido asesinados en el mundo**). En relación con estos «mártires», es importante observar que la protesta de Juan no se limita a la matanza de los seguidores de Jesús; lamenta la pérdida de otras vidas segadas por su apego a altos ideales. Para hablar en términos de los ochenta, Juan no sólo llora el asesinato de Monseñor Romero en El Salvador, sino también el de Benigno Aquino en las Filipinas; el fascismo totalitario no tolera oposición alguna. Pero Juan no sólo levanta endecha por los que figuran en los periódicos; van incluidos los millares de indígenas masacrados en Guatemala y las multitudes sin rostro, incluidos mujeres y niños, que perecieron en Argentina bajo regímenes militares. Los que han de **alabar a nuestro Dios** son de todo tipo, **pequeños y grandes**.²⁷

19.1-5. Continúan los himnos de alegría que celebran el juicio de la ciudad prostituta. Las fuertes voces proceden del **cielo**;²⁸ y la mención de **los 24 ancianos** y **los cuatro seres vivientes** nos devuelve al escenario de los capítulos 4 y 5. Allí el problema por resolverse era el gran secreto que Dios llevaba en su mano derecha y que sólo el Cordero era digno de interpretar. Ahora, tras la apertura de los siete sellos,²⁹ que a su vez nos llevaron a oír las siete clarinadas y ver la libación de las siete copas de castigo, estamos ante la víspera del desenlace final: la aparición del Jinete y la instauración de su gobierno justo en el mundo.³⁰ Efectivamente, muchas cosas que nos tenían perplejos en los capítulos 4 y 5 —la herejía en la iglesia, los ataques externos que la mantenían pobre y oprimida, el

26 Contrástese 19.7-9.

27 Ap. 19.5. Es típico de Juan mencionar en primer término a los pequeños.

28 Cf. 18.20.

29 Ver la página xiv.

30 Ap. 19.11 - 20.15.

sufrimiento de los fieles, por ejemplo— han sido aclaradas en parte; hemos visto las artimañas del antirreino y sus efectos ecológicos y humanos, y hemos entendido mejor cómo opera el sacrificio de Jesús en el mundo, por medio de sus seguidores.

Sin embargo, no todo está claro. Persiste, por ejemplo, el problema del tiempo: ¿Ha de entenderse la ruina de Babilonia como un proceso («El humo de ella nunca dejará de subir»), o como una catástrofe del pasado («Dios ... ha vengado en ella la muerte de sus siervos»), o del futuro? Ya que Juan correlaciona tan claramente la caída de Babilonia y el descenso de la otra ciudad, Jerusalén, tras la victoria del Jinete (y es uno de los postulados de este comentario que esa victoria, la segunda venida de Cristo, es un acontecimiento histórico que todavía aguardamos), podemos concluir que la destrucción del comercio imperialista será un hecho futuro. Pero al mismo tiempo, parte de la tarea sacerdotal del creyente³¹ es luchar ahora mismo por relaciones económicas más justas, por una mejor distribución de la riqueza de la tierra.

La fiesta de las bodas del Cordero

Cap. 19.6-10

- 6 Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!
- 7 Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado.
- 8 Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos.
- 9 Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios.
- 10 Yo me postré a sus pies para adorarle. Y él me dijo: Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía.

Así como en el capítulo 5 el coro de voces que alaba al Señor se extiende hasta incluir «todas las cosas creadas por Dios en el cielo, en la tierra, debajo de la tierra y el mar»,¹ aquí también el vidente oye **algo como las voces de mucha gente**, un estruendo impresionante. Esta vez las voces preparan para presenciar el triunfo de Dios sobre todas las fuerzas antirreino.² Y la celebración toma la forma de un anuncio: **ha llegado el momento de las bodas del Cordero**, que equivale a decir, **ha comenzado a gobernar el Señor**. También hay una especie de invitación a las festividades: **Felices los que han sido invitados a la fiesta**, porque la misma naturaleza del reino de Dios es comunitaria. En la Biblia es inconcebible que Dios celebre su victoria a solas; desde 12.11 hemos entendido que no sólo «la sangre del Cordero» fundamenta ese triunfo, sino también el sacrificio voluntario de los seguidores del Cordero, que fluye de la obra de su Maestro. ¡Qué alegre el cuadro que Juan nos presenta

¹ Ap. 5.13.

² Estrictamente hablando, la sección llamada EL TRIUNFO comenzó en 16.17, con la séptima copa y la condenación de la gran prostituta.

³¹ Ver sobre 1.6 y 5.10.

del reino! A veces estamos tan «familiarizados» con la figura **bodas del Cordero** que se nos olvida cuán escandalosa es. Siguiendo pautas del Antiguo Testamento, Jesús y los autores del Nuevo Testamento no tienen reservas en comparar la unión entre hombre y mujer con la que existe entre Cristo y su pueblo.³

La comparación incluye aspectos tan terrestres como el vino que ameniza los varios días de alborozo, la ternura y erotismo de la pareja, y la participación de los amigos en la alegría. Pero esta novia, a diferencia de la lasciva Babilonia vestida llamativamente con púrpura y escarlata,⁴ es casta; **se ha preparado** pero no para destruir matrimonios legítimos: **se le ha permitido vestirse de lino fino, limpio y brillante, porque este lino es la recta conducta de los que pertenecen al pueblo de Dios.** Más tarde Juan presentará la consumación de este matrimonio como la bajada del cielo de la ciudad santa,⁵ como un convivio entre Dios y los hombres.

La breve sección termina con una nota extraña. Juan intenta **adorar** al ángel de su revelación y recibe una repulsa. Algo del gozo descrito o visto en la visión de las bodas del Cordero o de la ruina de Babilonia mueve a Juan a arrodillarse **a los pies** de su guía, pero éste se lo prohíbe terminantemente.⁶ ¡Aún un fanático de la fe pura como Juan se halla, en medio de su discurso contra la idolatría, adorando aquello que no es Dios! Porque definitivamente la idolatría es más que quemar incienso ante una estatua. Es atribuirle a alguien o a algo que no es Dios un valor absoluto y un significado dominante en la vida del hombre. «No hagas eso», dice el ángel, **«pues yo soy siervo de Dios, lo mismo que tú y tus hermanos que siguen fieles al testimonio de Jesús. Adora a Dios.»** El ángel no puede pretender una dignidad superior a la de un profeta o de otro cristiano decidido a vivir aquí como testigo de Jesús. **Pues ese testimonio de Jesús es el que inspira a los profetas.** Es notable cómo, en medio de la parte más apocalíptica del libro, Juan insiste en que su intención no ha sido la de escribir un libro DE REVELACIONES, sino compartir con sus hermanos la REVELACION de Jesús, aquélla que nos ayuda desde ahora a vivir como vencedores, como asociados con la salud, el reino, y las bodas de Jesús. En un mundo en el que existen falsos profetas como la Jezabel de Tiatira,⁷ hay que recalcar que el que verdaderamente posee el Espíritu profético es el mismo que vive testificando de Jesús,

3 Ver Mt. 22.3-14; 25.10; Lc. 14.8-11; Jn. 2.1-11; 3.29; Ef. 5.25-33.

4 Ver sobre 17.1-6.

5 Ap. 21.2-3.

6 Lo mismo sucede en 22.8-9.

7 Ver sobre 2.20-24.

quien a su vez dio un testimonio convincente del Padre y de sí mismo. Juan afirma que lo más importante no es especular sobre los detalles del juicio de los idólatras, sino vivir en la actualidad en plena fidelidad a Dios.

El jinete del caballo blanco

Cap. 19.11-21

- 11 Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea.
- 12 Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo.
- 13 Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS.
- 14 Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos.
- 15 De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso.
- 16 Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES.
- 17 Y vi a un ángel que estaba en pie en el sol, y clamó a gran voz, diciendo a todas las aves que vuelan en medio del cielo: Venid, y congregaos a la gran cena de Dios,
- 18 para que comáis carnes de reyes y de capitanes, y carnes de fuertes, carnes de caballos y de sus jinetes, y carnes de todos, libres y esclavos, pequeños y grandes.
- 19 Y vi a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos, reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su ejército.
- 20 Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y habían adorado su imagen.

Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre.

- 21 Y los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo, y todas las aves se saciaron de las carnes de ellos.

Apocalipsis está lleno de expresiones como «todavía no». En la serie de LOS SELLOS por ejemplo,⁸ los muertos debajo del altar preguntan, «Soberano santo ... ¿cuándo juzgarás a los habitantes de la tierra y vengarás nuestra muerte?» La única respuesta, en efecto, es: «Espere un poco más; no ha llegado el momento.» En cambio, ¡cuán grato es llegar ahora al desenlace del libro y saber que «no habrá más demora!»⁹ Después de esta aparición del jinete no habrá más necesidad de orar «¡Ven, Señor Jesús!»,¹⁰ porque el jinete lleva nombres inconfundibles como **Fiel y Verdadero, La Palabra de Dios, y Rey de reyes y Señor de señores**.¹¹ Estos nuevos nombres de Jesús¹² han sido desconocidos hasta ahora¹³ en el sentido de describir aspectos de sus funciones de los últimos tiempos. Los cristianos hemos aceptado por fe lo que las Escrituras afirman acerca de Jesucristo «llevado al cielo»,¹⁴ provisto del «más excelente de todos los nombres», «el Señor»,¹⁵ pero el mundo en general ignora todo esto. Para ellos Jesús simplemente desapareció después de su ejecución por los romanos, y los «cuentos inverosímiles» de la tumba vacía o de apariciones a sus discípulos sólo enturbian las investigaciones de su caso. En realidad estas personas tienen que ver con sus propios ojos este acontecimiento que llamamos «segunda venida»;¹⁶ para ellos no existen los «nombres nuevos». Este es el momento de la reivindicación pública del sacrificio de Jesús, y la respuesta al secreto que estaba en la diestra de Dios.¹⁷ Sólo a la luz de esta victoria visible a todos podemos comprender la historia humana, o las Escrituras que la explican.

Hasta ahora, entonces, el señorío de Jesús ha sido un «secreto» de los cristianos, que irrumpe en la historia terrestre sólo de vez en cuando, y

sabido a ciencia cierta sólo en el cielo.¹⁸ A partir de la segunda venida, sin embargo, el secreto explota con una fuerza tan incontenible como la de mil bombas de neutrones. Jesús, que ha visto todo el acontecer humano con sus ojos penetrantes, se presenta ante los ojos de todos para **revelar** todos los propósitos de Dios.¹⁹

Para entender este momento culminante de la historia necesitamos una revelación especial (**Vi el cielo abierto**).²⁰ Necesitamos saber, por ejemplo, que el jinete es el mismo Niño que nació de la Mujer vestida de sol (**gobernará a las naciones con cetro de hierro**),²¹ pues, aunque «fue quitado a la mujer y llevado ante Dios», regresa precisamente ahora como Héroe para Conquistar al dragón. Si leímos antes²² que «la mujer huyó al desierto ... Para que allí le dieran de comer durante mil doscientos sesenta días», ahora hemos de entender que el período de prueba para ella ha llegado a su fin. No habrá más persecución para el pueblo de Dios. También vale observar que este jinete es el mismo Hijo del Hombre (alguien con apariencia humana) que conocimos en la visión inicial (**sus ojos brillaban como llamas de fuego ... le salía de la boca una espada afilada**).²³ Si en el capítulo 1 la omnividencia y el juicio violento de Jesús parecían dirigidos a las iglesias,²⁴ esta vez se dirigen a los **enemigos** de las iglesias, con el resultado funesto descrito en los versículos 17-18 (**¡Vengan ... todas las aves de rapiña ... para que coman carnes de reyes, de jefes militares, etc.**).

Si la escena reviste las características violentas de una victoria militar.²⁵ Así es el lenguaje de los apocalipsis, un poco prestado de los profetas del Antiguo Testamento. No debemos tomarlo al pie de la letra, como si Dios se frotara las manos vindictivamente al destruir a sus enemigos. Tomemos en cuenta, por ejemplo, que la **espada afilada** con que el jinete **hiere a las naciones** procede de su boca como una especie de lengua, y justifica su título **La Palabra de Dios**; no es imposible que esta insigne victoria de Jesús sea el triunfo de la Palabra predicada. ¿Qué, entonces, de la **sangre** con que su **ropa va teñida**? ¿No es 1) la de sus

8 Ver sobre 6.9-11.

9 Ap. 10.6.

10 Ap. 22.20.

11 Ap. 19.11, 13 y 16.

12 Ap. 3.12.

13 «En la cabeza ... tenía un nombre escrito que solamente él conocía», 19.12.

14 Hch. 1.11; ver sobre Ap. 12.5.

15 Fil. 2.9-11.

16 Ap. 1.7; cf. 11.11-12.

17 Ver sobre 5.1-5.

18 Ver sobre 5.5-14.

19 Ver sobre 1.1, el significado de «Apocalipsis».

20 Cf. Is. 64.1-4, Ez. 1.1; Mr. 1.10, y particularmente Juan 1.51, donde se revela que Jesús es el Hijo del hombre, mediador entre la humanidad y Dios.

21 V. 15; cf. 12.5.

22 Ap. 12.6.

23 Vv. 12 y 15; cf. 1.14-15.

24 Ver los capítulos 2 y 3. Allí el juicio tiene que *comenzar* con la familia de Dios, 1 P. 4.17.

25 Ver la batalla en 12.7-9 con la que el dragón es expulsado del cielo. La misma expulsión se puede expresar en términos no militares, como en 12.1-6.

enemigos, pisoteados en su furor (**juzgará a las naciones como quien exprime uvas y las pisa con los pies**)?²⁶ Puede ser, pero hay otras dos posibilidades más consonantes con la enseñanza de Apocalipsis: 2) que la sangre sea la que Jesús mismo derramó en la cruz y que dejó manchada su ropa, o 3) que la sangre pertenezca a los mártires cristianos, «seguidores del Cordero».²⁷ Cuando el himno gritado del cielo en el capítulo 12 quiere explicar la victoria de los cristianos sobre el dragón, lo hace en los siguientes términos: «Nuestros hermanos lo han vencido con la sangre derramada del Cordero» — es decir, el punto 2) — «y con el mensaje que ellos proclamaron; no tuvieron miedo de perder la vida sino que estuvieron dispuestos a morir» — es decir, el punto 3).²⁸ Es más típico de un apocalipsis cristiano que el Mesías se presente para comenzar su reino, no sólo con su **cetno de hierro** y sus **ejércitos del cielo**, sino también con las marcas de su sacrificio y del precio pagado por sus seguidores.²⁹ Estamos acostumbrados a pensar en los **ejércitos del cielo** como compuestos de legiones de ángeles,³⁰ pero aquí los ejércitos tienen que ser esos mismos seguidores que en 14.4 acompañaban al Cordero «por dondequiera que va». El **lino fino, blanco y limpio** de la ropa de ellos contrasta notablemente con el vestido **teñido de sangre** de su Señor; aparentemente la sangre de él ha emblanquecido la ropa de ellos³¹ y la sangre de ellos ha teñido de rojo la túnica de él. En cuanto al **vino del terrible castigo que viene del furor del Dios todopoderoso**, tenemos que volver a 18.6 y 17.6 para entender cómo se emplea este símbolo del juicio. La copa de la ira fue mezclada originalmente por la misma Babilonia para hacer sufrir a los cristianos, pero Dios se la dio a ella y ella se emborrachó «de la sangre de los que pertenecen al pueblo de Dios». Como en el caso de las plagas en Apocalipsis, en que la destrucción de la tierra resulta directamente del egoísmo humano,³² el juicio ejecutado por el Mesías también devolverá a los asesinos sus propios actos funestos.

Entonces, cuando examinamos un poco más de cerca el lenguaje violento usado para la venida de Jesús y la batalla que sigue, descubrimos

26 Así Is. 63.3. Sin embargo, aquí en Apocalipsis la batalla no ha comenzado todavía.

27 Ap. 14.4.

28 Ap. 12.11.

29 Cf. las palabras del Resucitado a los discípulos en Juan 20.19-20: ¡Paz a ustedes! Como el Padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes.

30 Cf. Mt. 26.53.

31 Ap. 7.14; cf. 19.8.

32 Los 24 ancianos dicen en su acción de gracias a Dios: «destruirás a los que destruyen la tierra», Ap. 11.18.

que el mensaje del evangelio ha dado un nuevo contenido a muchos giros. Cuando por primera vez vimos a un jinete montado en un caballo blanco,³³ apareció como respuesta a la invitación dirigida a Jesús: «¡Ven!» Pero en vez de tener lugar la venida deseada por los cristianos, lo que vino fue la guerra de cuatro manifestaciones dolorosas, y la primera fue un guerrero que anhelaba la conquista. Como los famosos arqueros par-tos, este militarista buscó a toda costa el triunfo, y salió alentado por la pequeña guirnalda que Dios le confirió. Pero esta vez, en el capítulo 19, el jinete invitado por el «¡Ven!» de la Iglesia entera³⁴ es realmente Jesús. Cuidado, entonces, de revestirlo de las cualidades del primer jinete e imaginarlo como todo un conquistador. Su primera victoria como León dependió de su obediencia como Cordero;³⁵ ¿hemos de esperar una victoria «leonina» aquí en la venida? A lo mejor no; la victoria que realmente convence al mundo de la eficacia de la fe cristiana es la victoria de sus socios y cosoldados,³⁶ y ésta tiene la cualidad del Cordero.

Quizá el género apocalíptico, siempre preocupado por la lucha montada por el reino de Satanás contra el proyecto de Dios, obliga a Juan de Patmos a hablar aquí en términos de guerra. De todas maneras, él ha descrito en capítulos anteriores dos momentos de esta «batalla»,³⁷ de modo que podemos afirmar que los **ejércitos del cielo** efectivamente son los creyentes ya victoriosos y que las tropas que se declaran enemigas de Jesús son «los reyes de la tierra»³⁸ que se han prostituido con Babilonia, la ciudad idólatra. Se hallan aquí junto con sus secuaces, llamados en otros textos «los habitantes de la tierra». Juan quiere subrayar la naturaleza igualitaria de este ejército que odia a Dios; son **reyes ... jefes militares ... hombres valientes ... jinetes ... todos ... libres y ... esclavos ... pequeños y ... grandes**.³⁹

Pero poco valen a los reyes y generales sus impresionantes credenciales, o a los pequeños sus pretensiones de pertenecer a «los pobres de la tierra». Sean grandes o pequeños, si se oponen a Jesús y su reino, se van a convertir en — horrible expresión — **la gran cena de Dios**, el plato único de un banquete que Dios ha preparado para **todas las aves de**

33 Ver sobre 6.1-2.

34 Ap. 22.17 y 20.

35 Ap. 5.5.

36 «A los que salgan vencedores, les daré...» Ap. 2.7, 11, 17, etc. Cf. 12.11.

37 Ap. 16.13-16; 17.14.

38 Ap. 17.2, 13-14 y 18; 18.3 y 9.

39 V. 18.

rapiña.⁴⁰ Todo sucede rápidamente; Juan ve **al monstruo y a los reyes del mundo con sus ejércitos** en orden de batalla, y al instante el monstruo es **apresado junto con el falso profeta**, cuyos «milagros» ayudaron a convocar a tan numeroso ejército, y los dos son **arrojados vivos al lago de fuego**. En cuanto a los soldados que lo apoyaban, **la espada que sale de la boca del Mesías** hace su obra, y el banquete horripilante procede tal como se anunció.

La parte narrativa es relativamente clara. Ahora cabe hacer tres observaciones sobre el significado de la escena. ¿En qué sentido es el clímax del libro?

1) Hasta aquí el libro nos ha recordado constantemente el hecho de la soberanía de Dios. Es un «secreto clasificado» de los creyentes, no un dato público, ni un fenómeno verificable por «los habitantes del mundo». Pero con la venida de Jesús como Mesías⁴¹ esta soberanía sale a la luz; golpea a todo el mundo⁴² invirtiendo los valores imperantes. Si antes hubo llanto y lamentación de parte de los creyentes, ahora Dios les dará consuelo.⁴³ Si antes los ricos explotadores se saciaron de manjares, ahora tendrán hambre, porque Dios ha trastocado las condiciones humanas.⁴⁴ Ahora bien, el Salmo 2 habla claramente de esta inversión de valores que Juan ha venido comentando en toda la extensión de su libro, y aquí llega prácticamente al término de su relectura. Refresquémonos la memoria, porque el salmo provee una especie de bosquejo para el drama de Apocalipsis:

- 1 ¿Por qué se alborotan los pueblos paganos?
¿Por qué hacen planes sin sentido?
- 2 Los reyes y gobernantes de la tierra
se rebelan, y juntos conspiran
contra el Señor y su rey escogido.⁴⁵
- 3 Y gritan:
«¡Vamos a quitarnos sus cadenas!
¡Vamos a librarnos de sus ataduras!»

40 Cf. Mt. 22.1-14, donde el banquete que el rey da para la boda de su hijo choca con la resistencia violenta de algunos invitados; el v. 7 destaca el enojo consecuente del rey, quien «ordenó a sus soldados que mataran a aquellos asesinos y quemaran su pueblo».

41 El vocablo hebreo significa «ungido», escogido por Dios; en su forma griega es «Cristo».

42 «Todos lo verán, incluso los que lo traspasaron.» Ver sobre 1.7.

43 Mt. 5.4. Ver las demás bienaventuranzas, vv. 3-12.

44 Lc. 6.25. Ver los demás ayes, vv. 24-26.

45 Literalmente, su mesías.

- 4 El Señor, el que reina en el cielo,
se ríe de ellos;
- 5 luego, enojado, los asusta;
lleno de furor les dice:
- 6 «Ya he consagrado a mi rey
sobre Sión, mi monte santo.»
- 7 Voy a anunciar la decisión del Señor:
él me ha dicho: «Tu eres mi hijo;
yo te he engendrado hoy.
- 8 Pídemelo que te dé como herencia las naciones
y hasta el último rincón en propiedad del mundo,
y yo te los daré.
- 9 Con cetro de hierro destrozará a los reyes;
illos harás pedazos como a ollas de barro!»
- 10 Reyes y gobernantes de la tierra, entiendan esto,
¡aprendan bien esta lección!
- 11-12 Adoren al Señor con alegría y reverencia;
inclínense ante él con temblor,
no sea que se enoje
y ustedes mueran en el camino,
pues su furor se enciende fácilmente.

¡Felices los que buscan protección en él!

¿No es evidente que Dios ha concebido este plan? El salmista lo entendió, casi un milenio antes de Cristo, en relación con un rey que se coronaba en Jerusalén, y los autores del Nuevo Testamento lo entienden como referido a Jesús, el Ungido por excelencia. ¡Qué extraño que Dios, invisible y todopoderoso, use como agente de su plan de salvación a un hombre de origen humilde, un aldeano rechazado por mucha gente de su época! Pero ahora, en su venida, lo ha revelado por lo que realmente es: **un guerrero victorioso con muchas coronas**⁴⁶ en la cabeza y con nombres que propiamente sólo pertenecen al mismo Dios (**Fiel y Verdadero, La Palabra de Dios, Rey de reyes y Señor de señores**).⁴⁷ Y la mención de **ojos que brillaban como llamas de fuego** identifica a este jinete con el Hijo del Hombre de la visión inicial.⁴⁸ En otras palabras, Dios declara que Jesús es su sustituto en el mundo; el Cordero es igual

46 Contrástense las siete coronas del dragón, 12.3 y las 10 del primer monstruo, 13.1.

47 Compárese 22.6 y 19.9; y el título Amén en 3.14. Véase el título Logos en Jn. 1.1; en Sabiduría 18.15 la Palabra de Dios, armada de una espada como feroz guerrero, se abalanza sobre Egipto para exterminar a los primogénitos. Véase Ap. 17.14, donde el Cordero se identifica con el Señor de señores y Rey de reyes.

48 Ap. 1.13-14.

a Dios en honor y majestad.⁴⁹ En este sentido, Juan establece un importante paralelo entre los dos reinos: así como la relación entre el dragón y el primer monstruo es de jefe y lugarteniente, y se respeta la esfera de operación de cada cual, así resulta en el caso de Dios y su Mesías:

	reino de Dios	reino satánico
NIVEL CELESTIAL	Dios	el dragón
NIVEL TERRESTRE	Mesías = Cordero (19.11)	(primer) monstruo (13.1)

Dios no pelea directamente con el monstruo, porque ésa es tarea exclusiva del Mesías; tampoco pelea el dragón con el Mesías, porque ha escogido al monstruo para ser su representante en la esfera mundana. Este respeto de los niveles de operación nos ayuda a explicar a continuación por qué Juan describe dos «últimas batallas», una aquí, terrestre, y la otra en 20.7-10, capitaneada por los protagonistas del nivel celestial.

2) La soberanía de Dios no sólo se hace pública con la aparición del Mesías, sino que esa soberanía asume una forma sorprendente para el mundo. El reino utiliza en su victoria sobre los «sabios y fuertes» de este mundo instrumentos reputados como tontos y débiles.⁵⁰ Aun en el caso de Jesús, dotado de una fuerza única, las expectativas de que él trabajara como «león» tienen que modificarse; visto de cerca, el león realmente es «cordero».⁵¹

Cuando Juan dice que el Mesías **con rectitud gobernaba**, usa una expresión que también se puede traducir «juzga con justicia». Con ella evoca un tema predilecto en la Biblia: los jueces han de emitir decisiones sin acepción de personas. Es decir, los poderosos de la sociedad no deben prevalecer sobre los marginados en un proceso en el que rige «la justicia»; el juez garantiza que los pequeños reciban el trato equitativo que merecen. Por eso el «canto de Moisés y el canto del Cordero» alaban a Dios con las palabras:⁵²

«Rectos y verdaderos son tus caminos,
oh Rey de las naciones...

49 Ver sobre 21.11 y 22.1.

50 1 Co. 1.26-29.

51 Ver sobre Ap. 5.5-6.

52 Ap. 15.3-4.

todas las naciones vendrán y te adorarán,
porque tus juicios han sido manifestados.»

En la época bíblica el verbo «juzgar» se usaba para describir el papel que el testigo jugaba en el proceso legal. Sobre esta evidencia se declara inocente o culpable al acusado.⁵³ De manera que en esta escena presentamos no sólo una batalla sino también un proceso en el que Jesús, el testigo fiel, testifica acerca de los grandes y los pequeños. Para gran sorpresa del mundo, los grandes saldrán como acusados y culpables y los pequeños como justificados y vindicados. Esta inversión de la escala de valores es lo que Juan llama «manifestar los juicios de Dios», porque los caminos de él son «rectos y verdaderos».⁵⁴ En vez de decir, pues: «Jesús juzgará a su pueblo», se puede traducir: «Jesús salvará a su pueblo; vendrá a socorrerlo y defenderlo contra sus opresores.» En cuanto a los perseguidores, sin embargo, «juzgar» lleva una carga muy negativa; podemos traducir: «Jesús revelará claramente la culpa de los opresores; condenará su injusticia asesina.» Y el instrumento de este juicio será la **espada afilada que sale de su boca**; con esta arma impondrá sobre los **incrédulos el furor del Dios todopoderoso**, porque él es el **Rey de reyes y Señor de señores**.⁵⁵

3) Cuando estudiamos **LOS SELLOS** observamos a un jinete que venía cabalgando sobre un caballo blanco.⁵⁶ ¿Qué tiene en común con el jinete que acabamos de ver en 19.11? Solamente el color de su bestia. Veamos un cuadro comparativo:

APOCALIPSIS 6.1-2	19.11-16
Una voz fuerte de uno de los seres vivientes: «¡Ven!	Cielo abierto
Un caballo blanco.	Un caballo blanco.
Un jinete que lleva un arco en la mano.	Un jinete llamado Fiel y Verdadero, de cuya boca sale una espada; = juez y guerrero justo, gobernante de las naciones.
	Muchas diademas.
	Ojos brillantes como llamas de fuego.
Una guirnalda otorgada (¿por Dios?)	Nombre secreto escrito.

53 «También la reina del Sur se levantará en el día del juicio, cuando se juzgue a la gente de este tiempo, y la condenará», Mt. 12.42.

54 Cf. Jn. 16.7-11.

55 En cambio, los creyentes llegan a reconocer quién es «La Palabra de Dios» por el poder de esa misma «espada». Cf. cómo en el clímax del relato del evangelio de Juan, el discípulo Tomás exclama su confesión de quién es Jesús: «Mi Señor y mi Dios!», Jn. 20.28.

56 Ver sobre 6.2.

(Primer integrante de un desfile trágico de cuatro jinetes, cuyos caballos son de diferentes colores.)

Meta del jinete: el triunfo constante.

Ropa teñida de sangre.

Nombre: La Palabra de Dios.

Acompañantes: los ejércitos del cielo, montados también en caballos blancos y vestidos de blanco.

Ahora bien, casi todos los estudiosos de Apocalipsis creemos que la segunda columna se refiere a Jesús, pero hay diferencias de opinión sobre el jinete de la primera columna. ¿Será posible que Juan quiera iniciar el primer septenario —y las tres series describen principalmente catástrofes— con una aparición de Jesús que sale a triunfar en el mundo?⁵⁷ ¿Sería capaz de incluir en una descripción de los horrores de la guerra la salida de Jesús como el victorioso empeñado en seguir triunfando? Creemos que no.

Con todo, esta interpretación que acabamos de rechazar conserva una verdad importante: la apariencia del jinete de 6.2 hará creer a muchos que efectivamente se trata de Jesús. Por ejemplo, la voz de trueno que procede del cielo grita «¡Ven!» y este imperativo siempre se dirige en Apocalipsis al Señor Jesús.⁵⁸ ¿No sería lógico pensar que, tras semejante invitación, el siguiente personaje que aparece fuera Jesús? Pero Juan simplemente expresa en lenguaje apocalíptico lo que Jesús había señalado en su sermón sobre las cosas últimas: «Tengan cuidado de que nadie los engañe.»⁵⁹ Porque vendrán muchos haciéndose pasar por mí. Dirán: 'Yo soy', y engañarán a mucha gente ... Si entonces alguien les dice a ustedes: 'Miren, aquí está el Mesías', o 'Miren, allí está', no le crean.» Hoy mucha gente que cree que el Mesías debe imponer su reinado por la fuerza, cuando ven salir a algún general o almirante prepotente, lo declaran el Ungido de Dios y Salvador del mundo, pero se equivocan. Jesús, en su mismo sermón, profetizó que así sucedería: «Cuando ustedes tengan noticias de que hay guerras aquí y allá, no se asusten. Así tiene que ocurrir; sin embargo, aún no será el fin.»⁶⁰ En otras palabras, aunque la invitación «¡Ven!» se dirige a Jesús, su venida tiene que aguardar ciertos acontecimientos previos, como por ejemplo guerras, terremotos y hambres. Aquel militarista afanoso de ganar batallas de 6.2 *no* es Jesús, sino un precursor que se le parece.

4) Cuando Juan describe la verdadera venida del Mesías, insiste en la **sangre** que tiñe la túnica que éste lleva. Como hemos visto,⁶¹ es probable que este detalle simbolice la participación de los seguidores del Cordero en la victoria de su Señor. En otras palabras, el triunfo que hace posible la venida gloriosa de Jesús pertenece en parte a los cristianos. Todos los lectores de Apocalipsis debemos tomar a pecho este mensaje simbólico cuando nos vemos tentados a quejarnos por la tardanza de la venida, porque la otra cara de la moneda es ésta: somos responsables en la misma medida del hecho de que hoy, 19 siglos más tarde, Cristo no haya venido todavía. Cuando la Iglesia vive embelesada por la Babilonia o acobardada por las amenazas del monstruo —en otras palabras, enamorada de su propia vida física y su comodidad—⁶² ¿cómo es posible que el Señor venga a establecer su reinado de amor y justicia? La culpa de la tardanza no es de él.

⁵⁷ Los cuatro jinetes, 6.1-8.

⁵⁸ Ver sobre 6.1.

⁵⁹ Mr. 13.5-6 y 21.

⁶⁰ Mr. 13.7.

⁶¹ Ver la p. 199.

⁶² Ver sobre 6.11; cf. Fil. 2.8.

CAPITULO XX

Los mil años

Cap. 20.1-6

- 1 Vi a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano.
- 2 Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años;
- 3 y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso su sello sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años; y después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo.
- 4 Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años.
- 5 Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección.
- 6 Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años.

Si hay un elemento que más que cualquier otro ha dejado perplejos a los comentaristas, es este pequeño párrafo sobre el milenio (los mil años en que reina el Mesías, reinado distinguido, sin embargo, del reino eterno). Su interpretación ha motivado matanzas, persecuciones, excomuniones y recios debates en todo nivel. La contribución de este comentario a un campo tan reñido será bien modesta, pero si no podemos decir la última palabra, esperamos cuando menos que nuestra palabra «penúltima» ilumine el pasaje valiéndose de las líneas de interpretación que hemos seguidos en el resto del libro.

Primero, ¿qué sucesos conducen a este reino mesiánico? Acabamos de ver que el jinete, que es el Mesías Jesús, es revelado como conquistador y Señor por excelencia. La batalla que él libra contra los reyes del

mundo con sus ejércitos tiene como fin la defensa de su soberanía ante el reto lanzado por el monstruo y el falso profeta.¹ Con la victoria de Jesús y la destrucción física de los soldados humanos,² el monstruo y el falso profeta son arrojados vivos al lago de fuego. Luego se menciona por primera vez en muchos capítulos al dragón, personaje principal del antirreino. ¿A él se lo lanzará también al lago de fuego? No, su papel se prolonga todavía; solamente es encadenado por mil años y arrojado al abismo, el lugar de los muertos.³ De allí no puede salir (El ángel puso un sello sobre la puerta para que no engañara a las naciones hasta que pasaran los mil años); durante el milenio es como un muerto.⁴

En segundo lugar, ¿qué sucede al final del milenio? Para contestar esta pregunta, tenemos que entrar en la sección que sigue.

Derrota del diablo

Cap. 20.7-10

- 7 Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión,
- 8 y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar.
- 9 Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió.
- 10 Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.

Al cabo de los mil años⁵ Satanás será soltado de su prisión; Dios le dará la libertad de realizar su última rebelión. Como el escenario de cualquier batalla en la que Satanás puede participar es la tierra, este

1 Ver sobre 13.1-18.

2 Ver sobre «la gran cena de Dios», 19.17.

3 Cf. Lc. 8.31, donde el abismo se interpreta como un lugar indeseable para los demonios. La palabra ocurre también en Ap. 9.1 y 11; 11.7 (como sinónimo del mar, origen del primer monstruo).

4 Según Ro. 10.7, el abismo es el lugar donde uno tendría que buscar a Cristo si éste no hubiera resucitado.

5 Período mencionado seis veces en seis versículos.

desencadenamiento equivale a una subida del lugar de los muertos hasta el nivel de los vivos, es decir, una especie de resurrección. Pero la liberación sólo dura **un poco de tiempo**. Las tropas que reúne, **numerosas como la arena del mar**, logran subir **por lo ancho de la tierra** y rodear el **campamento/ciudad que Dios ama**; allí termina la batalla. Cae **fuego del cielo** que devora las tropas; y el diablo es **arrojado** completamente abajo, para acompañar a sus lacayos **el monstruo y el falso profeta en el lago de fuego**. Allí serán atormentados ... **por todos los siglos**.

Conviene resumir aquí la carrera descendiente del diablo/Satanás/dragón/antigua serpiente:⁶

CIELO	El dragón acusa a los hermanos. Por el «nacimiento» del niño (la muerte y resurrección de Jesús) y por la batalla de Miguel y sus ángeles, el dragón es echado abajo.
TIERRA	El dragón, por medio de sus monstruos, ⁷ persigue a los cristianos, y ayuda a montar la «última batalla», Armagedón. Jesús, el Jinete, gana la batalla. Un ángel sujeta al dragón con una cadena y lo arroja abajo.
ABISMO	El dragón, limitado durante mil años, es soltado del abismo para montar la «última batalla» de Gog y Magog. ⁸ Fuego del cielo consume a sus ejércitos.
LAGO DE FUEGO	El dragón es echado completamente abajo, para ser atormentado eternamente.

Para los hermanos perseguidos de todos los siglos ¡qué consolador es saber que el enemigo ya ha sido vencido! Sin embargo, esa pseudoresurrección representada por la flecha ascendente, mucho más sería que la pseudoresurrección del primer monstruo,⁹ causa consternación en los cristianos que leemos este libro. ¿Por qué permitiría Dios que aquel mentiroso se soltara de su prisión de mil años? Aparentemente, Juan quiere subrayar el mensaje: el mal tiene reservas de vitalidad casi insospechadas,

6 Ap. 12.9.

7 Ap. 19.11-20.3.

8 Ap. 20.7-10.

9 Ver sobre 13.3.

y muere con gran dificultad. El cristiano no puede darse el lujo de dormirse sobre los laureles. ¡El gran engañador sólo está reclutando más soldados para su próxima rebelión!¹⁰ Y esto es cierto, trátase del período presente o del milenio.

En tercer lugar, ¿cómo hemos de interpretar la naturaleza del milenio? ¿Qué nos quiere decir Juan al introducir la idea de este reinado de Cristo, no mencionado como tal en otros pasajes que tratan de los últimos hechos de la historia?¹¹

Se han dado fundamentalmente tres respuestas a esta pregunta,¹² y el nombre que recibe cada una alude a la relación entre el reinado y el momento de la venida de Cristo:

1) La escuela *posmilenialista* cree que Cristo vendrá *después* del milenio; el regreso de Cristo no ocurrirá hasta que el reino de Dios haya sido establecido por la Iglesia en la historia humana. Así que para estos intérpretes, 19.11-21 no describe una llegada literal de Cristo sino que afirma en forma simbólica que los principios cristianos triunfarán en la esfera humana y que Cristo será victorioso allí por medio de su Iglesia. Después de semejante «época de oro», Jesucristo aparecerá para levantar a los muertos, juzgar al mundo e instalar el nuevo orden eterno.

2) En cambio, la escuela *amilenialista* no espera un reino milenial de Cristo, sea antes o después de su gloriosa venida. Esta interpretación de Apocalipsis 20 presupone el principio de la recapitulación: basándose en la estructura del libro, entiende que Apocalipsis no relata una serie de hechos consecutivos sino que a menudo cubre el mismo campo desde diferentes perspectivas. En este caso, **los mil años** simplemente describen la salvación que en otras partes del libro se presenta con otras figuras.

Con frecuencia, los intérpretes de esta escuela identifican la atadura del dragón y su encarcelamiento en el abismo con la victoria lograda por Jesús sobre él en su ministerio terrenal. Es evidente que los Evangelios presentan a Jesús como si ya hubiera atado a Satanás y lo hubiera arrojado de su sede de poder;¹³ esta victoria sobre el maligno también se

10 Nótese, sin embargo, que el reclutamiento durante el milenio se distingue de «engañar a las naciones» (v. 3), actividad que sólo se le permite al concluir los mil años.

11 Por ejemplo, el sermón de Jesús, Mr. 13.3-32; Mt. 24.29-44; Lc. 21.25-36, o los argumentos de Pablo en 1 Ts. 4.13 - 5.11; 2 Ts. 2.2-12; 1 Co. 15.22-28, 50-57.

12 Ver G.E. Ladd, *El Apocalipsis de Juan: Un comentario*, pp. 231-233.

13 Mt. 12.29, Lc. 10.18.

refleja en Apocalipsis.¹⁴ Lo difícil de decidir es si la atadura de Satanás en Apocalipsis 20 es la misma mencionada en Mateo 12 o se trata de un hecho futuro.

La **primera resurrección** es una frase enigmática (ya que Juan nunca la completa con la mención de una «segunda resurrección») que los amilenialistas interpretan de dos maneras:

a) Algunos ven aquí la resurrección para la vida eterna, una realidad espiritual que experimenta cada creyente cuando se convierte.¹⁵ El reinado de Cristo con sus santos es ya el reino manifestado en la historia por medio de la Iglesia, o el reinado espiritual de los creyentes con Cristo «en lugares celestiales».¹⁶ Los mil años no describe literalmente un período de la historia sino que, valiéndose de una cifra simbólica, representan toda la historia de la Iglesia terrestre, entre la resurrección de Cristo y su retorno.

b) Otra interpretación amilenialista entiende la resurrección y reinado de los creyentes con Cristo como una representación del destino de los mártires. Aunque fueron asesinados, no han muerto realmente; de hecho, viven y reinan con Cristo en el cielo. El milenio es la era de la Iglesia en la que los santos mártires reinan en el cielo, en espera de la resurrección de su cuerpo.

Para resumir, estas dos escuelas posmilenialistas interpretan con optimismo el papel de los seres humanos; aun antes de la irrupción repentina de la venida de Jesucristo, los creyentes habrán ganado la batalla contra las fuerzas del mal. Por otra parte, los amilenialistas, quizá por reticencia ante los excesos fanáticos de muchos milenialistas, se pronuncian en contra de cualquier descripción de logros humanos en asuntos de salvación. No hay milenio, y punto. Dicen que hay que entender simbólicamente cualquier lenguaje que describa una victoria terrenal de Jesús, y que este triunfo sólo se verá en la nueva creación llamada «Jerusalén bajada del cielo».

3) Más acorde con la tonalidad de este comentario es la postura *premilenialista*, que entiende el capítulo 20 de Apocalipsis como profecía del futuro. Ya que los creyentes, a pesar de sus mejores esfuerzos, no habrán traído o construido el reino, Jesucristo vendrá al mundo para instalarlo; y luego de esta venida, Satanás será encadenado y los creyentes resucitarán para unirse con Jesús en su gobierno temporal sobre la tie-

¹⁴ Ver sobre 12.9.

¹⁵ Jn. 5.25; Ef. 2.5-6.

¹⁶ Ef. 2.6.

rra. Este reino milenial terminará con una última rebelión satánica y el juicio final.

a) Una variante del premilenialismo, muy difundida pero que riñe fuertemente con las líneas directrices del presente comentario, es el dispensacionalismo. Esta escuela ve el reino milenial primordialmente en términos de las promesas teocráticas que Dios hizo a Israel. En la interpretación dispensacionalista de Apocalipsis, estas presuposiciones rigen de tal manera, que los capítulos 4 a 18 supuestamente tratan del destino de Israel restaurado en los últimos días y no de la Iglesia. ¡No son los cristianos los que pasan por la gran tribulación descrita aquí (estos habrán sido trasladados al cielo en un «rpto secreto»), sino judíos convertidos en forma misteriosa y masiva a su Mesías!¹⁷ Como hemos vislumbrado a lo largo de este libro, semejante doctrina adormece a la Iglesia actual, ya que presupone que los detalles de Apocalipsis, tomados literalmente, nos proveen un mapa infalible del futuro, pero un futuro que pertenece a otros.

b) Es preferible reconocer en los creyentes sufridos de Apocalipsis 4-18 la Iglesia verdadera, compuesta principalmente de gentiles. Aun su testimonio eficaz, dado en palabra y acción, no logra la conversión del mundo, y para que la obra salvífica de Jesús tenga plena repercusión, es necesario que él retorne visiblemente a la tierra y, junto con los creyentes de todas las épocas, gobierne (**para juzgar; reinarán**) durante un largo período (**mil años**), el último de la historia. Tres razones nos impulsan a adoptar esta postura futurista:

1) La primera, estructural, respeta la fuerte impresión de que EL TRIUNFO (16.17-22.5) presenta una serie conexa de visiones con cierta pretensión de ser una secuencia cronológica; esto implica que el milenio del capítulo 20 no es una recapitulación, un regreso al comienzo de la historia de la salvación, sino la secuela necesaria de la segunda venida.

2) La segunda, exegética. Si Juan usa en el versículo 4 **volvieron a vivir** para hablar de los que reinan **con Cristo mil años**, y el mismo verbo en el versículo 5 para describir la resurrección de **los otros muertos** al final del milenio, ¿por qué interpretar el primer uso como simbólico (la conversión a Cristo) y el segundo como literal? (Y casi todos los estudiosos de Apocalipsis admiten que el versículo 5 trata de una resurrección del cuerpo). Aun en un libro misterioso como éste, el autor tiene que señalar por el contexto y la sintaxis cualquier cambio abrupto en el significado de un término, y una señal así falta por completo.

¹⁷ Ver sobre 4.1.

3) La tercera, teológica, es la más importante. Solamente esta escuela da suficiente peso a la gracia de Dios que *opera en la tierra*, es decir a la victoria de Jesucristo gracias a su *encarnación*. ¿Cómo puede un autor como Juan postergar el triunfo visible de Jesús hasta un momento pos-histórico, en el que la presente creación habrá desaparecido? ¿Dónde está la eficacia de la obra «consumada» por aquel «Verbo hecho carne» que vino a «echar su tabernáculo entre la humanidad»?¹⁸ La escuela juanina ubicada en Efeso y que produjo, además de Apocalipsis y las Cartas de Juan, el Evangelio de Juan, insiste mucho en que los acontecimientos de Semana Santa tendrán una enorme repercusión en el mundo: «cuando yo [Jesús] sea levantado de la tierra, atraeré a todos a mí mismo».¹⁹ Para Juan de Patmos, el Dios Creador y Redentor tiene un plan no sólo para individuos humanos aislados, sino para su creación entera. Este plan, realizado paulatinamente en la historia, tiene que buscar su vindicación también en la historia. Algún día tiene que llegar el momento en que se pueda decir: «El reinado sobre el mundo ha pasado a nuestro Señor y a su Mesías»,²⁰ ya que «el universo espera con gran impaciencia el momento en que los hijos de Dios sean dados a conocer».²¹ Sin una vindicación tal, la victoria de Jesús queda trunca en lo que a este mundo se refiere; un secreto guardado «entre nos», y los poderes del mal siguen gobernando acá abajo. No; el mensaje unánime del Nuevo Testamento es que la sangre de Jesús y la tumba vacía garantizan un desenlace en que «todos lo verán»,²² es decir, en que Jesucristo será reconocido por lo que es por todos los seres humanos, incluidos los incrédulos.²³

Aunque Juan es el único autor del Nuevo Testamento que menciona el milenio, ¿por qué negarle su particular inspiración en este respecto? Al fin y al cabo, ningún texto del Antiguo Testamento, ningún concepto rabínico u otra tradición lo obligaba a introducir un reinado mesiánico concluido por una segunda «última batalla»; si así lo hubiera deseado, los mártires de 20.4 podrían haberse trasladado de una vez al cielo, porque existen muchos precedentes para tal concepto. Si no lo construye así, es porque él, al igual que los profetas y particularmente Jesús, realmente cree en la importancia de la vida llevada por los seres humanos y de la historia trazada por las naciones en este planeta. Además, el plan juanino

no difiere mucho del paulino; al referirse Pablo al orden en que las etapas de la resurrección tendrán lugar, parece distinguir tres momentos:²⁴

Cristo en primer lugar;	después, cuando Cristo to vuelva, los que son suyos;	entonces vendrá el fin, cuando Cristo derrote a todos los señores, autoridades y poderes, y entregue el reino al Dios y Padre.
-------------------------	--	--

Pablo, al no fusionar las etapas dos y tres, parece dejar lugar para un milenio, aunque no introduce el concepto. Además, al estilo de Juan, insiste en respetar los niveles: hay un reinado mesiánico que termina antes del comienzo del reinado eterno en que Dios Padre será «todo en todos».²⁵

Procedamos rápidamente a comentar algunos detalles de 20.1-10. Cuando Juan habla de **a quienes les cortaron la cabeza por haber sido fieles**,²⁶ no se refiere sólo a mártires, ni mucho menos meramente a los decapitados. Así como para él todos los creyentes en Jesús son «vírgenes» en virtud de su fe sacrificada, todos son igualmente mártires, aun cuando mueran pacíficamente en su cama.²⁷ Ya hemos argüido que Juan rehúsa hacer distinciones entre cristianos que mueren violentamente y los que manifiestan su lealtad por una *vida* comprometida pero que no mueren martirizados.²⁸ Este compromiso se expresa en términos que vimos en el capítulo 13: **ellos no habían adorado al monstruo ni a su imagen, ni se habían dejado poner su marca en la frente o en la mano**. Como indica 13.15, tales cristianos son un desafío para el gobierno imperialista, una subversión tan intolerable, que están bajo pena de muerte; cuando menos, su estado económico será siempre precario.²⁹ Recordemos también las promesas hechas a los vencedores en los siete mensajes de la PRIMERA PARTE de Apocalipsis: «les daré autoridad sobre las naciones»; «les daré un lugar conmigo en mi trono».³⁰ No parecen limitar esta bendición meramente a los decapitados. Del mismo modo, 5.9-10

18 Jn. 19.30; 1.14.

19 Jn. 12.32.

20 Ap. 11.15, Nueva Biblia Española.

21 Ro. 8.19.

22 Ap. 1.7.

23 Cf. Fil. 2.10-11.

24 1 Co. 15.22-18.

25 1 Co. 15.28.

26 V. 4.

27 Ver sobre 14.4; 18.24; 6.9-11.

28 Jn. 21.18-22.

29 «Nadie podía comprar ni vender», Ap. 13.17.

30 Ap. 2.26; 3.21.

alaba al Cordero por lo que ha hecho por *todos* los redimidos: «compraste para Dios gentes de toda raza ... De ellos hiciste un reino, hiciste sacerdotes para nuestro Dios, y reinarán sobre la tierra».³¹

Si hemos acertado al definir a los «mártires» como todos los creyentes desde la creación hasta la venida de Jesucristo,³² los otros muertos tienen que ser los no creyentes de todas las edades. Según el versículo 5a, **no volvieron a vivir hasta después de los mil años**; es decir, la vida histórica de ellos no valió para nada y no dejó simiente en el suelo de la humanidad, y por tanto Dios apenas los toma en consideración.³³ Tan difícil es aplicarles la palabra **vivir** que Juan rehúsa llamar «segunda resurrección» a este volver a vivir. La mayoría de los que estudiamos Apocalipsis, entonces, nos vemos obligados a entender el versículo 5a como un paréntesis acerca del futuro de los no-creyentes. La segunda parte del versículo, **ésta es la primera resurrección**, vuelve al tema predilecto, el de los seguidores del Cordero, y el versículo 6 continúa describiendo su bienaventuranza (**¡Dichosos los que tienen parte en la primera resurrección, pues pertenecen al pueblo de Dios!**). Juan no precisa cómo los santos — dotados de cuerpo de resurrección — pueden convivir con seres humanos (**las naciones de todo el mundo**, v. 8) que habitan en el tiempo y el espacio, supuestamente como nosotros. Pero quizá no debamos levantar preguntas de esta naturaleza.

¿Habrá en los nombres **Gog y Magog**³⁴ alguna pista para ubicar geográficamente la última batalla? No; son tan misteriosos y mistificantes como «Armagedón»,³⁵ que es el «lugar» de la (primera) última batalla. En Ezequiel 38.2, Gog es el príncipe de la tierra de Magog y viene del norte (pero en los días de los profetas, casi cualquier enemigo de Israel o Judá vendría de esa dirección) para guerrear contra el pueblo de Dios.³⁶ Aquí **Gog y Magog** simboliza todas las naciones hostiles a Dios y que odian a sus seguidores. Ninguna de las naciones del mundo actual carece de su buena dosis de esta hostilidad y este odio.

10. El reino satánico, el antirreino, llega a su punto más bajo. El término **lago** recuerda el «mar» ominoso, el caos del que surge el primer

31 Aquí también en 20.6 Juan asocia las ideas «sacerdotes de Dios y de Cristo» y «reinarán con él en los mil años».

32 V. 5.

33 Ver los vv. 12-13, el juicio universal.

34 V. 8.

35 Ap. 16.16.

36 Ver Ez. caps. 36-48, que han influido en la estructura de esta última parte de Apocalipsis.

monstruo;³⁷ en cierto sentido, **el diablo** es devuelto a su propio elemento, pero ahora no es a un lago de agua sino de **fuego y azufre**,³⁸ lo cual sugiere destrucción y castigo. El triunvirato — **diablo, monstruo y falso profeta** — no es aniquilado sino transferido a una horrible existencia sin fin (**serán atormentados día y noche por todos los siglos**).

El juicio ante el gran trono blanco

Cap. 20. 11-15

- 11 Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos.
- 12 Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.
- 13 Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras.
- 14 Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda.
- 15 Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.

Cuando el proyecto dragónico llega a su fin definitivo (el diablo no tendrá más acceso **a las naciones para engañarlas**, ni a los individuos),³⁹ Dios puede efectuar la evaluación de todos los seres humanos de la historia. En un sentido, **la primera resurrección**⁴⁰ ha separado ya de la masa de la humanidad a los creyentes, y todos los hombres y mujeres que quedan para ser juzgados son incrédulos.⁴¹ Por tanto, Juan los describe

37 Ap. 11.7; 13.1.

38 Especialmente como recuerdo del juicio sobre Sodoma y Gomorra, Gn. 19.13-29. Pero el fuego del lago ya comenzó su obra cuando Dios lo mandó contra las tropas en Ap. 20.9.

39 Vv. 8-10. Tampoco tendremos que orar «Libranos del maligno», Mt. 6.13.

40 Ver sobre el v. 5.

41 Vv. 12-13.

con otras expresiones como **el mar entregó sus muertos y los muertos fueron juzgados, evitando así llamar «resurrección» a este volver a vivir que no conduce a la verdadera vida**⁴² sino a una aterradora muerte segunda.⁴³

Es llamativa en gran manera la escena que Juan pinta del Juicio Final. En primer lugar, todo refugio o escondite de los transgresores es removido:⁴⁴ **desaparecieron completamente de la tierra y el cielo**. Va incluido de manera particular el **mar**, aunque no es mencionado hasta 21.1. De la creación antigua se dice lo mismo que de «el dragón y sus ángeles»:⁴⁵ «ya no hubo lugar para ellos». Es decir, hemos llegado a una nueva etapa en el plan de Dios, y ahora no cabe lo que antes él toleraba. En este momento del tribunal de juicio, es como si el gran trono blanco se expandiera para llenar toda la pantalla de la realidad, obliterando así todo lo que antes tenía realidad. Y dada la reiteración frecuente en las Escrituras de la idea «la obra creada de Dios está firme y permanente»,⁴⁶ nos sorprende esta desaparición de los elementos físicos y celestiales. Evidentemente estamos en la encrucijada más decisiva de la historia.

En segundo lugar, la base del juicio son las obras (**fueron juzgados de acuerdo con sus hechos y con lo que estaba escrito en aquellos libros**). Esta afirmación es acorde a muchas otras del Nuevo Testamento:⁴⁷ los seres humanos son salvos por la fe aparte de las obras, y sin embargo Dios ha dispuesto de antemano que los salvos practiquen buenas obras. Por tanto, el fallo judicial depende de este criterio. Con todo, Juan no presenta un cuadro mecanicista del juicio, como si un contador angelical pudiera calcular, con base en **los libros abiertos**, quién tiene cuenta con saldo de buenas obras y quién la tiene con déficit. Por decirlo así, Dios abre **otro libro, el de la vida**,⁴⁸ un registro que pertenece al Cordero; los nombres que aparecen allí afectan la auditoría de Dios,⁴⁹ las cosas que él decide recordar y las que él prefiere olvidar acerca de **cada uno**. Pero

42 Ver sobre el v. 5a.

43 Así como Juan omite mencionar «la segunda resurrección», hace lo mismo con «la primera muerte», pero creemos que ésta tendría que ser la muerte física.

44 Ver sobre 6.12-17, en que los reyes impenitentes y otros se esconden en las cuevas y rocas de las montañas y les piden «¡Caigan sobre nosotros y escóndannos de la presencia de [Dios]!».

45 Ap. 12.8.

46 Por ejemplo, Gn. 9.11.

47 Por ejemplo, Ro. 2.6; 1 P. 1.17; Ef. 2.8-10; Mt. 25.14-30.

48 Ap. 17.8; 3.5.

49 Ap. 18.5.

él decide recordar y las que él prefiere olvidar acerca de **cada uno**. Pero así como el juicio efectuado en relación con la venida de Jesús⁵⁰ es ejecutado sólo por él como Palabra y como Fiel y Verdadero, este juicio al final del milenio está exclusivamente en manos de Dios Padre.⁵¹ Probablemente este cambio de protagonista se deba al respeto que Juan tiene por los «niveles de lucha»:⁵² cuando el contrincante diabólico es el monstruo (junto con el falso profeta), el Cordero es el único que le puede dar batalla; pero cuando se trata de la derrota final del dragón/diablo, sólo el Padre la puede llevar a cabo.

En tercer lugar, los oponentes del reino son consignados a las llamas **por todos los siglos** (v. 10) en un «lugar» denominado **lago de fuego**.⁵³ Habiendo visto en los últimos versículos la desaparición de tierra, cielo y mar, nos sorprendemos un poco al darnos cuenta de que la única realidad de la creación antigua que Dios retiene en la nueva es este **lago que es la muerte segunda**. Lo menos que podemos decir en respuesta es que la santidad de Dios lo obliga a mantener esta reliquia de la rebelión humana; subsiste como recordatorio trágico,⁵⁴ aunque no sea motivo de «lágrimas» al tomar en cuenta el gran designio de Dios.

Nos alegra más bien ver ejecutada la primera sentencia: **el reino de la muerte** es arrojado allí, y esto significa que jamás habrá más enemigos de Dios, ni, por tanto, ocupantes del lugar de los muertos.⁵⁵ La otra sentencia es una seria advertencia que nos motiva a evangelizar: la gente **que no tenía su nombre escrito en el libro de la vida** y que ha sido juzgada **por lo que había hecho** es también arrojada al lugar de suplicio, como cómplices del triunvirato maligno.⁵⁶ Según el Evangelio de Mateo, Jesús también insiste en que «el fuego eterno», aunque «preparado para el diablo y sus ángeles», tendrá que devorar igualmente a los seres humanos cuyas obras — las realizadas y omitidas — muestran que sus nombres no aparecen en el libro de la vida.⁵⁷

50 Ap. 19.11-21.

51 Cristo deja de ser activo en el drama entre 20.6 y 21.9.

52 Ver las pp. 114-116.

53 Ver sobre el v. 10.

54 Ap. 21.4.

55 Pablo también afirma que la muerte es el último enemigo; su destrucción por Dios eliminará el último obstáculo a la voluntad divina, 1 Co. 15.26 y 54.

56 Cf. 21.8, y ver sobre 19.20.

57 Mt. 25.41-43. Aquí el Hijo del Hombre dice: «Apártense de mí, ustedes que están bajo maldición.» Sobre el pasaje, consúltese el libro de Pikaza mencionado en la Bibliografía, 249-250.

CAPITULO XXI

El cielo nuevo y la tierra nueva

Cap. 21.1-8

- 1 Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más.
- 2 Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido.
- 3 Y oí una gran voz del ciclo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios.
- 4 Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.
- 5 Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas.
- 6 Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida.
- 7 El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo.
- 8 Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.

Basta de escenas de destrucción y juicio; el resto del cuadro apocalíptico es puro deleite. Juan dedica los próximos 32 versículos a una visión profética del reino de Dios, ya no temporal (o milenial) sino definitivo. Con sobrada razón, los creyentes de todos los siglos han leído con más detenimiento esta visión que cualquier otra sección de Apocalipsis, saboreando sus detalles. Describe una realidad que técnicamente se llama «utopía» (situación ideal; la perfección que se puede imaginar).

Desafortunadamente, la palabra «utopía» se usa popularmente para mofarse de ideas irrealizables y planes destinados al fracaso, como si se tratara de sueños alocados. A decir verdad, la humanidad actual necesita urgentemente de utopías en el sentido de modelos (de sociedad, por ejemplo) a los cuales apuntar; es menester proponernos metas realmente humanas y cristianas, a fin de salir de la mediocridad que aceptamos como «inevitable». Por eso, Apocalipsis ha jugado un papel importante en la elaboración de proyectos de alto y mediano vuelo que en cada generación intentan hacer concreto y visible el proyecto de Dios. Es cierto que la lectura descontextualizada de esta utopía ha conducido también a muchas ilusiones vanas y planes para evadir (en vez de transformar) la realidad. Recordemos una vez más que Juan de Patmos era un exiliado que con toda probabilidad provocó con sus actos «subversivos» la ira del Estado represivo; no era un soñador evasivo. Cuando él escribe acerca de la **calle de oro** de la nueva Jerusalén,¹ no piensa en fugarse de las calles contaminadas de su propio ambiente, sino en cambiarlas, siempre con la mira puesta en la ciudad definitiva que Dios ha prometido.

La utopía aquí dibujada no nos toma del todo desprevenidos. Desde las primeras páginas de Apocalipsis Juan nos ha hablado de promesas a los vencedores, de la gran multitud vestida de blanco, del cántico triunfal de Moisés y el Cordero, y de la fiesta de bodas del Cordero. Y ahora, cual nuevo Moisés, Juan se para en el monte Pisga y divisa la Tierra Prometida;² y este vistazo responde a la pregunta de los mártires: «Soberano santo y fiel, ¿cuándo ...?»³ y le da la razón a Dios por haber hecho esperar tanto a su Iglesia. El saber este poquito de su conclusión hace creíble y tolerable la historia humana. Parte del problema humano ha sido el marco en que se desarrolla la historia; aunque la creación procede de Dios, la organización (cosmos) que ella implica ha sido usurpada por poderes maléficos. Mejor dicho, en su gran mayoría la humanidad prefirió obedecer a las tinieblas que a la luz,⁴ y esta opción deja su impronta en todo el globo terráqueo. Para traer el desenlace feliz, Dios primero tiene que destruir este encuadre, **cielo y tierra**, e incluso **el mar**.⁵ Esta «huida» de la antigua creación deja un vacío que no dura nada.⁶ El vi-

1 Ap. 21.21.

2 Ap. 21.10; Dt. 34.1.

3 Ap. 6.10.

4 Jn. 19-20.

5 Ver sobre 4.6 y 13.1. Nótese que no habrá «mar» alguno en la nueva creación, y Juan no habla aquí del «primer mar».

6 Ap. 20.11.

dente divisa sin demora la nueva realidad, **cielo nuevo y tierra nueva**,⁷ y oye de dónde procede la gran transformación. Si hay dinamismo y cambio renovador en el universo, si la existencia de las cosas no es estática, es porque el Creador es tanto Persona como Redentor.⁸ El Dios de Apocalipsis es el Dios desconforme con la creación que conocemos hoy, el Dios que siempre desea producir un orden espontáneamente obediente a su reinado.

¡Qué gozo nos da oír su voz!, ya que la última vez que Dios mismo habló fue al comienzo del libro, cuando dijo: «Yo soy el alfa y la omega, el que es y era y ha de venir.»⁹ Ahora anuncia, desde el futuro definitivo, que *ha venido*; dice: «**Yo hago nuevas todas las cosas.**» Pero un Dios transformador no puede contentarse con el simple hecho; tiene que comunicarse con su pueblo amado y explicarle su acción. Añade la instrucción a Juan: «**Escribe, porque estas palabras son verdaderas y dignas de confianza.**» Es decir, todo lo que leemos acerca de esta utopía en los versículos que siguen, lejos de ser un cuadro ilusorio para entretener a gente soñadora y crédula, es un *proyecto* que Dios propone a los creyentes que vivimos hoy. Es como si dijera: «Yo sé que ustedes no son el Creador; hay aspectos del proyecto que sólo yo puedo realizar. Pero éste es el Mundo Nuevo que está dentro de mi plan, y no pienso realizarlo sin la plena cooperación de cada uno de ustedes. ¡Hagamos nuevas todas las cosas!» A la luz de la nueva Jerusalén, ningún seguidor de Jesús tiene derecho a cruzarse de brazos y decir con falsa humildad: «¿Quién soy yo frente a la maldad de este mundo? Esperaré a que Dios traiga — él sólo — su sociedad perfecta.» Entonces ¿para qué nos tiene Dios aquí como sus «reyes y sacerdotes»?¹⁰

El cuadro apocalíptico del proyecto es tan hermoso que todo comentarista se tienta a acariciar los detalles — identificar las alusiones al Antiguo Testamento, los paralelos con otras utopías, etc. —; pero debido a las limitaciones de espacio, nos restringiremos a anotar lo siguiente:

Juan tiene que valerse de tres analogías para describir la nueva Realidad, pues una sola no basta. Son como tres alegorías que se entremezclan un poco: **cielo nuevo y ... tierra nueva, ciudad santa, y novia vestida para su prometido**. Las últimas dos añaden al aspecto cósmico

una nota cálida y humana; hablan de la consumación de grandes expectativas. La **ciudad** es una macroestructura que simboliza la sociedad humana, mientras que la pareja en sus nupcias es una microestructura que simboliza la intimidad más dulce de nuestra experiencia. Ambas estructuras han sido estropeadas por el egoísmo humano y son actualmente parangones del fracaso causado por el pecado. Sin embargo, el don de Dios las rescatará.

Sorprende al lector descubrir que el cuadro del reino definitivo no transporta a los creyentes a algún cielo, sino que los deja sobre la tierra — pero, eso sí, una tierra recreada. Juan lo dice bien claro: **Vi una ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de la presencia de Dios ... Y oí una fuerte voz ... que decía: «Dios vive ahora entre los hombres.»** No es que la humanidad sea transferida a la morada de Dios para asumir una existencia semiangelical, sino que el «tabernáculo»¹¹ de Dios baja del cielo hasta la tierra para difundirse por doquier entre los resucitados. Más bien, desaparece todo vestigio de edificio cúlrico;¹² en la Ciudad no hace falta, ya que Dios y pueblo se confunden así como en el abrazo nupcial se interpenetran los novios. Digámoslo de nuevo en otros términos: esta **gran ciudad santa** no surge simplemente, cual ave Fénix, de las cenizas de Babilonia. Más bien es una obra nueva de Dios, lo cual implica que los seres humanos, aun con la ayuda de la gracia, no la podemos construir.

Pero por otra parte, ¿qué es lo que Dios nos obsequia para nuestra eterna felicidad? Ni más ni menos que una **ciudad**, emblema de todos los desaciertos del hombre. Pero ya han sido removidas todas sus lacras (**Secaré todas las lágrimas de ellos, y ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor, porque todo esto que antes existía ha dejado de existir**); junto con cielo, tierra y mar, «huyeron de la presencia»¹³ del Creador. La ciudad construida por la raza humana resultó una Babilonia — vil prostituta, aunque seductora hasta el fin —, mientras que la ciudad que ha descendido del cielo es una **novia** casta y bella, ataviada para el momento culminante de la unión con el **prometido**. Se llama **nueva Jerusalén**, nombre doblemente significativo por la baja estima en que Juan tiene a la Jerusalén terrestre.¹⁴ ¡Cuántas lágrimas ha provocado durante su larga historia la «Jerusalén que mata a los profetas»!¹⁵

7 V. 5.

8 Cf. lo que dice 2 Co. 5.17 de la transformación del individuo: «el que está unido a Cristo es una nueva persona (literalmente «creación nueva»). Las cosas viejas pasaron; lo que ahora hay, es nuevo.»

9 Ap. 1.8.

10 Ver sobre 1.6; 5.10 y 20.6.

11 V. 3, griego.

12 Ver sobre 21.22.

13 Ap. 20. 11, griego.

14 Ver sobre 11.8.

15 Mt. 23.37.

¡Cuánta muerte y dolor ha causado «la actual Jerusalén ... sometida a esclavitud junto con sus hijos»!¹⁶ Pero, en la nueva creación, Jerusalén ha sido transformada. Todo el sueño de David al fundar un aparato religioso en Jerusalén se realiza ahora; de verdad el nombre de Yahvé «será siempre engrandecido» en la nueva Jerusalén.¹⁷

Es fácil discernir en esta utopía el propósito evangelístico de Juan. Mezcladas entre afirmaciones de la inmutable soberanía de Dios («Ya está hecho. Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin») están las invitaciones tiernas del Señor («al que tenga sed le daré a beber ... ; el que salga vencedor recibirá todo esto como herencia ...») y las advertencias severas («pero en cuanto a los cobardes, los incrédulos, etc. ... a ellos les tocará ir al lago de azufre ardiente ...») que nos recuerdan que desde el punto de vista del lector, la utopía no se ha hecho realidad todavía. Queda abierta aún la posibilidad de tomar decisiones.

De la lista de los pecadores excluidos de las bendiciones prometidas, no nos cuesta imaginar por qué los cobardes merecen primera mención. Bajo un régimen totalitario, que infunde el terror que hace que los cristianos apostaten, la irresolución frente a la amenaza violenta es el pecado que más asedia al pueblo.¹⁸ Cuando la policía secreta o el escuadrón de la muerte llama a la puerta a las dos de la mañana, o aun cuando se nos priva a largo plazo de la posibilidad de «comprar o vender»¹⁹ es difícil no actuar como cobardes.

La nueva Jerusalén

Caps. 21.9 - 22.5

- 9 Vino entonces a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras, y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero.
- 10 Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios,

¹⁶ Gá. 4.25.

¹⁷ 2 S. 7.26.

¹⁸ Cf. 13.9-10; «... se los llevarán presos; ... a filo de espada los matarán.» Por eso, los que pertenecen al pueblo de Dios necesitan fortaleza y fe.»

¹⁹ Ap. 13.17.

- 11 teniendo la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal.
- 12 Tenía un muro grande y alto con doce puertas; y en las puertas, doce ángeles, y nombres inscritos, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel;
- 13 al oriente tres puertas; al norte tres puertas; al sur tres puertas; al occidente tres puertas.
- 14 Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero.
- 15 El que hablaba conmigo tenía una caña de medir, de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su muro.
- 16 La ciudad se halla establecida en cuadro, y su longitud es igual a su anchura; y él midió la ciudad con la caña, doce mil estadios; la longitud, la altura y la anchura de ella son iguales.
- 17 Y midió su muro, ciento cuarenta y cuatro codos, de medida de hombre, la cual es de ángel.
- 18 El material de su muro era de jaspe; pero la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio;
- 19 y los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda piedra preciosa. El primer cimiento era jaspe; el segundo, zafiro; el tercero, ágata; el cuarto, esmeralda;
- 20 el quinto, ónice; el sexto, cornalina; el séptimo, crisólito; el octavo, berilo; el noveno, topacio; el décimo, crisoprasso; el undécimo, jacinto; el duodécimo, amatista.
- 21 Las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas era una perla. Y la calle de la ciudad era de oro puro, transparente como vidrio.
- 22 Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero.
- 23 La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera.

- 24 Y las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella.
- 25 Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche.
- 26 Y llevarán la gloria y la honra de las naciones a ella.
- 27 No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.

CAPITULO XXII

- 1 Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero.
- 2 En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones.
- 3 Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán,
- 4 y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes.
- 5 No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos.

El último septenario, LAS COPAS DEL CASTIGO, barrió delante de sí la oposición al plan de Dios. Las copas vaciaron sobre la creación **las siete últimas calamidades** y prepararon negativamente para esta última escena de las visiones apocalípticas. Quizá esto explica por qué el guía que Dios manda a Juan sea **uno de los siete ángeles que tenían las siete copas**. Así como otro de estos siete ángeles le mostró «el castigo de la gran prostituta»,²⁰ éste le va a enseñar **a la novia, la esposa del Cordero**. Pero de inmediato la metáfora de una hermosa mujer se transforma en otra: la de una hermosa **ciudad**.

Aquí detectamos un caso en que Juan usa un recurso literario para subrayar contrastes en el contenido del mensaje del evangelio: presenta un aspecto bajo la forma de algo que él *escucha*; luego, realza otro aspec-

²⁰ Ap. 17.1.

to presentándolo como algo que *ve* en sus visiones. Su intención es siempre la de dar preferencia al segundo aspecto. A continuación ofrecemos una lista parcial de pasajes que ilustran esta tendencia:²¹

LO QUE OYE

5.5 me dijo: «... el León de la tribu de Judá ... ha vencido y puede abrir el rollo ...»

6.1 oí que uno de aquellos ... seres vivientes decía ...: «¡Ven!» (creando así la expectativa de la venida de Cristo).

7.4 oí el número de los ... señalados: ciento cuarenta y cuatro mil de entre todas las tribus israelitas.

21.9 Uno de los ... ángeles ... me dijo: «Ven, te voy a enseñar a la novia, la esposa del Cordero.»

LO QUE VE

5.6 Entonces, en medio del trono ... vi un Cordero.

6.2 Miré, y vi un caballo blanco, y el que lo montaba llevaba un arco (sugiriendo así a un conquistador que ama la guerra y por tanto posterga la venida de Cristo).

7.9 Después ... miré y vi una gran multitud de todas las naciones, ... y eran tantos que nadie podía contarlos.

21.10 Y en la visión ... el ángel ... me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén.

En muchos casos de esta índole, Juan expresa lo que *oye* en simbología del Antiguo Testamento, mientras que lo que *ve* modifica este concepto a la luz de lo que Dios ha hecho en Cristo Jesús. Aquí en el capítulo 21, la metáfora de la **novia** da lugar a la de la **ciudad**, como si la unión de Jesús y su Iglesia encontrara su clímax, no tanto en el abrazo de dos seres amantes, sino en la sociedad perfecta, en la que **el Dios todopoderoso** y **el Cordero** permean toda la existencia de los redimidos.²²

Sí, el gobierno de Dios cunde por toda la ciudad. Cuando vimos a Dios sentado en su trono en una visión anterior,²³ Juan no se atrevió a describir su persona; se contentó con simbolizarla con el resplandor de una piedra preciosa, el **jaspe**. Aquí vuelve a aparecer la luz que despiden un jaspe **transparente como el cristal**, pero ya no escondida en un cielo inaccesible, sino plenamente visible en la tierra renovada.²⁴ Este reino de Dios ¿tiene enemigos? No, porque la muralla, que Juan llama **grande y alta** — y lo es según nuestras normas —, queda ridículamente baja comparada con la altura de la ciudad, como podemos apreciar en el dibujo de la página siguiente.²⁵

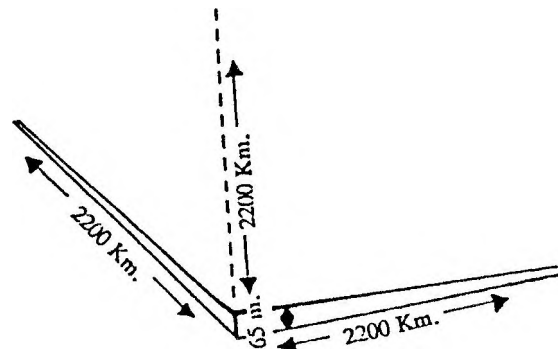
²¹ En cuanto al v. 6.2 del cuadro, ver también sobre Ap. 19.11.

²² V. 22.

²³ Ap. 4.3.

²⁴ Ver los vv. 23-24.

²⁵ La otra vez que vimos la medición de un recinto, 11.1-2, el propósito fue protegerlo. Aquí el propósito es diferente.



Además, sus **doce puertas no se cierran de día**²⁶ y como allí no existe la noche, siempre están abiertas. Por primera vez en Apocalipsis el proyecto de Dios no encuentra oposición alguna.

Juan tiene que mencionar **puertas y muralla**, porque conformaban necesariamente la definición de ciudad que todos entendían; pero, a decir verdad, no hacen sino embellecerla, porque, como hemos visto, la única realidad fuera de la ciudad es el lago de fuego.²⁷ Nadie querrá salir de esta Jerusalén, y tampoco entra en ella **nada impuro, ni nadie que haga cosas odiosas o engañosas**.²⁸ Si Juan todavía menciona **las naciones y los reyes del mundo**, es porque son residentes y no extraños;²⁹ se han convertido, y ahora Jesucristo realmente «tiene autoridad sobre los reyes de la tierra».³⁰

Esta ciudad tiene raíces en la antigua alianza que Dios hizo con el pueblo judío (en las **doce puertas de la muralla están escritos los nombres de las doce tribus de Israel**) y al mismo tiempo se fundamenta en el nuevo pueblo escogido por Jesús (en las **doce piedras que la muralla tiene como base están escritos los nombres de los doce apóstoles del Cordero**).³¹ El mismo énfasis se expresa en la forma cúbica de la ciudad. Según las dimensiones que Dios dictó a Salomón, el lugar Santísimo del templo de Jerusalén debía medir 9 metros en cada uno de sus tres dimensiones,³² un cubo perfecto para ejemplificar la Morada de Dios en medio

26 Vv. 12, 25.

27 Ver sobre 20. 10.

28 V. 27.

29 V. 24.

30 Ap. 1.5.

31 Ver sobre 4.4, «veinticuatro ancianos».

32 1 R. 6. 20.

de su pueblo. Ahora, según la nueva inspiración que Juan recibe, hemos de entender que la presencia divina se expandirá, en la etapa final del reino, hasta abarcar la totalidad de nuestra experiencia.

¿Cómo puede un vidente describir sugestivamente una realidad tan perfecta? Juan echa mano de los materiales de construcción: mientras que la muralla es **de piedra de jaspé**, la ciudad misma es hecha **de oro puro, como vidrio pulido**; aun su **calle principal** comparte este honor. Y la base de la muralla está incrustada de **jaspé, zafiro, ágata, esmeralda** y otras piedras vistosas. Si en la parábola de Jesús un mercader de joyas «encuentra una perla de mucho valor» y para comprarla vende «todo lo que tiene»,³³ ¿cuánto valor y hermosura tendrá **una perla** de suficiente tamaño como para formar la puerta de una ciudad? Para lectores del primer siglo de las clases menos privilegiadas, semejante derroche de lujo y magnificencia debe haber sugerido mucho acerca del amor de ese Artífice por sus redimidos, y de la felicidad que les espera.

A primera vista, la falta de **santuario** en la ciudad panteísmo, sino de un Dios personal que siempre ha anhelado comunicarse con sus criaturas, y ahora ve colmados todos sus proyectos. Se ha hecho inmediatamente accesible (el Señor, el Dios todopoderoso, es su santuario, y también el Cordero ... y sus siervos ... **lo verán cara a cara**),³⁴ y esta «visión beatífica» afecta todas las esferas de la vida. Aquí y ahora nosotros dividimos las cosas, personas e instituciones en categorías nítidas como «sagradas» y «seculares», o «limpias» e «inmundas»; pero en la ciudad todo será diferente. En ella todo cuanto pueda dedicarse a Dios se ha santificado; es decir, es un sacramento que nos habla de su presencia penetrante.

Durante milenios **la luz** ha servido a la filosofía, la poesía y la religión como símbolo de Dios. En la ciudad, que **no necesita ni sol ni luna que la alumbren**, Dios es su **resplandor**, y su **lámpara es el Cordero**. Generalmente, en nuestra realidad cotidiana el fulgor de la luz implica la presencia contrastante de las tinieblas, así como la presencia de un santuario implica la ausencia efectiva de Dios en otras partes. Pero la nueva Jerusalén carece no sólo de templo sino también de rincones oscuros: **allí no hay noche, porque Dios el Señor les dará su luz**.³⁵

Una laguna que consterna al lector es la falta de actividad humana. En el reinado de Dios deben prevalecer las mismas ocupaciones que aquí y ahora nos proporcionan placer, y muchas otras que no se nos han ocu-

33 Mt. 13.46.

34 Ap. 22.4-5.

35 Ap. 21.25, 22.5.

rrido. Pero, ¡qué estático es este cuadro! Sólo indirectamente (las naciones caminarán a su luz ... los reyes del mundo le entregarán sus riquezas ... solamente entrarán los creyentes ... los siervos del Cordero lo adorarán ... lo verán cara a cara ... y reinarán por todos los siglos) sugiere que se trata, de veras, de un cuadro paradisíaco procedente del mundo judeocristiano, donde el Creador es el paradigma de la perfección — un Dios incesantemente activo. Pero no exijamos demasiado del vidente de Patmos; esta visión enfoca una ciudad distante,³⁶ cuyas actividades cotidianas no se divisan con claridad. Cada lector llenará la frase **reinarán por todos los siglos** con su contenido predilecto; es mejor así. Sólo sabemos que la vida eterna³⁷ que los salvos disfrutarán plenamente es consonante con todo lo que representa el Cordero: fidelidad, autoentrega, amor al Padre, obediencia y servicio.

22.1. Entramos evidentemente en una nueva fase de la descripción; la Jerusalén que baja del cielo es también el paraíso,³⁸ el huerto de Edén, abierto de par en par³⁹ a fin de proporcionar todo deleite a los habitantes. Ya no se trata simplemente de una pareja; el enorme cubo da cabida a «tantos que nadie [podrá] contarlos».⁴⁰ Y el paraíso ofrece su río ... de agua de vida ... y su árbol de la vida con fruto variado y hojas medicinales; allá toda maldición será olvidada. Antes «el Señor andaba por el jardín a la hora en que sopla el viento de la tarde»,⁴¹ lo que sugiere compañerismo pero también la tendencia humana a pecar; ahora la presencia de Dios con la humanidad toma la forma de un trono, **el trono de Dios y del Cordero**, y la actividad humana es la muy íntima de **adorar**. Decimos «íntima» porque toda esta descripción de la nueva Jerusalén es una glosa del concepto de la novia⁴² que se une con su marido. Si Adán y Eva «llegan a ser como una sola persona»⁴³ sin sentir vergüenza por su desnudez, aquí Dios y la humanidad redimida alcanzan la misma unión de confianza y amor absolutos.

Juan ha llegado al punto culminante de su revelación. ¿Por qué no concluye su libro con las palabras y ellos **reinarán por todos los siglos**?

36 Como el monte Pisga dio a Moisés apenas un vistazo de la Tierra de Canaán, Dt. 3.25-27.

37 Cf. 1. Co. 2.9.

38 Gn. 2.4b-15.

39 Contrástese Gn. 3.24: Dios «puso ... unos seres alados y una espada ardiendo ... para evitar que nadie llegara al árbol de la vida.»

40 Ap. 7.9.

41 Gn. 3.8.

42 Ap. 21.2-3 y 9.

43 Gn. 2.24.

Precisamente porque no es una predicción detallada, un vaticinio para colmar nuestra curiosidad por saber el futuro, sino un **mensaje profético**, un libro «recibido de Dios»⁴⁴ cuyo fin es llevarnos a adorar al Señor. La última sección del libro respira una atmósfera de culto.

44 Ap. 22.7; 1.2.

4. Conclusión

La venida de Jesucristo está cerca

Cap. 22.6-21

- 6 Y me dijo: Estas palabras son fieles y verdaderas. Y el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel, para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto.
- 7 ¡He aquí, vengo pronto! Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro.
- 8 Yo Juan soy el que oyó y vio estas cosas. Y después que las hube oído y visto, me postré para adorar a los pies del ángel que me mostraba estas cosas.
- 9 Pero él me dijo: Mira, no lo hagas; porque yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios.
- 10 Y me dijo: No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca.
- 11 El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía.
- 12 He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra.
- 13 Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último.
- 14 Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad.
- 15 Mas los perros estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira.
- 16 Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana.

- 17 Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente.
- 18 Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro.
- 19 Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro.
- 20 El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús.
- 21 La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén.

La escena del «monte grande y alto» se encoge repentinamente,¹ como la imagen de un televisor cuando el aparato se apaga, y el ángel intérprete pronuncia su epílogo al drama. Del futuro y su perfección volvemos al año 96 — año de Domiciano —, y Juan recibe la confirmación de que su inspiración profética viene de Dios y que las cosas de su libro **pronto van a suceder.**² Y los misterios no se revelan a Juan para su propia satisfacción: Dios piensa **mostrarlos** a todos **sus siervos**. ¡Qué lástima que tantos cristianos dejen de lado el libro de Apocalipsis, o lo lean como una predicción fría de acontecimientos impersonales!

El libro apela a la espiritualidad y compromiso de cada creyente, así como cuando a veces estando en un culto, uno siente que la voz del Señor le habla personalmente. «**¡Vengo pronto!**»³ dice Jesús, y luego pronuncia la penúltima de las siete bienaventuranzas: «**¡Dichoso el que hace caso del mensaje profético que está escrito en este libro!**» ¿Qué implica **hacer caso**? Si el libro fuera una compilación de vaticinios, un listado de sucesos predeterminados, no haría falta tal exhortación — Dios haría que todo se cumpliera inexorablemente, con o sin nuestra cooperación —; pero como se trata de **mensaje profético** y Juan nos ha transportado a un ambiente de culto, hemos de entender la invitación a **hacer caso**, a la luz (por ejemplo) de los capítulos 11-13. «Sean mis testigos», dice en efecto el

1 Ap. 21.10.

2 La frase es una cita de 1.1.

3 Tres veces en esta CONCLUSION Jesús repite la promesa de venir pronto; ver vv. 12 y 20.

Señor. «Ya que ustedes conocen la naturaleza del conflicto entre monstruo y Cordero, Babilonia y la nueva Jerusalén, los invito a participar en la única victoria que puede vencer al mundo: la entrega de la vida. Tras el Calvario viene la tumba vacía, y yo los acompaño en todo.»

En esta conclusión intervienen muchos locutores. Ya han hablado el ángel y Jesús; ahora le toca al vidente (**Yo, Juan, vi y oí estas cosas**), pero sorprendentemente repite el episodio de 19.10 en el que se le prohibió **adorar** a su ángel intérprete. Juan tiene —no cabe duda— una lección central que enseñarnos con esta repetición: a veces un autor apocalíptico se enamora de su tarea de revelador (**me arrodillé a los pies del ángel**), como si el transmitir el futuro a los contemporáneos lo elevase a uno a categorías prácticamente divinas, cuando en realidad la dignidad de un profeta consiste en su fidelidad como testigo de Jesús (**«No hagas eso, pues yo soy siervo de Dios, lo mismo que tú y que tus hermanos los profetas y que todos los que hacen caso de lo que está escrito en este libro ...»**). El ser humano, cuando es fiel seguidor del Cordero, equivale a cualquier ángel en cuanto al respeto que merece; como no es su inferior, no debe arrodillarse ante tal criatura (**«Adora a Dios solamente»**). Juan busca corregir la perspectiva de muchos de sus lectores, que sobrevaloran el don de predecir el futuro; más precioso es ser, por palabras y acciones, portador ante los hermanos de la revelación de Jesús, especialmente de cara a la feroz persecución que se avecina.

Sí, falta poco para que se cumpla **el mensaje profético** que Juan está poniendo por escrito. Mientras que otras profecías terminan con la instrucción «Guarda en secreto (literalmente, sella) esta profecía,⁴ pues se cumplirá cuando haya pasado mucho tiempo», este mensaje ha de publicarse libremente **porque ya se acerca el tiempo de su cumplimiento.**⁵ De esto, Juan saca el corolario de que las personas demostrarán sus cualidades básicas durante la tremenda prueba que está a vuelta de esquina: la prueba para los cristianos será purificadora, pero para los no cristianos, ocasión de hundirse más en su desobediencia (**«deja que el malo siga en su maldad ... pero que el bueno siga haciendo el bien»**). Tan poca oportunidad queda —el telón final está cayendo sobre el drama de la historia— que la acción sobre el escenario está congelada para el Juicio final. Pero hemos visto que Juan, lejos de ser fatalista, cree en la posibilidad del arrepentimiento.⁶ De manera que digámoslo así: aunque el proverbio determinista parece cerrar la puerta a cualquier cambio de

4 Dn. 8.26, 12.4 y 9.

5 Ver sobre 1.9, los otros apocalipsis que se atribuyen a caudillos del pasado.

6 Ver sobre 11.13, por ejemplo.

conducta, Juan no lo entiende así. Mientras hay vida, hay oportunidad de volverse a Dios, pero la brevedad del tiempo debe dar qué pensar al rebelde. ¡Que no se congele tal cual está en su desobediencia!

En el versículo 12 interviene de nuevo la voz de Jesús,⁷ esta vez como juez. La última vez que oímos **Yo soy el alfa y la omega**,⁸ quien hablaba era Dios Padre,⁹ pero para Juan no hay en absoluto blasfemia en lo que Jesucristo dice ahora porque, en su calidad de Cordero, éste comparte con su Padre el trono del universo.¹⁰

Los versículos 14-15 forman un paréntesis insertado en la afirmación de Jesús;¹¹ tienen como propósito definir, primero en forma positiva¹² y luego negativa, la correspondencia entre la profesión de fe de los cristianos y su manera de vivir. Los cultos cristianos en Asia Menor parecen haber subrayado con fuerza estas consecuencias.¹³ Conductas del tipo enumerado aquí no pueden coexistir con la vida redimida. El Jesús que confesamos en adoración como Señor exige una obediencia concreta que puede ser costosa (**pero afuera se quedarán los pervertidos, los que practican la brujería, etc.**).

Otra vez Jesús se autoidentifica en el versículo 16.¹⁴ **El retoño que desciende de David y la estrella brillante de la mañana** son imágenes tomadas del Antiguo Testamento¹⁵ y aplicadas a Jesús por los primeros cristianos. Es como si Jesús irrumpiera en un culto —toda la CONCLUSION es un culto variado— para afirmar:¹⁶ «No sólo mi Padre manda a las iglesias de Asia Menor el mensaje de este libro,¹⁷ sino también yo, el Mesías prometido y portavoz de la revelación,¹⁸ he tenido parte también en su inspiración. Gracias a mi muerte y resurrección, traigo buenas noticias de nuevo brote de vida (**retoño**) y augurio de victoria sobre el mal (**estrella**).»

7 Ver sobre 20.11-15.

8 Ap. 1.8.

9 Esto nos resulta más llamativo a la luz del v.9, donde el ángel quiere evitar toda confusión entre Creador y criatura. Cf. He. 1.4 - 2.18, donde se destaca la superioridad de Jesús con respecto a los ángeles.

10 Por ejemplo, 22.1.

11 Vv. 12-13 y 16.

12 Dichosos los que lavan sus ropas ..., la última bienaventuranza de Apocalipsis. Para el contenido, cf. 7.14.

13 Cf. 21.8, un paralelo exacto al v. 15.

14 Cf. el v. 13 y los siete «yo soy» del Evangelio de Juan: Jn. 6.35, 8.12, 10.9, etc.

15 Is. 11.1 y 10; Nm. 24.17; cf. Ap. 5.5 y 2.28.

16 V. 6.

17 Caps. 2 - 3.

18 Ver sobre 1.1-2.

Se suceden uno tras otro pequeños párrafos en forma de diálogo, con cambios abruptos de tema. Jesús acaba de hablar con tanto optimismo que el **Espíritu** de los profetas, junto con la Iglesia entera (**la esposa del Cordero**) gritan a una: «¡Ven!». ¹⁹ El evangelio no nos deja indiferentes; a quien lo oye se lo invita a permitir que el espíritu profético que ruega «¡Ven!» se exprese en él. ²⁰ Esta petición esperanzada equivale a saciar la **sed con el agua de la vida**, que no cuesta nada.

En muchos apocalipsis se **advierte** a los lectores contra **añadir** o **quitar** algo del libro. ²¹ Los versículos 18-19 cumplen esta función en la profecía de Juan, procurando así mantenerla inviolable, a prueba de variaciones introducidas por copistas, lectores y predicadores. Aunque la advertencia es un lugar común, ²² hay que tomarla en serio en el sentido de respetar el contenido de esta palabra de Dios. No discernir en Apocalipsis las señales de la venida de Jesucristo sería equivalente a no ver en el mundo la realización del plan salvífico de Dios; sería imaginarse más bien atrapado en una serie de acontecimientos meramente catastróficos. En cambio, el que acepta Apocalipsis como un libro realmente profético — y no sólo apocalíptico — abraza también el papel de vencedor y testigo que es el destino de todo seguidor del Cordero.

Jesús, en su última intervención en el libro, reitera su promesa: «**Sí, vengo pronto**», ²³ y ésta provoca a su vez la respuesta de la congregación que asiste a este culto: **Así sea. ¡Ven, Señor Jesús!** ¿Y quiénes componen esta congregación, si no nosotros? A juzgar por éste y otros fragmentos litúrgicos incrustados en el Nuevo Testamento y ciertas obras contemporáneas, ²⁴ el culto cristiano terminaba, a fines del primer siglo, con una secuencia así:

- Invitación a acudir a Dios (Ap. 22.17)
- Advertencia a los pecadores (vv. 18-19)
- «Maranata» (expresión aramea que quiere decir «¡Nuestro Señor, ven!») (v. 20b)
- Deseo por la gracia (v.21)

Al llegar al final del libro, entonces, Juan no nos da un último panorama del futuro ni nos amonesta a velar, sino que nos lleva al centro

¹⁹ En Apocalipsis este imperativo se dirige exclusivamente a Jesús, 6.1,3,5 y 7; 22.17 y 20.
²⁰ Cf. Ro.8.19 y 22-23.

²¹ Aunque Apocalipsis aparece al final de nuestra Biblia compuesta de muchos libros, esta advertencia sólo es aplicable, estrictamente hablando, a este libro de Juan.

²² Cf. los libros cristianos *Didajé*, 4.13 y *Epístola de Bernabé*, 19.2.

²³ V. 20. Juan la llama un «testimonio», tal como su propia advertencia en el v. 18.

²⁴ 1 Co. 16.22; *Didajé* 10.6.

de un culto de Santa Cena, cuyo diálogo entre Jesús y los grupos de creyentes es presidido por el mismo vidente de Patmos. Cuando comprendemos verdaderamente la estrecha relación entre la venida de Jesús y la adoración aquí y ahora, estamos «proclamando su muerte ... (con el) pan (y con la) copa ... hasta que el Señor venga». ²⁵ A la luz de esta costosa proclamación, Juan sólo levanta la mano y bendice a los hermanos congregados: **Que el Señor Jesús derrame su gracia sobre todos ustedes.**

Cerramos este libro, pues, no con trepidación o pesimismo, sino con la seguridad de adorantes. Nuestro culto es parte vital del servicio que rinde todo el cosmos a su Creador y Redentor. Nuestras celebraciones acá abajo son momentos misteriosos en los que la obra perfecta de salvación se anuncia, simboliza y realiza anticipadamente, mientras aguardamos la manifestación universal de tal obra. Semanalmente el culto nos recuerda — aquel encuentro con el Resucitado — que las obras más encomiables del ser humano, incluso el martirio, nunca le podrán abrir las puertas del reino. ²⁶ Sólo es por **gracia** que salimos vencedores.

Hasta aquí el *texto* de Apocalipsis. Pero sería una injusticia poner aquí punto final al comentario. Un libro tan variado como Apocalipsis, tan densamente poblado de colores, animales, números, acontecimientos y otros símbolos, pide a gritos un resumen general de su enseñanza. A riesgo de allanar los fuertes perfiles y desteñir el colorido de los conceptos de Juan, presentamos a continuación un esbozo de su mensaje para los cristianos de América y España.

²⁵ 1 Co. 11.26

²⁶ Ver sobre la opinión errónea de Apocalipsis que sostuvieron Lutero y Calvino, p. 2.

LA ENSEÑANZA DE APOCALIPSIS

Gran parte de la sacudida que nos da el libro se debe precisamente a su género literario extraño, sus símbolos chocantes y su estructura discutida. ¿Cómo sintetizar un caleidoscopio? ¿Cómo sistematizar un arco iris o un golpe de trueno? Con todo, hemos discernido en el transcurso de este comentario algunas directrices del pensamiento de Juan que se pueden delinear como sigue:

1. El tiempo

Las ideas clásicas que tenemos acerca del flujo lineal de pasado, presente y futuro son retadas por cualquier escrito apocalíptico, pero éste en particular casi las echa a perder. Si Dios no está atado a este marco de referencia, siendo **el que es y era y ha de venir**¹ y el que perpetuamente hace **nuevas todas las cosas**,² hemos de esperar que un libro escrito (por definición) desde la perspectiva del Juicio final deje desdibujadas nuestras distinciones nítidas entre lo ya acaecido, por una parte, nuestra experiencia actual por otra, y lo que acaecerá. Por eso Juan echa mano de la atmósfera de *culto cristiano* que impregna todo el libro; porque cuando adoramos a Dios, experimentamos momentáneamente la atemporalidad, la sensación de vivir a la vez el pasado, presente y futuro. En particular la Cena del Señor une para nosotros los momentos cruciales: 1) el Viernes Santo y el Domingo de Resurrección, 2) nuestro propio presente y 3) la venida gloriosa de Jesús.

Debido a esta perspectiva Juan habla en tiempo presente — que en griego implica acción continua — de un monstruo que siempre **sube del abismo**³ y una nueva Jerusalén que siempre **baja del cielo**.⁴ Igualmente, los tres septenarios numerados relatan catástrofes que no parecen sucederse en orden cronológico sino repetirse en forma cíclica.

Sin embargo, Juan no pierde de vista el carácter lineal del tiempo. Los septenarios, por ejemplo, crecen en su tono amenazante, describiendo una destrucción cada vez mayor de la tierra; y la culminación de la historia humana siempre es un acontecimiento futuro: la venida de Jesús

1 Ap. 1.4.

2 Ap. 21.5.

3 Ap. 11.7.

4 Ap. 21.2 y 10.

para establecer el reinado de Dios. En el pasado Juan también discierne momentos claves: particularmente la muerte y resurrección de Jesús en el año 30, pero también el asesinato de Antipas,⁵ protomártir de una hueste de testigos que la persecución pronto creará. Porque aparentemente Juan prevé para el futuro inmediato un martirio masivo de cristianos a manos del Imperio Romano y su jefe Domiciano.

Si a la verdad tal masacre no tuvo lugar, debido al asesinato de Domiciano en el año 96, eso no disminuye la inspiración de Juan. Simplemente abre la posibilidad de que cada generación de lectores creyentes desde entonces, se coloque en el lugar de «la última generación» antes de la irrupción del reino. Y en esto no están equivocados, porque *habrá* algún día una última generación, un desenlace final de la historia.

En la escena final, cuando Juan describe la nueva Jerusalén, el tiempo pierde de nuevo la orientación que nos es familiar; siempre es de **día**, ya que la **noche** simbolizaría un vestigio del mal. Pero aun aquí persiste la regularidad de los meses, cada uno con su cosecha.⁶

2. El espacio

Apocalipsis acepta en general el universo «de tres pisos»⁷ subyacente en el resto de la Escritura. El **cielo** abarca el trono de Dios y es morada de los ángeles, pero incluye también un mar misterioso⁸ que presagia la presencia del mal. La **tierra**, morada de la humanidad, sirve como campo para la batalla entre el reino de Dios y el antirreino; sabemos algo de las influencias predominantes por dos términos técnicos: **los que viven en la tierra** son los incrédulos, y **los reyes de la tierra**, los gobernantes que cooperan con los planes satánicos. La región **debajo de la tierra** no sólo es el lugar de los muertos sino también del castigo; allá encontramos el **abismo** y el **lago de fuego**.⁹

Lo que sucede en el cielo repercute en la tierra, y viceversa. En un caso, dos personajes que son **señales en el cielo**¹⁰ completan su interacción sobre la tierra. En otras palabras, Juan reviste de significado eterno aun las «pequeñas» decisiones que tomamos acá abajo; las acciones de

5 Ap. 2.13.

6 Ap. 21.15; 22.2.

7 Ap. 5.3.

8 Ap. 4.6.

9 Ap. 20.3, 19.20.

10 Ap. 12.1-17.

amor más «insignificantes» o las injusticias de que «nadie se dio cuenta» tienen eco ante el trono de Dios.

La ecología cobra importancia para este libro. No hay parte de la creación que escape al drama montado en el escenario de la tierra. Pero no es Dios el que causa la terrible destrucción; las plagas resultan del egoísmo y la avaricia de los seres humanos. Por su parte, Dios **destruirá a los que destruyen la tierra**.¹¹

La geografía es bien extraña; aunque Juan habla de **reyes de la tierra** en plural, recibimos la impresión de que los súbditos de estos reyes viven en una sola ciudad-estado. La Roma del primer siglo fue el modelo de esta ciudad (construida sobre **siete montes**)¹² que es al mismo tiempo un imperio tiránico y un tráfico mundial de lujos, pero adquiere características de otros enemigos de antaño del pueblo escogido: Sodoma, Egipto¹³ y Jerusalén. Y el nombre simbólico «**Babilonia**», junto con rasgos tomados de Nínive, Tiro y Susa, agrega otros aspectos imperialistas al cuadro. En cambio, los creyentes no parecen habitar esta ciudad pecadora más que excepcionalmente como **testigos**;¹⁴ por lo general, la contemplan sólo desde **el desierto**.¹⁵ En efecto, los cristianos se codeaban todos los días con los incrédulos en las ciudades de Asia Menor; esto lo sabemos por la PRIMERA PARTE del libro,¹⁶ menos apocalíptica. Pero aun en estos dos capítulos la geografía es idiosincrática; sólo siete ciudades (es decir, a exclusión de Colosas, Heliópolis y otras que tenían congregaciones cristianas) reciben cartas. Todo pasa por el colador apocalíptico.

Durante el juicio final, Dios comienza a reorganizar el espacio.¹⁷ El **primer cielo** y la **primera tierra** dejan de existir y el **cielo nuevo** baja a la **tierra nueva** para fusionarse con ella. Aunque el **mar** desaparece como componente del primer cielo, sobrevive en el **lago de fuego**, única parte de la antigua realidad que Dios retiene en la nueva creación. Ahora, con esta excepción, todo cabe en la **nueva Jerusalén**, enorme ciudad cúbica que simboliza la salvación integral.

11 Ap. 11.18.

12 Ap. 17.9.

13 Ap. 11.8.

14 Ap. 11.3-13.

15 Ap. 17.3.

16 Caps. 2-3.

17 Ap. 20.11-15.

3. Dios

Por medio de hermosos símbolos el autor presenta a Dios como Creador y Soberano del universo — aspectos primordiales para lectores que viven bajo persecución —, pero quizá para Juan el dato esencial es que Dios es **Padre** de Jesús.¹⁸ A la luz de la experiencia vivida por Jesús, hemos de comprender nuestra propia batalla con el monstruo; la reacción del Padre será análoga.

El encuadre de Apocalipsis es un culto, y el mismo espíritu de adoración salpica todo el libro de frases litúrgicas.¹⁹ En vez de ver a Dios directamente, lo vemos reflejado en el rostro de los adorantes. Y los himnos que éstos entonan subrayan la gran contradicción que está en la base de esta profecía: ¿Cómo puede Dios gobernar un mundo lleno de pecado sin descuidar su soberanía ni su misericordia? La respuesta está en el **rollo** que él tiene en su mano — el plan redentor para el mundo — pero que sólo un ser humano puede abrir y llevar a cabo. El fin último del plan es que toda la creación participe voluntariamente en el culto, el servicio de Dios.

Apocalipsis se refiere constantemente al Antiguo Testamento, recordando así al lector que el Soberano ha ordenado el curso de la historia humana y comunicado a los autores sagrados la interpretación correcta de la misma. Pero el centro de esta interpretación es Jesús, venido al mundo como Cordero; con razón los cuadros finales insisten en un **trono** celestial compartido por dos personajes, Dios y el Cordero. En la ciudad santa desaparece todo vestigio de lugares de culto, ya que Dios y el Cordero llenan con su presencia toda la realidad, y los redimidos miran directamente su rostro.

4. Jesús

Hemos visto cuán íntima es la relación entre cielo y tierra; con todo, Juan respeta los distintos niveles de acción. Dios Padre actúa en el nivel celestial, especialmente en la batalla contra el antirreino, y Jesús es su emisario en el mundo.²⁰ Cumple esta función sin dejar de ser Dios; el vidente se postra libremente ante él, pero es reprendido cuando lo hace frente a un ángel. Jesús, además de recibir algunas veces el título de Cris-

18 Ap. 1.6; 2.27; 3.5 y 21; 14.1.

19 Caps. 4-5.

20 Cf. las designaciones «Rey de reyes y Señor de señores», 17.14; 19.16, y el que «tiene autoridad sobre los reyes de la tierra», Ap. 1.5.

to,²¹ asume el papel de actante principal del libro y agente indispensable del Padre. Cuatro metáforas describen sus actividades: el Hijo del Hombre (alguien con apariencia humana),²² el Cordero²³ (corrección de «el León de la tribu de Judá»), el Hijo varón de la Mujer²⁴ y el jinete del caballo blanco.²⁵

La visión del Hijo del Hombre domina la PRIMERA PARTE del libro; en íntima relación con las iglesias del mundo, él supervisa y evalúa toda su actividad. En el caso de las metáforas que siguen, el Cordero y el Hijo varón, tenemos la impresión de que la actuación esencial de Jesús tuvo lugar en el pasado —el Viernes Santo y el Domingo de Resurrección— y que tal «momento central de la historia» puso en movimiento el plan redentor del Padre (el Cordero abre los sellos del libro, que a su vez conducen a las series de trompetas y copas). Cuando el Padre actúa salvíficamente, entonces, lo hace en virtud de ese sacrificio del año 30. Pero en estas tres metáforas hay un remanente de sentido —«Jesús vendrá como Juez y Rey»— que recibe su plena expresión en el Jinete. Según los últimos capítulos del libro, Jesús viene al mundo, cumpliendo así las promesas divinas y contestando las oraciones de la Iglesia, y destruye a sus enemigos. Luego gobierna en la tierra durante mucho tiempo, junto con los creyentes, hasta la rebelión final del maligno. Aunque Dios Padre tiene que ganar esta última batalla, el Cordero no se desvanece; en la nueva Jerusalén, como hemos visto, comparte con él todos los honores divinos. El es parangón único de la unión entre lo divino y lo humano, y por tanto inunda con su presencia toda la hermosa ciudad.

5. El Espíritu

Ya que el autor prefiere identificarse como profeta, da importancia al papel del Espíritu que inspira en sus mensajeros el carisma profético. Juan se siente transportado en el Espíritu²⁶ cuando oye y ve las revelaciones que debe transmitir a los demás creyentes, y vincula la voz del Espíritu con la de Jesús mismo²⁷ quien le dicta las cartas enviadas a las iglesias, como también vincula el Espíritu con la omnivigencia de Jesús

21 Ap. 1.1,2 y 5; 11.5; 12.10; 20.4 y 6.

22 Ap. 1.12-20; 14.1.

23 Ap. 5.5-6 y a menudo.

24 Ap. 12.4-5.

25 Ap. 19.11-21.

26 Ap. 1.10; 4.2; 17.3; 21.10.

27 Ap. 2.1 y 7, por ejemplo.

(el Cordero tenía siete ojos, que son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra).²⁸ La bendición para los lectores (gracia y paz) se origina en el Padre y en Jesucristo, y también en el Espíritu pleno (los siete espíritus que están delante del trono del Padre),²⁹ que sugiere la diversidad de los dones repartidos entre todas las congregaciones. A juzgar por el Evangelio de Juan, el simbolismo del manantial del agua de la vida que encontramos en la nueva Jerusalén también manifiesta la obra del Espíritu;³⁰ hasta a los individuos se los invita a disfrutar de él gratuitamente.

Pero según la experiencia del vidente, allí donde actúa el Espíritu de Dios, también obran espíritus de otra procedencia. La así llamada profetiza «Jezebel»³¹ engaña a muchos creyentes en Tiatira, y el segundo monstruo es un falso profeta³² que, como el otro monstruo, vomita mentiras e immoralidades en nombre de una falsa religión. Desafortunadamente, mucha gente se siente convidada a beber de este «manantial».

6. El mal

En Apocalipsis, el mal no existe simplemente; ha sido causado. Sin embargo, a Juan no le interesa cómo entró en el mundo, de modo que no especula sobre la caída prehistórica de ángeles ni cosa por el estilo. Sólo sabe que el ministerio de Jesús, y especialmente su muerte expiatoria, produjo una actividad feroz de parte de fuerzas hostiles (el dragón se detuvo delante de la Mujer ... para devorar a su hijo tan pronto como naciera).³³ El dragón, jefe de esas fuerzas, opera en el nivel celestial, o al menos comienza en el cielo como acusador de los hermanos, pero para trabajar en el mundo produce dos clones: el primer monstruo, de tipo político y el segundo monstruo, de tipo religioso, llamado también «falso profeta». Aunque el dragón no tiene mucho éxito en sus empresas en el nivel del cielo, los monstruos sí triunfan sobre los creyentes en la tierra, y matan a buen número de ellos. Con subterfugios atraen a su movimiento antirreino a la mayoría de la población mundial: así forman un imperio (Babilonia) cuyo poderío económico y tecnológico amenaza con ahogar a los cristianos.

28 Ap. 5.6; 3.1.

29 Ap. 1.4.

30 Jn. 7.37-39; Ap. 7.17; 21.6; 22.1 y 17.

31 Ap. 2.20.

32 Ap. 13.11-17; 16.13-14.

33 Ap. 12.4.

La falsa religión, mano derecha del imperialismo totalitario, fascina a Juan. Esta tiene rasgos a) del culto oficial a los césares, manipulado por un sumo sacerdocio oportunista y b) del gnosticismo en sus primeras etapas. Se destacan dos aspectos de este gnosticismo: un uso erróneo del judaísmo,³⁴ y una tolerancia por las costumbres paganas³⁵ que «facilita» la vida cristiana en un mundo polarizado.

Pero el proyecto antirreino se desintegra. Los gobernadores de provincia del imperio se rebelan contra el centro de poder (los diez cuernos ... odiarán a la prostituta ...; comerán la carne de su cuerpo, y la quemarán)³⁶ y destruyen el tráfico lucrativo que había causado admiración en todo el mundo («¡Ya cayó la gran Babilonia! ... todas las naciones se emborrachan ... los reyes del mundo cometieron con ella inmoralidades sexuales, y los comerciantes del mundo se hicieron ricos con su exagerado derroche»).³⁷ Expresado de otra manera, el dragón, ya expulsado del ciclo, fracasa también en su intento de conquistar la tierra. Derrotado por el Cordero³⁸ (la batalla de Armagedón), se halla también expulsado del mundo y consignado a mil años de ineficacia en el abismo.

Sin embargo, Dios suelta al dragón al final del milenio y le permite montar una última rebelión, la batalla de Gog y Magog. Esta vez el maligno es echado completamente abajo, al lago de fuego, a donde sus lacayos, los dos monstruos, fueron consignados al final de la batalla de Armagedón. Esta segunda muerte es también el destino de los seres humanos engañados por el triunvirato satánico, pero ni ella ni sus habitantes tienen poder como contrincantes de Dios, ni para penetrar en la nueva Jerusalén. En otras palabras, el mal es una realidad desterrada y destinada a quemarse por siempre jamás.

Para los lectores que consultamos este libro 19 siglos después de ser escrito, es importante recordar que la forma apocalíptica de expresar verdades es polarizada; las personas y los movimientos pertenecen nítidamente al Cordero o al monstruo. Ya que la vida real nunca es así, tenemos que evitar hoy las etiquetas fáciles: «tal reino de Dios». La verdadera utilidad del modo apocalíptico de pensar es la claridad con que nos revela los criterios que debemos usar para evaluar elementos humanos bien complejos. Porque parte de la mentira fomentada por el im-

34 Ap. 2.9; 3.9.

35 Ap. 2.14 y 20.

36 Ap. 17.16.

37 Ap. 18.2-3.

38 Ap. 16.14-20; 19.20.

perio es el lenguaje cargado y parcializado con el que se reportan los acontecimientos para crear imágenes distorsionadas en la mente del público. Por consiguiente, incumbe al cristiano denunciar todo lo que es antívida y antihumano en su contorno, y fomentar en cambio todo lo que Dios anuncia como su voluntad.

7. La humanidad

La vasta mayoría de la raza humana (los habitantes de la tierra) escoge voluntariamente la desobediencia a Dios, y a pesar de su terror frente a las advertencias y catástrofes que el Creador les manda,³⁹ no cambian de parecer, excepto en unos pocos casos.⁴⁰ El imperio los tiene embelesados, y sus gobernantes cooperan con los planes nefastos y la religión pervertida del gobierno mundial (los reyes del mundo cometieron con Babilonia la gran prostituta inmoralidades sexuales). Uno de los factores determinantes de este embelesamiento es la propaganda que bombardea a la gente con este mensaje: «¡Milagro! Nerón, el gran perseguidor de las comunidades cristianas, ha regresado a la vida en la persona de Domiciano.⁴¹ ¡Crean todos en esta maravillosa resurrección!» Los sacerdotes del culto imperial hasta hacen milagros fehacientes para dejar atónitos a los «consumidores» de este tipo de religiosidad. Pero el factor económico es lo que más convence a todos, menos a los cristianos muy dedicados (nadie podía comprar ni vender, si no tenía la marca ... del monstruo).⁴²

Afortunadamente, algunos hombres y mujeres de todas las naciones⁴³ rechusan creer la mentira satánica y aceptan, a gran costo personal, la vida que Dios les ofrece gratuitamente.

8. La salvación/el juicio

Como hemos comentado ya, la salvación comenzó a ser eficaz en la época del Antiguo Testamento, pero llegó a su momento culminante en el año 30, cuando Jesús comprobó que Dios salva, no por despliegue de fuerza bruta (el León de la tribu de Judá) sino por una demostración de sacrificio y autoentrega (el Cordero).⁴⁴ La muerte y resurrección del

39 Ap. 6.15-17.

40 Ap. 11.13.

41 Ap. 13.3-15.

42 Ap. 13.17.

43 Ap. 7.9.

44 Ap. 5.5-6.

Cordero sirve como paradigma de la victoria de sus seguidores (**nuestros hermanos los mártires han vencido al dragón con la sangre derramada del Cordero y con el mensaje que ellos proclamaron; no tuvieron miedo de perder la vida**).⁴⁵ Las cartas a las congregaciones muestran abundantemente que las comunidades, bien diferenciadas entre sí, mezclan con su paciencia y celo doctrinal muchos defectos y herejías. Si en la SEGUNDA PARTE del libro los cristianos se nos presentan como héroes siempre fieles y ejemplares, la PRIMERA PARTE revela cuán propensos son a la lujuria, la pereza y la indiferencia.

Apocalipsis le asigna al Juicio final un lugar crucial; la decisión divina sobre los individuos depende a) de las obras realizadas durante su vida (**de acuerdo con sus hechos**) y b) de su relación personal con Jesucristo (**fue abierto el libro de la vida del Cordero**).⁴⁶ Los que se pierden son echados al lago de fuego, y a los salvos se les concede un lugar en la Ciudad hermosa. Pero Juan sabe bien, como profeta que es, que a lo largo de la historia humana hay minijuicios. Los incrédulos piden ya, llenos de pánico, que las montañas y las rocas caigan sobre ellos para esconderlos de la presencia divina, mientras que los creyentes viven desde ya las bendiciones de la nueva Jerusalén.⁴⁷ Todos los días escribimos **en los libros** que serán abiertos los datos que se tomarán en cuenta ante **el gran trono blanco**; o dicho de otra manera, el fallo de ese día final depende aun de las decisiones cotidianas que tomamos ahora, por más insignificantes que parezcan.

9. La Iglesia

De lo anterior, deducimos que la Iglesia vive entre el «ya» y el «todavía no», entre la primera y la segunda venida de Jesús. Juan propone esclarecer para sus contemporáneos (y el Espíritu sabía que esta revelación valdría también para iluminar a futuras generaciones) la postura de las comunidades que llaman «Señor» a Jesús, frente a la hostilidad implacable de principados y potestades. En esta lucha sin tregua, el vencedor necesita una paciencia sobrehumana, una fe que sólo puede llamarse «aguante», y para alimentar estas virtudes, una actividad incesante. Juan describe esta actividad principalmente por medio de tres metáforas:

45 Ap. 12.11.

46 Ap. 20.12.

47 Ap. 6.16-17; caps. 2-3, las promesas a los vencedores.

a) *Somos reyes*. Gobernamos, aun antes de la gloriosa venida de Jesús, con la autoridad del Rey de reyes, porque su poder real «no procede de este mundo» viciado.⁴⁸ Nos ha constituido en un reino⁴⁹ que los imperios de turno no pueden vencer a pesar de sus armas y sus subterfugios.

b) *Somos sacerdotes*.⁵⁰ Representamos a Dios ante la humanidad, e intercedemos por ella ante el trono de la gracia. Librados de **nuestros pecados**, sabemos perdonar a los demás pecadores y renunciar a todo espíritu vengativo.⁵¹ Sabemos que la única forma de acabar con el mal es absorberlo, recibir su impacto personal valientemente: porque el mal se autopropaga y (como la Hidra, el monstruo de muchas cabezas) puede hacer crecer una nueva cabeza para reemplazar la que se le corta. Cuando un individuo hace mal a otro, el otro puede vengarse, resentirse, o sacarse el clavo con un tercero; pero en cualquiera de los casos, existen ya dos males donde antes sólo había uno, y sigue la reacción en cadena. Solamente cuando la víctima absorbe el mal,⁵² sacándolo así de circulación, se puede evitar que el mal siga propagándose.

c) *Somos testigos*.⁵³ Incomodamos a nuestros oyentes cuando damos testimonio en las calles de las Babilonias de turno. Protegidos divinamente, y al mismo tiempo vulnerables al ataque mortífero de los que tienen intereses creados, a la larga seremos vindicados a los ojos del mundo. Con todo, nuestro mensaje no trata de odios ni de amenazas, sino del amor desinteresado que Dios nos demostró en Jesús. Nuestros **tres años y medio**, que comenzaron en el año 30, se han estirado a casi dos milenios, y todavía anunciamos alegremente el evangelio, con la esperanza de que algunos oyentes se conviertan del reino de **los monstruos** al reino del **Jinete** victorioso.

Cerramos las páginas de Apocalipsis con la misma oración con que concluyó aquel culto del primer siglo: **Así sea. ¡Ven, Señor Jesús!**

48 Jn. 18.36-37.

49 Ap. 1.5-6 y 9; 5.10; 20.4 y 6; 22.5.

50 Ap. 1.6; 5.10; 20.6.

51 Mt. 5.43-48; Mr. 11.25.

52 Ro. 12.19-21.

53 Ap. 11.3-13.

BIBLIOGRAFIA SELECTA

- Bonsirven, J., *El Apocalipsis de San Juan*, Paulinas, Madrid, 1966.
- Caird, G.B., *The Revelation of St. John the Divine*, Harper & Row, Nueva York, 1966.
- Cerfaux, L., y Cambier, J., *El Apocalipsis de San Juan leído a los cristianos*, Fax, Madrid, 1968.
- Comblin, J., *Cristo en el Apocalipsis*, Herder, Barcelona, 1969.
- Charpentier, E., y otros (Equipo «Cahiers Evangile»), *El Apocalipsis*, Verbo Divino, Estella, 1980.
- Farrer, A., *The Revelation of St. John the Divine*, Clarendon, Oxford, 1964.
- Ford, J.M., *Revelation*, Doubleday, Garden City, 1975.
- Gorgulho, G.S., y Anderson, A.F., *No tengáis miedo: Actualidad del Apocalipsis*, Paulinas, Madrid, 1981.
- Ladd, G.E., *El Apocalipsis de Juan: un comentario*, Caribe, Miami, 1978.
- Mesters, Carlos, *El Apocalipsis: La enseñanza de un pueblo que lucha - una clave hermenéutica*, Centro Ecuménico «Diego de Medellín», Ediciones Paulinas, Buenos Aires, 1986; segunda ed., Ediciones Rehue, Santiago, 1986.
- Pikaza, X., *Hermanos de Jesús y servidores de los más pequeños (Mt 25, 31-46)*, Sígueme, Salamanca, 1984.
- Pikaza, X., «Apocalipsis XII: el nacimiento pascual del Salvador», *Sal-manticensis* 23, 1976, pp. 217-256.
- Prigent, P., *L'apocalypse de Saint Jean*, Delachaux & Niestlé, Lausana, 1981.
- Swete H.B., *The Apocalypse of St. John*, Macmillan, 1909, Londres.
- Schick, E., *El Apocalipsis*, Herder, Barcelona, 1979.

Stam, Juan, «El Apocalipsis, libro anti-imperialista» en C. Alvarez (ed.), *Lectura del tiempo latinoamericano*, Sebila, San José, 1979, pp. 27-60.

Schüssler Fiorenza, E., *Invitation to the Book of Revelation*, Image, Garden City, 1977.

Vanni, U., *La struttura letteraria dell'Apocalisse*, Morcelliana, Brescia, 1980).

Vanni, U., *Apocalipsis*, Verbo Divino, Estella, 1982.

Wikenhauser, A., *El Apocalipsis de San Juan*, Herder, Barcelona, 1981.

INDICE TEMÁTICO

A

abismo, 103, 119, 209
 agricultura, 76 - 77
 altar, 80, 164
 ángel, 21, 233
 Apocalipsis, género literario, 3, 201
 Armagedón, 170
 autor de Apocalipsis, 14 - 16, 154 - 156, 162

B

Babilonia, 166, 169, 174, 186
 bienaventuranzas, 4
 bodas del Cordero, 195
 bosquejo de Apocalipsis, xiv

C

carta, 8
 cielo, 54 - 55, 60
 ciento cuarenta y cuatro mil, 92, 157 - 158, 159
 conversión de paganos, 120
 Cordero, 64 - 66, 203
 cuernos, diez, 181
 culto al emperador, 15 - 16

D

Daniel, libro de, 109
 desierto, 112, 137, 174 - 175, 177
 disturbios, 85 - 86
 dragón, 112 - 115, 139 - 140
 dualismo, 3, 59

E

economía como medio de presión, 41, 151 - 152
 Efeso, 28
 ejércitos del cielo, 200
 Espíritu de Dios, 9, 58, 65 - 66
 estructura de Apocalipsis, xiii - xx, 97
 Eufrates, 75, 104, 117, 169, 181

F

fecha de Apocalipsis, 16
 futuro y presente, 94
 futuro, predicción del, 26, 63, 109

G

geografía de Apocalipsis, 116, 178, 190
 Gog y Magog, 104, 216
 guerra, 72 - 74, 161 - 162

I

iglesias, siete, 19, 21
 imperio, 88, 143 - 148, 162

J

Jerusalén
 a) ciudad física, 116
 b) realidad celestial, 221 - 224, 226 - 230
 jinete del caballo blanco, 73, 197, 205
 judíos y cristianos, 23, 33, 46,

58, 116
juicio final, 217

L

leer, lectura, 4
liberación del pecado, 10
libro
a) de Apocalipsis, 18, 234, 236
b) sellado, 97
c) comido, 107
ch) de la vida, 146, 219

M

mal, 132 - 133
mar
a) lugar de caos, 59, 143, 145, 176, 218, 221
b) parte de la superficie terrestre, 216
mártir, 79 - 80, 139
mensaje recibido de Dios, 4, 15, 22, 107, 114, 125, 170, 233
milenio, 208 - 209, 211
monstruo, 119, 143 - 146, 147 - 148, 150 - 152
mujer, 129 - 130, 135

N

Nerón, 103
niveles (dos) de personajes, 114
número, 10, 92, 228

P

paralelismo, xv - xviii
Patmos, 17
persecución, 110
perspectiva profética, 26, 145, 154 - 155
poder político, 33, 144, 155

R

reino, 10
reino de Dios, 11, 17
reino de la muerte, 23, 78, 219
religión y estado, 28, 32, 34, 42, 144 - 150, 188
revelación, 1 - 2
reyes del mundo, 49, 170, 175, 178 - 179, 201
reyes, siete, 179
ricos y pobres, 76, 88, 125, 189

S

sacerdote, 11, 67, 216, 222
sangre, 10, 199, 207, 214
santos (los que pertenecen al pueblo de Dios), 98, 161 - 162
seiscientos sesenta y seis, 152 - 153
señal en el cielo, 128, 166
septenarios, xiv, 108, 165, 193
siervo, 3
símbolo, 74
Sión, 158, 162
soberanía de Dios, 3

T

temas principales, xvi, 86, 95, 166
testimonio, testigo, 4, 112
texto original, 10
tiempo, 9, 109
tierra
a) los que viven en, 49, 84
b) como cosmos, 67, 66, 72, 86, 104, 125, 139, 214, 218, 221
tres y medio, 112, 119, 146

triunfo, sección del libro, xv

trompeta, 18

trono, 56

V

venganza, 82
venida gloriosa, 2, 12, 73, 198 - 207

visión

a) general, xvii, 4, 18 - 19
b) del Hijo del Hombre, 12, 20 - 21, 66, 69
c) inicial apocalíptica, 54
ch) intercalada, 90, 93, 107, 169
d) visión inicial de LAS COPAS, 54, 128, 165